GLYN

LA CARRERA DE CATALINA

2
82369

Biblioteca Nacional de España

2
82369

Biblioteca Nacional de España

EDICION POPULAR

LA CARRERA DE CATALINA

POR

Elinor Glyn

111

Biblioteca Nacional de España

LA CARRERA DE CATALINA

111

Biblioteca Nacional de España

ES PROPIEDAD DE EDITA, S. A.,
en cuanto se refiere a los derechos exclusivos de traducción al español
y a la presente traducción hecha por dicha Sociedad.

IMPRESO Y EDITADO EN BARCELONA (ESPAÑA)

COPYRIGHT, 1928, BY
EDITA, S. A.
PRINTED IN SPAIN

IMPRENTA CLARASÓ
Villarroel, 17.-Barcelona

P 5

R 89191

00034

BIBLIOTECA PROVINCIAL UNIVERSITARIA DE BARCELONA

BIBLIOTECA NACIONAL

LA CARRERA DE CATALINA

NOVELA ESCRITA EN INGLÉS POR

ELINOR GLYN

Y TITULADA, EN DICHO IDIOMA,

THE CAREER OF KATHERINE BUSH

EDITA, S. A.
Calle de Valencia, 189
BARCELONA

Biblioteca Nacional de España

COLECCIÓN EDITA

Las novelas preferidas por los lectores de buen gusto

VOLÚMENES PUBLICADOS EN EDICIÓN DE LUJO:

EL GRAN MOMENTO, por ELINOR GLYN.
AMOR TRIUNFANTE, por ELINOR GLYN.
LAS DAMAS BLANCAS DE WORCESTER, por FLORENCIA L. BARCLAY.
EL PRECIO DE LAS COSAS, por ELINOR GLYN.
SEIS DÍAS, por ELINOR GLYN.
LOS AMORES DE RODOLFO VALENTINO, por EDOUARD RAMOND, con 24 páginas de fotograbados. (Por excepción, esta obra se ha encuadernado en rústica.)
LA CARRERA DE CATALINA, por ELINOR GLYN.
LA FILOSOFÍA DEL AMOR, por ELINOR GLYN. (Este libro no es una novela, pero ningún lector de novelas debe dejar de leerlo, porque es sumamente sugestivo.)
LA AUREOLA ROTA, por FLORENCIA L. BARCLAY.
LAS AVENTURAS DE EVANGELINA, por ELINOR GLYN.
SU HORA, por ELINOR GLYN.
JUVENTUD ARDIENTE, por WARNER FABIAN.
HOMBRE Y MUJER, por ELINOR GLYN.
¿POR QUÉ?, por ELINOR GLYN.
ESPOSAS LIBRES, por WARNER FABIAN.
TRES SEMANAS, por ELINOR GLYN.
SU REINA, por BERNARD HAMILTON.
"ELLO" y EL PUNTO DE VISTA, por ELINOR GLYN.
LA HIJA DE AFRODITA, por ELINOR GLYN.
EL INTERMEDIO DE LA VIDA, por MARY ROBERTS RINEHART.
EL MISTERIOSO K., por MARY ROBERTS RINEHART.
CEGUERA DE AMOR, por ELINOR GLYN.
EL COMITÉ DE LOS DIEZ, por MARY ROBERTS RINEHART.
ETERNA JUVENTUD, por ELINOR GLYN. (Consejos para conseguirla y conservarla.)
EL AMOR DE DAVID, por FLORENCIA L. BARCLAY.
EL ÉXTASIS PERDIDO, por MARY ROBERTS RINEHART.

(Cada mes se publicará un nuevo título.)

Todas estas novelas son verdaderos libros de lujo, están cuidadosamente traducidas y corregidas, bien impresas y con una elegante encuadernación en tela inglesa, protegida por una artística cubierta en colores.

Precio de cada novela . . . . . 5 pesetas

(LAS DAMAS BLANCAS DE WORCESTER se vende a 6 pesetas por su extraordinaria extensión.)

Publicadas por EDITA, S. A. - Calle Valencia, 189. - Barcelona

LA CARRERA DE CATALINA

CAPÍTULO I

Anochecía, cuando Catalina Bush dejaba el despacho de los prestamistas judíos Livingstone y Devereux, en *Holles Street*. Era éste un establecimiento de modesta apariencia; en la persiana de alambre de su única ventana no había letrero alguno que indicase el género de comercio que practicaban los poseedores de aquellos dos aristocráticos nombres blasonados que brillaban sobre el vidrio deslustrado y traslúcido; pero, en cambio, resultaba bien conocido de los numerosos jóvenes de familias distinguidas, que con frecuencia atravesaban sus umbrales en busca de un temporal alivio.

Catalina Bush era, en esta casa, taquígrafa-mecanógrafa desde los diecinueve años. Se consideraba bien pagada y tenía libres los sábados.

Tecleando en su máquina estaba casi todo el día, sentada tras de una mampara de vidrio, de mediana altura, que le permitía ver, si alzaba la cabeza, a los que se llegaban a la mesa escritorio del otro lado; podía oír sus voces y, si atendía con cuidado, distinguía las palabras pronunciadas. En aquellos tres años durante los cuales estuvo ganando, sentada en aquel sitio, sus treinta chelines semanales, había llegado a ser una perfecta conocedora de voces masculinas; al oírlas podía hacer numerosas deducciones. "Liy" y "Dev", como con excesiva familiaridad llamaban sus subordinados a los señores Percival Livingstone y Benjamín Devereux, se maravillaban con frecuencia de la precisión con que Catalina Bush acertaba a dar en sus cartas el tono adecuado a cada cliente, sin que nada se le hubiese dicho. En verdad, era una joven de gran valía, bien merecedora del aumento de sueldo que la casa pensaba concederle en breve.

Casi nunca hablaba; y cuando, con un aire adusto, alzaba sus ojos, de un gris verdoso, poniendo en ellos una mirada interrogante, parecía prudente responder sin excesiva palabrería. Unos ojos como entristecidos por la sombra de las largas pestañas, que miraban de una manera firme, imperativa y desconcertante, colocados, como los ojos de una estatua griega, bajo una frente de amplio arco; un fino óvalo, una nariz recta, una boca rasgada, carnosa y roja...

Por lo demás, era una criatura incolora y tenía unos mechones de cabello de un tinte ceniciento que brillaban con un matiz plateado. Era alta y delgada. Un peluquero y un modisto hábil hubieran hecho de ella rápidamente una gran belleza; pero, sin su concurso, su aspecto no despertaba interés, pues parecía una muchacha vulgar, de la baja clase media.

Tenía unas manos maravillosas; ¡sólo Dios sabe de donde venían aquellas

Biblioteca Nacional de España

manos tan perfectas de forma y tan blancas! Y eran además unas manos fuertes, que más bien parecían de muchacho que femeninas. No las heredó de aquella excelente madre que había pasado a una vida mejor hacía diez años ni de aquel astuto subastador de almonedas, su padre, que al morir repentinamente les dejara un confortable e independiente hotelito de ladrillo rojo en Bindon's Green, en Brixton, como hogar permanente de su numerosa familia.

Pero ¿de dónde vienen las almas y los cuerpos y las manos y los ojos... y a dónde van? Catalina Bush se hacía con frecuencia preguntas como éstas y cavilaba largamente sobre ellas hasta encontrar alguna respuesta.

Nunca perdió un momento durante las horas del día. Siempre estaba aprendiendo alguna cosa, y no había cumplido aún los dieciseis años cuando ya pudo comprobar que la fuerza para dominar reside al fin en los puños del hombre o de la mujer que esté mejor capacitado para cosechar el fruto de las lecciones de la vida.

Había estudiado gozosamente en la escuela nocturna, y los domingos lluviosos, acurrucada en su butaca con un libro en la mano, los pasaba en su buhardilla, que prefería a cualquier otro dormitorio más amplio, porque así la disfrutaba a solas, sin tener que compartirla con otra hermana.

Su cerebro se había convertido en un almacén de trozos de literatura inglesa, mal pronunciados muchas veces, puesto que nunca oyó leer en voz alta a una persona de educación refinada. Conocía gramaticalmente el francés, pero su acento hubiera irritado a una persona de oído cultivado. Su voz era singularmente delicada; ¡no en balde había escuchado con atención las voces de aristócratas sin dinero, durante tres años!...

A la sazón, Catalina Bush estaba enamorada. Sucedió que lord Algy, cuando hizo su primera visita a "Liv" y "Dev", para ser reconfortado con unos cientos de libras, lanzó una mirada por encima de la mampara de vidrio y sus atrayentes ojos azules se encontraron con los grises-verdosos de ella.

Se acercó a hablarla así que salió para comer; pero lo hizo de una manera verdaderamente inteligente, y Catalina no se sintió ofendida. Acostumbrada como estaba a pesarlo todo en la vida, hubo de juzgar merecedora de alabanza la manera de realizar su propósito de entrar en relación con ella. Se burló, le mostró más o menos desvío durante un mes; mas al fin le permitió que la invitase a comer..., y ahora estaba decidida a salir el sábado y el domingo con él.

Dentro del plan de vida, que se había formulado, creyó que necesitaba una experiencia más completa. Hay que conocer la vida, pensaba, y cuando se decide uno a arrojarse a ella por vez primera, será mejor hacerlo con una persona refinada, que está ya en el secreto, que no con uno de su misma clase el cual no sería más que un mentor aburrido. ¡Cielos! ¡Pasar un sábado y un domingo con alguien que no fuese semejante a sus hermanos Fred y Bert! Este pensamiento la conmovía. Tales como eran, le disgustaban bastante sus hermanos y sus amigos, y nunca se le ocurrió la idea de casarse en aquel ambiente. ¿De qué le servirían todos sus estudios y las lecciones aprendidas, si se enterraba para siempre en Brixton con Charlie Prodgers, o en Clapham con Percy Watson?

Sus perspectivas serían siempre más amplias.

Lord Algy sentía hacia ella una devoción apasionada; y era discreto llegar tempranamente en la vida a conocer la naturaleza de los hombres.

Estas consideraciones se hacía, sin darse cuenta de que su punto de vista no era el justo, porque también argüían vigorosamente su corazón y sus sentidos por primera vez conmovidos a los veintidós años.

No le preocupaba lo más mínimo lo que el mundo llama moralidad, ni sentía ningún género de escrúpulos. Todo esto quedaba para futuras épocas en la carrera de su vida.

El camino aparecía limpio de obstáculos y cuajado de rosas.

No tenía costumbre de buscar consejo en su familia para sus andanzas y en muchas ocasiones había decidido por su cuenta pasar las vacaciones en la costa. Nadie preguntaría nada cuando regresase el lunes. Si su decisión pudiese producir escándalo, no iría, porque no entraba en sus proyectos el ser motivo de habladurías.

Lord Algy había dispuesto acompañarla a París, el viernes en el tren de la noche. Pasarían allí el sábado y el domingo y estarían de vuelta el lunes por la noche. "Liv" y "Dev" le concedieron permiso hasta el jueves. Aquella mañana vistió su mejor traje de estambre azul y puso en un maletín lo que juzgó más necesario. Y ahora su corazón latía apresuradamente al entrar en Oxford Street, aquel atardecer de octubre.

Hubo un momento en que se preguntó si habrían marchado las cosas de la misma manera en el supuesto de que fuese a casarse con lord Algy... delante de todo el mundo. Sin duda pasaría una grata temporada durante un mes o dos; pero... ¿y luego? Él era el cuarto hijo de un tacaño marqués del país de Gales, y nunca conseguiría nadie inclinar a su familia a perdonar una tal *mésalliance*. De esto tenía ella completa seguridad. "Liv" y "Dev" estaban en relación con una buena parte de la nobleza, y lo que sus jefes sabían lo sabía también Catalina Bush.

La vida para ella no tenía ilusiones. Sus estudios la habían llevado a la convicción de que ser fuerte y ser perfectamente honrada eran las dos únicas cosas de positiva utilidad, y poseía un completo conocimiento de los hombres que le permitía manejarlos como peones de ajedrez. A su juicio, lord Algy era sólo una de las más agradables etapas de su educación, pero no de una importancia vital. ¡Se hubiera sentido horrorizada si alguien le hubiese dicho que estaba mezclando el sentimiento en aquel asunto! Había sido en ella un empeño constante el buscar a todas las cosas su sentido fundamental, aun antes de haber leído por vez primera a Darwin y a Spencer.

— Tendré la experiencia de una viuda — se decía a sí misma — y entonces podré decidir lo que haya de hacer más tarde.

Lord Algy era un oficial de la Guardia, que, entre otras cosas, sabía perfectamente cómo pasar un sábado y un domingo en París. Estaba interesado por Catalina Bush, casi enamorado de ella, y esperaba pasar deliciosamente aquellos dos días venturosos.

La esperó en un taxi, en la esquina de Oxford Circus, y al llegar Catalina con su maletín le tomó la mano y se la besó.

— Iremos a cenar al Gran Terminus — dijo con su voz encantadora; — ¿no cree usted que será más agradable quedarnos aquí esta noche, y marchar en el tren de mañana? En otro caso ¡es tan detestable la hora de llegada a París... ¡Estaría usted rendida todo el día!

Tenía entre sus manos, mientras hablaba, la mano de Catalina; su proximidad le producía un género de estremecimiento nuevo y delicioso. Catalina vaciló, aunque sólo un instante; ella no obraba nunca por impulso. Una extraña sensación en la garganta le hizo enmudecer. Pero, después de todo, ¿no era lo mismo marcharse o quedarse aquella noche, puesto que, una vez arrojado el dado, ya no podía librarse de pagar su puesta?

— Muy bien — dijo en voz baja.

— Esperaba que accedería usted, querida mía — murmuró mientras la rodeaba con su brazo, — y he de procurar que lo pase usted perfectamente bien. He enviado esta tarde a mi criado para que nos reserven habitaciones, y todo estará ya dispuesto.

Estas palabras resultaban tan agradables a los oídos de Catalina Bush, que le hicieron sonreír, cosa poco frecuente en ella, que pasaba horas y días sin que una sonrisa asomase a sus labios.

En aquella luz incierta, lord Algy creyó ver más de lo que en realidad viera, y ello avivó su afecto. Según había confesado a su mejor camarada en el batallón, Catalina era para él un enigma; de aquí su mayor encanto.

—Me trata a veces como si yo fuese el suelo en que pisa — contaba a Jack Kilcourcy. — No creo que le importe un bledo de mí; pero, chico, ¡vale tanto esta muchacha! No tiene ideas disparatadas acerca de su persona; ¡es un entretenimiento estupendo!

Sin embargo, había tenido buen cuidado de no mostrársela nunca a Jack, ni de decirle su nombre.

Poco antes de llegar al hotel, Catalina Bush se sintió disgustada consigo mis-

Biblioteca Nacional de España

ma, porque la dominaba un temblor nervioso ante la idea de atravesar el gran *hall*.

Pero lord Algy que conocía bien aquel ambiente se movía en él con una indiferencia que contribuyó a tranquilizarla. Un discreto ayuda de cámara avanzó hacia su señor y le habló; pronto estuvieron en el ascensor que les dejó en un departamento con habitaciones bien iluminadas y caldeadas.

—Estos colores y esta imitación del estilo Chippendale son tremendos, ¿verdad — dijo lord Algy mirando en derredor. — Pero al fin no es más que para una noche. El "Palatial" de París será diferente. ¡Hola! veo que Hanson se ha ocupado de las flores.

Sobre la mesa y sobre la chimenea había hermosísimos ramos de rosas. Catalina Bush juzgó que era una habitación espléndida, pero si a él le parecía más bien "tremenda" no debía ella mostrar su admiración.

— Dentro de un momento traerán el té; quiero decir el chocolate, querida mía. Nos divertiremos lo que podamos. Esta es su habitación. Supongo que habrán traído ya su equipaje.

Catalina Bush se dirigió hacia la estancia indicada y se detuvo en la puerta. Ardía un alegre fuego y las cortinas estaban echadas. Sobre una silla había una gran caja de madera con la etiqueta de dirección. La leyó. Decía: "Sra. Rufus".

—¿De quién es esto... o para quién es? — preguntó con voz profunda.

— No es más que un abrigo forrado de pieles, querida mía — respondió lord Algy, mientras tiraba de la cuerda para desatar la caja,—y un pequeño abrigo de viaje. He pensado que hará mucho frío en el barco... y que probablemente no habrá podido usted traer mucho equipaje.

Un ligero rubor cubrió las mejillas de la joven; sintió el impulso de rechazar el obsequio.

— Muchas gracias; me alegro de que me lo haya usted enviado para esta excursión. Pero ¿por qué está dirigido a la "Sra. Rufus"? El señor Devereux ha tenido una hermana con este nombre.

Lord Algy sonrió.

—¡Vaya! Ya ve usted; yo no podía poner "Fitz-Rufus", ya que todo el mundo sabe que éste era un nombre de marioneta que nos daban los enamorados a los anglosajones porque éramos unas gentes pelirrojas; pero además creo yo que también porque nuestro propio nombre les era difícil de pronunciar—y comenzó a sacar de la caja el abrigo y una bata de seda rosa.—Yo soy siempre "Rufus" cuando me meto en andanzas de esta clase.—Se rió de nuevo, aunque un poco cohibido; le pareció que la última parte de su frase quizá no había sido muy feliz..., porque Catalina Bush no era una señorita cualquiera acostumbrada a matrimonios temporales.

Ella le miró derechamente a los ojos, con una mirada extraña, desconcertantemente firme, y luego sonrió, como pudiera haber sonreído la Esfinge antes de adoptar la eterna inmovilidad de la piedra.

Lord Algy se sintió estúpidamente inquieto, y la tomó entre sus brazos, con amables caricias. Era éste un argumento que él había encontrado siempre superior a cualquiera otro para entenderse con las mujeres.

Catalina Bush recibió sus caricias con agrado. Estaba dispuesta a ampliar sus experiencias dentro del campo del placer. Si las cosas sucedían así en el mundo de lord Algy, se acomodaría a ellas.

Examinaron juntos los vestidos y él le ayudó a quitarse el sombrero y a probarse el abrigo. Lord Algy indicó muy amablemente que aquella bata era casi un vestido para la hora del té, que le estaría muy bien para cenar en el saloncito.

— Estará usted encantadora con el color rosa — murmuró, rozando su oído con sus labios—y se encontrará más cómoda y más agradablemente.

En aquel momento el criado llamó a la puerta para anunciar que el chocolate estaba preparado, por lo que volvieron al saloncito.

Catalina encontraba delicioso a lord Algy mientras le ayudaba a servirse la crema; pero, no obstante, decidió mantenerlo a cierta distancia; el juego era realmente entretenido, y deseaba que las jugadas durasen el mayor tiempo posible.

Lord Algy era un conversador brillante; charlaron sobre asuntos positivos durante algo más de una hora, y luego Catalina manifestó su deseo de ir a vestirse para la cena; estaría dispuesta en veinte minutos.

— Yo seré su doncella, querida mía. Soy una doncella estupenda; ¡no estropeo nunca los broches, y me encantaría acariciar estos cabellos!

En sus ojos brillaba una mirada apasionada; su hermoso rostro se acercó al de Catalina.

— Sí, quizá... mañana — replicó Catalina; y entrando en la habitación próxima cerró la puerta.

Lord Algy se retrepó en una butaca, encendió un cigarrillo y sonrió suavemente. Nunca había encontrado un caso como éste.

—¡Es admirable! — se dijo. — Admirable dentro de su clase... y en cualquiera otra clase. Me recuerda alguna heroína francesa..., ¿cómo se llamaba...? ¡A veces se escriben tan encantadoras niñerías...! ¡Ah, sí, *mademoiselle* Maupin, naturalmente! Creo que me esperan unos días como los que pasó aquel mozo..., sólo que ella quiso marcharse al limbo un lunes por la noche. ¡Horror! ¡Me parece que estoy enamorado!

Tiró luego su cigarrillo y por el pasillo exterior se dirigió a su habitación, separada, por el cuarto de baño, de la de Catalina. Su criado preparaba la bañera.

— La señorita no parece que desee bañarse — dijo Hanson respetuosamente; — por eso he preparado primero el del señor.

A los pocos minutos lord Algy chapoteaba en el agua perfumada, mientras silbaba, muy alegre, una tonada.

Y Catalina Bush les oyó hablar mientras humedecía su blanco rostro con una esponja; se detuvo, sorprendida, y escuchó.

—¿Cómo se bañará a estas horas del día? — se dijo. — Hoy no es sábado.

Se le ocurrió entonces pensar que podía ser costumbre en la clase social de lord Algy bañarse antes de cenar. Sus mejillas se cubrieron de rubor. Debía siempre aprender y aprovechar las lecciones. Entonces, resueltamente, se fué hacia la puerta de comunicación, llamó con los nudillos y dijo:

— Algy, ¿lo toma usted el primero? Así que termine, prepare usted el mío. — Luego, un poco trémula, esperó un minuto, mientras se recogía aquella gran masa de cabellos cenicientos.

— Muy bien, querida mía — respondió él, — pero yo debo recibir mi premio.

— Cuando "yo" quiera — se dijo para sí la joven, — mas no antes.

A la hora de cenar estaba muy linda; el color rosa sentaba bien a su piel de tono pálido, y la seda animaba el aspecto, de suyo un poco serio, de Catalina. No había empezado todavía a emplear ningún artificio para modificar aquella áspera y revuelta mata de cabellos; pero ahora, gozando de circunstancias más favorables, sus extraños y adustos ojos brillaban con una fascinación sutil y su profunda voz tenía entonaciones que seducían al oído.

Nunca cenara con lord Algy; sólo alguna vez comieron juntos, y ahora le tocaba observar cómo habían de hacerse las cosas, puesto que ignoraba las reglas de la etiqueta. El señor Devereux le indicó ya algunas nociones durante su primer año de estancia en "Liv" y "Dev", pero ella le había desahuciado, despreciando sus proposiciones de una generosa instalación. Siempre creyó que no debía dejar que sus encantos se gastasen con nadie, más que con un aristócrata con el que pudiera adquirir "tono".

Ningún vecino de *Bindon's Green*, ningún amigo de la familia, ni ningún compañero del tren de la mañana habían recibido de ella una palabra afable, ni mucho menos un golpecito con la punta de sus uñas fuertes y blancas. Era como un racimo de uvas que conservaba su perfecta lozanía.

Desde que se sentó a tomar la sopa fué siguiendo en todos sus movimientos a lord Algy. Rehusó tomar las ostras, y se recreó contemplando el placer epicúreo con que él las tomaba. No sabía a ciencia cierta qué cubiertos había de utilizar; suponía que aquel tenedorcito de tres dientes...; pero estaba decidida a no cometer errores.

Era bastante fácil engullir ostras aderezadas con vinagre y pimienta roja, con inmensas rebanadas de pan y manteca y una botella de cerveza fuerte, que así las había comido su hermano Fred

Biblioteca Nacional de España

algún sábado por la noche; o podían tomarse con el gesto delicado con que lo hacía la gentil Mabel Cawber, su novia, cuando encorvaba el meñique y usaba sólo el pulgar y el índice; pero antes de que ella, Catalina Bush, tragase la primera, necesitaba saber cómo se comían en el mundo de lord Algy. Nada bueno acarrearía un desliz en este punto.

A medida que la cena avanzaba, lord Algy comenzó a hacerle el amor más ardientemente, y el champaña excitó el espíritu en ambos. Él le reprochó su dureza por no haberle permitido desempeñar su papel de "doncella". Ella era una muchachita caprichosa; pero esto no significaba que seguiría siendo adusta con él, ¿verdad?

No, no lo sería; es que de pronto se había dado cuenta de que algunas prendas de su indumentaria no eran bastante finas para aquellas circunstancias, y pensó que debían permanecer ocultas.

No fué esto, sin embargo, lo que ella dijo; pero continuó haciendo su papel de reina condescendiente, mientras con tranquila mirada contemplaba a lord Algy, como un gato contempla a un ratón.

Le gustaban sus cabellos alisados y brillantes, tan diferentes de los de Charlie Prodgers; le gustaban aquellos cabellos limpiamente cortados por el cuello. Se daba cuenta perfectamente de que en su apariencia exterior mostraba los signos reveladores de su refinada educación: en su rostro fino y hermoso, en su ágil y esbelta figura. Todo esto era agradable para ella, especialmente su educación: ¡era una cosa tan distinta de lo que siempre había visto en la Pradera de Bindon!

Lord Algy tenía las maneras agradables y fáciles de las gentes de su clase: un fuerte atractivo personal, gran ecuanimidad, escaso talento para las cuestiones generales y un perfecto dominio de todas las artes de agradar a las mujeres.

La cena se hacía cada vez más agradable, y cuando llegaron el café y los licores, Catalina Bush se sentía exaltada a una situación tan extraña como placentera. Había analizado de un modo abstracto todas las sensaciones, pero no conocía sus posibles efectos sobre sí misma; y las que ahora estaba gozando le resultaban particularmente deliciosas. Tener veintidós años y estar enamorada por primera vez en la vida de un ejemplar masculino en extremo delicioso; ser libre como el aire, sin responsabilidad ante nadie, no perturbada por prejuicios ni preocupaciones, sin que le atormentasen meditaciones inquietadoras acerca de la corrección o incorrección, de la prudencia o indiscreción de sus actos... Era ésta una situación en la que valía la pena de apurar la copa; y Catalina lo sabía.

No pensó en que podrían quedar heces amargas tras del último sorbo.

El diosecillo travieso reía, sin duda, y los ojos azules de lord Algy estaban llenos de una delicia apasionada.

Así, viéndolo todo *coleur de rose*, Catalina Bush comenzó su breve luna de miel.

Capítulo II

—Ya no la veré a usted durante todo un mes, amada mía? —murmuró lord Algy cuando se acercaban a la estación de Charing Cross en el tren de las once de la noche del lunes, de regreso ya. —No sé cómo podré resistirlo; pero ¿verdad que me escribirá usted todos los días? Prométamelo. Siento ahora haber pedido ya la licencia y tener dispuesta esta partida de caza con mi cuñado para la semana próxima.

El brazo de Algy rodeaba todavía su cintura, y su cabello de matiz ceniciento pendía sobre el hombro de él, de forma que le impedía ver la expresión de sus ojos sombríos; era la de un animal dolorido.

—No, no escribiré, Algy, y tampoco usted debe hacerlo. Hemos pasado unas horas divinas; yo nunca las olvidaré. Pero es estúpido escribir... ¿Qué podría traernos de bueno para ninguno de los dos?

El argüía que no podría vivir sin una palabra de ella, después de los tres días de perfecta felicidad de que habían gozado; ¡y, naturalmente, seguirían gozando de otros semejantes a su regreso de Gales!

Catalina Bush no le replicó; y ¿para qué, si su propio espíritu se encontraba como aniquilado? Le dejó que la besase cuanto quisiese, sin hablar una palabra, y luego, poniéndose el sombrero y el velo, se encontró correctamente ataviada cuando el tren llegaba al andén.

Lord Algy tenía en su conducta toda la apariencia de un verdadero enamorado. Parecía realmente lleno de emoción y la separación le entristecía profundamente. ¡Se había mostrado ella tan admirable!, se decía a sí mismo. ¡Ha gozado de todas las cosas de una manera tan sencilla y es tan deliciosa compañera! No le hizo preguntas necias, ni le importunó con sentimentales promesas de amor para toda la vida, como lo hubieran hecho otras muchas jóvenes, con su limitada experiencia de estas efímeras aventuras. Había aceptado la situación con la franqueza con que la aceptaría un salvaje que no tuviese la menor noticia de otras uniones más firmes y duraderas. Él no sabía realmente cómo podría resistir un mes entero de separación, pero quizá sería conveniente, puesto que estaba en grave riesgo de quedar ridículamente enamorado, lo cual sería un error irremediable. Era mil veces más exquisita y más interesante que ninguna de las muchachas que había conocido hasta entonces. Si fuese una señorita, comprendía que cualquiera podía sentirse satisfecho de casarse con ella, siempre que esto no fuese motivo de escándalo.

¡No era una mujer fría, no, ni mucho menos!; y parecía comprender de una manera instintiva los mayores encantos de la pasión. Pensó de nuevo en *mademoiselle* de Maupin y se sintió igualmente feliz que d'Albert. Sería su más dulce amiga durante meses y meses, y él procuraría regresar prontamente de Gales, en cuanto pudiese acabar con su familia, para buscar solaz en sus brazos; tendría, desde luego, que ocuparse en algo, para no cometer alguna estupidez. Pensaba, además, ser con ella sumamente bueno. A medida que forjaba estos sueños, se mostraba más expresivo con ella. Nuevamente la acercó contra su pecho, en un afectuoso abrazo de despedida, y sus hermosos ojos azules, de largas pestañas, aparecieron empañados de lágrimas.

—Dime que me quieres, amada mía —ordenó deseando, como todos los amantes, escuchar estas palabras.

Catalina Bush estaba muy pálida, y había en su rostro una tal emoción contenida, que se sintió espantado. Ella, con una voz más profunda que otras veces, respondió:

—Sí, te amo, Algy..., y quizá no llegues nunca a saber cuánto. Creo que jamás querré a nadie en mi vida de la misma manera.

El tren se detuvo.

Las gentes tenían una apariencia fantástica en el aire brumoso de octubre, bajo las luces brillantes; y todos aquellos sucesos se le aparecían a Catalina como un sueño cuando media hora más tarde, sola en el taxi, dirigíase hacia el suburbio de *Bindon's Green*. Lord Algy, al ponerla en el auto, había pagado liberalmente al conductor, y con muchas palabras amorosas le dió las buenas noches y... *au revoir!*

Así, pues, este capítulo se ha terminado, pensó Catalina. Y, en realidad, fué interesante. Se había abierto para ella una perspectiva que daba hacia un mundo completamente ignorado, en el que aparecían cosas, personas y puntos de vista nuevos que podían ser alcanzados. Veía que su antiguo tipo de vida quedaba así barrido de su espíritu, y, al volver ahora la vista hacia atrás, se le aparecía insoportablemente tedioso. Sabía bien lo que significaban las pequeñas cosas aprendidas durante aquellos tres días de íntima amistad con un verdadero *gentleman*, y el recuerdo de ello no se borraba de su memoria. La caballerosidad, la cortesía de Algy no habían decaído en ningún momento; el respeto que hubiera tenido a una princesa o a su prometida no habría sido mayor que el que a ella le tuvo. ¡Querido Algy, amadísimo Algy! La pasión que hacia él sentía tenía un tinte como de amor maternal; algo muy tierno y cordial. Mas ahora debía procurar mantenerse fuerte y segura de sí misma; tener ánimos bastantes para sacar provecho de lo que había aprendido de la vida...; pero esta noche estaba demasiado fatigada para

Biblioteca Nacional de España

lo que no fuese volver los ojos al pasado.

¡Qué maravilloso fué todo aquello! ¡Maravilloso el amor y maravillosa la emoción! Cogió con su fría mano el asa del maletín. Temblaba. Insistió en que lord Algy se quedase con el abrigo de pieles que le había regalado. ¿Qué explicación podría dar ella a su familia?, decía Catalina; y por tanto se negó a aceptarlo.

Todo el mundo dormía en Villa Laburnum cuando abrió la puerta con su llavín; trepó hasta su helado cuartito, bajo el tejado, entumecido el cuerpo y el alma, y poco después se estremecía entre las sábanas de algodón.

¡Qué contraste con aquel dormitorio del "Palatial", cálido, perfumado de rosas! ¡Hasta entonces no había conocido la diferencia entre el lino y el algodón!

Esto se decía cuando el sueño comenzaba a vencerla; luego las lágrimas empezaron a correr de sus ojos, y durante un instante no pudo contener los sollozos. ¡Ay, tener que renunciar a todos estos placeres para siempre!

Se durmió hacia la madrugada y se despertó bruscamente al repiqueteo del despertador. Aunque su rostro estaba como el mármol, no quedaba en ella la menor huella de debilidad cuando apareció ante la familia reunida para el desayuno.

Había habido una trifulca entre Fred y Gladys, la hermana, un año mayor que Catalina, que estaba de dependienta en una elegante casa de modas. Matilde, la mayor de la familia, intentaba encontrar un tema apacible, mientras cosía un desgarrón en la falda que Ethel, la más joven, tenía que ponerse para ir a la escuela "de señoritas" a que diariamente asistía. Ésta, entretanto, ataviada con una bata japonesa acolchada y bastante sucia, estaba sentada devorando salchichas. Sobre la mesa veíanse unos arenques ahumados y un pastel de miel; la pequeña "criada para todo" traía en aquel momento el insípido café en la cafetera de estaño.

El té había sido siempre exquisito para ellos en los tiempos de su padre, y Matilde, por su parte, no comprendía porqué Fred había insistido en que usasen café, a raíz de una excursión que hizo a Boulogne durante unas vacaciones.

Pero ¡qué remedio! Cuando Fred insistía no quedaba otro recurso que hacer las cosas como a él se le antojaban..., aunque odiasen el café.

Catalina Bush detestaba a la mayor parte de su familia. Era de naturaleza poco expansiva y por completo insensible. ¿Debía amarlos únicamente porque fuesen sus hermanos y sus hermanas? ¡Ella no solicitó nacer entre ellos! Ni ahora ni nunca congenió con ninguno. Era, pues, absurdo e ilógico, como ella argüía, que sintiese hacia sus hermanos ningún afecto fundado en este accidente del nacimiento. Matilde, la mayor, que había sido siempre una madre para los demás, tenía un rinconcito en su corazón.

—¡Pobre Tilde! —como ella la llamaba. —¡Mi vieja tonta!

Matilde adoraba a su incomprensible hermana.

¡Cuán insoportables aparecían ahora todos ellos a los ojos de Catalina, al mirarlos fríamente!

—Este café es un mejunje sencillamente desagradable —dijo, apartando la taza con un gesto. —Se parece al café francés, como Ethel puede parecerse a una japonesa por llevar esa asquerosa bata.

—¿Y qué conoces tú del café francés? ¿Qué? —preguntó Bert, el hermano que le seguía en edad, añadiendo luego unas frases del argot callejero.

—Cállate, Bert —interrumpió Federico cortando por un momento su altercado con Carlos. —Sabes que a Mabel le disgusta ese modo de hablar.

Pero Albert Bush, que blandía su tenedor con media salchicha, rompió en una risa ahogada. Era el ingenioso de la familia, y Ethel le hizo coro.

Catalina no replicaba nunca ninguna de sus observaciones, a menos que se lo rogasen; era poco interesante arrojarles el guante en son de desafío, y permanecía sentada con gran indiferencia. Ni siquiera respondió cuando Matilde tímidamente le hizo observar que antes siempre había bebido el café sin ponerle faltas.

¡Si ellos supiesen qué profundo sentido tenía para Catalina la palabra "antes" desde aquella mañana!

Terminó su porción de tostada quemada y comenzó a ponerse el sombrero, frente al espejo próximo a la puerta. No se molestó en decir a Gladys que, si no se apresuraba, la dejaría sola; esto era asunto de su hermana, y ella no acostumbraba a entrometerse en los asuntos ajenos.

Al salir del comedor dijo a Matilde:

—Necesito tener fuego en mi cuarto a la noche, cuando vuelva. Lo necesito todos los días. Dime cuánto costará y qué trabajos extraordinarios tiene que hacer Emilia, y lo pagaré aparte.

—Y... ¿para qué necesitas fuego? —preguntó asombrada Matilde —Si aún estamos en octubre. Nadie enciende hasta noviembre, ni siquiera en los salones; menos todavía en un dormitorio. ¡Es ridículo, querida mía!

—Que sea o no ridículo no me preocupa nada —replicó Catalina. —Lo necesito y deseo tenerlo. Tengo que trabajar un poco y no quiero helarme.

Matilde sabía que era mejor no continuar discutiendo. No había vivido en balde con Catalina durante veintidós años.

—Se parece en todo a papá —se decía, mientras comenzaba a ayudar a la criadita en la limpieza del servicio de desayuno, así que sus hermanos se marcharon hacia el *West End*, donde se jactaban de estar empleados todos ellos; ¡despreciaban la *City*!

—Sí, no se parece a mamá, ni tampoco a nadie de su familia; más bien a papá; como él, se obstina en sus ideas. También Fred; pero nadie como Catalina. ¡Qué deseos tengo de que se interese por Charlie Prodgers y se case con él!

Continuó aún con sus lamentaciones y se sentó junto a la ventana, para gozar el mayor placer de cada día: la lectura del folletín del *Morning Reflector*. En estos breves momentos olvidaba todas las preocupaciones familiares, la sordidez de sus tareas y se complacía en las aventuras de aristocráticos villanos, en la inocencia perseguida de cómicas e institutrices, y ella misma terminaba por sentirse ligada de algún modo con el gran mundo. Dentro de lo que la política era para ella, se mostraba con firmes convicciones radicales; por lo tanto, sabía que todos los aristócratas debían ser malos, que todos debían ser exterminados, y, sin embargo, le gustaba leer algo acerca de ellos y oír descripciones hechas por quien personalmente los conociese, como las hacía Gladys de las damas a quienes veía en los salones de *madame* Ermantine, la modista.

—Gladys "las conoce" —solía decirse a veces con orgullo.

Entre tanto, Catalina Bush, que había desairado con su silencio, en el tren, al señor Prodgers —el cual procuraba arreglárselas para acercarse a ella en el viaje de cada mañana, —llegó a su oficina y dió comienzo a su tarea habitual en la máquina.

Tenía que hacer un trabajo para antes de las doce, referente a la renovación del préstamo a lord Algernon Fitz-Rufus; préstamo que el viejo Marqués, decía mister Percival Livingstone, tendrá que pagar antes de que lleguen las fiestas de Navidad.

La señorita Bush, con gran asombro de "Liv", sonrió levemente; una sonrisa melancólica y súbitamente contenida; ¡pero era, sin duda alguna, una sonrisa!

—¿Qué es lo que encuentra usted gracioso? —preguntó, con un verdadero balbuceo, a la vez que procuraba usar un tono tan correcto y delicado como siempre.

—Naturalmente, el que tenga que pagar el viejo Marqués —respondió Catalina

Ni una sola vez durante todo el día dejó que sus pensamientos se apartasen del trabajo; aquel día cumplió su labor con la acostumbrada exactitud. Para evitar divagaciones, a la hora de la comida leyó los periódicos. Se había ejercitado hasta conseguir que cada cosa se hiciese a su tiempo, y el momento de reflexionar no llegaba hasta que podía hacerlo sin que nadie la distrajese. Volvería, en cuanto pudiera, a su buhardilla, y allí pensaría y decidiría cuál había de ser su futura conducta en la vida.

Unos palos quemados y un trozo de carbón sobre la parrilla es todo lo que encontró cuando regresó, ya de noche, a su pequeño retiro. Aquella criadita "para todo" no tenía un talento extraordinario para encender lumbre y resistía a to-

Biblioteca Nacional de España

da censura. Catalina frunció las cejas, enojada, y comenzó a poner remedio por sí misma, mientras murmuraba:

—¡Qué criatura más inútil! ¡Y dicen luego que somos todos iguales! ¿Por qué no hará entonces su trabajo de la misma manera que hago yo el mío?

Puso unos papeles, con más sentido común que la criada, y pronto se alzaron del fuego unas llamas brillantes; luego se despojó de las prendas de calle y se sentó, resueltamente, a pensar.

Ella amaba a lord Algy: esta era la cuestión primera y más importante que había que afrontar. Le amaba tanto que sería lo más seguro no volverle a ver nunca, puesto que no tenía la más leve intención de dejarse arrastrar a la situación de amante de un hombre. Había gustado del árbol de la sabiduría, con los ojos bien abiertos; y el fruto que había comido era demasiado dulce — peligrosamente dulce — para seguir gustándolo. Si las cosas seguían su camino, el amor llegaría a vencerla; sabía que habría de llegar un momento en que no le preocuparía cosa alguna en el mundo, más que Algy. Evidentemente, se hacía necesario, por esta razón, romper en seguida toda relación con él. Aunque ofreciese casarse con ella, no podría nunca aceptar esta posición con la frente alta. Siempre quedaría el recuerdo delicioso de aquel placer ilícito entre ellos, que influiría perjudicialmente en la estimación que mereciese a Algy. De suerte que, habiendo aprendido ahora cosas que por otros caminos no hubiera llegado a conocer, necesitaba, en el porvenir, la fortaleza necesaria para sacar provecho de ellas. Despreciaba completamente toda debilidad y no se apiadaba ante las muchachas que enferman de amor. Para ella era una perfecta bajeza que una mujer echase por la borda todo su porvenir por culpa de un hombre. Probaría las posibles consecuencias de una norma de conducta inflexible; creía de tal modo en su buena fortuna, que estaba segura de que no había de acontecerle ningún accidente desagradable. Aunque le aconteciese, siempre podría descubrir caminos que la sacasen del atolladero...; y puesto que no había llegado todavía aquel momento, podía demorar para más tarde el preocuparse de él, y formularía sus planes sin parar su atención en esta contingencia. Así razonaba sobre su situación.

Ella no podía continuar viviendo por más tiempo bajo el techo familiar de Villa Laburnum; esto era incontestable. Debía salir de allí y aprender clara y concretamente cómo vivían las damas en la clase social de lord Algy. No es que pretendiese aparecer una vez más sobre el horizonte de lord Algy como una pulida Vere de Vere; es que, por su propia satisfacción, debía procurar hacerse igual a él en todos los aspectos. ¡Encontró tantas fruslerías frente a las cuales se sintió ignorante! Durante aquellos tres días, cada momento le dió una nueva visión de las cosas y le obligó a reconocer sus propias deficiencias.

—En la vida no hay más barreras que la estupidez y la vanidad — se dijo, — y éstas, al menos, no están en mi camino.

Sentíase muy predispuesta a tener con él una conversación de despedida, pero, dada su escasa propensión a lo dramático, esperaba que este deseo no tuviese la importancia que hubiera tenido para otra mujer cualquiera habituada a regular por la emoción amorosa sus situaciones dramáticas; se sentía atraída por el deseo de reunirse una vez más con él; pero se daba cuenta de esto y refrenaba sus impulsos.

Ello hubiera significado para lo futuro más dolor que placer, y con seguridad desbarataría toda posibilidad de progreso en su carrera social. Se envanecía por el hecho de haber tenido el valor de conocer experimentalmente los placeres de la vida, pero se sentiría consumida de vergüenza si se creyese colocada en una posición equívoca a causa de su propia debilidad.

Tenía Catalina Bush un orgullo luciferino. Comprendía de una manera clara — aparte toda custión moral, que a ella no le preocupaba — que lo que había hecho hubiera sido fatal para una muchacha como Gladys, o para otra muchacha cualquiera, pero no para ella, que poseía un excepcional espíritu crítico y una voluntad de hierro. Verdaderamente, consideraba en extremo peligrosos tales experimentos, que de ningún modo podían ser adoptados como norma de conducta. El camino recto y

estrecho de la virtud ortodoxa era el único que deben seguir la mayoría de las mujeres y el único que ella aconsejaría a sus hermanas o amigas; buena prueba de ello era que, por lo general, cuando las mujeres yerran padecen invariablemente por no tener el denuedo y la fuerza necesarios para detenerse a tiempo.

Catalina Bush tenía la seguridad absoluta de que sus propias emociones o su debilidad no serían nunca un obstáculo en sus empresas.

Antes de que lord Algy regresase de Gales, debía abandonar las oficinas de "Liv" y "Dev". Nunca le había dado las señas de su casa, y ningún rastro quedaría de ella. Buscaría en el *Morning Post* e intentaría conseguir algún puesto de señorita de compañía o secretaria de alguna gran dama. Tendría que proporcionarse el necesario equipo para presentarse como una persona sin tacha ni defecto. Y cuando esto estuviese realizado, el Destino abriría ante ella algún camino digno de ser seguido.

—Algún día ocuparé una de las posiciones más altas entre las damas de Inglaterra — se decía, mientras contemplaba sin pestañear las brasas ardientes.

Entonces, una vez trazados sus planes, se entretuvo en recordar, uno tras otro, los episodios de sus breves vacaciones.

Algy había estado completamente adorable. De nuevo se sentía conmovida al recordar cada uno de aquellos momentos. ¡Qué refinado y qué considerado! ¡Cuán elegantes sus maneras! Era además un hombre seguro de sí mismo, y su afabilidad contrastaba con la deplorable vanidad de sus amigos de los domingos, o con el presuntuoso engreimiento de sus hermanos Fred y Bert.

Si ella hubiese nacido en la clase social de Algy y tuviese, por derecho de nacimiento, aquellas prerrogativas que esperaba alcanzar por su poderosa inteligencia, ¡cuán grato sería casarse con él... durante unos cuantos años! Pero aun ahora, en este momento de vehemente y apasionado primer amor — que en ella era casi totalmente amor físico, — su espíritu sentíase lo bastante juicioso y razonador para no dejar de advertir el pro y el contra de una tal situación. Y a la vez que se daba cuenta de que le amaba con todo su ser, comprendía que, intelectualmente, no era un compañero digno de ella y que cuando aquella fascinación primera palideciese sentiría hastío hacia él.

Pero no era menos amargo el desgarramiento interior de su actual renunciación. ¡Nunca más sentirse amorosamente en sus brazos, nunca más oír sus cariciosas palabras de amor!

Si en la cumbre adonde enderezaba su esfuerzo ascensional brillaba una corona de título nobiliario que luciría después sobre su frente, durante el camino era necesario que fuese de hielo su corazón; al menos así lo creía ella en aquel momento.

Había hablado él, con verdadera ternura, de sus futuros encuentros. Como, a su regreso de Gales irían de nuevo a París; y que ella debía aceptar aquellos lindos vestidos y un anillo de brillantes que él le regalaría; porque ella era su amor, su nena querida... Catalina sabía que iba creciendo el amor que hacia ella tenía y no quiso nunca ensombrecerlo con un desengaño. Satisfizo un deseo suyo, pero igualmente pudo no haberlo hecho. De seguir con él un hábil ten con ten seguramente la hubiera hecho su esposa, pero esta idea no ocupó su atención más de un segundo.

Sí; hubiera sido su esposa, pero ¿con qué fin? Sólo para su humillación. No se creía aún preparada para ocupar una posición así con seguridad de éxito; se sabía ignorante, y la conciencia de su ignorancia destruía su confianza en sí misma y la dejaba a merced de las circunstancias. Por lo tanto, sería mejor que las cosas sucediesen según sus planes. No imaginaba que pudiera ser tan doloroso separarse de su amado Algy, ¡de su encantador Algy!

No podía permanecer sentada más tiempo. Se sintió sacudida por una convulsión de angustia y de ansiedad; alzóse del asiento y comenzó a pasear por el cuarto. Luego, se vistió de nuevo, salió y siguió paseando, ya de noche, entre la multitud, con el alma llena de una emoción apasionada.

Cuando, una hora después, regresó a su casa, luego de vagar por las calles húmedas, entre la gente, la batalla estaba ganada.

Biblioteca Nacional de España

Y aquella noche pudo dormir sin derramar una lágrima.

Capítulo III

Unos quince días después, Catalina se reunió con Matilde en el Café Popular de Lyons, a la hora del té, un miércoles por la tarde. Livingstone y Devereux, que habían salido de Londres en viaje de negocios, le concedieron medio día de vacación. Catalina había madurado sus planes y tenía en marcha sus proyectos; por lo tanto, creyó oportuno comunicárselos a la única hermana por quien se interesaba. Matilde, encantada de encontrar un pretexto para "ir a la ciudad", se presentó con el mejor sombrero y el rostro sonriente. Siempre era Catalina generosa con ella, aunque empleaba la misma prudencia en la administración de su dinero que en las demás cosas.

—Todo está muy bien. Tilde —dijo con su voz profunda, después de haber hablado unos instantes de diferentes temas; —pero estoy aburrida, completamente aburrida, ¡vaya! Aburrida de "Liv" y "Dev"; aburrida de la vieja y odiosa máquina que no cambia de trabajo; aburrida de ver a las gentes de otra clase a través de la mampara de vidrio..., y me propongo abandonar todo esto.

—¡Pero qué dices, Catalina! —exclamó la primogénita de la familia Bush, mientras se servía el cacao, —¡Cómo! Un empleo tan bueno como el que tienes en casa de "Liv" y "Dev" y treinta chelines semanales, y vacación completa los sábados, sin contar días como éste! ¡Tú estás loca, hermana mía!

Y luego continuó comentando algunas de las observaciones de su hermana.

—¿Y qué quieres dar a entender por "gentes de otra clase"? Pues qué, ¿no seríamos nosotros de tan buena clase... si tuviéramos su dinero?

Catalina Bush, dejando sobre la mesa su taza vacía, replicó:

—No lo seríamos; y si no fueras tan ignorante, mi vieja Tilde, lo comprenderías. Hay múltiples clases de gentes por encima de nosotros; pueden no ser más inteligentes — en realidad, son a veces bastante necios, — pueden no ser más ricos, pero hay *ladies* y *gentlemen*.

Matilde se sintió personalmente insultada.

—¡A fe mía, Catalina, que si tú eres tan poquita cosa que no te consideras como una joven lady, yo soy algo más! Siempre dije que te atiborrarías de una morralla de ideas raras con aquellas conferencias nocturnas y aquellas clases de francés, en lugar de venir con Glad, con Bert, y conmigo al cine, como una buena cristiana. Yo creo que eran tareas más estúpidas, y parecía como si nosotros no hubiésemos recibido una educación conveniente; todo ello, te aseguro que no ha servido más que para que tengas una cabeza descompuesta.

Catalina Bush sonrió complacida y dirigió a su hermana una mirada desconcertante, con atención sostenida. Matilde sabía que probablemente tendría que oír varias verdades como puños. Ella podía manejar a Gladys bastante bien a pesar de su risita falsa y de su inconsciencia, pero nunca fué capaz de tener la menor influencia sobre Catalina, desde que a raíz de la muerte de su madre, hacía ya años, hubo de ocupar su lugar en aquel hogar de huérfanos. Catalina siempre había sido singular, única. De niña, tenía un carácter perverso; silenciosa y arisca, siempre estaba en lucha con Bert, un muchacho atrayente que era el preferido de las otras hermanas. Matilde recordaba muy bien muchas escenas en las que Catalina la había dejado desconcertada. Aparecía con frecuencia desdeñosa y descontenta, y acostumbraba a sentarse con un libro en la mano, contemplando ceñuda y hostil a sus hermanos cuando, el domingo, recibían a un par de amigos alborotadores, a la hora del té; ni una vez unió su voz al coro en las canciones cómicas, porque sencillamente odiaba aquellas audiciones de gramófono.

—A veces dices tonterías enormes, Tilde — repuso tranquilamente Catalina. — No sería razonable que yo me considerase como una joven lady, porque, en mi situación presente, cualquiera que sepa apreciar la calidad de las gentes, se daría cuenta de que no lo soy...; aunque espero llegar a serlo algún día. Tú podrás hacer algo para ello.

—No sé yo qué pretenderás ser, que nosotras no seamos ya — dijo Matilde irguiendo la cabeza. — Mabel Cawber dice siempre que nosotros somos la familia mejor educada entre todas las que viven en la Pradera de Bindon: ¡y Mabel, seguramente que de esto entiende bastante!

—¿Porque su padre era procurador y porque ella no ha puesto mano al trabajo en su vida? — dijo Catalina con una sonrisa que hizo perder la tranquilidad a Matilde.

— Mabel es una perfecta señorita — afirmó ésta, indignada.

— Eso creo que te lo podré decir yo dentro de un año — dijo reflexivamente Catalina; — por ahora no tengo experiencia bastante para asegurarlo, pero sospecho fundadamente que no lo es. Mira, Tilde, tú formas tus ideas de las cosas con esa hojarasca que lees y con esas conversaciones ridículas y disparatadas que oyes a Fred y Albert cuando vuelven de las reuniones del Club de Fraternidad Nacional diciendo estúpidas niñerías acerca de la igualdad de todos los hombres.

—¡Pues claro que sí, todos somos iguales! — prorrumpió Matilde, todavía enojada.

Catalina Bush sonrió de nuevo.

— Bien, me gustaría que pudieras apreciar las diferencias entre Fred y Bert, y los caballeros que yo veo tras de la mampara de vidrio. Todos tienen ojos y nariz y piernas y brazos; en eso, son iguales; pero hay en ellos alguna otra cosa que los distingue, y si tú supieras algo acerca de la evolución, podrías comprender en qué se diferencian.

—¡Podría...! — dijo despectiva e indignada.

— Sí. Es algo que está dentro de las cabezas; hay algo en las ideas, producido en cientos de años de vivir en diferente ambiente, con puntos de vista más amplios...; inmensas diferencias en los pequeños usos y maneras de lenguaje y de conducta. Si alguna vez hubieses visto y hablado a un verdadero *gentleman*, lo comprenderías, Tilde.

Matilde se mostraba difícil de convencer y en actitud agresiva.

— En ninguna familia de Inglaterra encontrarás dos muchachos más honrados y más rectos que nuestros hermanos, y en cambio muchas de esas gentes que van a que les presten dinero, serán unos tramposos!

Catalina se quedó meditabunda.

— Probablemente. Aquello a que yo me refiero no tiene que ver con las cualidades morales; no tiene, aunque yo supongo que debiera tener que ver con ello. La semana pasada tropezamos con un verdadero estafador, y su aspecto y su modo de expresarse eran los de un perfecto *gentleman*, y sus maneras, fáciles y elegantes; él no hubiera hecho nunca una cosa de mal gusto, como las que hacen con frecuencia Fred y Bert.

—¡De mal gusto! — exclamó Matilde con grande enojo.

— Sí, todos las hacemos. Ningún *gentleman* está siempre diciendo a la gente que él es un *gentleman;* Fred y Bert lo dicen una vez a la semana, por lo menos. Y le conceden a esto una gran importancia. Los que son *gentleman* no se muestran petulantes y quisquillosos; están demasiado seguros de sí mismos y no pretenden nada del juicio ajeno; se conducen con perfecta naturalidad, y hay que aceptarlos así. No cambian sus maneras porque vayan en traje de casa o en traje de etiqueta, ni se avergüenzan de conocer a alguien. Fred no habla con Ernie Gibbs cuando sale con Mabel, aunque han ido juntos a la escuela.

—¡Ernie Gibs! Pero, Catalina, ¡si es un simple capataz de la fábrica de gas de Bindon! ¡Naturalmente! ¡Mabel lo tomaría a mal!

Matilde pensaba que su hermana se mostraba demasiado estúpida.

— Sí; estoy segura de que lo tomaría a mal; es justo...

— Y con mucha razón...

Catalina se encogió de hombros. No servía de gran cosa argumentar con Matilde. En la vida había pensado Matilde en un problema por sí misma; y, por otra parte, tampoco tuvo nunca el privilegio de conocer a un hombre tan atrayente como lord Algy, y, aunque le hubiese conocido, no hubiera sabido

Biblioteca Nacional de España

ver el abismo insondable que ella, Catalina, había visto entre su clase y la clase aristocrática a que aquél pertenecía.

—Dicen que Fred es un subastador de almonedas muy capacitado porque su padre y su abuelo lo eran. Oirás decir a la gente que "lo lleva en la sangre". Pues bien, Tilde; ¿y por qué es esto así? Porque la herencia actúa en nosotros, como en los animales. Así, cuando el padre de un hombre, y su abuelo, y aún muchas generaciones atrás han sido caballeros habituados a mandar a sus inferiores y a llenar cumplidamente los deberes de su posición, ¿no se imprimirán en él los rasgos de este tipo de vida, de manera tan marcada como los del subastador de almonedas se han impreso en Fred?

Matilde no encontraba fácil la respuesta. Se sentía enojada; pero no brotaban palabras de sus labios. Catalina continuó:

—Estas cosas no nos vienen como llovidas del cielo; o las tenemos por instinto, a través de una larga línea de antepasados, o necesitamos poseer bastante inteligencia para adquirirlas por nosotros mismos, aprendiéndolas de aquellos que vemos que poseen ya lo que nosotros necesitamos conseguir.

Matilde pidió otra taza de cacao. Le disgustaban los puntos de vista de Catalina.

—Mira —siguió la joven; —nadie que verdaderamente valga algo se lo estará diciendo a los demás a cada paso. "Liv" y "Dev" no van diciendo que ellos son dos de los más perspicaces hombres de negocios de Londres..., y todo aquel que los conozca lo sabe. Tú y nosotros, todos, no tenemos que contar a nadie que pertenecemos a la baja clase media, porque esto salta a la vista; pero tendríamos que decir que somos unas señoritas y unos caballeros, precisamente porque no lo somos. Lord Al..., bueno, un lord cualquiera que llegue a nuestra oficina no necesita decirnos que es un aristócrata; lo conocerás en sus maneras al cabo de un minuto. La ficción, la impostura, necesita vociferar para hacerse oír. Mabel Cawber se considera la flor y nata de la elegancia; Fred cree que deslumbra a las gentes diciéndoles que él es todo un caballero y no dirigiendo la palabra a Ernie Gibbs, que es un buen muchacho. Emily dice que es una gran criada "para todo" y no sabe encender una chimenea, ni se molesta en aprenderlo. George Berker, en nuestra oficina, se tiene por un empleado de primer orden, y siempre hay embrollos en sus cuentas. Toda verdad habla por sí misma. Yo me he propuesto ser en todo momento absolutamente veraz; para vencer, procuro armarme de una mayor cultura.

Matilde, aunque quebrantada, mantenía su tono polémico.

—Entonces, querida mía, estoy segura de que tendrás éxito —prorrumpió Matilde.

—Sí, también yo lo espero. —Y disparando su bomba, añadió: —Podré tardar más o menos tiempo, pero esto no importa. He dado ya mi primer paso que ha consistido en dejar la oficina de "Liv" y Dev" el viernes, y espero que entraré de secretaria de Sara lady Garribardine, que vive en *Berkeley Square*, 110.

Matilde se quedó tan estupefacta, al oír a su hermana, que hubiese sido posible derribarla al suelo "con sólo empujarla con una pluma", como ella dijo a Gladys por la noche. Pensó que Catalina no decía nunca nada hasta que sus asuntos estaban terminados, y sólo tuvo fuerzas para exclamar, con voz ahogada:

—¡Oh, querida!

—Si lo consigo, ocuparé mi nuevo cargo desde la próxima semana. He tenido una suerte enorme.

—Muy bien; ¿y cómo ha sido ello? —preguntó Matilde.

—Vi un anuncio en el *Morning Post;* era un anuncio extraño que parecía haber sido redactado por una especie de admirable Crichton: se necesitaba una persona que practicase la taquigrafía, con la rapidez del rayo, y la mecanografía; y que hablase francés, leyese en voz alta, conociese bien la literatura inglesa y pudiese cumplir perfectamente los deberes de secretaria.

—¡Oh, querida! —dijo de nuevo Matilde; —pero tú no conoces ni la mitad de estas cosas, Catalina. ¿No es cierto

que ninguno de nosotros sabe el francés?

Catalina sonrió; ¡cuán poco la conocía su familia!

—Escribí primeramente, y les hice ver que exigían mucho; pero que yo llevaba tres años empleada en casa de Livingstone y Devereux y me había acostumbrado a redactar cualquiera clase de cartas que pudiera necesitar para sus negocios un prestamista, y esperaba que podría capacitarme pronto para hacer las demás cosas.

—¿Y estás muy segura de obtenerlo, Catalina?

—Sí; espero que sí. Iré a verla el sábado.

—¿Y qué informes ofrecerás, además de los de "Liv" y "Dev"? A algunas gentes no les gustan los prestamistas.

—Escribí diciendo que no tenía otras, pero que ellos atestiguarían mi capacidad. Poco faltó para que le diese un ataque a "Liv" cuando le comuniqué la noticia; casi gritaba para lograr que me quedase. Me es simpático el viejo "Liv", y dirá de mí la verdad.

—¿Y han contestado?

—Sí, sólo para decir que podía acudir el sábado a una entrevista.

—Así, pues, desean verte... Y dime, ¿qué familia es?

Aquí Catalina recitó los detalles que había aprendido en el Debrett, la guía en cuyo manejo era tan experta.

—Entonces —comentó Matilde, —es una anciana lady, sin hijos, excepto una hija casada. En este caso, será la cosa más fácil para ti. Pero ¿por qué se llama Sara? Con frecuencia me pregunto esto cuando leo nombres en el *Flare*. ¿Por qué Sara lady Tal o Cual, y no simplemente lady Tal?

—Se suele decir así cuando la señora no es la madre del heredero del título, y éste está casado— dijo Catalina; —pero, aunque sea la madre, si pone su nombre de pila junto al título, parece que suena a nombre de persona más joven. "Dev" dice que la viudez en la aristocracia ya no está de moda. En la buena sociedad todas las viudas son ahora "Sara" o "Cordelia", y cuando él comenzó los negocios no había más que dos o tres. La reina Victoria nunca pudo sufrir esta necedad.

Matilde parecía muy interesada.

—¿Y qué piensas hacer en cuanto a vestidos, Catalina? Tú no tienes cosas llamativas y elegantes, como Gladys. Si no fueras tan alta, ella te podría prestar su vestido de tafetán morado.

—¡Oh, ya me las arreglaré! Hablaré con Gladys esta noche; ella suele ver damas elegantes en casa de Ermantine y me podrá decir qué cosas llevan. Mañana, a mediodía, iré de compras.

—Bueno; me dejas aturdida —confesó Matilde. —¿Y entonces, vas a dejar del todo nuestra casa?

Matilde mostraba los ojos empapados de lágrimas.

—Tú nunca has sido, en realidad, "de casa", Catalina.

—No, verdaderamente no. Con frecuencia me pregunto qué azar me ha traído entre vosotros para ser siempre la nota discordante, el jarro de agua fría. Quizá he salido a algún antepasado que era muy diferente de vosotros. Siempre he tenido el proyecto de marcharme en cuanto estuviese en condiciones de hacerlo.

—Nunca te has preocupado de nosotros, nunca, Catalina.

Catalina permaneció completamente inmóvil.

—No, de los otros, nunca; pero de ti, siempre, Tilde; y no he de olvidarte nunca, querida hermana mía. ¡Bien!, no sigas escandalizando como una criatura, que la gente de esta otra mesa te está mirando.

Sabía que este argumento calmaría a su hermana, que era sumamente sensible a la opinión ajena.

—Y existiendo la posibilidad de que no te admitan en la casa —sugirió Matilde, con voz todavía trémula, —¿por qué se lo has comunicado ya a "Liv" y "Dev"? Lo encuentro sumamente arriesgado.

—En ese caso buscaría otra cosa. Estoy decidida a arriesgarme, y a ver un mundo nuevo, suceda lo que suceda.

Aquella noche, después de cenar, Gladys fué invitada con Matilde para ir a la caldeada habitacioncita de Catalina. Era éste un honor que fué debidamente apreciado por ambas.

—Necesito hablar de vestidos. Glad —dijo, cuando estaban ya todas junto

Biblioteca Nacional de España

a la pequeña chimenea. — Ya he explicado a Tilde que desde el sábado tendré un nuevo empleo.

Esta declaración produjo el mismo asombro y las mismas exclamaciones que había producido a Matilde. Cuando se hubo restablecido la calma, Gladys se sintió muy satisfecha de poder mostrar sus superiores conocimientos.

— No me interesa oír hablar de las actrices a quienes vestís, o de las *ladies* que parecen actrices; lo que deseo saber es cómo viste, por ejemplo, una condesa, una verdadera condesa de ilustre cuna.

La señorita Gladys Bush sonrió desdeñosamente.

— ¡Oh, sí!, quieres decir una de esas respetables viejas regañonas; como aquéllas a quienes no podemos convencer para que lleven falda estrecha cuando comienza a ser de moda, o para que dejen de llevarla cuando ya ha pasado. Hablar de ellas es bastante fácil; lo que no es ya tan fácil es llegar a tener su "presencia".

— Probablemente no conseguiría yo mi empleo si tuviese su "presencia", —observó únicamente Catalina.

— Lo mejor sería que te hicieses algo como lo que hemos hecho para lady Beatriz Strobridge esta última semana — indicó Gladys. — Podíamos copiarlo en casa, pero será difícil hacerlo para el sábado. Es preferible que te pongas tu vestido de sarga azul y que compres un sombrero nuevo para la próxima entrevista.

— Lady Beatriz Strobridge debe de ser la esposa del honorable Gerardo Strobridge, el sobrino del difunto marido de la dama a cuyo servicio voy a entrar. Strobridge es el apellido de los Garribardine.

Catalina se había informado diligentemente acerca de toda la familia, y sabía de memoria los detalles referentes a cada uno de sus miembros.

— Está casada desde hace sólo dos años — continuó Gladys. — Se llamaba Thorvil, de soltera; lady Beatriz Thorvil.

— Su cuñado es el que lleva el título; su esposo es el más joven de los hermanos — citó Catalina, recordando el Debrett. — Su esposo tiene treinta y cinco años; su cuñado, cuarenta.

— Por cierto que ella es bastante zafia — observó Gladys. — Una de tantas con quienes luchamos a diario, que encuentran bien las cosas, pero en cuanto ponen la mano en ellas estropean su estilo. Suelen venir juntos, de ordinario, y arman entre los dos un alboroto; él la llama a cada paso "querida" y "preciosa mía", y todas las chicas nos morimos de risa con sus necedades.

— Por lo visto, debe de ser guapa — indicó Catalina.

Ella sólo hacía preguntas cuando deseaba un informe concreto, nunca superfluamente; y ahora convendría conocer algo acerca de la familia de su probable nueva señora.

— No estaría mal si no se encorvase tanto. No tiene otra cosa que lucir más que su presencia, el conjunto. A veces, está bien; o, por lo menos, las prendas están bien cuando las mandamos a su casa, mas ella añade luego un poquito por acá y otro poquito por allá, y lo estropea.

En este punto interrumpió Matilde:

— De manera que ésta es una de las *ladies* que tendrás que conocer en tu nuevo cargo, Catalina. Harás bien en llevar el mismo modelo; con eso les demostrarás que vales tanto como ellas, si tienes un vestido de casa de Ermantine.

Pero Catalina pensaba de distinto modo. Estaba de acuerdo en que debía llevar algo en el estilo discreto que lady Beatriz había elegido, pero no una verdadera copia, y después de convenir algunos detalles, sus hermanas se fueron a dormir.

Cuando se hubieron ido, ella se sentó ante el fuego, contemplándolo ensimismada, mientras meditaba durante unos minutos. Luego sacó una carta de su blusa y la releyó. Era de lord Algy: una dulce cartita amorosa, justamente para decirle que no le era posible esperar todo un mes para verla y que regresaba a la ciudad en la próxima semana. ¿No querría comer de nuevo con él en el viejo rincón y volver quizá al *Great Terminus?* Concluía la carta con protestas del más apasionado afecto.

No, nunca más. Había gustado de la

copa de la felicidad. El Destino quería que pagase su precio. Necesitaba ahora el valor necesario para renunciar al placer ulterior. Una vez, era experiencia; la reincidencia sería debilidad que podía convertirse en hábito que la condujese a un abismo, ante cuya imagen se sentía horrorizada.

Catalina Bush no había leído nunca la obra maestra de Teófilo Gautier, pero existía algo en su carácter, como observó lord Algy, que se asemejaba al de *mademoiselle* de Maupin.

Se dirigió a su pequeño escritorio y sacó una hoja de papel; luego, con su firme letra redonda, que tenía un aspecto viril, escribió estas breves líneas:

"Querido Algy: deseo que me olvide usted del todo. Guardo un grato recuerdo de nuestra pequeña excursión; pero nunca volveré a hacer otra. Dejo la casa "Liv" y "Dev" antes de que usted regrese, y ya no me volverá a ver.

"Suya siempre, con todo afecto,

"C. B."

Dobló el papel, lo metió en el sobre, escribió la dirección y puso el sello; luego la llevó para el correo de la mañana.

Su rostro estaba blanco y rígido. Necesitaba una voluntad firme para renunciar a la felicidad presente, que tenía en sus manos, por grandes que fuesen las esperanzas puestas en el futuro.

Capítulo IV

Sara lady Garribardine decía a su sobrino, Gerardo Strobridge, que había almorzado con ella aquel sábado:

— Ahora debes irte, Gerardo. Estoy esperando a mi nueva secretaria.

— ¿Y cómo se las arreglará usted sin la señorita Arnott? Me parece que era insustituíble.

— Lo era, en efecto. Ahora estoy en tratos con una muchacha de un tipo completamente distinto. Ha sido taquimecanógrafa de un prestamista.

El señor Strobridge alzó las cejas y sonrió extrañamente. Su tía Sara siempre era original.

— Entonces, la dejo a usted, Beatriz se ha hecho a la idea de no apartarse de Arberry, y tendremos que ir en el auto a las tres.

— ¿Está muy fatigada Beatriz?

— No...; ha estado escribiendo versos toda la mañana.

— No debieras haberte casado, Gerardo; no lo habrías hecho si Alicia Southerwood no hubiera enviudado... Pero un hombre no siempre sabe afrontar sus obligaciones.

Gerardo Strobridge se rió.

— Bien; permítame usted, ¡oh, la más prudente de las tías!, que bese su mano y que me despida hasta la semana próxima.

Y uniendo la acción a la palabra, abandonó la habitación en el preciso momento en que el criado iba abrir la puerta para anunciar:

— La señorita Bush.

Gerardo lanzó una rápida mirada a Catalina. Esta es — pensó — la joven que va a sustituir a la simpática señorita Arnott. Tiene un aspecto completamente vulgar. Y se fué escaleras abajo.

—Tenga usted la bondad de acercarse y siéntese aquí, a la luz — dijo lady Garribardine, mientras Catalina se dirigía hacia ella.

Aparecía bien ataviada Catalina con su mejor vestido de sarga azul y un sombrero nuevo, no elegido por Gladys. Llevaba los cabellos apretadamente trenzados, sin la menor pretensión de conseguir con ello una gran "presencia". Unos guantes de Suecia grises, comprados en París por lord Algy, cubrían sus manos maravillosas, que descansaban sobre la falda.

— ¿Qué edad tiene usted? — preguntó lady Garribardine a modo de introducción.

— Cumplí veintidós años en septiembre último. — En la profunda voz de Catalina Bush no había la menor modulación de nerviosidad. Se sentía tranquila.

— ¿Qué familia tiene usted? ¿qué posición? — Lady Garribardine creyó que debía averiguar esto antes de pasar más adelante.

— Pertenecemos a la clase media. Mi

Biblioteca Nacional de España

padre era subastador de almonedas en *Bindon's Green*, que es donde vivimos. Mi madre y él han muerto. Tengo una hermana en la casa de modas de *madame* Ermantine; las otras no trabajan. Mi hermano mayor sigue la profesión de mi padre, y el más joven está en un banco.

—¿Y cuánto tiempo hace que trabaja usted?

—Desde que tenía diez y nueve años. Antes he llevado la contabilidad de un tocinero.

—Realmente... ¿cree usted que será capaz de desempeñar bien su cargo?

—No es fácil ser una buena secretaria de un prestamista, y además taqui-mecanógrafa.

—No..., quizá no.

—Los señores Linvingstone y Devereux informarán a usted de que yo no cometo errores.

—¿De veras?

Catalina se mantuvo en silencio.

—Verdaderamente—repitió lady Garribardine.—Parece dar usted a entender que se hace cargo de las cosas con cierta rapidez.

—Sí.

—Desde luego, es una ventaja. Yo esperaba encontrar algo excepcional cuando puse el anuncio.

—Sí, ya lo advertí; y precisamente porque había algo poco frecuente en el anuncio, me decidí a escribir ofreciéndome.

Se preguntaba si sería conveniente colocar de vez en cuando algún "lady" en sus respuestas. Se acordaba de Hanson, el ayuda de cámara de lord Algy, que tanto prodigaba estas muestras de respeto que la habían cohibido no poco. Además, "Liv" y "Dev" también las usaban mucho para los clientes nuevos y bien emparentados; pero ella no deseaba mostrarse más obsequiosa de lo necesario. Debía observar y escuchar, como había observado cuando las ostras.

—¿Sabe usted leer en voz alta?

Lady Garribardine tenía fijos en ella sus brillantes ojos castaños, que contrastaban muy desfavorablemente con aquella peluca de color bronce y oro que llevaba con tanta audacia.

—No he ensayado nunca. Si cuando yo cometo un error por primera vez se me corrige, creo que no incurro en él dos veces.

—Eso ya es algo; tiene usted una bonita entonación. ¿No la habrá adquirido usted en..., con el tocinero...?

—No; la he adquirido escuchando a personas de clase distinguida, cuando venían a buscar dinero. Al principio yo tenía, como mis hermanas, un dejo nasal, de barrios bajos.

—Esto indica que es usted capaz de aprender cosas.

—Sí, sólo las gentes estúpidas son incapaces de ello.

—¿Entonces usted no es estúpida?—

—No..., pero los señores Livingstone o Devereux podrán decírselo a usted; cualquiera de ellos informará de mí.

Lady Garribardine encontraba divertido el diálogo; luego inició una digresión en su riguroso interrogatorio.

—¿Le resulta a usted agradable tratar con judíos?

—Mucho. Con ellos sabe uno a qué atenerse. Aunque no pretenden pasar por generosos, hay algunos que lo son bastante.

—¿De veras?

—Sí. Yo creo que la gente tiene ideas preconcebidas acerca de los judíos que son falsas, por regla general. Saben el precio que deben pagar por las cosas. Son mucho menos locos que otras razas. Yo les tengo respeto.

—Eso es muy interesante.

Catalina guardó silencio.

—¿Por qué deja usted su empleo actual?—dijo lady Garribardine después de una pausa durante la cual dirigía su mirada implacablemente excrutadora a su posible secretaria.

—Porque he aprendido de ellos todo lo que me podían enseñar, y deseo un nuevo campo...

—¿Y cree usted que lo encontrará a mi lado?

—Junto a una dama, dentro del mundo de ustedes... Allá donde se vaya, puede una aprender algo, si es que se desea.

—Muy cierto. Y en cuanto al francés ¿lo habla usted?

Catalina Bush se sonrojó un poco. Le vino el recuerdo de lo profundamente

extraño que resultó a su oído el francés de París.

—Sé escribir con toda corrección, pero he descubierto que mi acento es ridículo—declaró con entera franqueza.

—¿Y cómo fué ello?

—Lo he aprendido yo sola, en gran parte; luego, lo he oído hablar y he visto que mi pronunciación es incorrecta.

—¿Cree usted que podrá vencer esos defectos?

—Si permaneciese en Francia algún tiempo, sí.

—¿Ha viajado usted?

—En realidad, no. En una ocasión he estado en París durante unas vacaciones. Acerca de otros lugares, si algo sé, es por mis lecturas.

—¿Y de literatura inglesa?

—Esto es lo que más me ha interesado. He leído muchos libros. Leo ordinariamente hasta cerca de la una de la mañana.

—¿Tiene usted buen carácter? No será usted altiva, ¿eh?

—Según... Yo sé que cuando se cobra dinero por hacer una cosa hay que consagrarse a hacerla, y que hay que suprimir el tono y las maneras que no sabríamos tolerar ni un segundo si fuésemos nosotros los que pagamos.

—Esa es una buena definición de lo que debe ser un servicio respetuoso.

—Es, sencillamente, sentido común.

—No parece usted desprovista de él.

Nuevo silencio.

—¡Yo no tengo buen genio!—dijo, riendo, lady Garribardine. Parecía muy divertida con el diálogo y con el modo de ser de la muchacha.

—Sospecho que no.

—¿Cómo?

—He aprendido a conocer rápidamente los caracteres en casa de Livingstone y Devereux...

—¿Es usted observadora?

—Creo que sí.

—¿Sabe usted tocar el piano?

—Antes lo hacía y tenía una positiva aptitud para leer música, pero desde que tuvimos gramófono he dejado de ejercitarme... Llegué a aborrecer la música.

—Es un detalle que me satisface...

Levantóse la señora y se dirigió a su escritorio, en el que había un terrible revoltijo de papeles de todas clases. Buscó entre ellos y sacó dos cartas.

—¿Tiene usted la bondad de contestar estas dos cartas, señorita..., cómo..., Bush? Así podré juzgar mejor su capacidad.

Las tomó Catalina; en un sobre halló escrito con lápiz y unas letras como patas de araña: "Rehusar amablemente", y en el otro: "Sacudírsela de encima lo mejor que se pueda".

Miró un momento hacia el vade, buscando un sitio libre de papeles, se sentó y eligió una pluma, mientras lanzaba por encima de la mesa su mirada serena e inteligente.

—¿Tiene milady algún papel especial para escribir estas cartas?

Le pareció a Catalina que era aquel un momento oportuno para emplear el tratamiento honorífico.

—Sí, este papel blanco, con la corona en negro y la dirección.

Lady Garribardine se sentó junto al fuego, fija en él la mirada. Hacía años que no le había interesado tanto una persona.

Catalina Bush leyó cuidadosamente las cartas, del principio al fin, y releyó la primera. Luego comenzó a escribir:

"Señor Secretario de la Liga contra la poligamia entre los mahometanos de la India.

"Muy señor mío: A ruego de Sara lady Garribardine tengo que manifestar a usted que, aun simpatizando vivamente con los admirables fines de su Liga, juzga que el campo sobre el que ha de extender sus actividades es demasiado vasto para que su modesta contribución pueda constituir una ayuda eficaz; y a la vez que agradece a usted sus interesantes folletos de información sobre este asunto, lamenta no poder ofrecerle un auxilio más positivo.

"De usted muy atenta y s. s.,

"CATALINA BUSH,
"Secretaria."

En la otra carta puso:

Biblioteca Nacional de España

"Señora Directora de la Casa de detención y corrección para mujeres.

"Muy señora mía: Me tomo la libertad de indicar a usted que Sara lady Garribardine ha de abandonar la ciudad muy en breve, por cuya razón no puede gozar del placer y el honor de visitar su benéfica institución. En nombre suyo le expreso su más vivo agradecimiento por haber sido invitada a tal visita.

"Queda de usted atta. y s. s.,

"C. Bush (Sec.)."

Después miró atentamente la dirección que había de poner en el sobre; la escribió, y cuando todo estuvo dispuesto, levantóse y entregó las cartas a la "joven-anciana" lady, que seguía junto al fuego.

Permaneció en completo silencio mientras fueron leídas, y luego sonrió interiormente, al ver que reía con cierto cinismo lady Garribardine.

—¡Creo que desempeñará usted bien su cargo, señorita Bush! Tenga la bondad de buscar unos sellos y ponga las cartas en el cestillo del correo; toque usted el timbre y... puede liar su petate para el miércoles próximo.

Era un exabrupto, pero a Catalina le pareció que sucedía lo que debía suceder.

—¿No necesita usted el testimonio del señor Livingstone o del señor Devereux?

—No; puedo juzgar por mí misma. Buenos días.

Un instante después de haber sonado el timbre apareció el criado, a quien siguió hacia la escalera, así que hubo saludado con una cortés reverencia a lady Garribardine. Pronto se encontró en la calle, y un extraño sentimiento de alegría inundó su corazón.

Ella conocía muy bien el *West End*, el barrio aristocrático de Londres, y caminando con presteza a lo largo de *Hill Street*, más allá de *Dorchester House*, entró en el Parque. Los árboles estaban ya sin hojas. Era un día de noviembre hermoso y claro, lleno de luz y de movimiento.

En la primera parte de su nueva empresa, había vencido por completo.

Recordó el conjunto de las impresiones recibidas: En primer lugar, la casa era hermosa, tenía "presencia", si es que puede decirse esto de las casas. Es decir, estaba divinamente puesta y contenía todo lo que ella conjeturaba, según sus estudios de la Colección Wallace, que debía constituir un ajuar costoso y raro. Había algunas cosas que le parecían feas; pero sabía, por experiencia, que la "presencia" tiene a veces sus fealdades, como se deducía de las verbosas descripciones de Gladys.

Aparte su "presencia", tenía un aire de distinción. Evidentemente era la morada de uno de esos ciudadanos del mundo de lord Algy. El caballero con quien había tropezado a la puerta del saloncito de confianza pertenecía con seguridad a su clase y presentaba un aspecto bastante agradable.

En cuanto a su futura señora, era un "ejemplar" nuevo para ella. Catalina quería expresar lo que los franceses llaman un "*type*"; pero ella no conocía esta palabra.

—De seguro que tiene más de sesenta años—se dijo a sí misma.—Es una mujer naturalmente morena y su cabello debe ser gris. Pero todo lo hecha a perder con esa estúpida peluca de oro, con esos rizos apretados. Poseería una hermosa figura, para su edad, si no estuviese comprimida dentro de ese corsé pasado de moda. ¿Por qué tan gran dama tendrá unas orejas tan grandes y unas manos tan rojas? Sus anillos están sepultados entre grasa. Seguramente padece algún defecto circulatorio. Su voz es una de "aquellas" voces: el equivalente femenino de las que oía tras la mampara de vidrio; sus maneras son fáciles, naturales. Es justamente tan insolente como sería yo si me encontrase en su lugar. Ha nacido para ello. Yo tendría que aprenderlo. Cuando ambas hayamos muerto, podrán decir de las dos que hemos cumplido bien nuestra misión en el mundo.

Así iba meditando Catalina Bush un día de noviembre por Hyde Park cuando, al volver hacia Albert Gate, se encontró súbitamente casi entre los brazos de lord Algy.

Capítulo V

¡Querida mía! ¡Qué deliciosa sorpresa!

—¡Algy! ¿De dónde sale usted?

Ambos quedaron sin aliento.

—Volvámonos hacia la Serpentine. Tengo que hablarle. Su horrible cartita ha hecho que me sienta completamente desgraciado. He ido hoy a casa de "Liv" y "Dev" y se han negado a darme su dirección. ¿Por qué ha sido usted tan cruel, amor mío?

—No he sido cruel, Algy.

Habían retrocedido y se encaminaban hacia el estanque.

—Le escribí...; deseaba pedirle que se olvidase por completo de mí. Nuestro gozo no puede continuar. Tengo otras cosas que hacer, mi querido Algy.

El corazón de Catalina Bush palpitaba aceleradamente. ¿Tendría valor, ahora que se encontraban cara a cara, para llevar a cabo su determinación?

Algy tenía un aspecto sumamente atrayente bajo aquella luz de ocaso. Poseía todo cuanto una mujer podía desear en su amado.

—Me encuentro ahora en un conflicto endiablado—dijo lamentándose lord Algy.—Mi padre se ha puesto terriblemente irritado a causa de mis negocios con "Liv" y "Dev", y he pasado una mala semana en Doncaster. He tenido un disgusto regular, y me he visto obligado a dar mi asentimiento para un traslado al ejército de Egipto durante tres años. Todos, hasta usted misma, están contra mí.

—No, yo no, Algy.—Había congoja y viva simpatía en su profunda voz.—Me disgusta ver que es desgraciado; bien sabe usted que yo le ayudaría si pudiese.

—Entonces, sea usted amable conmigo, amada mía, y no diga que no me volverá a ver más.

Catalina se dió cuenta de que era aquel un momento supremo y de que no debía titubear. Sintió el deseo vehemente de confortarle, de dejarse besar por él, de olvidar todos sus cuidados. El lado cínico de su carácter, aun en este momento patético, hizo que se le ocurriese la idea de que era una suerte el que se encontrasen en un lugar público.

—¿Cuándo marcha usted a Egipto?

—En cuanto lo tenga todo dispuesto; mi madre y mis hermanas irán a pasar allá el invierno; pero probablemente a mí me enviarán al Sudán.

Catalina había oído hablar de que solían matar leones o algo así por aquella parte del mundo; sabía también cuánto representaba este deporte en la vida de lord Algy.

—Se podrá dedicar a la caza, ¿no es cierto?—sugirió por vía de consuelo.

Pero lord Algy la miraba todo dolorido. Habían ido paseando por un sendero lateral y ahora se encontraban frente a dos sillas.

—Vamos hacia allá y sentémonos—rogó él.—Deseo contemplarla; no puedo, no quiero creer que se niegue usted a aceptar para siempre mi amor.

—Algy, si lo hago, no es sólo por mí, sino por usted.

Llegados a las sillas se sentaron. Lord Algy se echó el sombrero sobre la nuca; sus cabellos pulcramente peinados tenían un reflejo broncíneo al sol poniente; las arrugas de la frente daban la expresión de su congoja. Sus ojos, de mirada tan sugestiva, la contemplaban con amistosa persistencia. Catalina Bush tenía los dedos crispados dentro de los bolsillos de su levita.

—¿Por qué?, ¡Dios mío!, ¿por qué ha de apartarse de mi lado?—preguntó él apasionadamente.—Catalina, he padecido una equivocación tremenda con usted: ni yo mismo he sabido lo que debía hacer; pero ya antes de que viniesen sobre mí estos quebraderos de cabeza, había tomado la decisión de pedirle que se casara conmigo. Amor mío, podríamos ser, casados, tan completamente felices como lo fuimos en París. No hay nada en mi vida que yo recuerde con tanto cariño como esos días que pasamos juntos.

—Es usted muy bueno conmigo al decir esto; pero yo no me habría casado con usted por nada del mundo; con ello hubiera desbaratado todo, destruyendo un recuerdo que conservo limpio de to-

Biblioteca Nacional de España

da mancha. Escúcheme, Algy. Fuí con usted porque necesitaba de usted. Necesitaba comprender la vida, y hallar lo que hubiese de valioso en ella, y saber cómo son los hombres. Me encuentro en el principio del sendero de la vida, y deseo conocer sus valores máximos antes de morir. Pienso que por frío y tedioso que sea el camino que me toque recorrer más tarde, cuando quiera realizar mis proyectos, tendré por lo menos el grato recuerdo de las horas pasadas en su compañía. Así pues, me fuí con usted deliberada, conscientemente, pero no he de volver a hacerlo nunca. Mostrémonos los dos agradecidos por los momentos que pasamos juntos, y separémonos como amigos.

— No puedo; sencillamente, no puedo — protestó lord Algy, henchido más y más de emoción, a medida que amenguaba la esperanza de alcanzar sus deseos. — Es usted una mujer de una terrible sangre fría, Catalina, y yo no puedo ni quiero consentirlo. La quiero, la quiero ahora, esta noche — y al decirlo la estrechaba entre sus brazos. — Estoy enfermo de este anhelo ardiente que tengo de usted. También, otras veces, he viajado con muchachas: Jack Kilcourcy y yo fuimos, río abajo, con Laura de Laine y Mary Green este mes de junio. Laura era mi amiga y no valía nada comparada con usted, cariño mío, ni me importó un bledo cuando se marchó, y eso que eran verdaderas celebridades; Laura había vuelto loco a Berty Aberhams, pues era una mujer de las que hay pocas. Yo no había sentido nunca nada semejante a lo que siento por usted. Necesito, amada mía, hacerla mi esposa.

A medida que él hablaba, algo se iba debilitando en Catalina Bush; se sentía amargada por aquella manera irreflexiva de plantear el asunto, aunque comprendía que era perfectamente justa. Se había ido con él sin otras pretensiones que las que pudieron haber tenido aquellas señoritas del Teatro Frivolity. Analizó la simplicidad con que enfocaba la cuestión, y estimó el triunfo conseguido por ella en la concluyente expresión de sus sentimientos; pero todo ello serviría más bien para facilitar la realización de sus propósitos. Vió lo que significaría una reanudación de sus relaciones. Seguía mirándole, mirándole, sentado abatidamente a su lado, y luego le habló, con una voz más profunda que otras veces y llena de una tranquila resolución.

— Tiene usted que ser todo un hombre, querido Algy, y procurar gobernar su vida como yo quiero gobernar la mía. Ha de ser un gran soldado. Desciende de una gran familia antigua y debe recordar lo que todos sus antepasados han hecho, para que haya en su vida las mismas excelencias que en las de ellos. Es un ser mezquino el que se deja arrastrar sin rumbo. Si lo necesita puede acordarse de mí como de una muchacha que no era débil, a pesar de ser una simple muchacha que estaba muy por bajo de su clase. Si yo gozase de la misma posición que usted, me hallaría ahora dispuesta a casarme, y creo que dado mi carácter le hubiera empujado a hacer algo grande. Pero en mi posición actual yo no podría hacerlo; todo mi tiempo lo necesitaría para la labor de educarme yo misma, para sacar la cabeza a flor de agua, para intentar libertarme de la humillación que pudiera producirme el menosprecio de sus amigos. Es usted el más joven de los hijos, y su familia nunca se lo perdonaría. Llevaríamos una existencia abrumada por las estrecheces, en una desdichada pobreza, y a medida que fuesen aumentando los disgustos iría decreciendo el amor.

Se disponía él a interrumpirla; pero Catalina le puso junto a los labios su mano enguantada.

— No, querido Algy, no diga nada; deseo separarme de usted con el recuerdo de que me ha pedido que sea su esposa. No puedo serlo, por causa de los dos; y sabiendo usted esto, me destrozaría el corazón el oírselo repetir una vez más, pues el persistir en este deseo le aparta de los suyos. — Hizo una breve pausa e, inclinándose hacia adelante y clavando sus ojos en los de Algy, continuó: — Algy, quiero conservar de usted el recuerdo de un perfecto *gentleman*.

Catalina parecía haber vencido con este último toque; lo comprendió al instante. Lord Algy, ya con mayor entereza, irguió su hermosa cabeza, mientras el orgullo de raza brilló un instante en sus ojos, que al punto se empañaron de lágrimas.

— Es usted una muchacha espléndida, Catalina — dijo con voz ahogada; — una verdadera lady mucho más grande que esas necias con quienes tengo que danzar en los salones y tratar como amigas de mis hermanas. Usted, ¡por Júpiter!, me ha enseñado a respetar a las mujeres. ¡Yo sería el honrado si consintiera casarse conmigo, y mi familia tendría que alegrarse de ello!

— Gracias, Algy. — Al decirlo, su voz se volvió trémula. — Me ha comprendido, pues; yo le deseo que cumpla bien con su deber en Egipto... y..., Algy, procure no gastar tanto dinero; y cuando su familia haya pagado por usted, no vuelva a las andadas, para no caer de nuevo en manos de prestamistas. No todos son tan honrados como "Liv" y "Dev". Y ahora, digámonos adiós, sencillamente, sin lamentaciones...

— ¡Oh, es demasiado cruel! — exclamó Algy cruzadas las manos. — Catalina, es usted como *mademoiselle* de Maupin, aunque un poco más amable que ella.

Catalina púsose rígida, y sus ojos, que comenzaban a nublarse, se iluminaron con una mirada dura y brillante. Creyó que se refería de nuevo a alguna dama ambigua, de París quizá. Advirtió él que no había sido comprendido y añadió rápidamente:

— Es un personaje de una novela... de un tal Teófilo Gautier... Era como usted, una mujer maravillosa; desde el principio creí que se parecía a ella, pero..., ¡bah!, ¿por qué hemos de gastar estos últimos minutos en tales tonterías acerca de libros? Quiero decirle una vez más que la amo. ¡Oh, Catalina, si supiera usted cuánto!

Se había ido ablandando la dureza de aquellos ojos grises-verdosos, que ahora miraban con una divina dulzura.

— Algy — murmuró, — me gusta oírle decir que me ama. Usted sabe que también yo le amo. Y ahora, adiós, amado mío. No puedo sufrir por más tiempo.

Se levantó con rapidez y le tendió la mano. Ella anhelaba vehementemente que la hubiese tomado entre sus brazos.

Él se levantó también, pálido en extremo y con los ojos empañados.

Hubiera podido ser un novio ideal, pero Catalina Bush no perdía nunca la cabeza.

— Adiós, Algy, y que Dios le bendiga.

Dos paseantes se acercaban; si no, la hubiera besado. Así, pues, se estrecharon la mano y Catalina Bush se volvió, y a la escasa luz del crepúsculo se perdió entre la gente.

Él la siguió mirando hasta que hubo desaparecido, y luego se sentó de nuevo. Se sintió completamente desgraciado. Ella parecía tener un carácter admirable.

— Ante Catalina no soy más que un pobre desdichado — se dijo. — Pero yo no hubiera podido nunca presentarla a mi familia. Mi madre preferiría que me casase con Elaine Percival, con sus cinco mil libras de renta. — Luego sonrió desdeñosamente: — ¡Elaine Percival!

Por primera vez en su vida se puso a reflexionar acerca de las cosas. Desde luego, Catalina Bush era perfectamente justa. El matrimonio hubiera sido una locura, y así lo había creído siempre, antes de que su desposeído amor le impidiese razonar. Comprendía que durante aquellos meses últimos se dejó influenciar con exceso por móviles egoístas, y nunca se preocupó de las consecuencias que su conducta pudiese acarrear para sí mismo o para ella. Había estado a punto de hacer trizas la vida de ambos, tan sólo porque momentáneamente la deseaba. ¡Qué inaudita necedad! Y esta excelente muchacha supo conseguir que volviesen a pisar terreno firme. No era él de esos tipos que ruegan a una mujer que les esperen hasta que puedan ofrecerle una posición y un hogar; y, por otra parte, tal idea no hubo pasado jamás por su cabeza. No tenía este género de románticas ilusiones, y aun comprendiendo lo desesperado del caso, tenía estoicismo bastante para aceptarlo. Pero las cosas que ella le dijera le afectaron profundamente. Procuraría no dejarse arrastrar sin rumbo. Se esforzaría de continuo para cumplir con su deber y ser un buen soldado. Que no dijesen de él que se iba refunfuñando a Egipto.

Biblioteca Nacional de España

¡Oh, si hubiese una guerra en la que pudiese luchar!

El actual período de su vida, fácil, agradable, había llegado a su término, y ahora tenía que afrontar realidades muy molestas; pero podría llevar siempre en su corazón el recuerdo de aquella espléndida muchacha, el recuerdo de la fortaleza de Catalina, que le impidió cometer lo que para ambos hubiera sido una locura.

Cuando se acercaba ya a la salida del Parque sintió renacer la confianza en sí mismo.

Entretanto, Catalina Bush había tomado un ómnibus y se dirigía hacia Victoria: cuando llegó a Villa Laburnum y ya en su cuartito, apuntó cuidadosamente en su pequeño block de notas: "*Mademoiselle* de Maupin, en un libro de Teófilo Gautier", mientras pensaba:

"No me ha dicho el título del libro, pero puedo leer todos los que haya escrito este hombre. Iré el lunes a la Biblioteca Francesa."

Luego se sentó en su butaca, frente al fuego, e hizo un examen de la cadena de acontecimientos.

Se había embarcado en una corriente que le permitiría alcanzar un determinado objetivo. Acababa de salir del remanso. No era precisamente un viaje a Citeres, pero llevaba en la proa la juventud y la ambición, no el deseo de placer. Entre los que meditan sobre la filosofía de la vida, hay quienes dicen que estas dos cosas traen consigo mayor número de duraderos bienes, que la felicidad que pueda conseguirse con todas las demás combinaciones. ¿Quién sabe?... Pudiera ser cierto...

A Matilde se le alteraron los nervios cuando después de cenar se enteró de que habían quedado en definitiva arreglados los asuntos de su hermana.

—Así pues, resueltamente, estás ya colocada. ¡Catalina — exclamó, — dame algunos detalles! ¿Cómo es ella? ¿Es una casa grande? ¿Y te tratarán como a una verdadera lady?

— Sí, ya estoy colocada. Iré el miércoles. cuando haya "liado el petate", como dice lady Garribardine.

—¡Cómo! ¿Una lady usa una expresión tan vulgar? Catalina, ¿estás segura de que es una dama "bien"?

—¡Oh, sí. Tilde, completamente "bien"!, y la casa es hermosa... o grande, como tú dices; puedes estar segura de que me tratarán de la manera que merezco ser tratada. A veces, cuando no somos respetados es por nuestra culpa. Quien ha cometido un error por primera vez, no debe cometerlo la segunda. Si se incurre en él continuamente y se le censura, será por su culpa.

Matilde estaba por completo disconforme.

— Estás en absoluto equivocada. ¡Mira a Gladys! Bob la convida a algo un domingo que otro, y ella es más buena que el oro.

— Bien, ella le ha hecho creer que puede hacerlo, por no haberle atajado al principio. No es nunca una cuestión de bondad, como te lo he dicho ya otras veces; es una cuestión de fuerza. La bondad no cuenta para nada, a menos que sea tan perfecta que constituya también una fuerza..., como en Cristo.

—¡Oh, dices unas cosas tremendas, Catalina!

Matilde se sentía desasosegada cuando hablaba su hermana de cosas que a su juicio sólo debían ser mencionadas en la iglesia.

— No, simplemente digo la verdad: no es el mal o el bien, es la debilidad la que produce los mayores daños en el mundo.

— Bueno; y ¿cómo es lady Garribardine? — Matilde se aburría con aquellas especulaciones abstractas.

— Es alta y de aspecto robusto; tiene una peluca dorada y ojos negros, y tiene además el don de hacerse cargo. Sabe llevar su casa, pues los criados le tienen el mismo temor que en la oficina teníamos a "Liv". Su escritorio estaba terriblemente desarreglado. Creo que no debe de ser muy metódica, y la razón de que se obedezca está en su personalidad y en lo imperioso de su carácter.

—¿Y estarás a las órdenes inmediatas de ella, Catalina?

— Sí, estaré a sus órdenes en tanto que pueda sacar algún beneficio de mi permanencia. Si aquella casa y sus habitantes me sirven de enseñanza, no me

preocuparé de lo que digan, me aplicaré a mi tarea y procuraré no merecer ningún regaño.

—¿Había alguien más que ella? — preguntó con curiosidad Matilde.

— Sí; salía un caballero cuando yo entraba. Tenía una cara inteligente. Creo que me agradará, si es que va allá con frecuencia.

— No vayas a enamorarte de algún *gentleman* — observó Matilde afectuosamente.

Temía que las cosas siguiesen el camino que solían seguir en los casos de inocentes actrices y camareras, que ella conocía por los folletines.

—¿Es que he sido yo propensa alguna vez a enamorarme? — preguntó Catalina, con un relámpago de mal humor en su mirada. — Tú no me habrás visto arrojarme en los brazos de Charlie Prodgers o de Percy Watson, ¿verdad?

— No, querida hermana, pero estos *gentlemen* son seres diferentes y pueden no conducirse tan honradamente contigo. Me gustaría que te arreglases algún día con Charlie. Es un excelente muchacho y tiene un gran porvenir. Ascenderá pronto y podrá hacerte dueña de una casa tan confortable como ésta; y no tendríais que estar esperando años y años, como Glad y Bob.

—¿Acaso puedes tú imaginarme viviendo en un confortable hogar y casada con Charlie Prodgers, Matilde? — dijo riéndose ante aquella idea que tan cómica le parecía. — Es tan fanfarrón como Fred, pero todavía más ignorante. No es digno de abrocharme el calzado, y menos todavía de llamarse mi esposo. ¡Preferiría morirme antes que emparentar con ése! ¡Y en Brixton, además! ¡Con la esperanza de llegar a ser la madre de un montón de pequeños Prodgers con los pelos llenos de arena! ¡Magnífico plan!

Matilde se sintió lastimada. Nunca había declarado a su hermana esta secreta esperanza, si bien con frecuencia deslizaba alguna insinuación, y Catalina se mostraba silenciosa y en apariencia preocupada, pero no manifiestamente hostil; no pudo sufrir, pues, en silencio, que tomasen desdeñosamente sus proyectos y se burlasen del cuadro feliz que imaginaba.

— Charlie Prodgers — dijo enojada — es digno de cualquier señorita; Mabel misma lo estima mucho. Es uno de los pocos amigos de Fred bien educados que ella cree merecedor de entrar en la casa de su madre, y a mí me hubiera gustado verte casada con él, antes de que Mabel llegue a ser nuestra cuñada y trate de eclipsarnos.

—Entonces, temo que no te voy a complacer — dijo Catalina, intentando ocultar una sonrisa. — Tengo que jugar en la vida un juego muy distinto. ¿Por qué no se lo reservas a Ethel? Tiene ya dieciseis años y pronto estará hecha una señorita casadera...; o si no, quédatelo tú.

Esta fué una idea nueva para Matilde. Había sido siempre demasiado leal a su ensueño, para poner los ojos en aquel a quien consideraba de la exclusiva propiedad de su hermana.

Se reprimió un poco. ¡Era tan agradable aquella perspectiva! ¡Si pudiera hacerlo suyo! ¡Charlie Prodgers, que no se dignaba presentarse como no fuera de levita, excepto, naturalmente, cuando iba al *golf!* ¡Charlie Prodgers, que cada domingo asistía a la parada eclesiástica en Hyde Park, como una cosa habitual! Mas... ¿se habría fijado alguna vez en ella? ¡Arrogante, soberbio muchacho! Mas ella no era tan linda como Catalina, ni la mitad de llamativa que Gladys. No obstante, cosas más extrañas que ésta sucedían en los folletines, y no debía perder la esperanza. ¿Pero cómo podría Catalina renunciar voluntariamente al triunfo? ¡Algo de sufragista debía de haber en ella, porque ninguna muchacha en su sano juicio hubiera aspirado a mayor fortuna!

Catalina pasó el domingo empaquetando las cosas de su propiedad y seleccionando los libros que pensaba llevar consigo: un volumen o dos de Voltaire, los Ensayos de Bacon, Kant, Bergson, y una adquisición reciente: Sexo y Carácter, de Otto Weininger. Este último la había interesado vivamente. Decía algunas verdades mordaces en su análisis de las mujeres, y quizá no estaba desacertado al afirmar que carecían de alma; pero no le convencía en modo alguno la proposición de resolver el problema apelando al voluntario

Biblioteca Nacional de España

aniquilamiento de la especie humana, mediante la supresión de la procreación. Por su parte, pensaba que esto era cerrar los ojos a la acción de Dios, o de la Divina Esencia o cualquiera que fuese el nombre que se diese al gran Principio; y su inteligencia, eminentemente práctica, se sentía incapaz de comprender la utilidad de tan transcendentales especulaciones. "Desde luego, este pobre hombre debía de estar loco", pensó mientras cerraba el libro antes de empaquetarlo. "Pero procuraré encontrar en mí misma los rasgos femeninos e intentaré borrarlos. Cuando menos, esto habré sacado de él. Y si no tengo alma, tengo un cerebro y una voluntad y estoy dispuesta a conseguir todo lo que pueda conseguir una mujer que esté provista de estas dos cosas. Y lo mismo que los demás seres del universo, también los hombres podrán ser sojuzgados con estas armas."

Se puso a pensar con profundo interés en la lectura de la novela en que apareciese *mademoiselle* de Maupin. ¿Cuál sería su título? Le costaba trabajo creer que lord Algy la hubiese leído del todo; él no hablaba nunca de libros, mas quizá obedeciera el hecho a que siempre habían estado ocupados en otras conversaciones más gratas. ¡Cuán agradable era recordar todo esto, aunque nunca en su vida volviese a gozar tan apacibles dulzuras!

No se dolía lo más mínimo al "dejar la casa"; tal pensamiento le hubiera parecido ridículo. Muy al contrario, estaba dominada por un sentimiento de exaltación. Se alejaba para siempre de la estrechez de aquel cuartucho y del ambiente antipático que la rodeaba. Debía procurar mantenerse en todo momento muy dueña de sí y no desaprovechar ninguna oportunidad para pulir sus maneras y su inteligencia. Naturalmente, estaba expuesta a cometer errores al principio; el trabajo quizá fuese duro, pero si tenía energía y dominaba sus sentimientos, no sería dificultoso el camino conducente al éxito y al desenvolvimiento de su personalidad. Y cuando hubiese conquistado su libertad, ¡qué hermoso sería gozar de ella! ¡No existirían falsos valores para Catalina!

Su nuevo vestido, de un estilo semejante al de lady Beatriz Strobridge, lo tendría en casa para el martes por la noche; en *Oxford Street* había comprado una blusa "para vestir" en caso de que tuviese que presentarse alguna noche. Le sentaría muy bien, según ella pensaba.

La familia, con excepción de Matilde, no sentía ningún pesar porque se fuese. Su padre les había legado Villa Laburnum y una pequeña suma para todos ellos; y en cuanto Federico se fuese a una casa propia, con la refinada Mabel Cawber, Gladys, Bert y Ethel esperaban una época de ininterrumpida alegría no nublada por el desdeñoso apartamiento de Catalina.

Sólo Matilde lo lamentaba en secreto. Juzgaba que Catalina, a pesar de su reserva, era superior a todos ellos; y la última noche, cuando se sentó con ella junto al fuego, se le dijo así:

— No Tilde, no soy superior. Soy simplemente diferente. Nuestros ideales están tan distantes como los polos. Gladys, Ethel y los muchachos nunca necesitan aprender nada; se ofenden ante la idea de que pudiera haber algo que ellos no conociesen. Adoptan una actitud mental de agresividad hacia todo conocimiento. Mariposean engañándose a sí mismos sobre todas las cuestiones y aspectos de la vida. Y así siempre seguirán siendo lo que ahora son: Fred, un subastador de almonedas dominado por Mabel; Bert, un oficinista; la pobre Glad, una criada maltratada de Bob Hartley, y Ethel, probablemente algo parecido. Tú, mi buena Tilde, serás una solterona sentimental preocupada por los hijos de los otros, porque tú eres enteramente una "mujer maternal"; a menos que te cases con Charlie Prodgers, como te dije el otro día, y entonces tendrás un montón de pequeños Prodgers. ¡Oh, todo esto es una verdadera inmundicia, y no hay palabras para expresar la alegría que tengo al dejarlo!

Matilde estaba completamente exasperada al escuchar a su hermana.

— Yo prefiero ser una señorita, aunque pobre, de mi propia clase y tratada como tal, que no una criada en una gran casa, y eso es lo que vas a ser tú, Catalina. Yo no quisiera verme dominada por nadie ni recibiendo órdenes.

Esperaba que estos improperios producirían su efecto, pero Catalina se limitó a sonreír.

— Mi buena Tilde — dijo, — tú no sabes quizá que la persona que de veras es prudente comprende que tiene que obedecer a los que están por encima de ella y exigir la misma obediencia a los que están por debajo. Cuando yo haya aprendido mi lección y obtenga un puesto de responsabilidad, entonces no sólo obligaré a que se me obedezca, sino que apartaré de mi lado a quienes se rebelen a mi voluntad.

— ¡Oh, Catalina! — murmuró Matilde.

— ¿Crees tú que iba yo a discutir con "Liv" y "Dev" para convencerles de que yo no tenía que obedecer sus órdenes? ¡Claro que no! Ellos valoraron mi trabajo y me elevaron el salario porque yo hacía lo que me pedían que hiciese. Me pagaban y estaban en situación de poder mandar. Nadie me forzaba a recibir su dinero; yo lo recibía por libre decisión de mi voluntad, y tenía que hacer unas cosas determinadas, por una remuneración estipulada. Yo procuré hacerlas de la mejor manera posible, y así he alcanzado ahora una situación mejor. Lady Garribardine me pagará noventa libras anuales, con ascensos, y tendré que obedecerla en ciertas cosas. Cuando haya aprendido todo lo que pueda enseñárseme en esta casa, buscaré una posición mejor y más elevada; y continuaré así hasta que alcance mi objeto, y cuando yo mande... No temas, Tilde. ¡Yo mandaré!

— Estoy segura de ello — confesó Matilde.

El rostro de Catalina tenía una fuerza extraña, dominadora cuando hablaba así.

— Pero nosotros no somos como tú, Catalina. Glad, por ejemplo, tiene más orgullo; recuerda cómo dejó la casa de Brown y Melbury donde ganaba más que en la de Ermantine, porque no quería recibir órdenes del nuevo jefe que pusieron en su departamento.

— Ese género de orgullo es bien digno de la inteligencia de Gladys; le ha obligado a aceptar un salario más bajo; no se ha hecho con eso más digna de respeto, ni tiene abierto un camino mejor para el futuro. — Y en seguida añadió con vehemencia: — ¡Oh, si yo pudiese hacer leyes, difundiría la educación de tal modo, que no quedasen necios como Gladys!

Luego dió las buenas noches a Matilde y la empujó gentilmente fuera del cuarto, aunque pensaba continuar levantada una media hora más. Vuelta a su butaca, comenzó a leer el libro de Teófilo Gautier que había comprado el lunes por la mañana, y descubrió que su título era simplemente MADEMOISELLE DE MAUPIN.

CAPÍTULO VI

Cuando llegó Catalina Bush, lady Garribardine daba un té con un poco de música selecta. Comprendió en seguida que era una torpeza haber elegido aquella primera hora de la noche para entrar en su nuevo cargo, y Bronson, el digno criado, disipó sus últimas dudas acerca de este punto, mientras dirigía el apresurado transporte de su equipaje a través del *hall*.

— Milady esperaba a usted esta mañana, señorita — dijo en tono severo.

— Entonces debió haberme dicho a qué hora tenía que venir — respondió tranquilamente Catalina. — No me indicó hora.

Bronson quedó sobrecogido. La señorita Arnott, aunque era hija de un Pastor, nunca habría dicho una cosa así; la pobrecilla se hubiera deshecho en disculpas, llena de nerviosidad. Pero esta joven, cuya excusa encontraba muy justificada, dados los antecedentes que él poseía, y que parecía pertenecer tan sólo a la baja clase media, había tenido la audacia de adoptar un aire de tranquila seguridad, propio de una lady aristocrática.

En este punto de sus reflexiones, la entrada de dos visitantes, un caballero y una dama, atrajo su atención.

Catalina permanecía un poco retirada, esperando instrucciones, en tanto que los contemplaba de cerca. El caballero era el mismo que había visto cuando por primera vez vino a la casa. La dama le interesó: era alta, de aire lánguido, con unos ojos grandes e indefinidos. Llevaba

Biblioteca Nacional de España

una gasa alrededor del cuello, encima del abrigo, del que Bronson la ayudó a despojarse. Entonces vió Catalina que se ataviaba con el vestido que Gladys le describió y que, poco más o menos, habían tomado como modelo del suyo. Esta dama debía de ser, seguramente, lady Beatriz Strobridge.

— Gerardo — dijo la dama en un tono un tanto quejicoso; — no quisiera estar más de diez minutos; así, pues, no vayas a ocultarte en algún rincón con Lão, si quieres acompañarme a la salida.

El caballero, con correcta indiferencia, respondió:

— Bronson te dejará acomodada en el auto; he prometido a mi tía quedarme a oír a Verzoni, y probablemente será a última hora.

Luego comenzaron a subir por la gran escalera de mármol, y un joven criado encaminó a Catalina hacia el ascensor, en el fondo del *hall*.

— Gerardo; he aquí un nombre bonito y un hombre guapo — murmuró Catalina,—y parece aburrido de su mujer. Gladys estaba en lo cierto: ¿por qué se pondría esa gasa? Echa a perder del todo el vestido.

El ama de llaves salió a recibirla cuando llegó al piso superior y la tomó bajo su protección.

— Se enviará a su habitación un poco de té, señorita — dijo. — La señora ha dicho que no dispondrá de tiempo para ver a usted esta noche. Dentro de un momento subirán su equipaje y se podrá ocupar de desempaquetar y arreglar sus cosas.

Después abrió la puerta de una habitación que daba a la fachada posterior, encarada al oeste. Las últimas luces del crepúsculo ponían en él una escasa claridad. Ardía un buen fuego y toda la estancia tenía un aspecto alegre. El ama de llaves encendió las luces, que tenían pantallas de quimón estilo antiguo, con flores rojas sobre un fondo verde rabioso. Olía a espliego, y Catalina Bush quedó gratamente impresionada. Allí no se respiraba, pensaba ella, ese aire barato y de mala calidad de los dormitorios de Villa Laburnum; o, mejor aún, de los de la casa de Mabel Cawber, que eran la envidia de Matilde. Los muebles, de sólida caoba, eran del tiempo de la vieja reina Victoria, y la butaca daba la impresión de que sería grato descansar en ella.

Una vez sola, Catalina comenzó a detenerse en todos los detalles. Lady Garribardine le había dicho que parecía observadora; debía recordar esto y cultivar siempre esta facultad, puesto que cualquier bagatela sería diferente de todo lo que ella conociera hasta ahora.

Le agradaba la amplitud de la estancia; al menos allí no se sentiría sitiada por los muebles. Había una pequeña estantería que esperaba sus libros, sin duda, y una mesa-escritorio grande y agradable, junto a una ventana donde tendría mucha luz. El guardarropa era un espacio amplio, extraordinario, para una gran cantidad de vestidos. ¡Qué gusto no tener que meter las cosas en cajas de cartón, bajo la propia cama! Muchas veces las encontraba descoloridas por el polvo, cuando se volvían a sacar. ¡Qué linda y original era la porcelana de China del lavabo, que hacía juego con el quimón de las pantallas! ¿Y las tohallas? De mejor calidad... y casi tantas como había en el "Palatial" de París; detalle que supuso sería una extravagancia de hotel francés, pero no una costumbre en la vida privada.

Pasó por ellas los dedos, con suavidad. Estaban muy bien colocadas, con los dobladillos hacia atrás, de modo que se podían sacar en un segundo. Catalina Bush sonrió cínicamente al recordar sus dos tohallas de tosco tejido, reemplazadas cada sábado en Villa Laburnum.

Todo mostraba una limpieza y un orden inmaculados. El metal del recipiente del agua caliente, el guarda-fuegos y los hierros de la chimenea estaban pulidos y brillantes.

En aquel momento trajo el té una doncella correctamente vestida de negro, con una cofia y un delantal tan pasados de moda, que Emilia, la criada de Catalina, hubiera bufado de indignación si se le hubiese hecho llevar otros semejantes. Es un encanto tener una bandeja de té perfectamente preparada, con brillante plata y porcelana delicada; una bandeja completa para una sola, en lugar del tazón del desayuno, con el té ya mezclado con leche y azúcar, y quizá con algo de lo que se haya derramado al

platillo, y unas migas de pan y manteca y un trocito de pastel. Esto era a lo que siempre había estado acostumbrada en la oficina, o en su casa los sábados por la tarde, cuando alguna hermana le subía el té a su cuartito, mientras ella leía sus libros. Y salvo alguna ocasión en que tomó el té en el Lyons o en un restaurante A. B. C., y la breve y hermosa época de París, cuando el chocolate estaba a la orden del día, aquel tazón tan poco apetecible había representado para ella, como representa para muchas otras mujeres, la más deliciosa comida de la jornada.

La camarera, con una actitud seria y respetuosa, corió la cortina, que acabó con la moribunda luz del atardecer, y preparó los panecillos. Tomó un té como no lo había tomado nunca. Era demasiado ignorante para conocer que era de China, y no el más basto de Ceylan a que ella estaba acostumbrada; pero lo encontró agradable aunque un poco débil. Toda la estancia y el servicio y el ambiente de la casa hablaba de gentes que pertenecían a la misma clase social de aquellos cuyas voces había siempre admirado desde detrás de la mampara de vidrio.

Se sentó y comenzó a soñar durante algún tiempo, antes de empezar a desocupar su equipaje. Su corazón seguía dolorido a causa de lord Algy; pero los dolores son fáciles de soportar cuando hay en ellos un elemento de triunfo y de glorificación. Se daba perfecta cuenta de que se había conducido de manera muy digna de elogio, de modo que lord Algy tendría que recordarla siempre con respeto.

Renunciar a la felicidad cuando la otra persona desea vehementemente continuar las relaciones, proporciona un gran consuelo, porque no se siente herido el amor propio, ni se padece ninguno de esos desastrosos sentimientos en que a veces se trueca el verdadero dolor por culpa de la propia estupidez. Existe en ello un melancólico placer que produce una tristeza pensativa no del todo dolorosa.

Al fin comenzó a arreglar sus ropas y sus libros, y cuando sonaron las siete, todo estaba en perfecto orden. Se sentó de nuevo para acabar de leer MADEMOISELLE DE MAUPIN, que tan vivamente la había conmovido la noche anterior.

Leía el francés con gran soltura pero no estaba acostumbrada a juzgar el estilo, y no podía apreciar bien los *nuances*, pero la historia, la única, encantadora y maravillosa historia, la comprendía perfectamente. Cuando leyó las últimas palabras del libro lo dejó caer sobre la falda y se quedó mirando, con fijeza, ante sí. Se dió cuenta de lo que había querido decir lord Algy y se sintió profundamente halagada. Comprendía muy bien los sentimientos de Teodora. ¡Cuán prudente había sido marchándose! ¡Qué bien había interpretado los puntos salientes de la vida! ¡Y ella, Catalina Bush, que no era una gran dama, sino una muchacha de la baja clase media, supo mostrar tendencias semejantes, jugando la partida con idéntica serenidad, y pudo vivir momentos parecidos de placer!

Se sintió cada vez más conmovida. El ingenio sutil e irónico del libro parecía abrir una nueva vía de comprensión ante su espíritu. No percibía ni comprendía su inmoralidad. Lo leería de nuevo una y otra vez y los demás que hubiese escrito el mismo autor. Parecía que adquiriese conciencia de un poder que no creía poseer hasta entonces. ¡Qué útil le hubiera sido su lectura, si la hubiese hecho antes de ir a París!

— Después de todo, Algy no es tan ignorante — murmuró. — Es natural que creyera que lo era yo y le pareció bien hacerse el tonto. ¡De todos modos, él pensó que yo era como Teodora, aunque ligeramente más amable, lo cual no está mal!

Bien; algún día conseguiría que fuese esto exacto en absoluto; pero, entre tanto, se veía ya lejos de la mugre embrutecedora, lejos de los espíritus que sólo se interesan por mezquinos asuntos locales, lejos de la gentileza fingida, lejos de los gramófonos y de los cines baratos, lejos de la presunción y en medio de cosas en las que paso a paso podía llegar a comprender en todos sus matices el sentido de la vida. En este punto de sus meditaciones, se abrió la puerta, después de oír llamar discretamente en ella; era la doncella, que llevaba el recipiente del agua caliente.

Biblioteca Nacional de España

—La comida se servirá a las ocho en la secretaría, señorita. Son ahora las siete y media. ¿A qué hora desea que vuelva para ayudar a usted?

Catalina Bush sintió enrojecer sus mejillas. ¡De modo que estaban esperando a que se vistiese para la comida, y no había pensado en ello! No imaginó que hubiera una nueva comida después de aquel maravilloso té. En todo caso, no le hubiera extrañado que le sirviesen alguna cosita ligera traída en una bandeja, o algo parecido.

¡Pero sí que había una verdadera comida! Quizá como aquellas que compartió con lord Algy. Naturalmente, debiera haber supuesto que tendría que cambiar de vestido. Se sintió enojada consigo misma; mas, después de haberse habituado a dominar sus propios instintos, este enojo era una caída. Procuraría no equivocarse de nuevo. Por fortuna, la doncella no advirtió su desliz.

—Gracias, mis vestidos se abrochan por delante; así, pues, no necesito molestarla — respondió amablemente. — ¿Tiene usted la bondad de decirme dónde está la secretaría?

La doncella se lo indicó; no obstante, uno de los criados estaría en el *hall* y se la mostraría. Tomás, el que la había acompañado arriba, la esperaría.

—Cuando esté usted dispuesta, señorita, tenga la bondad de tocar el timbre y yo avisaré, al otro piso, que va usted a bajar. Así se hacía siempre con la señorita Arnott, y en seguida le servían la comida. Este timbre suena arriba, y este otro en el piso de abajo; el primero es para mí. Yo soy Marta, la segunda doncella, señorita, y tendré una verdadera satisfacción en servir a usted lo mejor que pueda.

Catalina Bush dió las gracias a la muchacha y comenzó a vestirse con rapidez; uno o dos minutos antes de las ocho estaba ya en camino. Siguió una escalera que conducía al piso inferior, independientemente de la magnífica escalera de mármol por donde había subido al saloncito cuando su primera visita y que no llegaba más que hasta el primer piso.

Tomás estaba esperándola y la guió por un corredor hasta una estancia cuyas ventanas, según descubrió más tarde, daban sobre una oscura pared. Había unos muebles confortables y sólidos, recubiertos de cuero, probablemente restos de algún salón de fumar, y unas cortinas de brocado de seda carmesí, ya un tanto descoloridas, que quizá habían lucido antes en algún salón. Corridas las cortinas, abundante luz eléctrica iluminaba la estancia, que a juicio de Catalina era bastante amplia; sobre la grande y sólida mesa colocaría su máquina de escribir, y el archivo quedaría acondicionado en la estantería que recubría parte de los muros.

De nuevo gozó la satisfacción de encontrarse con un amplio espacio; durante mucho tiempo deseó vehementemente no tener que compartir su cuartito abuhardillado y quitar de delante la mampara de vidrio de "Liv" y "Dev". La habitación era, además, de altos techos; he aquí otra ventaja.

—Cuando haya ganado mi partida, tendré siempre habitaciones grandes y altas — se dijo.

Dispuesta para una persona aparecía una mesita junto al fuego. Fijó su atención en la mantelería, en el cristal y en la plata, y casi inmediatamente entró Tomás llevando una gran bandeja con su comida. Había sopa en una curiosa taza con dos asas y algunos platos calientes, en servicio de plata.

Lo dejó al alcance de su mano y luego rogó respectuosamente que tuviese la bondad de tocar el timbre cuando llegase a los postres. Le informó de que la señorita Arnott tomaba vino. ¿Qué deseaba beber la señorita Bush?

—Una taza de té — iba a responder Catalina, pero se contuvo. Quizá no fuera costumbre tomar té en la cena, aun estando a solas. De haberlo pedido, pudiera haber sospechado Tomás que no estaba acostumbrada a las cosas de buen tono. Sería más seguro pedir agua. Indicó, pues, su deseo, y Tomás salió del cuarto.

Una sensación extraña, casi de pavor, la dominaba; una sensación que nunca había sentido con lord Algy, en medio del lujo brillante del hotel, en París. Advirtió que aquel ambiente era como una parte de la vida de una *demi-mondaine* y que cualquiera podía conseguirlo con dinero, pero esto era muy diferente. Esto era más bien habitual, porque tenía el aire natural de personas que han vivido así durante innumerables años, para las cuales es una cosa consuetudinaria y de todos los días. Sin embargo, se sentía afectada por aquel ambiente.

Se alegró de que Tomás hubiese salido de la estancia. Sabía que en su actual situación se hubiera sentido molesta por la silenciosa contemplación de un criado.

—Pero yo necesito acostumbrarme a esto — se dijo, pues Algy, según ella recordaba, nunca parecía darse cuenta de la presencia de los criados y seguía conversando con ella mientras se quitaba el abrigo como si no existiera Hanson.

Tenía hambre y comenzó a partir el pan. ¿Pondría la sopa en el plato o la tomaría donde estaba? Decidió lo primero, pues en otro caso ¿para qué fin habría traído el plato sopero?

Los manjares eran excelentes, y muy de su gusto los dulces y frutas. Cuando hubo concluído, Tomás retiró el servicio, plegó la mesita y la colocó en su acostumbrado rincón, trajo los periódicos de la noche, atizó el fuego y la dejó sola.

Estos serían, pensó, los momentos de que podría disponer para sí misma. Hojeó los periódicos con aire distraído. Su espíritu estaba demasiado lleno de sí mismo y demasiado preocupado con su nueva vida para interesarse por las cosas extrañas.

—¿A dónde dará esta puerta? — se preguntó contemplando una pesada puerta de caoba. Pero pronto pudo averiguarlo, puesto que la puerta se abrió súbitamente y entró el caballero a quien había visto ya dos veces; dejó tras de sí la puerta abierta, y por ella pudo ver que la habitación de donde salía era una vasta biblioteca cuajada de libros.

—Perdone usted — dijo. — Busco un papel de tamaño grande. Creo que mi tía acostumbra a guardarlo en estos cajones.

Catalina Bush se levantó, mientras él se puso a buscarlo por sí mismo. Ella no era su empleada, ni sabía aún dónde se guardaban las cosas, por cuya razón no se ofreció a ayudarle. Vestía el caballero de etiqueta y llevaba sus cabellos tan cuidados como lord Algy, pero no tan recortados como él; eran espesos, de color castaño y peinados hacia atrás. Tenía un rostro distinguido y de expresión alegre, aunque en aquel momento parecía enojado e impaciente. Evidentemente el papel no estaba donde él creía.

—¡Por vida de...!'— murmuró imperceptiblemente; y luego, en voz más alta: — ¡Qué contrariedad! ¿Tiene usted la bondad de mirar en aquellos estantes mientras busco yo en éstos?

Catalina Bush hizo lo que se le había pedido y encontró el papel en seguida. Se lo entregó sin pronunciar palabra. Advirtió que ni siquiera le había dirigido la mirada, ni se ocupaba para nada de su persona. Ella no era más que la nueva mecanógrafa y secretaria de su tía; otras cosas más importantes le urgían.

—Muchas gracias. — Luego lanzó una mirada a la máquina de escribir que usaba la señorita Arnott.

—¿Será usted tan amable que copie a la máquina esto, en cuanto yo lo haya redactado? Es una carta que he de enviar al *Times;* y tendré que ir a comer dentro de unos minutos.

—No conozco aún esta máquina — respondió Catalina, — pero si usted tiene la bondad de dictarme, tomaré nota taquigráficamente y luego la escribiré lo más de prisa posible.

—Es usted muy amable. ¿Quiere venir, entonces, a la biblioteca? Tengo allí las notas.

Siguióle en silencio, y una vez que hubo encontrado el caballero unas palabras garrapateadas en el revés de un sobre se dirigió hacia la chimenea y apoyado en ella comenzó a dictar. Catalina, con su bloque de papel y su lapicero, se apresuró a tomar nota .

Al principio resultaba una cosa poco coherente; no poseía la precisa y tranquila morosidad de Livingstone, ni la tersa fluencia de Devereux. Fué tomando exactamente lo que él decía. Luego se le rogó que leyese en alta voz.

—¡Resulta un inglés espantoso! — exclamó impaciente. — Nunca puedo dictar de un modo correcto. Tengo que escribir por mí mismo, y si no, no fluyen las ideas.

—Si en cuanto al sentido le parece a

Biblioteca Nacional de España

usted bien, y es sólo el estilo lo que hay que corregir, puedo hacerlo yo cuando lo ponga a máquina.

La miró con aire dubitativo, mientras Catalina se sonreía en su interior. Se sentía halagada por aquella duda.

— Muy agradecido a su amabilidad — dijo, dudando todavía. — Esperaré un cuarto de hora. ¿Podría usted hacerlo ahora mismo y enviármelo al salón con un criado? Llevo estilográfica y firmaré allí. Hay que dirigirlo al Director del *Times*.

— Sí, lo haré.

El señor Strobridge dió cortésmente las gracias a la nueva secretaria de su tía, se dirigió hacia la puerta y salió de la habitación. En el momento en que salía, Catalina oyó ruido de voces femeninas y masculinas. De seguro iban a comer sin esperarle. Miró al reloj; faltaban diez minutos para las nueve. Se sonrió de nuevo y dirigiéndose a la mesa escritorio comenzó su tarea, demasiado fácil para quien estaba acostumbrada a construir frases nutridas de eufemismos. Una vez terminada, tocó el timbre.

— Esto es para el señor..., ¿se llama Strobridge?; el sobrino de lady Garribardine — dijo al asombrado Tomás.

— Sí, señorita. El sobrino de milady es el honorable señor Gerardo Strobridge..., si es que se refiere usted a él.

— Sí, a él. Está comiendo aquí y lo necesita en seguida.

No dió más explicaciones, sino que cogió un periódico y se volvió a sentar junto al fuego. Tomás no tenía que hacer sino obedecer sus órdenes.

— Es fresca como pocas... — susurró Tomás, al retirarse.

Entretanto Gerardo Strobridge decía a la señora que estaba a su lado:

— Tengo que rechazar las insolencias de Warrington en la *Central Gazette* de esta noche. He escrito al *Times*...; esto es lo que me ha retenido mientras usted esperaba, milady. La nueva taquimecanógrafa de mi tía ha tomado sus notas y me lo enviará dentro de unos minutos. Espero que no sea demasiado tarde.

— Tiene usted un aspecto muy serio, Gerardo — dijo riendo la dama. — Es muy agradable verle interesado por algo.

— Yo siempre estoy interesado, especialmente cuando me dirijo a usted y digo que la amo. ¿Por qué no vino anoche, Lão? Me quedé a propósito hasta última hora y usted no apareció.

— Sabía que me encontraría con usted esta noche, Gerardo..., y no quisiera empezar a aburrirme demasiado pronto.

El señor Strobridge le lanzó una mirada de reproche. Era una dama de aspecto extremadamente grato, con un cutis maravilloso y cabellos negros; su boca se plegaba en un gesto afectado. Era cínica y epicúrea. Aún no había llegado él a desengañarse de que aquella mujer era toda afectación, desde la manera concienzuda de hacer gestecitos con sus rojos labios, hasta el modo de coger la cuchara. Pero le agradaba la habilidad que mostraba para todo. Era una fuente de placer para sus sentidos, pues poseía bastante talento para repetir como un lorito las buenas ocurrencias de los demás y tenía mucho palique, si bien ella se sabía el juego de memoria. No tenía él ganas de que se repitiese una aventura tan seria como aquella de que había escapado dejando la piel entre las uñas de Alicia Southerwood. Lão Delemar, viuda, rica y circunspecta, prometía un agradable invierno con escasas complicaciones.

Más o menos las mujeres eran siempre necesarias en la vida de Gerardo Strobridge; ellas constituían su coro, su solaz y su inspiración.

A los pocos minutos un criado trajo un gran sobre y, entre el ruido general, leyó en voz alta la carta, quedando asombrado de la perfecta expresión que habían dado a sus ideas.

— No es tonta su nueva secretaria, Serafina — dijo a través de la mesa a su tía. — Doy a usted las gracias por sus servicios de esta noche.

Sara lady Garribardine, complacida, sonrió.

— Gerardo, me parece que he encontrado un tesoro en la señorita Catalina Bush.

Capítulo VII

Cerca de una semana había transcurrido desde que Catalina Bush se encargó de lleno de su nuevo empleo; éste no era difícil y ella continuaba con los ojos y el espíritu bien alertas. El segundo domingo, cuando iba por la tarde a reunirse con Matilde, advirtió el gran abismo que separaba a la Catalina actual de aquella criatura que días antes se fué a París con lord Algy.

Había cometido un par de enojosos errores y recibió unas cuantas sorpresas, algunas de ellas agradables. Era agradable tener una taza de té cuando uno se despierta, y una atenta doncella que descorra las cortinas, y un baño caliente y profundo, en lugar de tener que trepar a una pequeña bañera de estaño cada sábado por la noche. Existía un cuarto de baño en Villa Laburnum; pero Matilde lo usaba durante la semana para poner en él toda clase de cosas y las había en tal número, que antes de esperar su turno para bañarse el sábado o el domingo, prefirió el escaso confort de aquel artilugio provisional en su propio cuartito. Cuando miraba hacia su pasado, después de diez días de modesto lujo, le parecía imposible que hubiese vivido mes tras mes y año tras año dentro del círculo de su familia.

Su corazón estaba henchido de gratitud hacia lord Algy, pues a no ser por él no habría nunca aprendido que había más cosas que las que ya conocía. En estos momentos se daba cuenta de la facilidad con que podía recaer en su afección a Algy, y entonces invariablemente contenía su emoción y se entregaba a alguna tarea activa.

A las nueve de la mañana tenía la obligación de acudir junto a lady Garribardine, en su dormitorio, en donde solía encontrarla recostada en unos almohadones de seda con encajes rosa, y con un gorro un tanto extravagante, con cintas, que cubría gran parte de la peluca más coquetona y de un dorado más brillante que la que solía llevar durante el día. No se había arreglado aún el rostro, que presentaba un lamentable contraste con aquellas juveniles galas. Su humor no siempre era satisfactorio.

Catalina se acercó al lecho con el cuaderno en la mano y anotó sus instrucciones. La voluminosa correspondencia de lady Garribardine se despachaba sólo por la mañana; todas las cartas de la tarde se acumulaban en un cestillo-bandeja y las del primer correo de la mañana en otro, mientras un tercer cestillo vacío esperaba aquellas cartas que había que contestar a máquina o manuscritas.

Ahora, al cabo de diez días de servicio, Catalina conocía la mayor parte de los asuntos de lady Garribardine. Conocía los sueldos de su servidumbre, los gastos de la casa, la fraseología para las cartas de cada uno de sus amigos, sus puntos de vista, sus pequeñas antipatías y sus pequeños amores, si poseía o no un buen léxico y su capacidad de expresión; se imaginaba que podría casi pintar los rostros; tan vívidos eran aquellos retratos a pluma que sus notas revelaban. Lady Garribardine rara vez contestaba de su puño y letra ni aun las cartas más íntimas, y Catalina se había acostumbrado fácilmente a firmar "Sara Garribardine", como si pusiera "su afectísima" o "su atenta amiga". Y aun encontraba una cínica diversión en las pequeñas fantasías que tenía que inventar para unos y otros.

La vida de una gran lady, según ella la veía, constituiría un asunto complicado para una novicia, y cada día estaba más satisfecha de tener la oportunidad de conocer sus embrollos. Ella no cometería errores cuando llegase su momento.

Lady Garribardine no siguió explotándola para su personal distracción, como lo hizo en ocasión de su primera visita, quizá porque había estado demasiado ocupada; muy al contrario, desempeñaba estrictamente su papel de "patrono", y rara vez hablaba como no fuese de sus negocios. Catalina comprobó que la miraba algo así como lord Algy a Hanson, lo cual, lejos de despertar en ella el rencoroso sentimiento que hubiese brotado del femenino corazón de Matilde, lo encontraba justo

Biblioteca Nacional de España

y lo consideraba adecuado a la situación.

— Hay gentes que tienen la suerte de haber nacido en una posición elevada — razonaba para sí; — y aquellos que tienen que alcanzarla por su esfuerzo, necesitan comenzar por hacerse aptos para ello; después de emplear mi energía en elevarme a una posición superior, no me agradaría tener que admitir en mi intimidad a mi secretaria. Las distancias y las barreras aumentan el valor de las cosas.

Todavía sólo en raras ocasiones se había cruzado con personas de la aristocracia; por ejemplo, cuando se la llamaba inesperadamente al salón para recibir instrucciones, o para llevar alguna lista de caridad. Algunas de aquellas personas distaban mucho de realizar el ideal que ella se había formado de lo que debían ser las gentes nacidas en elevada cuna y educadas refinadamente, pero todas ellas poseían maneras fáciles y naturales. Una vez estaba aún recibiendo órdenes junto al lecho, cuando Stirling, la doncella, entró para preguntar si lady Beatriz Strobridge podía ser recibida.

— ¡Maldita mujer! — exclamó lady Garribardine con su voz angelical y su pronunciación exquisita, que constituían siempre un placer para el oído de Catalina, por grande que fuese la brusquedad de las palabras. — No; de ningún modo. No tengo "hecha" la cara. O si no, espera, Stirling; quizá tenga que decirme algo para esta noche. Dame el rojo y los polvos y un espejo. No se vaya usted, señorita Bush; no será ningún asunto privado y no tardará más que un minuto.

Catalina apartó discretamente los ojos del lecho y miró hacia la ventana; al volverse de nuevo, unos bucles infantiles oscilaban sobre las sonrosadas mejillas de lady Garribardine, que reposaba con languidez sobre los almohadones.

— Querida tía Sara: he tenido que venir — exclamó con una vocecita quejumbrosa lady Beatriz — porque Gerardo se ha puesto imposible; se niega a dejarme ir al baile de Modelos de Artistas vestida de "Ganímedes", y eso que es un encanto de traje el que tengo; uno que hace *pendant* con el "Iris" de Hebe Vermont.

— Supongo que será unos cuantos girones de gasa, una copa y las piernas desnudas — dijo amablemente lady Garribardine cuando su sobrina se sentó en el borde del lecho.

— ¡Descríbalo usted como quiera, tía Sara! Le aseguro que es muy decente; Gerardo se pone ridículo, pues irán todas nuestras amistades. Y además, ¡todos los Thorvils tenemos los tobillos bien finos!

— Una razón más para que no los expongas ante el rebaño. Vete desnuda, si quieres, a un baile en una casa particular, entre personas de nuestra clase; allí te encontrarás tan sólo sometida a la crítica de tus encantos. Pero debes evitar que esa ostentación de tu desnudez rebaje tu posición; estoy con Gerardo en este asunto.

Lady Beatriz puso un gestito enfurruñado.

— Mi querida tía Sarita: yo tenía la seguridad de que estabas lo bastante al día en cosa de modas para ponerte de mi parte. Naturalmente, iré pase lo que pase. Yo no debía preocuparme tanto de Gerardo, mas he creído que sería mejor que le regañase usted por lo que hace conmigo.

— Estoy al día, estoy al día; por lo menos en todo lo que se refiere a los actuales atrevimientos — replicó lady Garribardine con una expresión desdeñosa. — Pero creo que todo aquel que mete la cabeza entre las aspas del molino se expone a que se la corten. Estáis destruyendo todos los valores, quitáis todo interés a los placeres, rompéis las vallas y dejáis que los puercos se coman los racimos. Estas gentes modernas son a veces muy ordinarias.

Lady Beatriz se levantó del lecho.

— Entonces, no hay para qué hablar más, tía Sara...; sin embargo, quisiera decir que nosotros somos..., mas ¿qué importa? Y en realidad nadie sabe "qué es" lo que importa... Estoy siempre aburrida; sólo me producen algún momentáneo placer mi poesía y algunos de mis queridos amigos, pero el resto del día es un continuo bostezo. No debe usted resentirse conmigo porque haga de "Ganímedes"; a este baile acuden gentes muy originales y me divierto mucho cuando voy cada año.

— ¿Por qué no tomas entonces un palco y contemplas el espectáculo desde allí? Yo comprendo que se haga una cosa así y yo misma pienso hacerla. A propósito, señorita Bush: ¿ha escrito usted pidiendo que me reserven el número cinco?

Catalina respondió afirmando, y entonces lady Beatriz se dió súbitamente cuenta de su presencia, mientras volvía a sentarse en la cama.

— ¡Ah!, ¿es ésta la nueva secretaria, tía Sara? ¡Me parece que va a pasar usted una época terriblemente difícil, señorita Bush! — dijo riéndose — Lady Sara desea que las cosas se hagan de una manera perfecta.

— Milady tiene absoluto derecho a exigir que se hagan todo lo mejor posible. Para eso paga.

La voz de Catalina era profunda y monótona, sin el menor rastro de impertinencia a pesar de la gravedad de su afirmación.

Lady Garribardine, entre sus almohadones, sonreía.

— La señorita Bush esta mucno más cerca de la verdad de las cosas que cualquiera de los llamados filósofos psicológicos, que pasan la vida analizando las cuestiones con métodos de pequeños *diletantes*, causando el regocijo de los dioses. La señorita Bush cumple a conciencia sus deberes de secretaria; pero tú olvidas con frecuencia, que eres la hija de un duque y la esposa de un diplomático del Foreign Office, con un gran porvenir.

Lady Beatriz no se sintió desconcertada ni mucho menos. Se rió francamente.

— ¡Mi querida tía, mi dulce tía! En mi vida no ha habido nunca ningún escándalo. Soy un modelo de circunspección, de recato; soy un ejemplo de virtud conyugal "al día". Yo nunca me entrometo en las cosas de Gerardo. Apenas nos vemos durante la semana y a mí, sencillamente, me gusta tener mis propios amigos, como mis propios vestidos o como mis propios placeres.

— ¡Cándida criatura! — exclamó lady Sara haciendo oscilar sus rizos. — Bien; ¿y a qué viene tanta palabrería? ¿Quieres que influya con Gerardo para que deje de hacer el papel de marido autoritario y tú puedas traer el oprobio sobre los nombres de Thorvil y Strobridge?

Lady Beatriz estrechó la gruesa mano que reposaba bajo el cobertor de seda rosa.

— ¡Mi querida tía Sarita! ¡Eso es, justamente! ¡Quiero ponerme ese encantador vestido de muchacho! ¡Quiero hacer de Ganímedes, el protector de la copa!

— Bien; procuraré no ser parcial... Y ya puedes largarte. Tengo asuntos serios que arreglar con la señorita Bush y no dispongo de tiempo suficiente.

Lady Beatriz saludó obediente y se alzó una vez más de la cama, mientras reía por lo bajo.

— Gerardo vendrá a almorzar con Lão Delemar — le dijo lady Garribardine antes de que se fuese — y se irán después a visitar la Exposición de invierno, que acaba de inaugurarse.

— No puedo resistir a Lão — dijo Beatriz mimosa, ya frente a la puerta. — Pretende ser tan femenina y otras cuantas cosas tan fantásticas, que mi inocente cuerpo tiembla en su presencia... A Gerardo siempre le ha gustado todo lo que huele a fruta. ¡Adiós, adiós, mi querida tía Sara! — Y, a punto de irse, puso un beso en las puntitas de sus dedos, mientras Catalina quedaba maravillada.

Se habían dicho mutuamente cosas muy fuertes y no parecía quedar el menor rencor. Gladys y Fred no sabían reñir de aquella manera.

— Señorita Bush: llame al señor Strobridge; no habrá salido aún de casa. Ya sabe usted el número. Ruéguele que hable conmigo ahora mismo.

Catalina obedeció. Tenía una gran habilidad para el teléfono y nunca alzaba la voz. Pronto consiguió comunicación con el señor Strobridge, y se disponía ya a poner el auricular en manos de su señora, cuando ésta, frunciendo el ceño, le dijo que diese el recado por sí misma.

— Tengo hoy una molestia en el oído derecho — dijo; — hágalo usted en mi lugar, señorita Bush.

— ¡Escuche! Milady me ruega que dé

Biblioteca Nacional de España

a usted un recado. ¿Quiere esperar un momento?

— Bien, sí.

Lady Garribardine le dictó en voz baja:

— Dígale que venga hoy media hora antes del almuerzo. Tengo que hablar con él sobre lo de esta noche. Es para asistir, desde mi palco, a ese ridículo baile. Dígaselo usted así.

Catalina repitió el mensaje exactamente.

— Por mi parte estoy muy disgustado con ese asunto — respondió el señor Strobridge; — he decidido no ir.

— ¡Qué tontería! — exclamó lady Garribardine, — cuando se lo dijeron; y tomando el auricular de manos de Catalina, rugió:

— No seas necio, Gerardo; a estas horas es ya demasiado tarde para que sigas en tus trece por razones de dignidad. Ya te diré lo demás cuando vengas a almorzar. — Y en este punto cortó la comunicación y llamó a Stirling.

— Llévese usted toda esta montaña de cartas, señorita Bush; he de vestirme, y tengo que luchar con los humillantes defectos de la edad. Puede usted retirarse.

Catalina tenía ante sí una mañana muy atareada. Se sentó prontamente a la máquina, y escribió hasta que le sirvieron el almuerzo en la secretaría, y aún para comer se detuvo breves momentos. Lady Garribardine entró cuando se dirigía al comedor. Lanzó una mirada a los platos, apenas probados, y guiñando sus negros ojos, dijo:

— ¡Basta, basta, niña! Hay que comer... *Pas trop de zèle.* Acabe usted el *pudding*, y luego lléveme al comedor aquellas dos cartas sobre el informe de la Sociedad Caritativa de Winebeger. Tomará usted el café con nosotros; estamos solos el señor Strobridge y yo. Al fin no ha venido la señora Delemar. A propósito, ¿necesita usted alguna cosa? ¿Ya es bueno el café que le sirven? Los criados siempre se reservan para sí lo mejor.

— Tengo todo lo que necesito, muchas gracias; pero nunca se me ha ofrecido café — replicó Catalina.

El semblante de lady Garribardine adoptó una expresión de indignación; vivamente, tocó el timbre.

— Hay cosas que sólo suceden mientras una no tiene noticia de ellas. Debiera usted habérseme quejado antes, señorita Bush.

Tomás acudió a la llamada, y palideció visiblemente cuando vió el semblante de la señora. Se le preguntó por qué no había servido café a la señorita Bush, en un tono que le dejó paralizada la lengua, y sólo pudo tartamudear como única excusa que la señorita Bush no lo tomaba, lo cual despertó nuevo arrebato de cólera.

— ¡Desdichado! — exclamó lady Garribardine, — nadie debe buscar en el prójimo la excusa de los propios errores. Hablaré de esto con Bronson, pero procure usted que no vuelva a suceder nunca, Tomás.—Y el criado, todo tembloroso, obtuvo permiso para retirarse de la habitación.

— Celebro que no haya usted intentado defenderlo, como acostumbraba a hacer la estúpida de Arnott — dijo la señora, todavía irritada; — siempre se colocaba entre mi justa cólera y las faltas de los criados, procurando protegerlos... ¡Cualquiera hubiera dicho que era de su clase! Resultaba de aquí, que nadie en la casa la respetaba; y eso que ella era una buena persona. Procure usted, señorita, hacerse respetar y obedecer cuando debe ser obedecida.

— Procuraré hacerlo. — Y una expresión enigmática se dibujó en los rojos labios de Catalina. — Comprendo que para ser respetada u obedecida no basta ser naturalmente buena, sino que es necesario obrar con justicia. Yo nunca defenderé a nadie como no sea digno de ello.

— Creo que me comprende usted bastante bien, joven... Bueno, venga usted al comedor dentro de media hora.

Y dirigiéndole una sonrisa comprensiva, lady Garribardine abandonó la estancia.

— Gerardo, mi nueva secretaria es una criatura maravillosa... ¿No lo has observado tú aún? — dijo luego a su sobrino, una vez terminada la parte seria del almuerzo y después de haber hecho sonar el esmaltado timbre, a cuya llamada aparecieron automáticamente los criados desde detrás de la mampara, puesto que en esta comida sólo les estaba permitido entrar para cambiar los cubiertos.

Por aquella casa pasaban muchos políticos y diplomáticos a quienes agradaba poder conversar a solas con la señora.

— No..., no mucho — confesó el señor Strobridge cuando trajeron el café y se quedaron solos de nuevo. — Aunque creo que escribió mi carta al *Times* perfectamente bien.

— Todavía no ha hecho mal ninguna cosa. Cuando comete algún error en cualquier bagatela de la etiqueta, se da cuenta en seguida y lo corrige por sí misma. Al principio leía en voz alta de una manera grotesca; pero nunca he tenido que enseñarle dos veces a pronunciar una palabra. Le preparo trampas para ver si cae, pero es lista y observadora como pocas.

— Es un tesoro, en una palabra; — pero el señor Strobridge lo dijo con tono distraído, porque el tema no le interesaba y estaba todavía vivamente enojado por la situación que le había creado su esposa.

Desde luego, él no podía obligarla por la fuerza a permanecer en casa, y por otra parte odiaba la idea del "Ganimedes" y las piernas desnudas. Volvió al tema una vez más.

— Preferiría no ir esta noche a ver a esa cuadrilla extravagante — dijo. — Beatriz va sólo por terquedad. Ella no es como Hebe Vermont, una *poseuse* ridícula que tiene unos deseos locos de llamar la atención; Beatriz es de ordinario una criatura refinada, aunque un poco fastidiosa. Lo hace sólo para desafiarme.

— Conforme ya te he dicho muchas veces, Gerardo, no debieras haberte casado nunca; tienes madera de enamorado devoto e inflamado que necesita cambiar convenientemente, cada seis meses, de mujer amada. En el papel de esposo estás, con franqueza..., un poco ridículo. No ejerces autoridad. Como decía, con gran exactitud, la señorita Bush, hace un momento, hablando de otro tema, tú te conduces de ordinario igual que una persona naturalmente buena, pero te falta espíritu de justicia, y Beatriz se burla de ti y sigue su camino.

— En realidad, yo no comprendo un criterio autoritario y estoy agradecido a mi esposa porque se conduce así. ¿Hay nada más burgués y más tedioso que la forma ordinaria de relación entre esposo y esposa? La única cosa que hace agradable la intimidad con una mujer son las dificultades y la intermitencia. Beatriz, afortunadamente, no espera nada de mí, y yo no espero nada de ella; me basta con que se conduzca de una manera adecuada a su clase y a su situación; y no creo yo que hacer de "Ganímedes", con su indumentaria original, en un baile de Modelos de Artistas sea una cosa discreta para una Thorvil o para mi esposa.

— Tú no sabes cómo manejarla y eres demasiado indiferente para ensayarlo, de modo que harías bien tragándote esa dignidad ultrajada y viniendo conmigo a mi palco. También vendrá Lão y os podréis sentar a cuchichear en el antepalco. — Lady Garribardine encendió un cigarrillo, pero el señor Strobridge protestó con extravagante aflicción:

— ¡No lo quiera Dios! ¿Acaso pretende usted matar esta naciente novela, tía Sara? Si a Lão y a mí se nos va a poner aparte, como a un par de novios, se evapora todo el encanto. Yo necesito "administrar" mis emociones, para que me duren hasta las vacaciones de Pascua; después, estaré demasiado atareado para ocuparme de ello... ¡No sea usted cruel, mi dulce tía!

Reía aún lady Garribardine cuando Catalina Bush entró llevando en la mano las cartas ya acabadas.

— Gerardo, pon un poco de café a la señorita Bush, mientras yo miro esto — y la señora indicó la bandeja que tenía ante sí, colocada atentamente por Bronson.

El señor Strobridge hizo lo que se le había dicho.

Sus pensamientos estaban muy lejos y, en lugar de desplegar la cortesía que solía poner en su trato con las mujeres, parecía no advertir la presencia de Catalina. Tenía ella aún un aspecto completamente vulgar, con sus crenchas de matiz ceniciento y su sencilla blusa oscura, y sólo se destacaban en su perso-

Biblioteca Nacional de España

na aquellos extraños y hermosos ojos.

Se sentía un tanto enojada. Le atraían las maneras y el modo de expresarse de aquel caballero; su voz era en extremo educada; sus palabras, muy selectas y llenas de una gracia refinada. He aquí una persona de la que podía aprenderse algo. Le hubiera gustado conversar con él a solas y desembarazadamente. Permaneció en silencio y escuchó cuando tía y sobrino cogieron de nuevo el hilo de la conversación. ¡Cuánto le agradaría a ella poder conversar así! Siempre chispeantes, sin que nunca pareciese demasiado seria la conversación; todo ello como una atmósfera luminosa, mientras que el señor Strobridge hacía alusiones y citas que mostraban su brillante erudición. Catalina atendía con los cinco sentidos. Algunas de aquellas frases las conocía y otras se proponía consultarlas más tarde, pero su modo de pronunciar las frases sonaba de forma diferente a como ella las había imaginado cuando las leía en los libros.

Fué aquella la primera ocasión en que pudo oír con cierta continuidad una conversación entre dos personas dignas de estimación por su calidad, y esta media hora constituyó el primer jalón en su camino de perfección.

Al fin se levantó y volvió a su trabajo con un cabal concepto de la magnitud de su tarea de ascender a aquella cumbre: ser una gran lady, una dama cultivada, en un ambiente aristocrático.

Durante algunos momentos se sintió desalentada, mas luego se le ocurrió una reflexión.

—Él me podía ayudar a conocer algo de literatura y de arte; es capaz de proporcionarme una verdadera cultura y, puesto que está casado, no cometerá la estupidez de hacerme el amor. Para que esto sea posible hace falta, ante todo, que se dé cuenta de que existo, y a este fin, cuando llegue el momento, tengo que atraer su atención, procurar que oiga y mire. Pero es necesario que se fije en mí, no en la secretaria de su tía; y entonces podré aprender de él todo lo que necesito conocer.

Mas no se le ocurrió pensar que estos proyectos pudieran quizá acarrear dolores de cabeza a su futuro maestro.

Capítulo VIII

Matilde estaba citada con su hermana para reunirse en el lago de la Serpentina, si hacía buen tiempo el domingo. Pasearían un poco y luego tomarían el té en la estación de Victoria, desde donde Matilde podía coger el tren para regresar a la Pradera de Bindon.

Se encontraron en el puente a la hora acordada; la mayor de las señoritas Bush se mostraba llena de gozo. Echaba muy de menos a Catalina, como a veces las esposas humildes echan de menos a sus maridos ceñudos; estaba llena de curiosidad por oír noticias nuevas.

—Pareces algo cambiada, Catalina —exclamó una vez que se hubieron saludado.—¿Será porque te peinas de otro modo? Pero no; también lo llevabas así la última vez que te vi. No es tampoco que tengas ya la "presencia" de una dama, pero de todos modos es algo que te favorece. Yo no sé lo que es, pero has cambiado. Cuéntame algo, querida mía; me muero por oírte.

—Me gusta aquello—comenzó Catalina—y aprendo muchas cosas.

Esos informes no causaron emoción alguna a Matilde. Juzgaba ella que aquel deseo de Catalina, de estar siempre aprendiendo, era una cosa fatigosa y completamente innecesaria. Quería oír detalles acerca de la comida y de la habitación, de las gentes y del modo de tratarlas, sin que le importase gran cosa su perfeccionamiento moral.

—¡Oh! bien—dijo—¿Son amables contigo?

—Sí, estoy servida como una lady, y generalmente el trabajo no es ni la mitad de pesado que en casa de "Liv" y "Dev".

—Cuéntame, empezando desde el principio, lo que haces desde que te levantas hasta que te acuestas.

Catalina obedeció:

—Me despiertan a las siete y media y me traen una taza de té, de verdadero té, Matilde, no de aquel mejunje que llamábamos té en casa. (Matilde sacudió ligeramente la cabeza.) La segunda doncella, que es la que me sirve, descorre las persianas, y luego, cruzando el pasillo tengo mi cuarto de baño con un baño profundo y caliente.

—¿Todos los días?—interrumpió Matilde.—¡Qué gasto de jabón y de toallas! ¿Y te gusta, Catalina?

—Naturalmente. Ahora, Tilde, me parece que todos nosotros éramos muy sucios con nuestro baño semanal; estas cosas llega una en seguida a encontrarlas necesarias. Yo no sabría ahora privarme de mi baño diario.

Matilde lanzó un bufido.

—Bien...; ¿y después?

—Después bajo al salón de la secretaría donde tengo mi desayuno. Es la habitación en que suelo estar. Cuando he acabado el desayuno, con hermosa china y plata y mantelería, cojo mi cuaderno y mi lápiz y voy al dormitorio de lady Garribardine a recibir taquigráficamente instrucciones para el día.

—¡Oh, Catalina, cuéntame! ¿Cómo es su habitación?—Por fin podía escuchar alguna cosa interesante.

—Es toda de seda rosa con encajes, y una cama dorada, y buen número de fotografías y un gran sofá y butacas confortables... Cuando tiene ataques de reuma se queda en la habitación, y sus amistades toman el té allí.

—¡Cómo! ¿La gente tomando el té en un dormitorio? ¡Serán las señoras, naturalmente!

—¡Oh, querida, y los caballeros también! Tiene muchos amigos que le son muy afectos.

—¿Caballeros en su dormitorio? Eso es una indelicadeza—decía Matilde francamente escandalizada.

—¿Por qué?—preguntó Catalina.

—¿Que por qué? ¡Qué extravagancia! ¡Los caballeros en la habitación en que se ha de dormir y vestirse! Nunca se le ocurriría a Mabel hacer tal cosa; y además no quisiera yo que llegase a sus oídos que estás en una casa así. De seguro que nos censuraría.

—Lady Garribardine tiene más de sesenta años, Matilde; y ahora ¿no encuentras muy divertido todo eso que has dicho:—Catalina se preguntó cómo no había advertido hasta entonces que Matilde estaba completamente desprovista de toda capacidad para el buen humor. Se dió cuenta también de que aun para sí misma era ésta una idea nueva, que quiza la había adquirido en sus lecturas, aunque comprendía que era una dote de que ella gozaba. Nadie habló nunca en su círculo familiar de "sentido del buen humor", y Matilde, lo poseyese o no, no habría comprendido lo que significaba.

Para Matilde las cosas eran simplemente las cosas, sin aspectos ni matices, y que una lady recibiera a los caballeros en su dormitorio, aunque pasase de los sesenta y estuviera reumática, era una conducta incorrecta que merecería la desaprobación de Mabel Cawber y además la del selecto y refinado vecindario de la Pradera de Bindon.

—La edad no lo justifica. ¡Un té en un dormitorio y con caballeros!

—¿Pero qué es lo que crees que van a hacer con ella, Matilde?—preguntó conteniendo con dificultad su sonrisa.

—¡Qué atrocidades dices, Catalina!—exclamó, sonrojándose, Matilde.—¡Será una situación embarazosa para todos! ¿Qué diría la gente si Mabel recibiera así un domingo a Fred y a Bert y a Charlie Prodgers, porque tuviese, digamos, un catarro?

—Sí, estoy segura de que todo *Bindon's Green* pediría sus cabezas y de que Fred, Bert y Charlie Prodgers estarían terriblemente desasosegados y se les ocurrirían ideas muy extravagentes; si una persona como Mabel tuviese la ocurrencia de recibirlos en esas condiciones, ella misma se encontraría inquieta..., a no ser que tuviera el aplomo necesario para invitarles a propasarse. Pero lady Garribardine está siempre completamente segura de sí misma y sus amigos también lo están; no se preocupan demasiado de los convencionalismos; son verdaderos *gentlemen*, y no se inquietan por lo que los demás puedan pensar; encuentran natural que se vaya a ver, siempre que lo necesite, a una anciana dama reumática. Ésta es justamente la verdadera diferencia que hay entre las clases sociales, Matilde; las clases altas son lo que son y no pretenden ser otra cosa,

Biblioteca Nacional de España

y no tienen por qué inquietarse cuando hacen algo natural y sencillo.

Matilde, no convencida aún, persistió en su actitud de desaprobación, mientras su hermana se entregaba a aquellas reflexiones sobre las clases.

—De todos modos, yo lo encuentro estrafalario—resolló aún.—¿Y cómo encuentran sitio para sentarse en un dormitorio?

Catalina sonrió. Se preguntó si su nueva esfera no sería para ella tan sorprendente como para Matilde, de no haber gozado ya de aquella visión de la vida mediante el ambiente y el *confort* que le proporcionó lord Algy. Supuso que ella misma se habría encontrado igualmente sorprendida, pero hubiera afrontado la situación sin tantos prejuicios. Después de haber observado durante diez días un mundo en el que todas las cosas nuevas y viejas se contemplaban y discutían con la más amplia tolerancia, le aterraba aquella increíble estrechez de criterio de la Pradera de Bindon, y la fuerza de la ignorancia, el prejuicio y la ridícula hipocresía que regulaba la vida de miles de gentes estimables.

Descendió de estas consideraciones ante la realidad de las palabras con que su hermana reiteraba su pregunta sobre si encontrarían asiento los visitantes, y respondió sonriendo aún:

—Es un gran salón, Tilde, doble que el salón de nuestra casa...; no, más grande aún, y veinte personas podrían sentarse allí sin estorbarse.

—¡Santo Dios!—exclamó Matilde,—debe de ser muy grande.

—Matilde, eres una vieja boba. Tú crees que todo el mundo tiene que ser como la Pradera de Bindon aunque ya te he dicho muchas veces que hay lugares y clases que llevan una vida diferente; pero Mabel y tú, Bert y Fred, todos vosotros pretendéis medir las cosas con vuestro mezquino criterio. A veces me dejáis asombrada.

Matilde se contuvo y Catalina continuó:

—La casa de lady Garribardine no le parece a ella una cosa majestuosa, ni a ninguno de los que allí vienen. Diríase que no se dan cuenta de lo que la casa es; para ellos es lo de todos los días, aunque algunas de aquellas personas viven en casas muy pequeñas y no todos son ricos. Tiene dos primas: son dos damas de alguna edad que viven en un pisito, pero ¡qué diferencia de la "villa" de Mabel! Fuí la semana pasada a darles un recado, y estuve esperando en un minúsculo saloncito, una cosa exquisitamente sencilla y clara; y eso que quizá sean más pobres que nosotros.

Matilde se sentía demasiado desazonada para continuar esta conversación; siempre le había disgustado la manera que tenía Catalina de argumentar con ella; era preferible volver a temas más interesantes, tales como las alfombras, cortinas y muebles de las habitaciones de la casa de lady Garribardine. Ella ya suponía que muchas gentes tenían casas así, y con frecuencia había visto algo de ellas en los escenarios, pero hasta que Catalina fué a vivir realmente a una de estas casas, nunca las juzgó como unas realidades existentes, o, mejor dicho, la realidad de las mismas no había venido a hacérsele evidente y a metérsele por las puertas. Así pues, preguntó a Catalina, y pronto obtuvo una cuidadosa descripción del dormitorio de la señora y del resto de la casa, después de lo cual volvió a interesarse por las tareas diarias de su hermana.

—Bien; ¿y qué haces después de recibir sus órdenes?

—Clasifico todo lo que ha traído el correo y anoto en los sobres cómo he de responder a cada carta. A veces leo en voz alta los periódicos, si ella tiene los ojos fatigados.

—¿Sí?

—Después bajo a la secretaría a escribir las cartas. Muy rara vez contesta por sí misma, y tengo que escribirlas yo como si fuese ella. Sus amigos estarán maravillados del cambio que ha sufrido su estilo y su letra desde que marchó la señorita Arnott.

¡He aquí una cosa que emocionó vivamente a Matilde!

—¡Oh, cuántas gentes de la aristocracia conocerás! ¡Eso sí que será interesante!

—Sí; como ya te he dicho, aprendo de ellas mis lecciones.

—¡Qué pesada te pones con tu aprendizaje! Bien; cuéntame, ¿y de qué escribes?

—De muchas cosas: sus viajes, sus donativos, invitaciones, algún dicho agudo de unas y de otras, política, la última historieta que corre y, a veces, de libros.

—¿Y tienes que contestar como si fueses tú lady Garribardine? ¿Cómo puedes hacer eso, Catalina?

—Me da ella una idea general... Al principio, me enseñó sus cartas particulares, y ahora ya sé hacerlo; a veces las escribo como si fuesen mías.

—¿Pero no conocen los que las reciben que no están escritas por ella?

—Claro que sí, pero no les importa. Ella es una gran lady con un gran carácter, muy respetada en su círculo social, y a todos conviene ser correctos con ella.

—Es gracioso. ¿Y qué otras cosas haces?

—A veces tengo que hacer algún recado: compras y otras cosas por el estilo, y luego almuerzo. Los alimentos son deliciosos. Me sirve el tercer criado, que se llama Tomás. El miércoles, lady Garribardine le echó una filípica que encendía el pelo porque no se me había servido café. Puedo asegurarte que desea que se me trate perfectamente.

—¡Qué elegante! ¡café después del almuerzo! ¡Y cuántos criados! ¿Qué hacen todos ellos?

—Su tarea, supongo. No olvides que es una gran casa, que todo se hace espléndidamente, que todo está ordenado y muy limpio.

Matilde insistió aún, deseando saber la lista completa de la servidumbre y las obligaciones de cada uno. Su alma de ama de casa se revelaba en estos detalles, y al concluir la relación su asombro no tenía límites. Catalina podía informarla circunstanciadamente de todo, pues todas las cuentas pasaban por sus manos.

—Esa vieja lady debe de gastar dinero a montones—dijo Matilde, con un suspiro;—pero no me has hablado aún de las tardes. ¿También trabajas?

—Cuando estoy muy atareada...; eso depende del quehacer que tenga. Si no estoy muy ocupada y no he salido por la mañana, doy un paseo antes del té. Me llevo los dos *fox-terriers* de la señora, "Jack" y "Jo"; son dos lindos compañeros y los quiero mucho. Paseamos por las plazas o nos llegamos hasta el Parque.

—¿Y el té? Supongo que te llevarán una taza todos los días...

—Una taza, no; una bandeja para mí sola, con unos deliciosos mojicones y crema. Lady Garribardine tiene un rebaño de vacas en su casa de campo de Blankshire y diariamente envían la crema.

—¡Es delicioso!—suspiró una vez más Matilde. Difícilmente podía concebir su imaginación tales lujos. ¡Le parecía que Catalina estaba viviendo en medio de un vicio dorado!

—Después del té, si no me envían a hacer algún recado especial, me dedico a la lectura. Me fijo en las cosas que ignoro y de las cuales he oído hablar por casualidad a las gentes que vienen. Tengo permiso para usar los libros de la biblioteca.

—¿Sueles ver a personas de la aristocracia?—preguntó Matilde con un renovado interés.—¿Cómo son?

—Suelo verlas a veces, pero no con frecuencia: cuando por casualidad se me llama; pero la semana próxima la señora organiza unos cuadros plásticos, con fines benéficos, y conoceré entonces a gran número de personas distinguidas, algunos de cuyos nombres conoces bien por el *Flare*.

—La Duquesa de Dashington y la condesa de Blanktown, quizá. ¡Esas sí que son distinguidas!

—Probablemente, pero yo no sé nada de la duquesa de Dashington. No creo que lady Garribardine la mire con buenos ojos.

—¡No aprobar a la duquesa de Dashington!—exclamó indignada Matilde.—No tiene por qué darse esos aires una persona que recibe caballeros a tomar el té en su dormitorio.

Las fotografías de aquella singular duquesa eran el encanto de los periódicos ilustrados de a medio penique, y Matilde estaba habituada a verla en traje de patinadora, bailando con su profesor, o en traje de *golf*, o con la indumentaria que lucía en los teatros particulares, casi todas las semanas.

Biblioteca Nacional de España

— No; la señora habla de ella despectivamente; pero el domingo por la noche podré darte más detalles. Algo habré oído para entonces, porque ya se habrán ejecutado los cuadros.

Matilde volvió a su tema.

— Supongo que te darán de cenar...

— No: a las ocho como, y para eso me visto yo misma y me pongo mi mejor blusa; después de esto leo los periódicos, o libros franceses, y a las diez me acuesto.

— ¡Qué gracia! ¿A qué viene vestirse si no vas a ver a nadie? ¡Cómo estropearás la blusa!

Matilde estaba espantada ante tal locura.

— Aspiro a ser una lady, Tilde; y una lady ha de vestirse por la noche aunque se encuentre sola en una isla desierta.

— ¡Qué tontería! ¿Para qué?

— Por respeto a sí misma.

— ¡Qué disparate!

Terminado el interrogatorio, Catalina añadió alguna reflexión.

— Me gustaría que pudieras verlo todo, Matilde; con ello adquirirías un criterio más amplio. ¡Son tan distintas las cosas de lo que acontece en la Pradera de Bindon! Si pudieras tan sólo oír sus puntos de vista, te parecería que somos de naciones distintas. El golfillo descalzo que salta por las calles, está más cerca de su nivel que nosotras mismas.

Pero Matilde ya no pudo tolerar esto; su cólera explotó.

— ¿Esos chiquillos sucios más cerca de estas nuevas gentes tuyas que una verdadera señorita, como Mabel Cawber, y que tus propios hermanos? Catalina ¿cómo te atreves a decir esto? ¡Esos horribles pilluelos que no tienen el menor orgullo de sí mismos! ¡Qué, si ni siquiera se avergüenzan de venir por este parque los domingos, entre las personas decentes! ¡Si no sirven para nada!

— Eso mismo harían los aristócratas, si lo necesitasen hacer; y no se avergonzarían de nada, ni se preocuparían por ello, ni tienen "orgullo de sí mismos"; pero esto no lo comprenderás nunca, Tilde, ni aunque vivieses cien años.

— Ni lo necesito comprender.

— Entonces está visto que es completamente inútil que hablemos. Será mejor que nos vayamos a tomar el té.

Y saliendo por Albert Gate se encaminaron a Victoria.

Cuando su irritación se hubo aplacado, comenzó Matilde a referir las noticias de la casa. Gladys y su novio no eran felices; no lo eran desde aquella visita — Catalina la recordaría — que habían hecho a su tía en Brighton, hacía unas seis semanas, y ambos estaban cada vez más tristes.

— ¡Tan altiva como es Glad con Fred y nunca alza la voz con Bob Hartley!

Matilde creía que le irían mejor las cosas a su hermana si mostrase un poco más de energía. Mabel y su novio fueron como siempre a una solemnidad religiosa en el Park, aquella mañana, y esta señorita cenó con ellos en Villa Laburnum la noche anterior, y habían comido ostras, habiéndolo pasado muy bien.

Catalina sentía una extraña emoción al oír estas cosas. Le parecía ver a lord Algy paladeando las ostras, y recordaba todas las reflexiones que entonces le sugirió. ¡Qué lejano veía todo aquéllo!

— ¿Has conversado alguna vez con aquel caballero de que me hablaste? — preguntó Matilde, antes de dirigirse hacia la estación.

— ¿Te refieres al señor Strobridge, el sobrino de lady Garribardine? Sí; es el esposo de aquella señora a quien viste Glad, de la que llevaba el modelo del vestido que yo deseaba; es un hombre inteligente. En realidad hemos hablado muy poco, pero espero que algún día he de llegar a conocerlo bien.

— ¡Ten cuidado, Catalina! ¡Mira que es un hombre casado!

— Para lo que yo le necesito, tanto da que sea casado o soltero — afirmó Catalina, poco antes de que arrancase el tren.

¡Qué buena es Matilde!, pensaba Catalina, mientras se encaminaba presurosa hacia Berkeley Square; desinteresada, honrada y desesperadamente estúpida. Le tenía cariño. Pero ¿por qué sería ella tan diferente de todos los demás? Nada hay que se deba al azar, todo tiene su razón, aunque a veces estamos ciegos para percibirla. Algo habría quizá de cierto en aquella vaga historia de una bisabuela perteneciente a una gran familia, que cayó de su posición y que se casó con el bisabuelo del subastador de almonedas y de quienes su propio padre se acordaba muy bien. ¿Correrían quizá por sus venas algunas gotas de aquella sangre de raza transmitida desde su origen y como reconcentrada en ella, sin haberles llegado a sus hermanos, o era simplemente que su cerebro se había desarrollado gracias a años de lecturas? Pero no podía ser esto, porque ella se acordaba de instintos y gustos en la primera infancia, aún ineducada, que contrastaban por completo con los de su familia.

— A mi padre debo esta capacidad para los negocios — se decía, — pero de mucho más lejos me viene esta voluntad para la acción. Yo haré todo lo que quiera. Necesito ser insensible y no dejarme llevar de las emociones. Debo seguir aquella sentencia de Bacon acerca de los grandes espíritus — y se la repetía para sí: — "Todos los que se han sentido enamorados hasta la locura, nos enseñan que los grandes espíritus y las grandes tareas preservan de esta débil pasión."

Sí; ella se preservaría de esta débil pasión. Había gozado de sus placeres, y este recuerdo perduraría en ella toda la vida.

En la puerta se encontró con Gerarde Strobridge, que salía en aquel momento. Se quitó el sombrero y dijo cortésmente que hacía un tiempo insoportable y frío. Luego descendió la escalinata y se fué hacia Hill Street.

Y Catalina Bush se dirigió a su habitación.

Capítulo IX

Durante la semana de los cuadros plásticos se ofreció a Catalina Bush una nueva perspectiva para contemplar aquel mundo. Ella conocía ya por sus cartas a muchas de aquellas personas, que venían a almorzar y a los ensayos, y ahora podía juzgarlas viéndolas cara a cara. Se la solicitaba a cada instante para recibir órdenes, para arreglar pequeños detalles; escuchó y había asimilado lo escuchado.

El desdén que sentía por algunas de aquellas gentes era tan grande como el que experimentaba hacia Mabel Cawber; encontró personas con títulos y elevada posición a las que desdeñosamente apodaba "clase inferior".

— Aparte de que están más habituadas a estas cosas, son tan despreciables como Mabel — se dijo, sacando por deducciones, según era su costumbre, el por qué de ello; y al averiguar de qué familia procedían algunas de estas damas, le pareció encontrar una satisfactoria confirmación de su teoría de la herencia, puesto que muchas de ellas no podían tener grandes pretensiones respecto a la nobleza de su sangre. La insolencia con que las otras las trataban era prueba de ello.

Varias de aquellas damas de la nobleza, americanas de origen, tenían aire de reinas o de diosas griegas; verdaderamente, las admiraba. Quizá en otro tiempo fueron como ella misma y aprendieron...; y ahora, sin duda alguna, sabían desempeñar su papel.

— Pero yo tendré unas maneras más reposadas cuando llegue a su posición — se dijo.

Conservaba en abundancia, en su memoria, los dichos y los puntos de vista de Sara lady Garribardine. A su juicio, ésta era una verdadera aristócrata. Una mujer fuerte, muy humana, con defectos, pero incapaz de una bajeza o de algo que fuese indigno de su elevada clase. Soberanamente insolente, pero aun entonces no hacía nada en menoscabo del respeto a los demás.

Era generosa e inflexible; obraba según el lema *noblesse oblige*. Catalina parecía creer a ojos cerrados en el derecho divino de los reyes y de Sara lady Garribardine. No en vano descendía de un barón del siglo XIII. Participaba de sus puntos de vista, y sobre los ideales de ella moldeaba sus propios ideales.

Cada día aumentaba las palabras de su vocabulario en uso; adaptaba a las necesidades modernas las frases que había leído en los clásicos, abandonaba expresiones vulgares, cultivaba su pro-

Biblioteca Nacional de España

nunciación, pulía sus facultades críticas. Comprendía que su lenguaje habitual no había sido muy puro, que no ponía bastante atención en la gramática cuando hablaba, aunque nunca se expresó tan torpemente como la pobre Matilde.

Comparativamente aprendió tanto acerca de la vida de sociedad durante aquella semana, como había aprendido acerca del hombre durante los tres días pasados con lord Algy. Con él había dado su primer paso; con estas damas daba el segundo. Lady Garribardine era su maestra; Gerardo Strobridge sería su ayo... cuando llegase el momento oportuno.

Las sospechas que tenía acerca del escaso afecto con que lady Garribardine juzgaba a la duquesa de Dashington se vieron confirmadas un día al comienzo de aquella semana. Se había agudizado el reumatismo de la "joven-anciana" lady y permanecía en su habitación, sentando a almorzar a su sobrino predilecto y a la señora Delemar, en una mesita cercana a su dorado lecho.

Catalina estaba trabajando en un escritorio próximo, después de haber almorzado en el piso inferior.

— Señorita Bush, no se vaya usted, si es que nuestra charla le permite continuar escribiendo esas invitaciones.

Por lo tanto, Catalina se quedó.

Al principio hablaron los tres de mil cosas de las que ella escasamente se enteraba, pero hubo un momento en que su atención se sintió atraída por un nombre. El señor Strobridge estaba diciendo:

— Sara, creo difícil rechazar a Dulcie Dashington. Ha escrito a Beatriz esta mañana; está decidida a substituir a Nell Gwyn como "muchacha de la naranja".

— Entonces tendrá que hacerlo en otros cuadros plásticos, pero no en éstos que yo preparo — dijo lady Garribardine con tono agrio.

— Mi querida Sara: pero ¿por qué es usted tan severa con la pobre Dulcie? — protestó la señora Delemar. — Es una buena persona, y con esos faldellines está espléndida; mejor que con los vestidos corrientes.

— Tengo la seguridad de que no soy severa con ella, Lão. Si fuese la esposa de un joven y alegre chamarilero aficionado a diversiones ruidosas y a bromas de baja clase, sería una criatura admirable. No es con la mujer, con la que soy severa. Precisamente en Blissington hay otra que se le parece y que me ayuda en las tómbolas y en las fiestas escolares; su esposo es un cervecero del pueblo, y somos excelentes amigas. Es a la duquesa de Dashington a quien yo rechazo, porque considero que ha hecho más por degradar su clase, en estos días de socialismo, que ningún otro miembro de nuestra tristemente humillada nobleza.

Los dos comensales reían divertidos, pero lady Garribardine continuó, elevando un poco la voz. Era un tema que ella sentía tan en lo profundo de su ser, que en ciertos momentos olvidaba la habitual frialdad irónica con que solía tratar las cuestiones.

— Dejémosla con sus amoríos; todos los hemos tenido. Nadie tendrá nada que objetar, si son decorosamente llevados dentro de su propia clase. Yo no tengo nada que decir de su moralidad física, ni de ninguna otra mujer. Esa moralidad es una cuestión de temperamento, de geografía y de costumbres; me importa mucho que se conserve algún aspecto de dignidad en la aristocracia, y Dulcie Dashington ha rebajado el prestigio de la nobleza, puesto que ella es de buena cuna, aunque ¡bien sabe Dios que su padre no era responsable de las andanzas de la pobre Susana!

Gerardo Strobridge sonrió mientras encendía un cigarrillo.

— Tiene usted mucha razón en lo que dice, Sara; ciertamente que ha arrastrado por el suelo su título, con sus fantásticas amistades, con toda especie de jugadores profesionales y su completo olvido de las tradiciones de los Dashington, pero usted olvida que ha tenido que aguantar a Toni, que es un marido imposible.

— Ningún hombre es un marido imposible cuando es duque, o al menos no debe serlo para ninguna duquesa; y si ella le tiene por tal, no merece la más pequeña excusa. Una mujer que ocupe una gran posición tiene que dejar de contar con sus sentimientos personales. Ha contraído, por decirlo así, la responsabilidad de velar por su clase, lo mismo que un centinela es responsable mientras está de guardia. Sería fusilado en tiempo de guerra si se durmiese a la hora de cumplir con su deber, por mucha que sea la piedad que despierte el pensar en sus fatigas y su necesidad de reposo. Sería fusilado para ejemplo de los demás, porque ni aún por la naturaleza ha de dejarse vencer si ello significa un peligro para el puesto.

— Eso es muy cruel — musitó la señora Delemar.

— No, por cierto — exclamó lady Garribardine con una vibración desdeñosa en la voz. — Estamos en guerra ahora con las masas radicales, y no debe hacerse nada que comprometa nuestra posición o nos arrebate nuestro prestigio, o nos obligue a abandonar el fuego y a tirarlo todo por la borda; pues lo que nosotros pretendemos es que perdure la aristocracia en Inglaterra, y los que a ella pertenecemos tenemos que defenderla. Dulcie Dashington, con sus costumbres, y sus fotografías en los periódicos, y su vulgaridad y la ostentación de sus desagradables conflictos domésticos, constituye objeto de burla, y por poco que represente mi voz en sociedad y por escaso que sea mi poder, le haré saber cuál es mi opinión y por qué no la recibo. Para mí no hay delito mayor que el de ser traidora a su clase.

— Creo que tiene usted razón — dijo en tono sumiso la señora Delemar; — ¡pero hay en sociedad tantas gentes estrafalarias que hacen cosas inauditas! Quienes lo están cambiando son esos muchachos que se casan con miserables actrices o con americanas.

— ¡De ningún modo! — contradijo lady Garribardine. — En todas las épocas ha habido algunos muchachos que se han casado con actrices; algunas de ellas han demostrado ser personas muy decentes, y si otras no lo eran ¿qué importaba? Nadie sentirá defraudadas sus esperanzas; mas no son ellas las que abren la brecha en el muro. En cuanto a las americanas, son muy lindas en la mayoría de los casos y lo bastante discretas para no fracasar en su nueva posición; son como los convertidos al catolicismo, más papistas que el Papa. El único peligro que las acecha es que tienen demasiado dinero y conceden demasiado valor a los entretenimientos, fomentando a veces diversiones excéntricas y anticuadas. No, mi querida niña, son las propias damas inglesas las que han perdido el respeto de sí mismas y han arriado su bandera, y cuando hace esto una persona de elevada cuna, como Dulcie Dashington, es necesario que sufra su castigo.

— Esto es incontestable — pensó Catalina cuando lo oyó. Se preguntaba por qué los otros dos se burlaban con tanta ligereza, aun siendo aquella una de las ideas centrales de lady Garribardine. He aquí una cosa que generalmente la asombraba mucho: nadie parecía tener convicciones y entusiasmo, todos marchaban a la deriva, mostrando escasa energía. Parecían gentes imprecisas e inexpertas, pero eran divertidas y deliciosamente felices y contentas. Si en ellas había algún sentimiento positivo, nunca salía a la superficie, y aun lady Beatriz y su corrillo de poetisas refinadas, y otras gentes mundanas de gustos artísticos, volaban de tema en tema, volviendo los ojos cada semana hacia nuevas modas.

Muchas de aquellas personas tenían unas maneras inusitadas, y sus actitudes, a veces, estaban tan lejos de ser corteses, que hubieran escandalizado a Mabel Cawber. Los pocos que verdaderamente realizaban la idea que Catalina tenía acerca de lo que debía ser una "lady", se destacaban sobre los demás como estrellas. Mas, a pesar de estas tachas, tomadas en conjunto sus maneras espontáneas y su absoluta despreocupación, no podrían ser nunca igualadas en la Pradera de Bindon.

— Me parece que los tiempos han cambiado — se dijo Catalina — y que esta laxitud está produciendo un tipo nuevo. ¿Cómo se conducirían estas gentes si se produjese otra vez un cataclismo como el de la Revolución francesa? Pero cuando llegue mi hora sabré mantenerme en mi nueva clase como lady Garribardine.

A última hora, lady Beatriz decidió no ir de "Ganímedes" al baile de Modelos de Artistas. La historia de este

Biblioteca Nacional de España

cambio de opinión sonaba a los oídos de Gerardo Strobridge con un tono de un humor un tanto amargo. Estaba probándose el vestido cuando llegó un billetito, de la tía de su esposo, acompañado de un paquete que contenía un magnífico manto griego. El billetito decía así:

"Mi querida niña: te envío este manto que espero te gustará llevar. Seguramente no perjudicará el carácter de tu traje de "Ganímedes" y te permitirá disimular por detrás el hecho de que tus piernas están levemente encorvadas. Tu rostro encantador te servirá para distraer los ojos de los que te contemplen por delante y así esta ligera imperfección de tu anatomía pasará inadvertida.

"Te saluda afectuosamente

"SARA GARRIBARDINE."

Había escrito esta carta de su puño y letra. Lady Beatriz pataleó de rabia y voló al espejo. Permaneció ante él, contemplándose en varias actitudes, y llegó a la conclusión de que quizá tuviese la censura algún ligero fundamento. El resto de las piernas no eran tan perfectas como sus finos tobillos. Lo más conveniente sería no exponerse a la crítica. Por lo tanto, el vestido se modificó convirtiéndose en una Flora con una guirnalda de rosas y un largo manto transparente. Gerardo y lady Garribardine la vieron entrar con el grupo de los Vermont, y la astuta tía dijo:

— Gerardo, se puede conseguir lo imposible de las mujeres, con sólo herir su vanidad. No debes nunca mandar a una mujer, al menos que esté enamorada de ti; en ese caso se gloría en obedecer, pero una esposa moderna sólo puede manejarse como el cerdo del irlandés, que le empujaba hacia el norte para que fuese hacia el sur; o manipulando maquiavélicamente sobre su amor propio.

— Así, pues, no vale la pena de molestarse — suspiró el señor Strobridge con algún desaliento. — Sara, yo me pregunto: ¿qué es lo que vale la pena? Quizá luchar por conquistar lo infinito, porque las cosas finitas son como frutas del Mar Muerto.

— ¡Cuando te oigo hablar así, mi pobre Gerardo, temo que llegues un día a enamorarte profundamente...!

— ¡No lo quiera Dios! Me estropearía las digestiones. Treinta y cinco años he cumplido el mes pasado, y tengo que andar con cuidado.

Muy avanzada la noche, Catalina Bush leía en su confortable lecho las "Cartas de lady Mary Wortley Montagu".

La sociedad, pensaba Catalina, ha cambiado poco algunos de sus aspectos en estos ciento sesenta últimos años.

Los cuadros plásticos consiguieron un éxito extraordinario, y lady Garribardine obtuvo una suma considerable para una de sus instituciones benéficas favoritas.

Corría el tiempo y se acercaban los días de Navidad. Lady Garribardine tenía el proyecto de pasar aquellas fiestas en su palacio de Blissington, la casa solar que junto con la baronía de Estaire había heredado de su padre. Garribardine era un título escocés, pero lady Sara se sentía rabiosamente inglesa. Iría a Blissington e invitaría a personas de su familia: Sus tres nietos (su hija, lady Mereton, pasaba, muy lejos de Inglaterra, la vida aburrida de esposa del Gobernador de una Colonia), Gerardo Strobridge y quizá lady Beatriz, sus dos ancianas primas con una joven sobrina, uno o dos caballeros sueltos, descarriados, y la señora Delemar; pero nadie podía saber con certeza qué es lo que haría al fin. No se le concederían vacaciones a Catalina; hacía muy poco tiempo que había comenzado sus tareas, según se explicaba su señora, la cual no se sentía capaz de soportar la acumulación de correspondencia que traería consigo la Navidad.

Catalina acogió con alegría esta resolución. Le era grato pensar en visitar aquella gran residencia en el campo. Había estado últimamente tan atareada que casi no veía a nadie sino a lady Garribardine. Pero una mañana, unos diez días antes de que saliesen para Blankshire, la señora comunicó a su secretaria que toda aquella tarde quedaba a las órdenes del señor Strobridge, para escribir a máquina unas cuantas cartas acerca de una nueva institución benéfica que estaba él organizando en su nombre.

— Mi sobrino dicta detestablemente; pero dice que aquella noche, cuando usted llegó hace un mes, le entendió usted tan bien, que me ha rogado que la envíe a su lado hoy para este asunto, y yo he accedido. Él almorzará aquí; de modo que ya puede usted preparar buena cantidad de papel para la tarde. — Luego, al disponerse Catalina a salir de la estancia, le entregó un billete de diez libras

— Es un modesto regalo de Navidad, señorita Bush. Deseo que se compre usted misma un vestido de noche. Ha de cenar con nosotros la noche de Navidad, y quizá no haya usted previsto esta contingencia. Estoy muy satisfecha de su servicio, señorita; trabaja usted admirablemente.

Catalina se ruborizó hasta la raíz de sus brillantes y cenicientos cabellos. No podía analizar sus emociones. Aborrecía los regalos, y sin embargo le halagaba la amabilidad y la estimación que acompañaban al obsequio.

— Milady es demasiado buena — dijo en voz muy baja. — He cumplido modestamente con mi deber. Procuraré comprar una cosa adecuada con este dinero, que es bastante más de lo que he de necesitar.

La anciana dama la miró escrutadora, con la cabeza ligeramente inclinada hacia un lado. Comprendió de dónde provenía aquel rubor, y alabó interiormente el orgullo de la muchacha.

— Algo más debe de haber en el linaje de esta muchacha que su parentesco con el subastador. He de hablar con ella cuando vayamos a Blissington. Quizá llegue a constituir una interesante distracción para mi vejez.

Y en voz alta, dijo:

— Bien, haga lo que quiera con ello. Lo dejo en sus manos, porque tiene usted un gusto excelente. Cuando salga, pague estas dos facturas y dése un paseíto. Está usted un poco pálida; temo que haya hecho poco ejercicio al aire libre durante los últimos días.

Catalina dió las gracias y salió rápidamente de la habitación; una emoción de ansiedad la dominaba. La tarde que le esperaba podía ser interesante. Después pasó revista a su guardarropa. Su blusa de "vestir" estaba demasiado recargada de adornos para ponérsela de día, y además le parecía ahora un poquito de mal gusto, y su traje de mañana se hallaba demasiado estropeado. Esta era la gran ocasión; una ocasión, por otra parte, que ella esperaba. Pensaba ir a su casa de *Bindon's Green* a última hora del viernes, para pasar allí la noche. Matilde se lo había rogado con insistencia, pues aquel día cumplía los treinta años. Con lágrimas en los ojos se lo pidió la segunda vez que vió a Catalina en el Parque.

— No nos abandones de ese modo, Catalina — decía suplicante; — tendremos a Mabel y unos pocos amigos el viernes por la noche. Fred nos ha traído unas nuevas canciones de negros, para el gramófono, y nos divertiremos todos mucho.

Catalina había prometido concurrir, y esto encajaba perfectamente en sus planes. Sería una excelente excusa para poderse ondular el cabello. Se le había dado licencia por aquella noche, puesto que sabía que la pasaría en su casa. Consultaría de nuevo a Gladys, acerca del traje para la noche de Navidad, y compraría lo que fuese necesario cuando regresase a *Berkeley Square*, a la mañana siguiente.

Por primera vez en su vida ponía un peluquero las manos en aquella tupida mata de cabellos; Catalina no podía imaginar la diferencia que en su aspecto se produciría. Pero sus ojos, que cada vez se hacían más perspicaces y observadores, descubrieron a la primera ojeada en el espejo, una vez concluída la ondulación, que se había convertido en una verdadera beldad. En amplias ondas descendía hacia atrás el cabello desde la frente, mostrando sus magnéticos ojos, tan admirablemente colocados como los de una estatua griega, bajo el amplio arco de las cejas. Al salir de casa del peluquero, compró otra blusa de un gris pálido que le sentaba muy bien, y se volvió con su paquete a *Berkeley Square*, a hora oportuna para almorzar y comenzar a vestirse.

Biblioteca Nacional de España

Le gustaba verse aquellas manos tan blancas. Por entonces había comenzado a conceder gran atención al pulimento de sus uñas. Hubiera preferido que su pie no fuese tan largo, pero afortunadamente estaba bien formado. Por otra parte, todo el mundo tiene demasiado largo el pie hoy día. Al menos, así lo decía lady Garribardine.

Se sintió satisfecha al contemplar su imagen en el espejo antes de bajar las escaleras. Era una muchacha alta, esbelta, de rostro terso y blanco, unos ojos extraordinarios bajo las finas y negras cejas, unos labios rojos y carnosos y unos cabellos de bellos tonos plateados, que daban a contraluz una irisación gris, más que dorada. Sabía bien que estaba muy atractiva y, ¡cosa extraña en ella!, se sonrió suavemente.

Poco más de un mes de continua disciplina mental y una aguda observación de aquellas personas cuyo nivel de refinamiento deseaba igualar, le habían permitido conseguir numerosos y sutiles rasgos en sus modales, que no poseía antes. Tenía el aspecto de una lady, y le parecía que se acercaba la ocasión en que ella misma — que era para sí el más severo de los críticos — llegaría a considerarse como tal. Se encontraba casi tan excitada como aquella tarde en que salió de "Liv" y "Dev" a pasar su luna de miel de tres días con lord Algy. Procuró conservr su calma habitual durante el almuerzo, y una vez que se hubieron llevado la bandeja, abrió la amplia ventana y echó en el fuego un paquete de serrín de cedro. Estaba modestamente sentada a la mesa, cuando desde la biblioteca de lady Garribardine vino el señor Strobridge.

Gerardo Strobridge traía un montón de papeles y parecía malhumorado y fatigado.

— Ahora, Gerardo, puedes contar con los servicios de la señorita Bush hasta las cinco. Tienes dos horas y media. No debes retenerla más tiempo porque ha de ir a su casa esta noche. Luego, puedes venir a mi saloncito a la hora del té — y lady Garribardine atravesó la puerta que su sobrino mantenía abierta.

Catalina se levantó y dirigióse en el acto hacia una estantería, con el ostensible propósito de recoger algo que necesitaba para su trabajo, y la oculta intención de que la señora no observase su cabello. Afortunadamente, no lo vió.

El señor Strobridge no había mirado aún en dirección a Catalina. El momento que ella buscaba llegó cuando, puesta ya a la máquina y afrontando derechamente los ojos del señor Strobridge, le indicó con voz profunda y seductora:

— Cuando usted guste, señor.

Al mirarla, se sintió arrebatado por una oleada de intenso asombro. ¿Qué había sucedido? ¿Pero estaba soñando? ¿Esta maravillosa criatura era la ordinaria, silenciosa y admirable mecanógrafa Catalina Bush?

Capítulo X

Se acercó a ella y sacó, sin pronunciar palabra, unos papeles de su cartera. Así que hubo elegido dos o tres de ellos, puso una silla junto al otro extremo de la mesa y comenzó a dictar, deteniéndose de cuando en cuando para aclarar el sentido de su razonamiento.

Trabajaron así cerca de una hora.

— Hay trabajos, como este, — dijo al fin, sin que Catalina hubiese pronunciado aún palabra alguna, — que acaba uno por preguntarse si servirán para algo.

— Supongo que todos los esfuerzos tienen algún mérito — respondió ella sin mirarle. Gerardo comenzaba ya a desear con vehemencia que Catalina alzase sus ojos otra vez.

— ¿Lo cree usted así? ¿Por qué razón?

— Porque se ejercita una facultad útil.

— ¿Qué facultad?

— La voluntad, por de contado. Poner nuestro esfuerzo en algo, es un ejercicio de la voluntad, puesto que si el esfuerzo no fuese necesario dejaríamos de utilizar nuestra voluntad.

Gerardo sonrió con ironía. La cosa era perfectamente clara.

— Entonces yo debo considerar que la organización de esta intrincada institución benéfica, de tan dudosa utilidad para los demás, es provechosa para mí, por razón del esfuerzo que requiere.

— Puede usted considerarla desde ese punto de vista; es tan bueno como otro cualquiera. ¿Decía usted devolución quincenal o mensual, del capital?

— ¡Oh! ¡Ejem! — Y mirando a sus papeles: — ¡Por vida de...! ¿Dónde estábamos...? Sí..., quincenal.

Catalina no alzaba los ojos; escribía sin interrupción.

Gerardo Strobridge comenzó a poner atención en algunos detalles: ¿Cómo no se había fijado antes en que la muchacha tenía una cabeza perfectamente bien formada? ¡Y qué manos tan maravillosas en estos tiempos de atléticas garras curtidas por la intemperie! Además, tendría un aspecto soberbio en cuanto se llenase un poquito. El conjunto era armoniosamente simétrico: cuello y hombros, busto y caderas.

— Pero ¿cómo es posible que no me haya fijado antes en esta mujer? Y además, piensa. Es una curiosa reflexión la suya acerca de la voluntad. Me gustaría hablar con ella. ¡Que el diablo se lleve estas condenadas instituciones de caridad!

Mientras sus pensamientos se deslizaban de este modo, sus ojos devoraban ansiosamente el atractivo rostro de Catalina.

Ella se daba perfecta cuenta de esto; sabía por infalible instinto que la chispa de su primera y serena mirada había dado en la mecha; que ardía ya la llama del interés y que cuanto más dificultosas fuesen ahora las cosas, tanto más completo sería su triunfo. Resueltamente se mantuvo atenta a su trabajo, sin levantar por nada los ojos.

— Y para poseer una actividad tan digna de elogio, ¿necesita usted emplear esfuerzo? — preguntó él. — Tengo la impresión de que posee usted una formidable voluntad.

— Necesito muy poco esfuerzo. Para mí, ahora, esto es como una segunda naturaleza.

— ¿Aun cuando el asunto sea tan poco interesante como éste?

— En estos casos menos aún; mientras el cerebro tiene mecánicamente que bregar con la tarea, puede vagar nuestro pensamiento...

— ¿Hacia dónde?

Cambió la hoja de papel y, mirándole durante un segundo, respondió:

— Hacia el país de los sueños.

— Sí; éste es un lugar ridículamente apacible, desprovisto de corrientes de aire y de frías sorpresas. ¿Será una impertinencia el preguntar a usted hacia dónde cae ese país de los sueños?

— Quizá no sea impertinente... pero está fuera de lugar. Me estaba usted dictando una carta al lord Mayor de Londres, en este momento.

— En realidad me ha hecho usted olvidarlo. Este lord Mayor de Londres es un pelma del diablo, obligándome a abandonar esta conversación tan interesante por culpa de su maldita carta. ¡Y perdóneme usted!

Catalina leyó en voz alta la última frase completa que le había dictado. Una tenue y enigmática sonrisa brillaba en sus labios, mientras sus ojos se fijaban distraídamente en la máquina

Gerardo Strobridge se acercó un poco más; se sintió súbitamente dominado por una fuerte emoción.

— No dictaré una palabra más hasta que me diga dónde cae ese país de los sueños. ¿Está en el mar, o en el cielo o en el aire?

— Son las tres y media; sólo puede estar usted aquí hasta las cinco. ¿No será mejor que atendamos primero a nuestro trabajo?

Y Catalina siguió esperando en una actitud de respetuosa atención, extraordinariamente provocativa.

— No, de seguro que no; rogaré a mi tía que me permita utilizar sus servicios otro día si no acabamos esta tarde. Y eso que, bien pensado, no tenemos que molestarnos en concluirlo hoy; podemos acabar este asunto en Blissington. — Luego se detuvo súbitamente. Estaría allí Lão Delemar. Había ablandado a tal punto su resistencia, que todo podía esperarse de su actual disposición de ánimo durante aquella semana de monótona reunión familiar. Beatriz sólo permanecería allí durante el día de Navidad, y realmente su presencia no constituía un obstáculo grave. Pero temía no encontrar oportunidad para en-

Biblioteca Nacional de España

tablar interesantes conversaciones sobre aquellos temas, durante las vacaciones, con la mecanógrafa de su tía.

Sonrió interiormente y dictó una larga frase con la que concluyó la carta al lord Mayor. ¡Era evidente su perfecto dominio del interés que sentía!

Catalina no hizo ninguna observación, pero se preguntó por qué causa habría interrumpido tan de improviso su interrogatorio. De nuevo sonrió ligeramente. Consiguió con ello el objeto deseado. El señor Strobridge se levantó de su asiento y se dirigió a la chimenea.

— Bueno...; ¿en qué está usted pensando? — preguntó desde allí.

— Sencillamente, en mi trabajo. ¿En qué otra cosa podía pensar? — dijo con una expresión de inocencia en los ojos.

— Me parece que no es usted completamente sincera. El trabajo no hace sonreír a uno de manera tan enigmática; sobre todo un trabajo tan aburrido: estadística de centros a quienes puede beneficiar esta absurda institución benéfica. ¡Oh, no, mi bella escribiente! Me parece que en esa sonrisa se esconde un mundo de malicias.

— A veces, hasta un escribiente puede hacer reflexiones.

— Pero no sin confesarlas.

— No estamos en los días de la Inquisición — dijo ella cogiendo un papel. — En la primera lista hay una carta para el lord Mayor de Manchester.

— ¡A paseo el Mayor de Manchester!

— ¡Pobre señor!

— Necesito primero saberlo todo acerca de ese país de los sueños y de sus secretas reflexiones.

Volvió su butaca hacia donde estaba Catalina y se sentó. Era una persona agradable, no tan alto ni tan admirablemente formado como lord Algy; pero era un tipo de caballero inglés bastante presentable, con unos modales y una voz maravillosamente distinguidos.

Catalina Bush experimentaba un intenso placer. Había, en su bien ponderado espíritu, algo felino, o más bien algo en absoluto femenino. Se sentía extraordinariamente satisfecha al ver que sus planes se realizaban. ¡Cuánto se alegraba de que no hubiese puesto atención en ella durante sus primeros días, mientras aún estaba sin desbastar! ¡Cuán discreta había sido aprestándose primero, y esperando después! Así resultaría todo ello más eficaz gracias a que ella aparecía totalmente libre de todo linaje de emoción dramática. Era como un experto y tranquilo Ministro de Estado que está jugando su juego de política internacional con el representante de otro país, sin que su rostro exprese, ni oculte, otra cosa que lo que él voluntariamente desee.

En aquel momento, Catalina se encogió levemente de hombros, como diciendo: "Yo no soy más que una empleada. Yo no puedo obligarle a trabajar si no quiere." Pero no pronunció palabra, por lo que él se creyó obligado a preguntar de nuevo:

— ¿Quiere usted decirme por qué se sonreía? Más tarde podremos volver al país de los sueños.

— No, no le diré a usted qué es lo que me hacía sonreír porque no lo sé yo exactamente: el aspecto general de la vida, quizá.

— Y usted, que se sienta a trabajar el día entero en esta lóbrega habitación interior, ¿qué sabe de la vida?

— Soy observadora. Sé que debe uno procurar interesarse por las cosas que le hastían, que tiene uno que mostrarse atento con aquellos a quienes desprecia y afrontar sonriente las circunstancias.

— Es usted una joven peligrosa; veo que llega, observando, a conclusiones cínicas. Pero dice bien... ¡hay que afrontar las cosas sonriendo, si bien es ésta a veces una tarea difícil! — Y retrepándose sobre el almohadón de cuero, mostró la verdad de la frase, sonriendo levemente mientras la contemplaba con mirada curiosa.

Catalina Bush, de repente, se dió cuenta de que un ser humano "la comprendía"; era una sensación deliciosa la que experimentaba.

— Prácticamente la vida entera es una ridícula ficción que debe despertar el sardónico regocijo de los dioses. Henos aquí, a usted y a mí, gastando una tarde entera en organizar una institución caritativa que ni a usted ni a mí nos interesa nada. Yo estoy dictando unas vulgares cartas a los Mayores de varias ciudades, induciéndoles a que influyan

sobre los demás para que abran sus bolsas..., sin que me importe una jota el que lo hagan o lo dejen de hacer. Usted va transcribiendo mecánicamente mis estúpidas palabras; cuando sería mucho mejor que nos ocupásemos en charlar cada cual con sus puntos de vista, por ejemplo, acerca de nuestros gustos respectivos..., o de nuestro país de los sueños.

Catalina Bush inclinó la cabeza; sus manos descansaban ociosas sobre la falda; debía ser él quien llevase la voz en la conversación.

— Por lo que veo, la única cosa buena que he sacado de todo esto — continuó — es la contemplación de sus maravillosas manos, mientras trabajaban. ¿Cómo ha conseguido usted tal perfección en estos tiempos?

Catalina alzó una mano y la contempló en actitud de crítica.

— Sí. Con frecuencia me lo pregunto yo misma. Mi padre era subastador, como usted sabe, y el padre de mi madre era carnicero.

Gerardo Strobridge se divertía. Ciertamente era Catalina un maravilloso producto de tales antepasados.

— ¿Me deja usted que las mire de cerca? — preguntó.

Catalina no demostró el menor embarazo. Si le hubiese rogado que le mostrase un esmalte o un vaso de china, no se hubiera conducido con mayor desenvoltura. Tendió las manos con perfecta naturalidad y él las tomó entre las suyas. Su contacto era frío y firme. Gerardo Strobridge sintió en todo su cuerpo un hormigueo placentero. Las examinó, minuciosamente, dedo por dedo, dando, admirado, un golpecito en las rosadas almendras de las uñas, mientras brotaba en él un insano deseo de estrecharlas y besarlas.

Catalina Bush lo comprendió perfectamente, y cuando creyó que la emoción sentida le iba a impulsar a hacerlo, retiró sus manos con la misma naturalidad con que se las había dado.

— Con frecuencia me hago preguntas acerca de tales detalles — observó Catalina en el tono del que razona sobre un hecho vulgar. — ¡Voy encontrando tantas cosas contradictorias desde que estoy aquí! Mis primeras conclusiones han resultado un poco desacertadas.

— ¿Cuáles fueron? — Gerardo Strobridge había vuelto a su butaca. No era un novicio al que sus sensaciones le llevasen demasiado lejos; sabía muy bien que dejarse arrastrar por ellas en aquel momento, a más de ser indiscreto, hubiera quizá dificultado la consecución de más halagüeñas distracciones.

— Creía que el nacimiento y la educación dan unas lindas orejas, unos finos tobillos, unas manos suaves, así como también cualidades morales.

— ¿Y se ha desengañado usted?

— Sí, del todo... ¿No lo está usted también?

— No, porque yo no me he hecho ilusiones. Nunca puede decir uno de dónde viene un cierto parentesco, ni cuáles serán los efectos de una super-educación. Esto conduce a veces a verdaderas enormidades.

— Así lo creo...

— ¿Y también le han sorprendido a usted las cualidades morales?

— ¡Oh, sí! Mucho más que las físicas; he visto y oído cosas que aun en *Bindon's Green* me hubieran parecido ordinarias.

Él se rió de nuevo. ¡Si la oyese aquella cuadrilla que había asistido a los ensayos de los cuadros plásticos!

— Está usted en lo cierto. Juzgados en abstracto, creo que somos hoy una banda de impostores.

— Naturalmente que hay individuos que tienen la talla debida, pero no todos, como yo había imaginado. Habrán tenido ustedes que abrir las puertas a gentes perfectamente ordinarias, para que resulte tal mezcolanza.

— No nos hemos preocupado de ello; no nos hemos interesado por conservar un nivel.

— Quizá porque han dejado ustedes que ocupen el poder gentes de los partidos radicales. Se han desgastado ustedes como la nobleza francesa antes de la Revolución: supieron morir como caballeros, pero no supieron vivir como hombres.

Gerardo Strobridge se sintió espantado. ¿Era posible que albergase tales ideas la nieta de un carnicero de la Pradera de Bindon?

Biblioteca Nacional de España

De seguro que las habrá ido picoteando de Sara — se dijo. — Y, sin embargo..., parece como si las llevase escritas en su propia cara. ¡Venga de donde viniere, es una muchacha bien dotada!

— He ahí una frase oportuna: "supieron morir como caballeros, pero no supieron vivir como hombres". ¿Dónde la ha encontrado usted?

— No lo sé; provendrá de mis reflexiones y lecturas acerca de ellos. Eran admirables..., y necios.

— Sí; ¿y cree usted que en Inglaterra nos acercamos a una época parecida? Quizá esté en lo cierto; necesitamos algún gran peligro nacional para que nos juntemos todos apretadamente.

— En caso contrario se irán ustedes enmoheciendo, y sería una lástima.

— ¿Y cree usted que vale la pena de que seamos conservados?

— Yo creo que en sus grados de más alto desenvolvimiento, como lady Sara, son ustedes los mejores ejemplares de cualquier país en el mundo.

Catalina comprendió que la estaba sondeando y se sintió complacida.

— En cuanto a nosotros, ¿qué es lo que tenemos de bueno?

— Tienen ustedes una escala de valores; saben qué es lo que merece ser estimado. Han tenido ustedes cientos de años para adquirir la aptitud de mirar las cosas frente a frente. Ninguna persona perteneciente a las clases sociales de las que los partidos radicales extraen sus políticos directores, posee esta cualidad, ni mira hacia adelante. Necesitan que se lo digan, y luego prueban a ver si pueden. No lo llevan en la masa de la sangre porque sus antepasados sólo tenían que arramblar con lo que pudiesen, para sí y para los suyos, día tras día, pero nadie les pedía una visión genial en un horizonte más amplio.

— Es muy cierto. ¿De modo, señorita Bush, que se dedica usted a estudiar la herencia?

— Sí; ella lo explica todo. La examino en mí misma. Siempre estoy combatiendo la ordinariez y estrechez de instintos que encuentro en mí.

— ¡Muy interesante!

— En los partidos radicales no hay hombres bastante capacitados, por ejemplo, para ocupar el Ministerio de Negocios Extranjeros, a menos que se encuentre un judío como Disraeli; pero tienen bastante sentido común para conocerse a sí mismos, y por eso eligen siempre a un aristócrata.

— Es usted admirable; ¿no suele charlar de estas cosas con mi tía? Creo que quedaría encantada con su manera de pensar.

— No, de ningún modo; la señora es mi jefe y sabe cuál es mi puesto. No hablo con ella, si no me lo manda.

— ¿Cree usted que nosotros vivimos demasiado despreocupados, que estamos dejando abandonados nuestros derechos de nacimiento? También yo lo creo así.

— En efecto, opino que están demasiado seguros de sí mismos. Creen ustedes que ello en realidad no importa, y permiten a los otros que se insinúen con mil promesas y compromisos; les dejan, sin protesta, que adulteren las normas del honor público, mientras ustedes van gradualmente rebajando el nuevo nivel. A veces me vence el pesimismo al pensar en Inglaterra.

— Y también a mí. — Su rostro se alteró. Parecía triste, con un aire grave y como envejecido. De momento olvidó que estaba gastando un tiempo valioso en la agradable tarea de explorar las ideas de un nuevo ejemplar femenino. Las palabras de Catalina habían tocado un asunto dilecto a su cansado corazón.

— ¿Y qué podemos hacer nosotros? — exclamó en tono de profundo interés. — Esta es la cuestión: ¿qué podemos hacer nosotros?

— Deben empezar por despertarse como las gentes cuya casa ha sido invadida por el incendio; que se despierten al menos aquellos a quienes el humo no ha asfixiado todavía. Y después hacer un esfuerzo concentrado, resuelto, para salvar lo que se pueda, para reconstruir con ello un nuevo hogar.

— Admitido; pero ¿cómo?

— Enseñando en las escuelas, desde el principio, lecciones de sentido común y explicando a los niños la razón de las cosas. ¡Si supiera usted, por ejemplo, la espantosa ignorancia que existe en mi clase acerca de estas materias! Tienen falsos puntos de vista en cuanto a todo; y no es porque sean malos, pues en la masa del pueblo hay gentes mejores que entre ustedes, sino porque padecen una tremenda ignorancia del verdadero sentido de las pocas cosas que aprendieron. Todo tiene para ellos un falso valor. Difícil será encontrar una materia en la que sepan ver claro; están embozados y cegados por la hipocresía y la vergüenza.

— Podría usted hablar en un mitin ante esa gente.

— No me harían caso. Las verdades que tendría que decirles herirían su vanidad. Para que se pueda hacer algo positivo habría que comenzar desde la escuela, entre los niños.

— ¿Cree usted...?

— Sí; positivamente. Mis propios hermanos son un ejemplo. No he podido enseñarles nunca nada; y hay millones como ellos en Inglaterra. Buenos como el oro, pero estúpidos como una lechuza.

— Verdaderamente, no es usted muy optimista.

— No, el embotamiento intelectual ha sido excesivo; preferible sería que no hubiera educación o que la hubiese mejor; pero el sistema presente parece que va a echar a pique a Inglaterra, si no se enseñan pronto cosas positivas a los niños.

— Es usted *Tory* (1), según parece.

— No sé lo que soy. Yo creo que todos tenemos iguales derechos, pero siempre según las capacidades respectivas; no creo que la escoria de un pueblo de idiotas tenga los mismos derechos que un artesano activo y de fina sensibilidad.

— ¿De veras?

— Yo creo que los aristócratas son seres aparte, por las oportunidades de que han gozado; y, sabiéndolo así, deberían esforzarse por mantener su prestigio. Aniquilarlos sería como derribar todos los viejos árboles de los jardines de Kensington; en cientos de años no podríamos producir otros iguales, y desaparecería toda la belleza y el empaque de aquellos jardines. Pero los aristócratas necesitan conducirse como tales en lugar de arrastrarse por el arroyo.

— Muy cierto todo ello. Estoy de acuerdo. ¿Pero qué puede hacer uno?

— Debe usted tener el valor de sus opiniones, como lo tiene su tía; pero... usted se sonríe a veces cuando ella dice cosas admirables. Pocos de ustedes parecen tener la firmeza que en ella se advierte.

— ¡Me avergüenza usted!

En el rostro de Catalina brilló una expresión irónica. ¡Demasiado tiempo hemos permanecido serios!, pensó. Gerardo Strobridge advirtió aquella expresión en sus ojos; se sentía intensamente fascinado.

— ¡Usted no ha venido de *Bindon's Green*! ¿Verdad que no? ¡Usted ha descendido del Parnaso, para enseñar a estos pobres diablos de aristócratas a empuñar los fusiles! ¡Yo seré su primer discípulo, sacerdotisa de la sabiduría!

— Son las cuatro menos cinco, señor Será completamente imposible acabar hoy con este montón de papeles. Y no sólo "he venido" de *Bindon's Green*, sino que he de volver en el tren de las seis, para asistir a una pequeña fiesta en mi casa. Por eso me he rizado el pelo y me he puesto esta blusa nueva.

Se levantó y se colocó muy próximo a ella.

— ¿Y qué hará usted en esa fiesta? No me la imagino bien allá.

— Estaré un poco a disgusto, como de costumbre. Tendremos una cena: rosbif frío, empanadas frías, pastelitos de queso, higos, flan, un poco de cerveza fuerte o ligera y unas tazas de té. Y cuando haya acabado todo esto, escucharemos un surtido completo de canciones de negros, en el gramófono, y mi hermano imitará en sus recitados a Harry Lauder, y mi futura cuñada, la señorita Mabel Cawber, cantará, un poco desentonada, "El soldado de chocolate". Nos aburriremos mucho, y luego retiraremos los muebles y bailaremos el *turkey trot* y el "abrazo del conejito"; alguno de los mayores en edad, como mi hermana Matilde, propondrá que juguemos a los naipes; y a eso de la una nos iremos a la cama.

— Admirable, admirable; ¿pero volverá usted mañana?

(1) En Inglaterra se llama *Tory* a toda persona de ideas políticas conservadoras.

Biblioteca Nacional de España

— Sí, en uno de los primeros trenes. No soy bienquista en mi casa. Y ahora tenga usted la bondad de empezar a dictar de nuevo.

Paseó arriba y abajo por la habitación, durante un minuto; no era un muchacho acostumbrado sólo a obrar por impulso; advirtió en seguida que sería más discreto atender de nuevo a su tarea. Tomó su memorándum, volvió a pasearse de nuevo y durante media hora no hubo otra cosa sino el dictado; el montón de papeles menguaba considerablemente.

— Si quiere usted darme instrucciones para el trabajo que resta, las tomaré taquigráficamente y podré terminarlo mañana. Estoy segura de que lady Sara quedará más satisfecha si completamos la labor.

Gerardo Strobridge asintió. Verdaderamente estaba admirado de la perfecta tranquilidad y buen sentido de Catalina; tenía un gran espíritu práctico y una excelente capacidad; era una persona en la que se podía confiar. Haría lo que ella indicaba ¡aunque todavía no había dicho nada de su país de los sueños!

Puso su atención en la tarea que realizaban, y antes de que sonasen las cinco, estaba todo arreglado y dispuesto por aquella admirable joven para ponerlo a máquina en cuanto dispusiese de tiempo para ello. Luego estrechó de nuevo la mano de Catalina.

— Mil gracias, mi ninfa Egeria — dijo. — Debe usted descubrir un mozo a propósito para hacer de él un Primer Ministro. Sería usted su ideal esposa; pero... ¡no vaya a buscarlo en *Bindon's Green!*

— No, ni lo pienso... Buenas noches, señor Strobridge. Muchas gracias por sus buenos deseos, pero tengo otros proyectos. No he de hacer de mi mozo ninguna cosa. Él es el que habrá de hacer de mí...

— ¿El qué?

— Eso está todavía en manos de los dioses. — Y haciendo una ligera cortesía, tomó un pequeño legajo de minutas y se fué hacia la estantería adosada a la pared, mientras con sus grisáceos y verdosos ojos le miraba por encima del hombro, sonriendo.

Cuando Gerardo Strobridge se dirigía, por la escalera enlosada de mármol, hacia el saloncito de su tía, se encontraba como el hombre que sale de un sueño.

Capítulo XI

— En qué estás pensando, Gerardo? — dijo lady Garribardine, advirtiendo, al cabo de un momento, su preocupación. — ¿Te ha aburrido esa endiablada tarea de organización? Supongo que la señorita Bush se habrá portado bien.

— Perfectamente — contestó él, y se retrepó en su confortable butaca, mientras mordisqueaba un trozo de pan moreno con manteca. — En principio está todo terminado. Su secretaria, que es muy amable, dice que lo ultimará conforme a las instrucciones que ha tomado taquigráficamente.

— Entonces, lo hará, Gerardo. Es una muchacha que cumple su palabra.

El señor Strobridge se mostraba poco expansivo. Era una suerte, pensaba, el que no hubiese aparentado nunca el menor interés por Catalina Bush, porque pocas cosas escapaban a la perspicacia de su tía.

Entretanto se preguntaba ella cuál sería la causa de aquel estado de distracción. ¡Seguramente que no era tan necio como para llegar a enamorarse en serio de Lão Delemar! ¡Su querido Gerardo! ¡Era necesario averiguar aquello en seguida!

— Acaba de telefonear Lão diciendo que no vendrá a jugar esta noche. Realmente son intolerables los caprichos de estas lindas mujeres; en un instante, con una noticia, arrojan sobre uno toneladas de egoísmo y de chifladura.

— ¿De modo que no viene? — dijo lánguidamente.

No parecía aquello la desilusión de un enamorado. Pero quizá estuviese ya preparado para recibir la noticia; quizá la ausencia ya conocida de Lão fuese la causa de su depresión.

— ¿Qué excusa te ha dado?

Él la miró sorprendido.

— Ninguna. No sabía yo que dejase de venir. ¿Ha dado alguna razón?

— Una tontería acerca de una amiga de su madre que ha regresado. Estaba tan aburrida, que he colgado el auricular.

— Consuéleme usted — dijo inclinándose hacia ella y cogiendo entre las suyas la mano gordezuela de su tía. — No echará de menos a Lão el hombre que puede contar con usted como compañera.

— ¡Adulador! — dijo, sonriendo complacida. — Entonces, que charlen los Colvins con Tom Hawthorne. Tenía intención de poner junto a mí a Henry Colvins; es una inteligencia brillante, y la última semana me distrajo durante la cena. Pero estoy aburrida y yo siempre te prefiero a ti, Gerardo. ¡Ah, si fueras hijo mío...!

— Usted sabe que con ello se hubieran destruído las relaciones más felices del mundo. Como hijo me habría regañado cuanto hubiese querido; como madre la hubiera venerado..., pero demos gracias a Dios por este lazo de encantadora cortesía de que gozamos.

— Sin embargo, me gustaría que tuvieras un hijo, Gerardo; ya sabes que siento una perfecta indiferencia hacia el muchacho de Emmeline.

— Tía Sara, yo no tendré nunca un pequeño Strobridge. Beatriz se espanta ante esta idea. Sólo nos ocupamos de detalles domésticos, que arreglamos con el más leve esfuerzo desde la primera semana. Por otra parte, no es deseable un descendiente de los Thorvil. Hay una rama de locos en la familia, y con frecuencia he pensado en ello. Me interesan mucho estas cosas de la herencia.

¡Y no añadió hasta qué punto había aumentado su interés durante la tarde!

— Por casualidad, ¿te has fijado en las manos de mi secretaria? Seguramente su madre ha debido de tener un amante.

— No lo creo así, porque esto no es frecuente en su clase. Pierden en seguida todo atractivo y no hay persona humana que se atreva a intentar la tarea de conquistarlas. Será un capricho de la Naturaleza o un caso de atavismo. Muchos de los rasgos de exquisita aristocracia que se encuentran, por ejemplo, en los viejos aldeanos, datan de los tiempos del *droit de seigneur*.

— Toda esta cuestión de la herencia es tremendamente seria. Nos encontramos en nuestro tiempo en medio de una espantosa confusión, por la irrupción de turbias corrientes que sabe Dios de dónde vienen.

— ¿Cree usted que ello sea la causa de este escepticismo que impera entre nosotros? ¿O es que se nos enmohece el espíritu?

— Es el lujo y el humanitarismo y la ausencia de un adversario nacional lo que nos tiene amodorrados. Y el olvido de la dignidad y del deber. Nos están alimentando los hijos de aquellos que se alimentaban en las cocinas de nuestros padres, y no porque ellos valgan más, en cuyo caso estaría completamente justificado, sino sólo porque son ricos y tienen un soberbio *chef* o porque han dado a nuestros hijos más jóvenes un ascenso en la City. Detesto el comercio y todo lo que sea hacer dinero, y estoy satisfecha al pensar que puedo bastarme a mí misma, aunque veo la triste decadencia de todo lo que me rodea. Pero no me gusta hablar así; esto me deprime y me envejece. Por cierto, que Stirling ha tenido la impertinencia de decirme que esta nueva peluca que he recibido de París es demasiado clara. ¿Qué te parece a ti, Gerardo?

Dirigió una mirada escrutadora a aquel viejo rostro inteligente, sagaz y repintado, con aquella ridícula peluca infantil, y luego de besar otra vez su mano, dijo la verdad. Había algo en las palabras de su tía que le llegó a conmover profundamente.

— Tía Sara, adoro los cabellos muy negros cuando se tornan grises. He pensado con frecuencia cuán hermosa estaría usted si echase al fuego todos estos objetos. En una persona que posee su admirable sentido del humor, estas cosas parecen incongruentes.

— Lo haré así, con el Año Nuevo, mientras estemos en Blissington. Causaré sensación cuando regresemos a Londres. Sara lady Garribardine con el cabello blanco como la nieve

— No, gris acero nada más. Hará resaltar mejor el brillo de sus ojos.

— ¡Pues lo haré! — Y luego, con una

Biblioteca Nacional de España

suave sonrisa, preguntó: — Gerardo, ¿cómo sigues con Lão? ¿No estáis enamorados?

El señor Strobridge sacudió la cabeza como apesadumbrado.

— ¡Ay, ni pizca! Temo que no durará ni hasta las vacaciones de Pascua.

— Es artificiosa.

— En extremo.

— Y un espíritu lleno de vaguedad.

— Sí, aunque perfectamente encantadora.

— Beatriz dice de ella que pretende poseer una perfecta feminidad y otras fantásticas dotes naturales. Afirma, además, que tú siempre has sido aficionado a la fruta.

— Me gusta lo que sabe a fruta, mas no puedo satisfacer mis gustos en los tiempos que corren. Pero está completamente equivocada respecto a Lão; es tan fría como el hielo. Cuando estamos almorzando en un restaurante, sonríe con idéntica dulzura a los camareros. Es simplemente una mujer hermosa que necesita recibir incienso de cualquier varón.

— Beatriz dice que "pretende", recuérdalo. ¡No es torpe Beatriz!

— No; es un camarada extraordinariamente sutil, cuando no compone odas o discute la intensidad del azul con Hebe Vermont.

— ¿Te gusta que Lão venga a pasar las Navidades?

— Sí..., sí. Necesitaré la mejor marca de champaña que usted tenga.

— Lo tendrás, Gerardo, e intentaré hacer que las cosas se te pongan muy difíciles, para que te sirva de aperitivo. Muchacho, tengo la impresión de que te encuentras deprimido. Pondré a Lão en la habitación en que antes tenía el loro.

— Le sentará admirablemente.

Ambos se reían.

— ¿Pero te sientes deprimido, Gerardo?

— Un presentimiento de futuros acontecimientos, que quizá no lleguen a ser un desastre — dijo con un suspiro. Se sentía fatigado, perturbado, sin conocer bien la causa.

Lady Garribardine no insistió. Tenía un gran tacto.

* * *

La señora Delemar estaba en aquel momento tendida en su sofá, con un encantador traje de gasa de color azafrán, fumando olorosos cigarrillos, mientras discutía los secretos de su corazón con una de sus más queridas amigas.

— Gerardo está locamente enamorado de mí, Ana. No sé qué hacer con él. Me he quedado esta noche con intención de contrariarle.

— Será más agradable cenar aquí a solas con Bobbie Moreland, con Jimmy y conmigo. Has hecho muy bien, querida.

— ¡Pobre Robertito! ¡Volver a esa India horrible, donde ha estado todo un año! Naturalmente, yo no podía rechazarle. Pero esa lady Garribardine es una salvaje.

— En realidad, tú no lo has hecho para ofenderla, mi dulce Lão. Debes hacer penitencia y enviarle mañana algunas flores.

Si Catalina Bush se hubiese encontrado allí, hubiera hallado una gran semejanza entre la señora Delemar y su futura cuñada Mabel Cawber. Quitaba la ceniza de su cigarrillo con el mismo gesto melindroso que adoptaba para usar la cuchara.

La señora Delemar no dejaba "nunca" de recordar que ella era una mujer hermosa y que debía obrar de acuerdo con este hecho; la única diferencia entre ambas era que Mabel Cawber no olvidaba "nunca" que era una perfecta señorita, y estaba dispuesta a hacer lo posible para que nadie lo olvidase. Tenían gemelas las almas o lo que en ellas hiciese el papel de alma.

La señora Delemar volvió con un suspiro a su tema — Gerardo — y contó a su amiga Ana las cosas más íntimas que él le había dicho, dando además placenteras descripciones de sus propios sentimientos.

Gerardo era como una pluma para el sombrero de cualquier dama, y debía saber Ana cuán insensatamente enamorado estaba de ella.

— Temo, querida mía, que llegue a hacer algún disparate, si no me resuelvo pronto. Sería preferible que los hombres fuesen como nosotras, ¿verdad?

— Hay que complacer a las gentes; si no, se cansan.

— Sí, pero... ¡Oh! es un engorro horrible..., esto... separarse... ¡Si él lo supiera!

* * *

Catalina, entretanto, llegaba a Villa Laburnum, en donde amigos y hermanos, en numeroso grupo, le dieron la bienvenida.

Reciente aún su primera escaramuza con Gerardo Strobridge, recibió desabridamente aquellas chanzas y aquella jocosidad bien intencionada. Mas, entre el bullicio general, la pobre Gladys permanecía silenciosamente sentada, encendidas las mejillas y mirando con ojos brillantes a Catalina.

— Tengo que hablar contigo, Glad — dijo amablemente. — Lady Garribardine me ha dado diez libras para que me compre un buen traje de noche. Lo necesito para llevarlo en Blissington estas Navidades. Iremos de mañana en siete días. ¿Qué se podrá hacer en este tiempo?

Gladys se sintió en seguida interesada. Los vestidos constituían para ella una verdadera pasión. Proyectó una cosa verdaderamente linda; con cinco libras tendrían bastante. Sería mejor que Catalina se hiciese dos vestidos: uno negro y otro malva, el hermoso tono de moda.

— Me haré el negro; quiero que sea lo más sencillo posible. Tú conocerás a alguien que me lo pueda hacer. Lo dejo todo en tus manos.

Gladys estaba encantada. Luego sus grandes ojos tomaron una expresión pensativa, obsesionada.

— Tengo mucha necesidad de hablar contigo esta noche — dijo. — ¿Puedo ir a tu habitación?

Quedaron en ello y se fueron todos a cenar. Era exactamente lo que Catalina había descrito aquella tarde. El señor Prodgers, más estirado que nunca, llevaba la mejor de sus levitas. Si Catalina no sintiese de una manera profunda que aquella gente era de su misma carne y sangre, se hubiera divertido con ellos.

Pero nada podía igualar a la condescendencia de la señorita Cawber. El nombre de lady Garribardine no era del todo desconocido para ella, aunque, a decir verdad, no pertenecía a la misma clase que la duquesa de Dashington, o lady Hebe Vermont o algunos otros nombres del "*Smart Set*", de la crema, si bien de cuando en cuando aparecía su título en las columnas del *Flare*. Su nombre le sonaba como presidenta de alguna obscura, insignificante organización política; sí... y hacía poco tiempo, en relación con unos cuadros vivos.

La señorita Cawber, que tenía unos deseos vivísimos de conocer detalles acerca de ellos, podría ver satisfechos estos deseos por Catalina.

— Hebe Vermont parecía un sueño haciendo de "Pisquis", y lord St. Aldens como "Cupido". ¡Qué magnífica pareja! Yo siempre digo a Fred, cuando nos los encontramos en la función religiosa de los domingos, que son una pareja ideal.

Por una vez Catalina recogió el guante, mientras aleteaba en sus labios una de sus enigmáticas sonrisas.

— Lady Hebe Vermont hizo de "Psiquis", que es lo que usted llama "Pisquis"; pero ¿quién es lord St. Aldens? El que hizo de "Cupido" es un "honorable": el honorable señor John St. Aldens, pues es hijo de un barón; su padre es lord Hexam.

Mabel se puso sonrojada, aunque manteniéndose siempre dentro de un frío silencio; Catalina nunca había cruzado sus armas con ella. ¡Se sentía indignada! ¡Una señorita de compañía, a sueldo, querer ponerla en ridículo ante los otros! ¡A ella, que no había trabajado en su vida, ni siquiera en una oficina! Trataría de que su futura cuñado quedase en el lugar que, sin duda, le correspondía. Mostrando claramente en su actitud que Catalina no gozaba de su simpatía, respondió con gran fatuidad:

— En realidad, yo debía conocerlo. Mi padre era un gran amigo del suyo y muchas veces iba a su casa.

— ¿En calidad de qué? — dijo Catalina sonriendo. — Nosotros no nos acordamos de su padre, Mabel; pero "Liv" y "Dev" me dijeron, una vez que se lo pregunté, que era un modes-

Biblioteca Nacional de España

to escribiente en casa de Canford y Crin, procuradores de St. Alden, y luego aprobó unos exámenes. Por lo que he podido ver entre estas gentes, viviendo con ellas durante un mes, supongo que lord Hexam no debía de ser muy íntimo del señor Cawber. Me parece que todos nosotros venimos a tener con él la misma amistad; ¿verdad, Matilde? Tú recordarás haber oído hablar de esta familia al padre de nuestra madre, que fué su carnicero cuando vivía en la orilla del río, en Maidenhead.

Mabel se quedó pálida. Esto era una impertinencia completa; el aire de reina que ella adoptaba en aquel círculo no había merecido el debido respeto. ¡Qué ordinaria, Catalina!

El refinamiento de Mabel casi igualaba al de aquella dama de Boston que insistía en que pusieran a las "piernas" del piano unos pantalones con puntillas. ¡De ningún modo hubiera hablado ella de un carnicero! Pero en aquel momento se sintió particularmente molesta, porque lo del escribiente suponía que nadie lo sabía; la presunta procuraduría realzó no poco a su familia entre el vecindario de *Bindon's Green*.

La pobre Matilde sufrió una gran contrariedad y se la reprochó a Catalina cuando consiguió tenerla a solas en un rincón.

—¿Por qué tratas a Mabel de ese modo, Catalina? No creo que sea necesario ir hablando a todo el mundo de nuestro abuelo, ni de lo que haya sido, puesto que no ha vivido aquí.

—Sus tonterías me ponen mala, Matilde. Siempre pretende tener conocimientos y relaciones con la aristocracia. Se aprende mal todos los nombres y los suelta a todas horas. Es bueno para ella que reciba un encontronazo de vez en cuando.

Matilde podía soportar este aspecto del asunto, pero conservaba íntegro su resentimiento por la alusión al carnicero.

—¡Oh, pero qué tremendamente presuntuosos sois todos! —exclamó Catalina con una indignación que al fin superó a su tolerancia. —A mí no me avergüenza en lo más mínimo; al contrario, estoy orgullosa. Era un hombre honrado que hizo su dinero. ¿Por qué esos absurdos fingimientos en Mabel y en ti y en todos vuestros amigos? El pertenecer a la baja clase media no es una cosa vergonzosa; es una clase honrada y digna. ¿Por qué pretendéis hacer creer a los demás que se pertenece a otra, cuando cualquiera que os conozca sabrá en seguida que no es verdad? Y si aborrecéis vuestra verdadera posición, haced entonces lo que yo hago: educáos para poder salir de ella.

—¡Educarnos para salir de ella!—dijo, irritada, Matilde.—¡Pues qué! ¿no estamos tan bien educadas como debe estarlo una señorita?

Este punto de vista acabó, naturalmente, con la argumentación de Catalina. No podía sino sonreír de nuevo.

—Muy bien; hoy es tu cumpleaños, querida Matilde, y no quiero reñir contigo. Y, entre paréntesis, ¿dónde está Bob Hartley? No le veo aquí esta noche.

—Según mis noticias, el novio de Glad no ha podido venir a causa de un fuerte catarro.

Y así iba pasando la noche, entre el "abrazo del conejito", los juegos y los cantos de negros en el gramófono, que todos acompañaban a coro.

—¿Verdad que ha sido delicioso, Catalina? — decía Matilde afectuosamente. Su pasada indignación desapareció mientras iban subiendo las estrechas escaleras.—Nunca ha habido una fiesta de mi cumpleaños tan encantadora; estoy segura de que en ninguna casa hubieras podido gozar de una fiesta más refinada y de tan alegre noche.

Catalina la besó y se encaminó a su habitación.

—¡Mi vieja Tilde, mi querida Tilde! —murmuró, mientras entraba Gladys.

Catalina estaba sentada. Llevaba una vieja y estrecha bata que allí dejó al irse. Emilia había encendido fuego en el cuartito abuhardillado.

Las dos muchachas quedaron mirándose mútuamente. Catalina rogó a Gladys que se sentase.

—Ya sé lo que vas a decirme. —La voz de Catalina era profunda y de modulación escasa.—No tendrías que venir a decírmelo, si no hubieses sido siempre tan loca, mi pobre Glad. Te encuentras en un conflicto y Bob Hartley no cumple como debe.

Gladys rompió en sollozos apasionados.

—¡Has acertado del todo, Catalina! Pero ¿cómo? ¡Matilde no sabe nada!

—De seguro que no. Y bien; ¿qué quieres que haga él? ¿Casarse contigo?

—Naturalmente, Catalina. Eso es lo que me había prometido antes, muy solemne, en Brighton. Es su madre la que le ha disuadido. Su tía Elisa, en cuya casa estuvimos, se ha puesto de mi parte. De todos modos estoy segura de que soy tan buena como él.

Los sollozos se repitieron.

—¡Oh, eso no importa ahora nada! Que seas o no tan buena, los hombres tan malos como Bob Hartley seducen siempre a las mujeres con promesas, solemnes promesas de matrimonio, y otras bagatelas parecidas; si piensan hacerlo, no debían anticiparse... ¡brutos!

—No es que Bob me haya engañado; él siempre ha sido bueno conmigo; ya te digo que es su madre la que le disuade...

—¿Lo sabe ella?

—¡Oh, supongo que no! Nadie lo sabe, más que tú y Bob.

—¿Le has dicho que tiene que casarse contigo en seguida?

—Sí; se lo he pedido de rodillas.

—¿Y se ha negado?

—Sí; dice que no quiere matar a su madre del disgusto, y habla de marcharse a Australia.

—Muy bien; acuéstate ahora, querida; me entrevistaré con él mañana y veremos lo que se puede hacer. Espero que, a más tardar, se casará contigo la semana próxima. Debes echarte a buscar una razón que explique ante la familia la rapidez de la boda, en el caso de que realice mi propósito. Vete ahora, querida; necesito reflexionar.

Gladys expresó entre sollozos su gratitud.

—¿Verdad, Catalina, que tú no me crees mala? Yo no he deseado nada; fué Bob. Fuimos una noche al teatro y cenamos un poco... y después tuve mucho miedo de que se me fuese con Carry Green si yo no hacía lo que él quería.

De los hermosos ojos de Catalina brotaron dos grandes lágrimas, que lentamente rodaron por sus blancas mejillas.

—Yo creo... que la mayor parte de los hombres son unos demonios y que el noventa por ciento de las mujeres son tontas; y los tontos, en la vida, siempre tienen que pagar los vidrios rotos. Una mujer siempre pierde para sí al hombre a quien permite conducirse en contra de su conciencia. Porque supongo que habrás comprendido que estabas cometiendo una falta...

—Ya lo creo que sí, Catalina. En el fondo yo soy una muchacha buena.

—Entonces ¿qué otra cosa podías esperar? Si sabías que estabas obrando mal, debías suponer que recibirías tu castigo; aquella conducta tuya traía necesariamente consigo... esto. Créeme, Gladys, nadie en nuestra clase puede atreverse a deslizar un pie fuera de la estrecha senda. Has pecado, como dirás tú, por amor. No te ha producido ningún placer y, de hecho, has perdido a Bob. Recuerda esto, y no vuelvas a darle pretexto para que reincida.

—¿Por qué has llorado, Catalina? ¡Sueles ser tan fría...!

—Una estupidez; pero la inaudita ruindad que muestra a veces la vida, me ha conmovido por un momento. Y ahora vete a dormir, querida mía, y procura mantenerte animosa. Que no lo sepa Tilde; sería para ella un disgusto mortal...; y acuérdate de Mabel.

Gladys, sollozando, se dirigía hacia la puerta.

Catalina, levantándose de pronto, le entregó su billete de diez libras que había estado guardado en una caja de cerillas en el armario ropero chapado de roble.

—Toma, Glad, cómprame el vestido negro lo más barato que puedas. Lady Garribardine no sabrá lo que cuesta; está acostumbrada a pagar cuarenta o cincuenta libras por sus trajes de noche. Quédate con lo que sobre. Sí...; si Bob no se muestra razonable mañana, será conveniente que dispongas de algún dinero del que no tengas que dar cuenta a Matilde. Ya sé que ella está bien enterada de lo que ganas.

—¿Y podrás conseguirlo, Catalina? ¡Oh! Si puedes, ya sé que lo harás.

Biblioteca Nacional de España

¡Eres tan lista! Si vas en el primer tren, le encontrarás a solas.

— Muy bien. Cuando bajes al comedor súbeme unas rebanadas de pan o lo que encuentres; no podré desayunar con todos; tendré que salir de prisa para el tren de las ocho.

Nunca contó a nadie lo que había dicho a Bob Hartley, pero debió ser algo extraordinariamente eficaz que contendría entre frases desdeñosas y mordaces, serias amenazas. Le diría que su jefe tendría noticia de su conducta aquel mismo día, antes de que le fuese posible escurrir el bulto hacia Australia, a menos que consiguiese una licencia especial, y lo mismo ocurriría en las Oficinas del Registro. Para el miércoles siguiente, Gladys debía ser su esposa o, en caso contrario, Catalina dejaría caer su látigo de escorpiones. Además, Fred, Bret y Charlie Prodgers le darían una paliza. No tendría compasión para él..., le fastidiaría todo lo que pudiese.

— Miserable, ruïn, mojigato, perro vil — le dijo como palabras de despedida. — Entra conmigo a esta oficinia de telégrafos y envía ahora mismo a Gladys este despacho: "¿Quieres hacerme el honor de casarte conmigo el miércoles? Si aceptas, prepárate." Puedes decir que celebras privadamente la boda para ahorrar gastos; y se lo descubres a tu familia el día de Navidad.

El señor Hartley era un completo cobarde; sin embargo, su proyecto de marchar a Australia no estaba aún suficientemente madurado. El empleo que en la actualidad tenía era bueno, y creyó conveniente hacer lo que se le ordenaba. Entonces Catalina tomó un taxi que la condujo a *Berkeley Square*, adonde poco después llegó un efusivo telegrama de gracias de su hermana.

Cuando aquella noche se encontró a solas, junto a la confortable chimenea, se le fué deslizando hasta el suelo el volumen de Flaubert que leía, y sus ojos quedaron fijos en las llamas. Volvió a recordar el doloroso incidente. Entre su propio caso y el de Gladys había una diferencia que indicaba de cuán distinto modo actúan las leyes. ¡Ah, el lamentable destino de los débiles!

Luego comenzó por sí misma a analizar las cosas.

— Sean rectas o erróneas, de Dios o del hombre las normas aceptadas y corrientes de moralidad, aquél que las quebranta tiene inevitablemente que afrontar la tremenda e irresistible corriente de la desaprobación de millones de gentes y tiene que correr el grave riesgo de su castigo. Siguió meditando mientras sus ojos, muy abiertos, contemplaban las ascuas. ¿Y si algún día recibiese ella su castigo por haberse desviado de las normas admitidas?

Capítulo XII

El día de Navidad cayó en martes; el sábado anterior, Catalina Bush, con sus dos perros, acompañó en el auto a lady Garribardine, hasta Blissington. Sólo una vez había disfrutado de cortas excursiones en auto por el Bosque de Bolonia, con lord Algy, así que volar a través de la campiña helada fué un gran gozo para ella, aun cuando por no poseer la indumentaria adecuada sintió demasiado frío.

— Necesita usted un abrigo forrado, señorita Bush. Me disgusta mucho el no haber observado antes de salir que estaba usted insuficientemente abrigada. Ahi va; procure acurrucarse en esa manta y arróllese a los pies ésta que sobra.

Catalina se mostró agradecida.

— Tendrá que buscar Stirling en mi ropero alguna cosa de abrigo para usted mientras estemos en Blissington. Me hacen perder la paciencia los idiotas que deliberadamente se acatarran.

Al poco rato, siguió diciendo:

— ¿Conoce usted la campiña de Inglaterra o es una muchacha completamente *cockney?* (1).

— La conozco muy poco. He estado en Brighton y en algunos otros puntos de la costa, pero nunca he tenido ocasión de pasar mis vacaciones en el campo.

— El campo en Inglaterra es un lugar maravilloso, el más hermoso del mundo, a mi juicio. Me interesará mucho oír sus opiniones; me lo contará usted dentro de una semana.

— Tendré mucho gusto en hacerlo.

— Pasaremos por Windsor. Algún día debe ir por ahí; sólo dista veinte millas de Blissington. ¿Le interesan a usted las cosas históricas?

— Mucho. Todos los lugares que conservan la huella de la evolución de los hombres y de las naciones son interesantes para mí. Creo que no llegaría a interesarme Australia, o un país nuevo.

Lady Garribardine volvióse para mirar a su secretaria. Aquella criatura evidentemente poseía un cerebro; tal vez era una buena ocasión para hacer que lo demostrase.

— Así pues, ¿siente usted la fuerza de la tradición?

— ¡Oh!, sí, en todo. Obra, durante generaciones, en la sangre; hace realizar a las gentes toda clase de cosas, buenas y malas, sin que tengan razones para ello.

Lady Garribardine sonrióse entre dientes. Amaba la discusión.

— ¿Y cómo obra en usted, por ejemplo?

— Yo he intentado contener su acción sobre mí, porque he visto los efectos de las tradiciones de mi clase en mis hermanos y en mis hermanas, y sé que son embrutecedoras.

— Verdaderamente parece que ha emergido usted de entre ellos de una manera extraordinaria. ¿Cómo se las ha arreglado?

Catalina meditó un momento y luego respondió deliberadamente:

— Siempre me ha gustado conocer el porqué de las cosas, y pronto adquirí la seguridad de que el azar no existe y que todo lo que sucede, sucede por alguna razón. He deseado siempre estar en situación de distinguir la apariencia de la realidad y he llegado a comprender que las emociones personales perturban todas las realidades y fingen vanas apariencias; por lo que he intentado siempre enjuiciar las cosas independientemente de las emociones que provoquen en mí.

— Bien; pero, ¿qué me dice usted de la tradición?

— La tradición me sugiere ciertos puntos de vista y formas de conducta; pero cuando los examino sin dejarme llevar de la emoción los juzgo desprovistos de cordura. Analizo las ideas e instintos de mis hermanas y hermanos porque necesito ver si lo que en ellos me disgustaba era inevitable en mí misma, por la fuerza de la tradición, o si había algún modo de desembarazarme de tales estupideces.

— ¿Y qué ha encontrado usted?

— Que todo, sin duda, hasta los instintos, puede ser desarraigado con sólo que se descubran sus orígenes y se posea voluntad bastante fuerte para rechazarlo.

— Sí, todo depende de la voluntad. ¿Y tenía usted tiempo para todas estas reflexiones mientras llevaba las cuentas del tocinero?

Lady Garribardine alzó las cejas con un gesto burlón; sus ojos chispeaban maliciosamente. Aquello le resultaba divertido.

— Sí; por las noches.

— No me extraña que se haya elevado de condición. Entonces, ¿no se permite usted tener emociones?

Catalina miró a lo lejos con aire modesto.

— Procuro aislarme de ellas. Es más prudente ver cómo obran sobre los demás.

— Niña, ¿ha estado usted alguna vez enamorada?

— La respuesta dependerá de lo que llamemos amor. — Lo dijo en un tono muy serio. Catalina parecía pensar que no era una cuestión clara.

Lady Garribardine sonrió con una risita comprensiva.

— Es cierto. No debiera haberle preguntado esto, pues estamos en un plano de discusión en el que ni aun las mujeres se confían mutuamente.

— Si milady me lo permite, yo diría que las mujeres tienen una escasa noción de la veracidad.

— Oh, eso está muy mal. Tiene usted siempre que defender a su sexo.

— Dispénseme que opine de otro modo; para hacerlo así, tendría que dejarme llevar de una buena inclinación, no de una idea de justicia.

Lady Garribardine se mostraba complacida.

(1) *Cockney* significa «londinense», natural de Londres.

Biblioteca Nacional de España

— ¿De modo que usted cree que las mujeres no somos veraces?

— No; no amamos la verdad abstracta, la verdad por sí misma. Cuando somos veraces en nuestras relaciones con los demás, lo somos o porque tenemos un carácter honesto o ideas religiosas, o porque interesa a nuestros fines, mas no por un desinteresado amor a la verdad.

— ¡Qué cínica! ¿Y qué me dice usted de los hombres?

— Un hombre es veraz porque le gusta la verdad y porque siente que la mentira le degrada ante sí mismo.

— Y, sin embargo, los hombres mienten siempre a las mujeres; ¿no ha observado eso, joven?

— Sí; ésta parece ser la única excepción en su ideal de veracidad.

— ¿Cómo interpreta usted esto? ¿Ha encontrado el "por qué" de tal particularidad?

— Me parece presuntuoso ofrecer mi punto de vista a milady.

— En cuanto a eso, soy yo quien ha de juzgarlo — dijo lady Garribardine con un leve ceño. — Simplemente, hago una pregunta.

Catalina respondió al instante. No se encontraba satisfecha de aquella observación que acababa de hacer y que le había acarreado una reprensión.

— En la antigüedad, el hombre no guardaba consideración a las mujeres; eran para él como los animales, y no se hubiera sentido degradado mintiendo a éstos, porque tal cosa no podía ocurrir nunca. No consultaba a los animales; simplemente, los domaba.

— ¿Y luego?

— Luego, tan pronto como empezó a apreciar a la mujer, encontró que era más fácil mentir con ella a causa de su incapacidad de comprensión y de su locuacidad, y como no la consideraba igual a él en ningún aspecto, no se degradaba por procurar que las cosas se hiciesen más fáciles en sus relaciones con ella, mintiendo cuando fuese preciso.

— ¡Muy ingenioso!

— Así es como lo veo yo; y así han seguido marchando las cosas, ¡otra vez la tradición y el instinto!, hasta nuestros tiempos, en los cuales el hombre se ve forzado a considerar a la mujer, pero persiste en él aquel instinto primitivo por el que estima que mentir a una mujer no tiene importancia.

— Pienso como usted. ¿No es usted sufragista?

— Oh, no. Me gusta que las mujeres progresen en todo. Mientras no sea posible destruir su instinto dramático y acabar con su falta de equilibrio nervioso, creo que sería una desdicha para un país el concederles el voto.

— En ese caso, ¿desprecia usted a las mujeres y respeta a los hombres?

— De ningún modo; eso sería como despreciar al pan y respetar al agua. Lo que desprecio es la debilidad, sea el que fuese el sexo en que aparezca.

— Bien, señorita Bush; me parece que tiene usted una inteligencia maravillosamente provista. Creo que noventa libras al año y su tarea actual no es lo más adecuado para usted. ¿Qué es lo que teníamos que hacer?

Catalina dejó escapar una de sus poco frecuentes sonrisas.

— ¡Créame, señora, que las lecciones que aprendo estando al servicio de milady valen para mí más que mi salario. Estoy contentísima y me es grata la labor.

— De modo que aprende lecciones, ¿no es cierto? — dijo, riendo entre dientes, lady Garribardine. — ¿Del mundo, del demonio o de la carne?

— Un poco de todo, quizá — respondió Catalina con cautelosa modestia.

— Escúcheme, joven; he observado más de una vez que posee usted una cualidad casi desconocida en el noventa por ciento de las mujeres y que en la clase media no existe: un fino sentido del humor. Es una cosa insólita; y como la rosa real impresa sobre el hombro izquierdo de la reina, yo espero que dentro de poco descubriremos que esos carniceros o panaderos, sus antepasados, son un cuento tártaro y que usted es una princesa disfrazada. Mire, aquello es Windsor; ¿verdad que es hermoso?

— ¡Ah, sí! — exclamó Catalina; — es una cosa que hace pensar.

Corrían por la carretera de Staines, desde donde podían contemplar la es-

pléndida construcción recortándose sobre el cielo.

— Todas esas viejas piedras grises han sido colocadas ahí por brutos y locos, por brazos y cerebros. Algún día vendrá usted conmigo.

— Me gustará mucho ir.

Después la señora quedó en completo silencio, como era su costumbre cuando se sentía inclinada a ello. Nunca pesó sobre ella la obligación de conversar. Esto hacía de lady Garribardine una compañera deliciosa. Llegaron a las avenidas de Blissington Court cerca de la una, y Catalina sintió de nuevo una excitación agradabilísima. No había visto nunca una gran residencia señorial inglesa más que en grabados.

Se acercó el portero. Era éste un hombre ya viejo con una rara librea.

— No puedo resistir esas mujeres sucias que salen del lavadero para correr a abrir las puertas. Esta familia de los Peterson ha abierto éstas de Blissington durante doscientos años, y de padres a hijos han llevado libreas de idéntico corte. Tienen una inteligencia del más bajo nivel, pero son magníficos porteros. Basta un "simple" muchacho, o dos, para desempeñar toda la tarea. A sus mujeres no se las ve intervenir en nada; es una especie de tradición en su familia y ponen en ello verdadero orgullo. Les doy salarios excepcionalmente elevados; aunque sea cada vez mayor su idiotez, su instinto de porteros sobrevive en toda su fuerza. Hay tres pabellones, todos ellos ocupados por los Peterson.

— ¡Es maravilloso! — dijo Catalina.

— Buenos días, Jacobo. ¿La familia, bien? Juana estará ya del todo restablecida de su varicela, ¿eh?

— Completamente bien, milady — y los erráticos ojos del viejo se fijaron con adoración en el rostro de su señora. — A Sara, la ahijada de milady, se la ve crecer por días, y mi hija no puede hacerle salir del jardín de la fachada.

— Lo celebro mucho. Diga a la señora Peterson que mañana entraré a ver a ustedes. Esta es mi nueva secretaria, la señorita Bush, Jacobo; la reconocerá usted cuando la vea, ¿verdad?

— Procuraré hacerlo, milady — respondió vacilante, e hizo una profunda reverencia cuando el coche arrancó para atravesar velozmente el parque, en el que se divisaban graciosos grupos de ciervos que les atisbaban desde debajo de los gigantescos árboles.

Catalina percibía toda la belleza de la escena: la luz invernal, el cielo azul, el tono oscuro de la tierra...

Sí; cosas así llegarían a ser suyas algún día, cuando se hubiese capacitado para poseerlas. Pasaron luego otra puerta y otra más, puertas de hierro sin portero ni pabellones, y cruzaron con rapidez la amplia avenida, de márgenes muy bien cuidadas, deteniéndose al fin ante la puerta principal.

Catalina pudo contemplar un edificio irregular, erigido en gran parte a mediados del siglo XVII y que posteriormente había sufrido aditamentos en varias épocas. Era una construcción muy pintoresca; una vez dentro aparecía un *hall* magnífico: cuadrado, muy vasto, con algunas buenas esculturas de Grinling Gibbons en los entrepaños y multitud de retratos de antepasados, medianamente pintados, la mayor parte de los cuales llevaban la estirada indumentaria de pares. Se veía que habían sido un grupo de gentes distinguidas, diferentes de los simples cultivadores del deporte de la caza del zorro.

— He aquí mi gente, señorita Bush; no son antepasados de los Garribardine — dijo la señora, señalando los retratos. — Poco guapos, como puede usted ver, y evidentemente no protegieron a los mejores artistas. Los pocos que lo hicieron están en otras salas y en la galería de pintura. Venga, vamos ahora mismo a comer; tengo más hambre que un chico de escuela. Comerá usted conmigo.

Bronson, que había ido desde muy temprano, estaba esperando con dos criados y el mismo aire digno de siempre.

El comedor estaba a la derecha de un pasillo con artesonados, y era un salón grande y bajo de techo, de época mucho más antigua.

— Una reliquia incorporada más tarde a la construcción actual — según explicación que dieron a Catalina.

Era sumamente hermoso, con su roble oscuro y brillante, sus magníficas cortinas de terciopelo de Venecia, de

Biblioteca Nacional de España

carmesí y verde descoloridos, sobre un fondo de raso blanco, todo ello armonizando muy exactamente con la época.

— He sostenido una lucha horrible para echar fuera todos los horrores del tiempo de la reina Victoria, que aquí se habían insinuado poco a poco, como lo hacen siempre las cosas vulgares, en casi todos los salones, aun en los mejores. En los tiempos de mi padre, hace sesenta años, el gusto había muerto por completo. He tenido que combatir mis propios sentimientos y condenar todo ello sin piedad.

— Es muy hermoso — decía Catalina con sincera admiración.

— Sí; para mí ha sido un gran placer llegar a hacerlo tan hermoso. Ha de ver usted toda la casa, pero ahora lo más importante es comer. Bronson, no me gusta el aspetco de este jamón *soufflé*. ¿Está usted seguro de que no nos ha estado aguardando? Un segundo o dos alteran su consistencia. ¡Lléveselo en seguida, hombre! — dijo con un resoplido de indignación, — y diga a Francisco que no se arriesgue nunca a poner un plato tan inseguro cuando se ha de venir en auto.

— Muy bien, milady.

— Puede uno comer pan y queso, pero no se puede apechugar con un *soufflé* mediano. Es como una mujer emotiva, cuyo encanto tiene mucho de caprichoso y efímero.

El resto de los platos fué de su agrado y no manifestó de nuevo su desaprobación.

Era la primera vez que Catalina partía el pan con su señora, o, mejor, la primera vez que asistía a una comida completa. Hasta ahora su conocimiento no pasaba del café. Le agradaba ver la variedad de los platos, contemplar el perfecto servicio, la manera de presentar y llevarse las fuentes, la rapidez y el silencio de todo. Se acordaba del rosbif prensado, de la cerveza fuerte, de los pastelillos de queso y del tremendo desaliño que reinaba en su casa de Villa Laburnum. Aquella extraordinaria diferencia provenía de una completa falta de método y de orden, que convertía siempre la mesa de su casa, al final de cada comida, en un desordenado montón de utensilios heterogéneos, de platos y tazas puestos aquí y allá, de cualquier modo.

¡Qué placer verse lejos de todo aquello!

Con gran sorpresa de Catalina, la señora bebía cerveza; vertía el mejunje claro y dorado de un jarro de hermoso cristal y plata en un vaso de plata cincelada.

— ¡El mejor brebaje de la cristiandad! — decía después de beberlo. — Tome un poco, señorita Bush. Es usted lo bastante joven para no tener miedo a la gota. Es un vicio en mí; aun siendo la cosa peor del mundo para mi reumatismo, no puedo resistir la tentación. Cuando regreso a mi casa, desde el primer día caigo sobre mi vaso. Mañana, Bronson, que no vea yo este maldito cacharro en el aparador; así conservaré mi valor para soportar el Zeltinger ridículamente aguado.

Catalina probó la cerveza; era deliciosa y muy distinta de la que había tomado hasta entonces, de igual modo que el té se diferenciaba de su antigua idea del mismo.

— ¿Verdad que es una bebida celestial, muchacha? Celebro mucho que le guste.

Luego lady Garribardine charló, dando vigorosas y agudas descripciones del pueblo y de sus habitantes, en un lenguaje que con frecuencia hubiera chocado a la gentil sensibilidad de Mabel Cawber; pero, ya hablase en voz alta o baja, su tono era siempre de una dulzura angelical. Poseía, en realidad, lo que puede considerarse como "la cosa más excelente de una mujer".

La habitación de trabajo de Catalina era un local destinado antes a sala de estudio; estaba en un ala que contenía otros departamentos tan antiguos como el comedor. Junto a ella estaba su dormitorio, desde el cual un pequeño pasillo conducía a una estrecha escalera que descendía a un jardinillo cerrado. Por otra escalera, desde su pasillo, se subía a la espléndida galería que corría a lo largo de dos paños de pared del *hall*, y a la cual daban las habitaciones particulares de la señora. Pero el rincón de Catalina estaba aislado, y podría entrar y salir sin atravesar los departamentos

habitados, lo cual era ventajoso, a su juicio.

Y cuando, ya entrada la noche y arreglado su equipaje, se sentó ante el hermoso fuego de la vieja chimenea, percibiendo el aroma de los leños que ardían y contemplando el conjunto de las brillantes maderas de roble y el fondo de extraño quimón, se sintió invadida de una emoción de contento y de satisfacción.

En verdad, el Destino la trataba muy generosamente.

Capítulo XIII

Catalina no volvió a saber nada de su señora durante el sábado, pero el domingo por la mañana recibió recado suyo diciendo que la esperaba para que la acompañase a la iglesia. Como en Londres nunca había mencionado la iglesia para nada, tuvo necesidad de apresurarse para estar preparada.

— En el campo, cuando está una en su propia casa, se debe ir siempre a la iglesia, señorita Bush — le dijo cuando montaban en el auto. — Es, una vez más, la tradición.

Luego permaneció en silencio hasta que estuvieron muy cerca de la puerta.

— Es una iglesita bastante buena; hay en ella algunas hermosas tumbas de mis antepasados, gentes prolíficas que parece como que se hubiesen casado con viudas de idénticas tendencias o que han querido conmemorar sus propias hazañas materiales. Hay dos mausoleos muy curiosos: uno el de un matrimonio con siete u ocho niños a la zaga del marido y la mujer, prueba de sus anteriores actividades, y otro en el que cada cónyuge tiene numerosas ramas de olivo. Eran en aquel tiempo de una encantadora ingenuidad. Durante el sermón tendrá usted enfrente estas figuras. Entonces podrá examinarlas. En mi juventud esto era para mí una distracción no del todo desagradable.

El paso de lady Garribardine hasta la puerta de la iglesia era una especie de paseo triunfal. En aquellos grupos de vecinos del pueblo todos los rostros brillaban de alegría y parecían recibirla con agrado. Para todos había una palabra o un ademán afectuoso, y con gran diversión de Catalina se detuvo ante un chico grandullón que revolvía nerviosamente en sus manos un gran pañuelo de hierbas.

— Tomás Knoughton, como yo oiga que alguien se sorbe las narices, sales fuera. Has cogido la costumbre de lucir estos constipados cada vez que vengo a mi casa. ¡No quiero aguantarlo más!

— Muy bien, milady — repuso el muchacho estólidamente, rascándose las greñas.

¡Se veía bien claro que "Lady Dadivosa" inspiraba profundo respeto a sus arrendatarios!

El servicio religioso resultó animado y alegre, con música de Navidad tocada en un hermoso órgano donativo de la Señora. Los mausoleos eran ciertamente divertidos: los dulces rostros de las mujeres y el severo aspecto de los hombres aparecían ornados con indumentos del tiempo de Enrique VII y Eduardo VI, tallados en piedra.

Cuando salieron hubieron de saludar a gran número de labriegos acompañados de sus esposas. Lady Garribardine parecía poseer perfecto conocimiento de todos sus asuntos domésticos y resolverlos con absoluta autoridad. Era amable y autocrática y no condescendía lo más mínimo. Evidentemente la querían mucho.

Catalina permanecía junto a ella, muy respetuosa, y una o dos veces su señora dijo, acompañando sus palabras de un ademán:

— Esta es mi nueva secretaria, la señorita Bush.

A juzgar por lo que Catalina oía discutir, los regalos, meriendas y comilonas de Navidad, preparados por cada uno de ellos, no reconocían límite.

Cuando de nuevo montaron en el auto, la señora dijo:

— Ahora, antes del almuerzo, necesito de usted durante una hora, para explicarle sus deberes en el campo como le expliqué en Londres. Esta tarde debe ver todo el palacio. La señora Illingworth se lo enseñará. Mañana he de levantarme temprano para ver a mis

Biblioteca Nacional de España

pobres; ha copiado ya aquellas listas, ¿verdad?

Catalina almorzó sola en su saloncito y, antes de que comenzase su visita a la casa, se fué a dar un pequeño paseo. Quedó encantada del viejo parque; un motivo de placer para ella, estaba en que el parque no era una propiedad pública. Podría, al parecer, recorrer millas y millas sobre el blando césped o a lo largo de las suaves avenidas, sin encontrar un alma. Algo en su naturaleza gozaba con fruición de aquel aislamiento.

— Creo que si fuese mío, me disgustaría que estuviese sujeto a servidumbre de paso — se dijo.

Se detuvo junto a unos ciervos; eran tan mansos que ni siquiera huyeron de ella. Cuando llegó a una pequeña elevación desde la que podía verse la casa, sintió cómo el paisaje entero la emocionaba de una manera extraña. ¡Era tan distinto aquel ambiente de lo que estaba acostumbrada a ver! Le pareció natural que las gentes que habitaban en tales mansiones poseyesen una imaginación de más amplia perspectiva que la de los habitantes de *Bindon's Green*, quienes desde sus casas, apenas separadas de las de sus vecinos, podían curiosearse mutuamente a todas horas.

Se propuso entonces estudiar la manera como trataba lady Garribardine a su gente, para que le sirviera en lo futuro de guía. Era casi sublime aquella absoluta certidumbre con que miraba su porvenir esperando alcanzar una posición parecida.

La visita a la casa vino de nuevo a excitar sus sentimientos. Tenía profunda veneración hacia las cosas antiguas. Su sensibilidad artística, que no se había despertado aún como su sensibilidad para otros aspectos de la vida, comenzaba ahora a afirmarse. Comprendía que tenía que leer libros sobre arquitectura y aprender a conocer las épocas y los estilos de los muebles. Sentía admiración, pero se daba cuenta de que no poseía aún una capacidad crítica suficientemente cultivada para apreciar las cosas de un modo completo. Aquella visita abrió para ella un nuevo campo de estudio y una nueva conciencia de su propia ignorancia, junto con la resolución de adquirir los necesarios conocimientos sobre estos puntos.

Casi desde su excursión con lord Algy advirtió que la mera instrucción que aprendiera en los libros no era suficiente. Había en la vida múltiples cosas de interés de las que nunca oyó hablar o de cuya existencia no tenía noticia, antes de aquel primer momento de expansión de su espíritu.

El señor Strobridge podría ser un maestro inapreciable, pero ella necesitaba primero adquirir unas cuantas nociones técnicas. Preguntaría en seguida a su señora si podía tomar algunos libros de la biblioteca y llevárselos durante la noche a su saloncito. Comenzaría por consultar los temas escuetos en la enciclopedia y después leería estudios especiales sobre cada asunto. Luego tendría que estudiar más detenidamente los pintores y los escultores, pues aunque con frecuencia había visitado las galerías y museos de Londres, ignoraba entonces lo que ahora sabía, después de su visita a aquella morada cuyos propietarios, durante cientos de años, habían sido coleccionistas refinados. Sentía como si entonces hubiese comenzado a poseer la clave del conocimiento. Hasta el ama de llaves — no la señora Pepperdon, de *Berkeley Square*, sino la ya madura y majestuosa señora Illingworth — sabía más que ella acerca de las bellezas que le iba mostrando. Este estado de ignorancia no debía continuar ni una semana más.

Cuando lady Garribardine entró, antes del té, en el saloncito de su secretaria, concedió su autorización respecto a los libros; y hasta las tres de la mañana tuvo encendidas las luces, atiborrando su cabeza con nuevos conocimientos. Al siguiente día, antes del almuerzo, una vez terminado su trabajo, recorrió de nuevo la galería de pintura y el gran salón, queriendo comprobar si había aprendido algo. La galería de pintura estaba nutrida de obras italianas de autores primitivos y modernos, y algunos bellos ejemplares del Renacimiento español, así como cuadros de los retratistas ingleses. Encontró que, aunque gracias a los conocimientos adquiridos su capacidad de apreciación era mayor, necesitaría en lo futuro educar sus ojos tanto como su cerebro.

Habían llegado ya todos los huéspedes para la Nochebuena. Catalina recibió aviso de que bajase a servirles el té, porque el reuma de la mano de la señora se había recrudecido.

El despacho de paquetes de regalos y otros asuntos la entretuvieron mucho durante la tarde. Sería ésta una ocasión para ponerse de nuevo la blusa gris; había descubierto que con agua y el peine podía hacer reaparecer las ondas del cabello sobre la frente; ¡así no tendría que estar en lo futuro a merced de un peluquero, para que mejorase su aspecto!

Estaba sentada junto a la mesita de té, en la biblioteca, cuando llegaron en el tren los primeros visitantes. El señor Strobridge y lady Beatriz venían en auto; los tres nietos y su servidumbre habían llegado a primera hora de la tarde.

Entre los que habían de reunirse allí estaban dos primas ancianas, las señoritas d'Estaire y una joven sobrina suya, dos o tres caballeros solos y la señora Delemar. Catalina atendió a sus deseos y se recreaba contemplando la escena. Ninguno la había saludado, pero todos los que casualmente se le acercaban cambiaban con ella alguna palabra amable; la señora Delemar estuvo muy simpática; acostumbraba siempre a ser cortés con todo el mundo.

¡Con qué naturalidad se conducían todos! Nada de rigidez ni tiesura; uno de los caballeros era muy ingenioso, y la joven señorita d'Estaire, una muchacha muy moderna y llena de vivacidad. Catalina se sentía contenta, aunque no habló más que cuando preguntaba alguien, y aun entonces era moderada en sus respuestas.

Cuando todos hubieron charlado durante media hora, con el humor de siempre, y después de haber comido gran cantidad de mojicones, bollos, mermeladas de moras y crema, llegó Gerardo Strobridge con su esposa.

— Hemos tenido un viaje deplorable, tía Sara — dijo lamentándose lady Beatriz. — Me está bien empleado por viajar con mi marido. Guiaba Gerardo y, naturalmente, chocó contra un guardacantón, estropeó una rueda, reventó una cámara y han tardado horas en arreglarlo todo mientras me helaba de frío.

Todo el mundo la compadecía, en tanto el señor Strobridge sonreía satisfecho y pedía a Catalina una taza de té.

— Como puede usted suponer, lo necesitaré muy caliente y bien cargado para sostener mis ánimos después de estos reproches — y sonrió como diciendo: estoy seguro de que me comprende usted.

Catalina le atendió con seriedad; se conducía deliberadamente como una rígida secretaria, muy ajena a lo que ante ella sucedía. El señor Strobridge se admiró un poco de ello y se sintió intrigado; pero la dama a quien se había invitado para su particular deleite no estaba dispuesta a permitirle un momento de ocio que pudiera consagrar a otras personas. Le dirigió una de sus más arrobadoras sonrisas, recogió ligeramente su vestido, como dejándole espacio en el sofá, y cuchicheó con él en voz baja largo tiempo entre el alegre clamoreo general.

Nada escapaba a los ojos y a la inteligencia de la señorita Bush. Observaba la conducta, el carácter y la capacidad de cada uno de los invitados, y llegó a la conclusión de que para desarrollar sus planes convenía que el señor Strobridge fuese amigo suyo.

Un momento alzó Gerardo los ojos y se encontró con los de ella; antes de que Catalina bajase los párpados brilló en sus labios una de aquellas sonrisas de esfinge. Gerardo Strobridge sintió una sacudida de emoción. Quizá Lão le estaba haciendo aparecer un poco ridículo. Exageraba un poco al mostrar la alegría de verle. Sin embargo, era demasiado veterano en el trato con las mujeres para permitirse permanecer un momento más a su lado, después de haber comprendido aquello. Por lo tanto, dió una excusa un poco forzada acerca del correo, próximo a marchar, se levantó y abandonó el salón. Era fácil advertir que se encontraba en el palacio de Blissington como en su casa.

Catalina se sonrió otra vez.

Después de cenar se proyectarían unas películas cinematográficas para los nietos de lady Garribardine: un colegial de

Biblioteca Nacional de España

trece años y dos niñas de siete y diez años; así, pues, todos cenarían puntualmente a las ocho. Catalina los llevaría consigo al *hall* cuando comenzase la proyección; entretanto cenaron con ella en la antigua sala de estudio.

No era muy amiga de niños, pero hizo lo posible para que les fuese grata la cena. Eran unas criaturas estúpidas, poco atrayentes, sin nada del ingenio de su abuela. Pasarían los días de Año Nuevo junto a los parientes de su papá, y luego se embarcarían con su institutriz y su preceptor para reunirse con sus padres en Australia, al otro lado del mundo, entre los antípodas.

La "blusa elegante" hacía su papel como prenda de noche (la creación de Gladys debía reservarse para la solemne ocasión de la comida de Navidad en el salón); pero Catalina la había modificado un poco, recortando el cuello para que le sentase mejor. De todos modos, tenía, a su juicio, un aspecto muy adecuado a su posición, según pudo ver en el gran espejo del salón. Ella misma quedó sorprendida al advertir de qué manera comenzaban a interesarle los vestidos.

Se sentó en una butaca, al fondo, cerca de la escalera desde donde la servidumbre había sido autorizada a presenciar la exhibición; nadie puso la menor atención en ella, hasta que habiéndose encendido las luces en un intervalo entre dos películas, lady Garribardine la llamó:

—¿Ve usted bien desde donde está, señorita Bush? Lo que viene después debe de ser muy chistoso.

Catalina tenía esa clase de voz que se hace escuchar de la gente; uno o dos caballeros se quedaron mirándola cuando respondió, dando las gracias, que desde allí se veía muy bien. Y el viejo coronel Hawthorne dijo a un joven oficial de la Guardia, amigo de la señorita Betty d'Estaire, que ¡por Júpiter! la secretaria de milady, o la institutriz de sus niños o lo que fuese, tenía un par de ojos que valían la pena de mirarlos.

Gerardo Strobridge encontraba de nuevo encantadora a Lão. Había comido bien, había participado, según lo prometido, del mejor champaña de su tía y había incurrido en algunas insinuaciones evidentemente sutiles respecto a sus ulteriores intenciones en relación con su grata amistad; insinuaciones que susurraba junto a su sonrosada oreja mientras la luz estaba apagada.

—¡Oh, Gerardo..., no quiero permitirle esto..., espere..., todavía no! —decía una vocecita linda y muy entrecortada, brindándole pretexto para que insistiese más tarde.

Pero tuvo la desgracia de que en aquel punto se encendió la luz otra vez, y Gerardo, al volver la cabeza, sorprendió la mirada que en los ojos provocativos de Catalina brillaba mientras hablaba a su tía.

—¡Qué atractiva es esta condenada muchacha! — pensó. — ¡Qué fastidioso que no sea una invitada y que no esté casada, en lugar de ser la mecanógrafa! Así, resulta una cosa poco seria... y difícil.

Mas aquella breve mirada le conturbó y despertó de nuevo su interés; comprendió que no podía llegar al deseado nivel de entusiasmo con Lão, y se contentó hablando enigmáticamente del salón de los loros donde ella se alojaba, de su situación y de sus comodidades, mientras contemplaba cosas inefables con sus profundos y grises ojos. Luego, cuando todos se hubieron levantado al terminar la proyección, permitió que le suplantase en los favores de Lão un joven de veintitrés años, un lejano pariente de la casa, a quien en otro momento no se le hubiese ofrecido ni la más leve sombra de una ocasión tal. Pero las emociones de Gerardo no se mostraban en la superficie, y Catalina Bush se acostó en un estado de espíritu un tanto deprimido.

Se convenció de un modo completo de que la meta estaba aún lejana, de que era largo el camino para llegar a ella y de que necesitaría toda su inteligencia para recorrerlo cautamente durante las próximas semanas.

Nadie había tenido con ella la menor desatención ni el más leve desaire; pero, naturalmente, nadie se había molestado en conversar con ella. No era más que la secretaria, y se la trataba exactamente como ella trataría a la suya cuando la tuviese. No se sentía segura de atraer a ninguno de la reunión; la buena voluntad de su señora y lo satisfecha que de ella estaba representaban más para Catalina que la satisfacción de su vanidad.

El señor Strobridge, sin embargo, era una de las principales piezas de su juego y podría verle con frecuencia mientras permaneciese al servicio de lady Garribardine; por lo tanto, no debía acelerarse: podía soportar la espera.

Y en seguida se sentó a leer LAS SIETE LÁMPARAS DE LA ARQUITECTURA, aunque sin aquella boyante confianza en sí misma que prestaba tan altivo continente a su cabeza.

CAPÍTULO XIV

A la mañana siguiente — la mañana de Navidad — recibió Catalina un recado de lady Garribardine, diciendo que podía encaminarse a través del parque hacia la iglesia, con los niños mayores; y que se colocase con ellos en el asiento que estaba delante del gran banco tallado de la familia, en ángulo recto junto al coro.

Desde este lugar, tan bien situado, la señorita Bush pudo contemplar más tarde cómo toda la familia reunida entraba por una puerta en el presbiterio. Llenaron todo el gran banco, y algunos hubieron de colocarse en el en que se sentaban Catalina y los niños. Casualmente, Gerardo Strobridge quedó junto a Catalina, arrodillado mientras rezaba sus plegarias.

La proximidad es una cosa curiosa; cuando todas las posibilidades de conversación se agotan, es sabido que a veces la mera proximidad ejerce una poderosísima influencia. Gerardo Strobridge advertía en su sangre toda la proximidad de Catalina; sentía como si de ella emanase una perturbación magnética, que le excitaba de una manera inexplicable. De tanto en tanto contemplaba con rápida mirada su correcto perfil. Su cutis, tan pálido, y sus carnosos labios rojos le atraían extraordinariamente. Ella no le miró ni una sola vez, y conservó un aire de absoluta indiferencia.

—¿En qué estará pensando? — se decía él. — No he visto nunca un semblante más enigmático; podría ser buena o endiabladamente mala, podría amar con pasión u odiar con frialdad, podría ser cruel como la muerte y dura como el diamante. Es una mujer por la que el hombre discreto que vela por su tranquilidad no debe interesarse demasiado.

Pero las reflexiones de esta clase no han bastado nunca para apartar de su objeto a los hijos de Adán; y así, cuando salieron de la iglesia y mientras Catalina esperaba órdenes de su señora acerca de los niños, el señor Strobridge se aproximó a ella.

— Felices Pascuas, señorita Bush — dijo. — ¿Van a ir ustedes cruzando el parque? Bien, Teddy, yo iré con vosotros.

—Vamos a ir en el auto con la abuela — exclamaron a una los niños, mientras Catalina devolvía la felicitación; y se fueron corriendo con lady Garribardine. Entonces Catalina comenzó a caminar a solas mientras el resto del grupo permanecía aún en el pórtico discutiendo si debían o no volver en coche.

Había recorrido ya un trozo del camino y se encontraba en una senda, entre los matorrales del parque, cuando el señor Strobridge la alcanzó.

— ¿Por qué marcha usted delante, señorita Bush? — preguntó. — ¿No desea ningún compañero en su soledad?

— No he pensado nunca en ello — respondió con completa sencillez.

— Deseaba pasear con usted. He estado contemplándola todo el tiempo en la iglesia. Me pareció que estaba usted de nuevo en su país de los sueños; ahora es el momento oportuno para que concluyamos nuestra discusión.

— No creo que la hayamos comenzado.

— Bien; pues la comenzaremos.

— ¿Y por dónde vamos a empezar?

— Me va a decir usted dónde está su... ¿en el corazón o en la cabeza?

— Esta conversación será muy poco provechosa — dijo con mirada traviesa y un leve temblor en los labios.

— Soy yo quien ha de juzgarlo.

— ¿Cómo así? ¿Es que yo no soy nadie?

Biblioteca Nacional de España

— Muchísimo... Por eso deseo oír hablar de su país de los sueños.

— Es un lugar adonde yo sola puedo ir.

— Es usted poco sociable y parece, además, poco complaciente.

— Así soy, en efecto.

— Muy bien. Tendré que renunciar al deseo de hacerla hablar de ese tema. Por cierto, que no había tenido ocasión aún de darle las gracias por haber concluído tan amablemente las cartas de aquella maldita organización benéfica. Mi tía dijo que todo estaba en perfecto orden.

— Lo celebro.

Alzó él la cabeza y miró de frente, a lo lejos, hacia un pequeño valle y luego hacia la casa.

— ¿Verdad que es una perspectiva bellísima? Cuando regreso desde la iglesia me acuerdo siempre de las "soberbias mansiones de Inglaterra".

Catalina siguió con la mirada la dirección de la de Gerardo, hacia la casa de grandes aleros, de irregular traza, construída de ladrillo rojo, desde la cual una columna de humo azul se elevaba recta hacia el cielo de invierno.

— Yo no había visto antes ninguna otra — dijo. — Puede usted imaginar cuán maravillosa me parece, después de los lugares en que he vivido. Yo sólo he visto Hampton Court; pero, por las gentes que allí había y por ser un museo, no me produjo la misma impresión que una casa habitada.

— Le gusta a usted, ¿no es así?

— Naturalmente; me encanta todo en ella: el espacio y que no se permita entrar a la gente. Es para milady. Puede cerrar las puertas, si lo desea, y reservarlo todo para sí misma; esto debe de ser agradable.

— Es usted una muchacha extraña. ¿De suerte que no le agrada compartir las cosas? Ya había yo observado estos deplorables instintos egoístas de usted en relación con su país de los sueños, y creo además que arrojaría usted de su parque a los pobres diablos, si pudiera.

— En general..., sí.

— Bien, pero me gustaría ser una excepción dentro de esa generalidad. Si, por ejemplo, fuese yo una tarde a la vieja sala de estudio y le rogara que charlase conmigo, ¿me despacharía usted?

— Eso depende del asunto de que hubiéramos de hablar. Si se tratara de un tema que sólo le agradase a usted, sí; si me agradase a mí, le permitiría que estuviese unos momentos.

— ¿Y qué temas le agradan a usted?

— Me gustaría, por ejemplo, oír hablar acerca de los cuadros que hay en la casa. Ya ve usted: antes de ponerme al servicio de lady Garribardine, yo no había conversado con nadie que fuese entendido en arte. Por lo tanto, no tengo más que una escasa información procedente de mis lecturas.

— Hablaremos, pues, sobre arte; la casa está llena de cosas interesantes, y parte de ellas son bastante antiguas.

Durante el resto del camino se esmeró en distraer a la insignificante secretaria de su tía, y ambos reconocieron que el paseo había sido encantador. Cuando salieron del matorral, Catalina tomó la senda que conducía a la pequeña rosaleda cercada, adonde daba la escalera de la antigua sala de estudio.

— Había olvidado que tiene una puerta en la fachada principal, para usted sola.

— Sí; nuestros caminos se separan aquí; buenos días, señor Strobridge.

— ¿No me da usted la mano?

— No; no hace ninguna falta.

— *Au revoir*, pues. Esta noche bailaré con usted. Hace diez años que no he bailado.

— Entonces, probablemente, no lo hará muy bien. Recuerde que yo vengo de la Pradera de Bindon, en donde aprendemos los bailes más nuevos. Nunca he bailado con una mala pareja.

— Yo no bailo el *turkey trot*, si es que se refiere a eso.

— Entonces temo que sea usted demasiado viejo y demasiado pasado de moda para mi gusto. — Y, sonriendo modestamente, se encaminó hacia aquella curiosa puerta de hierro forjado que se abría frente a la rosaleda.

Gerardo Strobridge iba muy satisfecho mientras seguía su camino. ¿Por qué se sentía atraído hacia esta muchacha? Era él una persona muy descontentadiza y nunca había tenido relaciones con ninguna mujer que fuese

de clase inferior a la suya, ni aún en los días de estudiante en Oxford. Flirtear con la secretaria de su tía era cosa contraria a la idea que tenía de lo correcto. Pero la cuestión aparecía bajo un aspecto nuevo cuando consideraba cuán sensible e inteligente era aquella criatura; ¡seguramente que no le sobrevendrían grandes daños por discutir con ella de pintura y escultura, o acerca de algún poeta! Mas, al llegar a este punto, procuró refrenarse, y no realizó nuevas tentativas para verla hasta que Catalina bajó de nuevo para servir el té. Hizo valientemente el amor a Lão y desplegó toda su habilidad para llevar las cosas a su punto álgido, como acostumbraba a hacerlo en aquellas gratas tareas. Ello le producía una distracción única.

Catalina llevaba el vestido que se parecía al de su esposa y tenía un aspecto casi tan distinguido y mucho más saludable y atrayente.

Su conducta era, además, admirable; no poseía aquella obsequiosidad excesivamente humilde que distingue a veces a las gentes semi-aristócratas. Podía haber sido una lady Clara Vere de Vere en su serena dignidad, tan por completo exenta de toda cohibición.

Era evidente que no estaba pensando en sí misma para nada, ni se preguntaba si era notada o menospreciada, o propia o impropiamente tratada. No hacía otra cosa que servir el té con gran seriedad y atendiendo a los deseos de todos, tan segura de sí misma como lo estaría la tía de Gerardo. "En realidad", pensaba él mientras la contemplaba, "si se hubiera de seleccionar una dama entre todas las de la reunión, se destacaría de ellas como el más perfecto ejemplar de feminidad".

¿Era su extraordinaria voluntad, su fuerza de carácter lo que había triunfado de toda clase de tradiciones? Recordaba lo que ella decía acerca de que un miembro de un partido popular no podía ser un buen Ministro de Negocios Extranjeros. ¿Cómo podía pensar tales cosas? Poseía un cerebro que sólo una mujer entre mil posee.

El té de Navidad transcurrió en un alegre ambiente, y el viejo coronel Hawthorne, amigo de la familia desde hacía incontable número de años, se impuso la grata tarea de ser amable con la simpática secretaria. Gerardo continuó contemplándola; ella respondía a sus bromas con mucho ingenio y sin la menor presunción.

Al cabo de un rato, Gerardo subió al saloncito de su tía durante un cuarto de hora, antes de vestirse para la cena. Lão se sentía muy halagada pensando que todo marchaba bien entre ellos, y salió para presentarse en la cena convertida en una extraordinaria belleza.

Había pasado por unos momentos de desasosiego. Gerardo se mostraba ante ella como un enamorado vehemente, y lamentaba haber cometido la estupidez de hacerle creer que hablaba muy en serio cuando protestaba que "todavía no". No tenía ninguna rival; esto era una cosa clara. No conversaba nunca con Betty de Estaire, que era la única mujer joven de la reunión. ¡Quizá por causa de Beatriz! ¡Gerardo era tan perfecto caballero, que tal vez algún rincón de su neciamente puntilloso corazón había sido reconquistado por... Beatriz! Pero, por fortuna, ésta se marcharía el 27 de diciembre.

De todos modos, su método usual de rígida circunspección — hasta el último momento — no tuvo éxito con este posible amante; lo engañó y, luego, casi lo rechazó. Lo había hecho de una manera compasiva, desde el punto de vista de sus propias emociones; pero conocía a los hombres lo bastante para saber que, a menos que ella misma hubiese abatido su ardor, este estado de cosas no era natural y quizá implicase alguna deficiencia en sus propios encantos, lo cual no era un pensamiento placentero. Sin embargo, no tenía por qué sentirse inquieta mientras siguiese despierto el interés de Gerardo.

— Sara, he regresado de la iglesia con la señorita Bush — dijo Gerardo, dejándose caer en un butacón junto a la chimenea de su tía, mientras encendía un cigarrillo. — Tiene usted razón; es una joven inteligentísima. ¿No ha advertido que hay algo en ella que no parece propio de su clase?

— Sí, y me ha desconcertado. La contemplaba el otro día mientras servía el té. No he tenido nunca una secretaria,

Biblioteca Nacional de España

sin exceptuar a la pobre Arnott, que en tales ocasiones no crea que uno u otro de los invitados la trata con cierto desdén. Catalina Bush no está nunca a la defensiva. Es una persona completamente única en su posición.

— Yo también me fijé, y me llamó la atención la misma cosa. He charlado con ella hoy. Desea oír hablar de pintura. Es absolutamente franca; cuenta de la manera más ingenua qué cosas son las que ignora; pero se ve que ha debido de leer mucho.

— Está llena de teorías acerca de la tradición y la evolución. Dejé que hablase de ello cuando veníamos en el auto. Parece haber hecho su propia disección y la de su familia, y haberse esforzado en desarraigar aquellas tendencias instintivas que juzga dignas de desaprobación.

— Es asombroso, ¿verdad, tía Sara?

— Mucho. Al principio, especialmente durante la semana de los cuadros plásticos, cometió una o dos faltas tremendas. Era interesantísimo contemplar su rostro cuando se daba cuenta de ello. Ni una sola vez intentaba justificarse; contraía los labios y se le veía que hacía propósito firme de no volver a cometerla de nuevo. Las personas de esta naturaleza triunfan siempre en sus empresas.

— ¿Y no se ha preguntado usted alguna vez cuáles serán sus proyectos?

— Su proyecto inmediato es evidentemente convertirse en una verdadera lady. Parece que intenta realizar conscientemente, en unos pocos años, lo que realiza la naturaleza en muchas generaciones; y sus progresos son bien notables aun en estas seis semanas.

— ¿Qué piensa hacer usted con ella, Sara?

— Conservarla a mi lado mientras quiera permanecer aquí, Gerardo; y quizá ocuparme de su educación por mí misma, cuando tú la abandones — y lady Garribardine inició una sonrisa. — Muchacho, lo de Lão es una verdadera burla. Supongo que la sala de los loros le gusta, ¿no? ¿Estás satisfecho de cómo he instalado a mis invitados?

Había algo exquisitamente irónico en los negros ojos de lady Garribardine. Los de Gerardo se encontraron con ellos expresando gran delicia.

¡Aquellos dos perfectos ciudadanos del gran mundo, tía y sobrino, se entendían muy bien!

— Lão es encantadora. Estoy seguro de que extraerá múltiples inspiraciones de los amoríos entre el azul guacamayo y la cacatúa de moña amarilla que podrá contemplar desde su blando lecho. Sara, quisiera convencer a Beatriz para que se quede. Beatriz es una excelente criatura, a pesar del desdén con que juzga mi habilidad de *chauffeur*. Está muy divertida con Víctor Thistlethwaite. He preparado el camino sugiriéndole esta mañana que podía tomar el primer tren del jueves, y me ha dicho en seguida que preferia quedarse con los demás hasta el sábado.

Lady Garribardine, regocijada, reía entre dientes. El rumor de su risa era como el burbujeo de una crema..., ¡si es que una crema puede burbujear!

— *Tiens!* — fué todo lo que dijo; y luego se puso a hablar de otras cosas — Gerardo, Betty d'Estaire parece que va a cazar al joven Allonby. Creo que se arreglarán esta noche. Para ser una persona de mi sangre, está cargada de defectos ultramodernistas, y Gwendoline y Arabella se alegrarán mucho de encontrar la oportunidad para quitársela de encima.

— Es una joven que promete.

— Ni aun el afecto de la sangre puede soportar esta falta absoluta de disciplina que prevalece en la presente generación. Cuando los hijos de estas muchachas crezcan, ya no habrá *ladies*.

— No creo que tengan hijos; estamos criando una raza neutra, Sara. Todos los deportes hacen más duros sus huesos, y la falta de disciplina debilita sus nervios; muy pocas de esas futuras madres serán capaces de soportar las agonías de la maternidad.

— No estás tú, Gerardo, en situación de criticarlas, puesto que careces de descendencia.

— Yo no soy el primogénito y, por lo tanto, no tengo obligación. Dick tiene tres chicos, afortunadamente, y Alec dos.

— Me parece una excusa muy pobre.

El señor Strobridge suspiró.

— Quizá, Sara, estamos todos nosotros descentrados. Cuando hablaba esta mañana con esta joven tan sana y tan equilibrada, pensaba que necesitamos inyectar sangre nueva en muchas de nuestras familias, aunque sólo sea para renovar nuestro entusiasmo. Físicamente son unos hermosos niños los de Dick, pero no hay en ellos ni una pizca de ingenio; y, como usted sabe, los pequeños yanquis de Alec son muy "cerebrales", como dice su madre, mas también unos manojos de nervios sobreexcitados.

Lady Garribardine se inclinó hacia adelante, entre los almohadones del sofá, y contempló a su sobrino con ojos irónicos.

— Gerardo, si tú fueses libre y mi heredero, haría que te casases con Catalina Bush, sólo por el placer de hacer el experimento.

Entonces sonaron las campanas del pequeño reloj de Sèvres.

— ¡Cómo! ¡Ha dado ya el cuarto! Muchacho, vete ahora y no te olvides de ponerte la chaqueta de caza, la de color escarlata, que tanto agrada a los niños.

* * *

En otra parte del palacio, la secretaria de la señora, ignorante en absoluto de que se ocupasen de ella, estaba vistiéndose muy alegre en su salón bellamente adornado de roble, dominada por una deliciosa emoción. Marta había venido a ayudarla en esta maravillosa ocasión, la primera de su vida en que vestía un verdadero traje de noche, mostrando el blanco perlino de sus brazos y su cuello. Gladys le había dado completas instrucciones para abrochar los cierres, y se ocupó de su confección con un celo que sólo podía ser empleado bajo las órdenes de las más lujosas modistas. El vestido quedó muy perfecto, y le sentaba asombrosamente en su sencillez de traje negro.

Marta trajo unos hermosos lirios del valle cuando entró con el agua caliente; dijo que el criado del señor Strobridge se los había entregado para la señorita Bush de parte de su señor.

Sin duda alguna, saqueó el invernadero. El jardinero jefe era particular amigo suyo. Resultaron justamente el toque necesario para completar el cuadro; su blancura de nieve y el verde brillante daban una nota de frescura que iba muy bien con el cutis de Catalina; un cutis de una asombrosa pureza bajo la luz artificial; blanco como el marfil y de un tono un poco pálido.

Lanzó una mirada al espejo y quedó satisfecha de lo que vió; un momento después echó hacia atrás los hombros, alzó la cabeza y atravesó el pasillo con la gracia de una reina de la Comedia Francesa. ¡Cuánto influye en la situación moral de una joven la convicción de que lleva un bonito vestido!

Lady Beatriz salía de su salón, en la gran galería, y bajaron juntas.

— Está ustey muy linda, señorita Bush — dijo. — ¡Qué monada de vestido! Parece de Ermantine.

— Sí; mi hermana es dependienta de la casa y me lo ha hecho allí para mí — dijo Catalina. — Celebro mucho que le parezca a usted bien. Es la primera vez que me pongo un verdadero traje de noche.

— ¡Pues sabe usted llevarlo muy bien! Niños, vamos — dijo respondiendo a las tres alegres voces que se oían por encima de la balaustrada. Catalina se deslizó sola. Lady Garribardine le había dicho, antes de ir a vestirse, que se viese con Bronson por si tenía alguna orden especial respecto a los regalos.

Todos se encontraban ya reunidos en el gran salón cuando Catalina hubo cumplido el encargo; de suerte que su entrada no pudo pasar desapercibida.

— ¡Por Júpiter! — exclamó significativamente el viejo coronel Hawthorne.

— Soy yo quien va a tener el placer de acompañar a usted a la mesa — dijo aquel joven encantador que con tanto éxito había estado divirtiendo a lady Beatriz.

Gerardo Strobridge sintió una emoción extraña al contemplar a Catalina entre los grandes jarrones de camelias. No se la podía comparar ninguna de las damas que estaban a la mesa. La secretaria de lady Garribardine se había tornado en una espléndida belleza, que reinaba durante aquella noche.

— ¡Cómo puede cambiar una perso-

Biblioteca Nacional de España

na, a causa del vestido! — dijo la señora Delemar, sin que hubiera verdadero despecho en sus palabras, pues una persona de la servidumbre, aunque fuese bella, no merecía ser tenida en cuenta. — Mira, Gerardo; la mecanógrafa de nuestra querida tía Sara, está muy linda esta noche; y ¡qué amable es nuestra tía con los que la sirven! Fíjate: ¡ha permitido que lleve la muchacha aquellos hermosos lirios del valle de los que nos decía Hawke, cuando por orden tuya me trajo hoy las orquídeas, que se le parte el corazón cada vez que ha de cortar uno!

Capítulo XV

Aquella súbita explosión de la belleza de la secretaria de lady Garribardine produjo un doble o, mejor dicho aún, un triple resultado. El señor Víctor Thistlethwaite mostró, con claridad, que se había dado cuenta de ella, lo que molestó considerablemente a lady Beatriz y a Gerardo Strobridge, durante la comida. Lady Beatriz lo juzgaba como una impertinencia por parte de la señorita Bush, y el señor Strobridge encontraba "ridículo y descarado a aquel inaguantable muñeco de Thistlethwaite".

Catalina, por su parte, se sentía gozosa. Había perdido el temor de toda persona que pertenece a la servidumbre, la inquietud ante una compañía de gentes bien educadas; se hallaba ahora segura de la corrección de sus maneras en la mesa, tenía por lo tanto holgura para gozar de la conversación; la dominaba aquella deliciosa y soberana complacencia que sólo puede descubrirse en la mujer que se siente indiscutiblemente segura de su éxito.

En tanto que permanecía seria en extremo, se esforzaba en acaparar la exclusiva atención del caballero que la acompañaba en el banquete; lady Garribardine contemplaba el juego con ojos irónicos.

Gerardo Strobridge era demasiado buen diplomático para permitir que en su rostro se reflejase la más leve huella de la perturbación de su espíritu, y hablaba a Lão con renovada pasión; de suerte que antes de que la comida hubiese terminado se sentía muy contenta porque tenía la convicción de que si él se mostraba circunspecto era sólo a causa de la presencia de Beatriz. A fuerza de hacer el amor a las mujeres, desde que salió del colegio de Eton, y mientras servía a su país bajo la dependencia del Ministerio de Negocios Extranjeros, hasta los treinta y cinco años, había adquirido una cierta experiencia de la psicología femenina y había aprendido a conducirse diplomáticamente en las situaciones delicadas, y aunque le irritaba aquella evidente admiración del señor Thistlethwaite, vió que ello induciría a Beatriz a quedarse hasta el sábado.

Contenía multitud de dijes de plata el resplandeciente *plum-pudding*, el clásico budín inglés; unos recibieron emblemas presagiadores de riqueza; otros, los que pronosticaban una boda principesca o largos viajes; pero Gerardo Strobridge sólo pudo conseguir el emblema de una solterona — un dedal — e interpretó aquel desdichado presagio como un adecuado reproche de Lão.

Cuando pusieron el fulminante a los triquitraques y fuegos de artificio, cayó junto a Catalina una antigua corona inglesa de papel dorado, que le sentaba admirablemente.

— ¡Mira, abuela, la señorita Bush parece exactamente la reina Victoria cuando subió al trono! — dijo en voz alta la mayor de las nietas. — Tenemos su retrato en el biombo de la *nursery*.

— Y yo me pregunto qué es lo que llegará a ser esta mujer — pensó Gerardo Strobridge. — Le sienta perfectamente una corona.

El *hall* se hallaba desembarazado de obstáculos para el baile, y una vez aplacada la emoción producida por los maravillosos regalitos que habían permanecido ocultos bajo los platos de cada comensal, todos los invitados irrumpieron en aquél, mientras tres músicos de la localidad tocaban una alegre tonada. Era un *two-step*, y la señorita Betty d'Estaire quería ensayar unos pasos nuevos que justamente en aquellos días acababan de llegar de América. No reinaba

aún el famoso tango. Catalina tenía predilección por aquel baile; ¿no marchaba siempre el suburbio de *Bindon's Green* a la cabeza de toda modernidad? Además, amaba por igual cualquiera especie de baile. Entre los pasatiempos de sus hermanas era éste el único de que participaba con delicia, y con frecuencia se ejercitaba en él con Ethel, en su saloncito, antes de acostarse.

El señor Thistlethwaite pidió a Catalina un baile y comenzaron a bailar.

— ¿Verdad que esto es mucho mejor que un estúpido vals antiguo? — preguntó él mientras daban suavemente unos pasos hacia adelante. — ¡Por Júpiter, qué bien baila usted!

Bullía la sangre en las venas de Catalina Bush. Sentía complacencia en ser joven y admirada, y hacer que se olvidase la desigualdad de posición por una vez siquiera. Comprendía muy bien que ella era mucho más hábil en el baile que la otra muchacha, y lo que en su viva naturaleza había de apasionado llegó a su máximo grado, haciendo que toda ella palpitase en los rítmicos movimientos de su cuerpo casi ingrávido. Gerardo Strobridge la contemplaba en silencio. Sentía crecer su propia profunda emoción. Parecía como que ante él se mostrase alguna cosa primitiva, fuerte y vital, que empequeñeciese la mezquina y artificiosa pasión que Lão Delemar suponía existente. A su lado estaba, mostrándose tan bella y a la par tan artificiosa como las orquídeas de su traje.

— ¡Cuánto será capaz de amar esta muchacha! — se dijo mientras contemplaba a los que bailaban. Lão le parecía tan insignificante como una muñeca de cera.

Catalina Bush pensó que en asuntos de esta clase con una vez, basta. Se daba perfecta cuenta del ambiente en que estaba, y comprendía que para una secretaria sería un rasgo de mal gusto hacer algo más que el mostrar su competencia en aquel género de baile. No logró convencerla, por lo tanto, la insistencia de su pareja, y así, después de unas cuantas vueltas, le dejó y se fué con la más joven de las nietas marcando unos pasos de polka.

Lady Beatriz recobró, pues, a su antiguo admirador, y cuando comenzaron a tocar otro baile y Lão quedó firmemente prendida entre los brazos de aquel su distante primo, Gerardo Strobridge llegóse casualmente adonde estaba Catalina.

— ¿Me concederá usted este vals tan pasado de moda, señorita Bush? — preguntó.

Pero Catalina no podía dejarse engañar tan fácilmente; necesitaba parlamentar primero.

— Yo no sé si milady deseará que vuelva a bailar otra vez — respondió; — si usted cree que ella no verá con disgusto mi aceptación de este honor, lo haré con mucho agrado.

— ¡Qué disparate! ¿No estamos en la noche de Navidad y no es usted la más hermosa del baile? — Y alzando sus brazos, comenzó Catalina a girar asida a ellos. Produciale a él un inmenso placer tenerla así, abrazada; mas el perfume de violetas de su chaqueta de caza, de color escarlata, trajo a Catalina, con una fatigosa sensación de angustia y de ansiedad, el recuerdo de lord Algy y de aquella noche del sábado en París, cuando bailaron con antifaz y dominó en un *bal Tabarin*. ¡Cuán doloroso aquel recuerdo! Súbitamente el presente se evaporó ante ella; ¡sus sueños del futuro, el orgullo de su conquista del pasado! La mujer apasionada que llevaba dentro, clamaba por Algy con una angustia salvaje. ¡Algy, su querido, su bien amado compañero! ¡Cuán simples eran estos otros jóvenes! ¡Cuán fatigado y envejecido Gerardo Strobridge! En aquel momento hubiera arrojado al vacío todos sus proyectos ambiciosos a cambio de poder ser estrechada una vez más contra el corazón de Algy. Palidecieron sus mejillas y en sus extraños ojos brilló una mirada de sombría fiereza; Gerardo Strobridge salió de su éxtasis de emoción al contemplar aquella cara.

— ¿Qué tiene usted, niña? — preguntó en anhelante tono, teniéndola aún en sus brazos.

— ¡Déjeme usted..., déjeme usted! — gritó desatinadamente, soltándose de él al llegar junto a la salida a la escalera. — No puedo..., no puedo sufrir esto. ¡Quisiera estar muy lejos de aquí!

Biblioteca Nacional de España

Gerardo quedó intensamente asombrado; la vió toda temblorosa y, aunque sabía comprender a las mujeres, no podía adivinar la causa de aquella extraña explosión. Pero casi en un instante recobró Catalina el dominio de sí misma y se rió con una risa breve y melancólica.

— Soy tremendamente estúpida — balbuceó; — no sé qué es lo que me ha pasado. Será quizá que no estoy acostumbrada a estas reuniones y que es ya tarde.

— No son aún las once; pero venga usted y beba alguna cosa... Allá veo una bandeja, en el *hall*. — Se dejó llevar por él y que le sirviese un poco de champaña y agua de Seltz; luego, se sentaron.

Advirtió muy bien que existía algo que la había conmovido profundamente, pero su gran discreción le impidió referirse al incidente, por cuya razón prefirió charlar con toda tranquilidad de cosas ordinarias; a los pocos minutos su rostro había recobrado el color natural. Mas ninguna razón bastaría para inducirla a bailar de nuevo; y aunque durante el resto de la noche continuó conduciéndose como de ella podía esperarse, se apoderaba de las uvas pasas llameantes en el *snapdragon* (1) con intrépida indiferencia al dolor. Gerardo advertía que lo hacía todo como una autómata y que aquella Catalina vivaz, animosa, magnética, ya no estaba allí; que la muy tranquila y pálida criatura cuya mano tenía entre las suyas en aquel instante, en el desierto corredor, sólo sentía deseos de decir buenas noches.

— Mi querida amiga — murmuró, mientras besaba con galantería su mano; — yo no sé qué habrá sido, pero seguramente se le ha aparecido a usted un espectro. Acuéstese y olvídese de todo; recuerde tan sólo que hemos pasado un día de Navidad feliz a más no poder. No necesito decirle cuánto me complace que haya llevado mis flores esta noche.

— ¿Sus flores? ¡Oh, sí! Debía haber dado a usted las gracias antes; eran muy hermosas, pero están ya muertas — y desprendiéndolas de su vestido, con indiferencia, como si le desagradase su contacto, las arrojó junto a la gran verja abierta.

— Buenas noches y muchas gracias por su amabilidad — y atravesando el pasillo subió por una escalera lateral.

Cuando Gerardo Strobridge se reunió con el resto de los invitados, en el salón, llevaba un cigarrillo en los labios, como si hasta entonces hubiese estado fumando, y necesitó de toda su admirable cortesía para volver de nuevo a charlar alegremente y para evitar que los ojos brillantes de la señora Delemar sondeasen en su comportamiento mientras llegó la hora de que todos ellos se retirasen a sus habitaciones.

Entretanto, Catalina Bush llegó a su cuarto y se dejó caer en una butaca. No debiera haber hecho aquello...; debía endurecerse para que no volviesen a mostrarse debilidades como aquella. ¿Por qué el aroma de violetas sobre la chaqueta de un hombre cualquiera había de afectarla de modo tal que todo su ser, en cuerpo y alma, clamase por Algy? ¿Es que las emociones reprimidas en su corazón iban a dejar de estar sometidas a su voluntad y a enseñorearse de ella? Era vergonzosa aquella debilidad, y lamentaba intensamente el dominio que el amor ejercía todavía sobre ella. Sentada en su butaca se hacía estas reflexiones, pero en aquel instante la naturaleza era más fuerte que ninguna otra cosa, y el recuerdo de su amado la obsesionaba. Le parecía oír su voz, sentir sus besos, hasta que el angustioso anhelo de que aquello fuese real se hizo insoportable, y cayendo hacia delante quedó tendida sobre la alfombra, ante la chimenea, golpeando el suelo con sus manos. Con el rostro totalmente alterado, una intensa pasión encendía sus ojos y empalidecía sus mejillas. Si Gerardo Strobridge la hubiese visto se hubiera sentido conmovido.

— ¡Algy! ¡Algy...! ¡Mi cariño! ¡Mi amor! ¡Vuelve a mí! ¡Necesito de ti, amado mío! ¡Amado mío!

Siguió sollozando con angustia, hasta que cansada al fin gimió:

— ¡Dios mío! Después de todo, lo que haya de venir, ¿valdrá la pena de estos sufrimientos?

(1) El *snapdragon* es una diversión de los días de Navidad que consiste en arrebatar uvas pasas de una fuente en la que se está quemando coñac, dentro de una habitación a obscuras.

Mas a la mañana siguiente había sojuzgado ya su emoción, y bajó de su cuarto, para ayudar a disponer el árbol de Navidad destinado a los niños de los arrendatarios, con un semblante que mostraba su habitual serenidad. Pero le amedrentó un poco el que aquella pasión dominada hubiese provocado en ella tan viva angustia. Usaría de toda su voluntad para impedir que tales locuras volviesen a invadirla de nuevo.

Capítulo XVI

Lady Beatriz se quedó hasta el sábado, con gran alivio y satisfacción de su esposo. Él supo maniobrar con gran habilidad hasta lograr este resultado; la vanidad de Lão estaba satisfecha y complacida ante la idea de que era la presencia de su esposa lo que causaba a Gerardo un sufrimiento y un desasosiego inenarrables. Así, pues, el comienzo de aquel juego se presentaba muy agradable; y la creencia de que, aunque el azar lo prolongase, no había temor de perder a los que de él participaban, era una creencia muy del gusto de Lão.

Una pasión semejante a aquella que sentía Catalina Bush habría sido para ella una cosa en absoluto extraña y horrible; en eso sí que hubiera estado de acuerdo con Mabel Cawber, que la juzgaría completamente impropia de una dama.

Los episodios del baile de la noche de Navidad, habían dejado a Gerardo Strobridge como suspenso ante un enigma, mas no por ello disminuía el interés que en él había despertado Catalina Bush. Estaba seguro de que en el alma de aquella extraña joven se había producido algún tremendo cataclismo.

¿Pero quién podría adivinar la causa que lo produjo? ¿Le afectaría a él en algo? ¿Sería él no más que el que había evocado el recuerdo de otras cosas? Gerardo ansiaba poder sentirse tranquilo. Y quedaba además el incidente de sus flores; ¿por qué primeramente se las puso y después las arrojó como si le quemasen?

Con frecuencia le asaltaban estos atormentadores pensamientos, especialmente porque aquella incitante muchacha parecía haberse ocultado a la vista de todos, por cuya causa sólo en raras ocasiones pudo cambiar con ella alguna palabra, y esto a la vista de los demás.

Lady Garribardine había mejorado de su reuma; la señorita Bush, por lo tanto, no fué invitada a servir el té.

Gerardo lanzó un gran suspiro de satisfacción cuando regresó al *hall* después de haber ayudado a su esposa y a Lão a acomodarse en el auto en que se dirigían a Londres, una o dos horas antes del almuerzo.

Lady Garribardine no había bajado a despedir a los invitados que partían; estaba sumamente ocupada en su *boudoir*, y allá se dirigieron ambas a saludarla.

Cuando el señor Strobridge subía las escaleras, encontróse con Catalina que salía de la habitación, cargada de papeles, pequeños paquetes y dos grandes libros que con dificultad podía transportar.

— Permítame usted que la ayude — dijo con vivo interés, y Catalina le entregó los dos pesados volúmenes, sin pronunciar palabra.

Se sintió exasperado. ¡Eso era una verdadera burla! La siguió hasta la vieja sala de escuela, reflexionando por el camino que ahora que todos los huéspedes, excepto el coronel Hawthorne, habían marchado, le quedaba a él el campo libre.

Catalina permanecía impasible e indiferente hacia lo que él hiciese o dejase de hacer; recogió de manos de Gerardo los pesados libros, le dió las gracias como el que está pensando en otra cosa y dirigió una mirada hacia la puerta, esperando, evidentemente, que se volviese por donde había venido.

Pero no parecía tener intención de moverse.

— ¿Y no se me ofrecerá una silla en esta mi primera visita a la señorita Bush?

— Esto no es una visita...; tan sólo me ha ayudado usted a traer los libros. Hoy tengo mucho que hacer.

— No importa. Estoy aquí ahora, y

Biblioteca Nacional de España

aquí pienso permanecer. Le diré a mi tía cuán poco amable y cuán inhospitalaria es usted.

—¡Soplón! —dijo; y mientras iba poniendo en fila los paquetitos, sus sombríos ojos sonreían. —Siempre he aborrecido a los que corrían en la escuela a contar cuentos al maestro.

—Y yo también; pero sería capaz de cualquier crimen con usted. He padecido el suplicio de Tántalo durante toda esta semana...; no se ha visto a la señorita Bush ni aun a la hora del té, y sólo se la podía echar los ojos encima durante un instante, cuando se escabullía por un pasillo o por las escaleras.

—Bueno, pero ¿qué quiere usted de la señorita Bush? ¿Tiene usted que organizar alguna otra institución benéfica?

—No; pero la caridad la podría ejercitar la hermosa Catalina si permitiese a un fatigado caminante que viniese a tomar el sol junto a ella durante unos minutos.

—Señor Strobridge, está usted diciendo desatinos, y no puedo concederle un momento más.

—Me encanta el decir desatinos. Aunque ello provoque su enojo, necesito ver cómo relampaguean sus ojos. También los he visto reír, ...y llenos de dolor, ...y con una mirada de fría astucia. Ahora necesito verlos relampaguear..., y luego me gustaría que se enternecieseu. Si hubiera en ellos un poco de ternura, sus ojos serían divinos.

Catalina se sentó y tomó la pluma con una mirada de cansancio y de indiferencia; luego se puso a copiar, sobre las etiquetas de los paquetes, las direcciones que tenía en una lista.

Gerardo Strobridge se colocó muy cerca de ella; un cúmulo complejo de emociones le dominaba.

—¡Qué incitadora está usted, atormentándome de este modo!

Catalina, en aquel momento, fijó en él sus ojos muy abiertos, pero no se retiró ni una pulgada.

—Todo eso existe sólo en su imaginación —dijo tranquilamente. —Es usted una prueba de mi teoría de que las emociones personales crean ficciones y apariencias y encubren la realidad.

—¿Comprende, entonces, que yo me sienta emocionado?

—Claro que sí. Pero un hombre tan inteligente y tan cultivado como usted, no debiera portarse tan locamente.

Retrocedió hasta apoyarse en la chimenea, mientras Catalina iniciaba una ligera sonrisa.

La señorita Bush continuó su trabajo.

—Esperaré, pues, a que concluya usted las señas de esos malditos paquetes, que supongo serán para el correo, y luego intentaré convencerla de que charle conmigo. ¿Puedo fumar?

—Si usted quiere, sí —respondió, con la cabeza inclinada aún.

—¿Quiere usted un cigarrillo?

—Gracias.

Sacó uno de su petaca y se lo entregó.

Catalina tomó una caja de cerillas que tenía allí cerca, encendió su cigarrillo con toda soltura y continuó su trabajo como pudiera haberlo hecho un muchacho. No sacudía la ceniza, ni hacía con la mano los graciosos gestecitos propios de Lão cuando quería que fuesen admirados sus dedos finos y blancos.

Ninguno de los dos hablaba. Catalina se conducía como si él no estuviese en la habitación. Mas Gerardo, por el contrario, parecía profundamente dominado por el hecho de encontrarse ante ella. Sentía que, poco a poco, le iba invadiendo una emoción tal como no la había experimentado desde hacía años.

Catalina era, pensaba Gerardo, la criatura más peligrosa y más atractiva que había encontrado en su vida. Despertaba en él pasiones primitivas y excitaba su sangre. Se presentaba ante él rodeada de una aureola de poder y realidad. Era como una de esas leonas peligrosamente ociosas. Le daba la impresión de que había conseguido prescindir de la civilización y que ella podría tomarlo a su voluntad como un compañero de la selva.

Catalina, no obstante, continuó fumando y escribiendo durante diez minutos hasta que concluyó de poner las señas en todos los paquetes y de examinar, anotar y registrar varios papeles. Luego levantó la cabeza. Los ojos de Gerardo no habían dejado un instante de contemplar a Catalina.

—No comprendo cómo puede mirarme tan fijamente —dijo, afrontando la

situación de áspera manera. —En su caso, me hubiese visto obligada a parpadear.

—Yo puedo gozar contemplando el sol. ¿Por fin han terminado las endiabladas tareas? He estado esperando con la paciencia de Job.

—¿Pero puedo saber yo qué es lo que esperaba ?

—Hablar con usted.

—Bien; hablemos, pues. Tengo que escribir un poco a máquina —y se dirigió hacia otra mesita que estaba junto a la ventana. Sabía perfectamente que lo estaba volviendo loco, y ello le producía un placer salvaje, del que gozaba como de una compensación de las emociones que el recuerdo de Algy despertó en ella la noche de Navidad.

Gerardo se levantó y fué a apoyarse contra la chimenea; dirigiendo sus ojos hacia ella, repitió los versos de Dryden:

"Ella te conoce, y mientras juras y de-
[clamas
podría atraerte con un solo cabello" (1).

Alzó la mano extendida e hizo un lánguido y amplio ademán hasta tocar un instante la cabeza de Catalina.

¡Y ahora sí que pudo ver brillar relampagueantes sus ojos!

—Si se ha de conducir como un impertinente, señor Strobridge, la escalera que da al jardín está muy cerca, y cuanto antes encuentre usted el camino, tanto más contenta quedaré.

—Por nada del mundo seré impertinente; la tentación era irresistible... ¡y es tan hermoso su cabello!

Su voz tenía acento de sinceridad, y además no entraba en los planes de Catalina el reñir con él. Así, pues, se limitó a decirle:

—Muy bien.

—Me gustaría que me contase usted cosas de su vida. Dígame: ¿por qué vino usted al lado de mi tía? No acabo de explicarme por qué ha buscado una posición subordinada...

—He venido para educarme...; no pienso estar siempre dependiendo de otros. Y usted ¿qué hace en el Ministerio de Negocios Extranjeros?

Él explicó brevemente sus ocupaciones.

—Así, pues —dijo Catalina, —usted también tiene que hacer lo que le mandan que haga. No importa la clase de trabajo, en tanto que el espíritu se mantenga libre. Supongo que llegará a ser jefe algún día...

—Quizá... ¿Y aprende usted algo aquí?

—Sí; y usted podría enseñarme si quisiera.

—Encantado de ello. ¿Qué sueldo me señala?

—Ninguno.

—Esto significa entonces, según las reglas de todos los juegos, que tendré que trabajar por ...amor ...al arte.

Ella se encogió de hombros y colocó otro pliego de papel en la máquina. No entraba en sus proyectos el hablar de amor...

—Es usted una criatura sumamente extraña...; me hace sentir... yo no sé qué. Bien, si no quiere que discutamos el sueldo, ¿puede decirme qué es lo que he de enseñar?

—Literatura. ¿Recuerda usted un día en que subí a tomar el café en el salón? Esto pasó antes de que se llegaran a dar cuenta de que yo existía. Lady Garribardine y usted hablaron entonces de cosas de las que me gustaría que hablase conmigo ahora.

—Sí; ¿no es extraño que yo no me fijase en usted? Debía de estar ciego durante aquellas semanas.

Una sonrisa enigmática se dibujó en los labios de Catalina; Gerardo Strobridge se sintió de nuevo dominado por un torrente de salvaje emoción; estaba a punto de ser vencido por la tentación de estrecharla entre sus brazos y besar apasionadamente aquellos labios burlones. Nadie sería capaz de predecir lo que hubiera sucedido si Gerardo no hubiese visto en aquel momento al viejo coronel Hawthorne, en el jardincillo. Había venido atravesando la misma puertecita de que se servía Catalina, desde la cual arrancaba un pasillo, en la planta baja, que conducía al salón de fumar. Hizo con la mano un ademán de

(1) El verso original, en inglés, dice así: *She knows her man, and when you rant and
[swear
can draw you to her with a single hair.*

Biblioteca Nacional de España

saludo, dirigido a ambos, y con la cabeza un gesto de llamada para Gerardo.

Con ello rompióse el encanto del momento y el señor Strobridge recobró su ecuanimidad.

— El coronel Hawthorne le llama; ¿no será mejor que se vaya usted y que tome un poco el aire? — sugirió amablemente la señorita Bush. — Creo que le será muy beneficioso, con una mañana tan hermosa.

— Estoy por admitir que tiene usted razón. Bien; ahora me iré..., pero al fin llegará un día, probablemente, en que tendrá que pagarme un sueldo!

— ¿Es esto una amenaza acaso?

— De ningún modo. — Y Gerardo se dirigió hacia la puerta. — Si a usted no le es molesto... y si tiene tiempo para ello, ¿quiere que examinemos los cuadros de la galería?

— Sí, tendré en ello mucho gusto — dijo Catalina con expresión animada. — Mas, para que yo pueda hacerlo con tranquilidad, será mejor que pida usted permiso a lady Garribardine.

— Muy bien; eso corre de mi cuenta. *Au revoir!* — y salió de la estancia.

Iba pensando, mientras bajaba las escaleras, que había sido una buena idea de su tía la de haber trasladado el salón de fumar a aquella ala del edificio. La reforma fué hecha durante el último otoño, de modo que los caballeros, al regresar de sus partidas de caza, podían entrar directamente, si querían, por aquella puerta lateral.

Catalina interrumpió su escritura a máquina en el instante mismo en que quedó sola. Tenía las cejas fruncidas y estaba reflexionando en cosas profundas.

Quizá el señor Strobridge no fuese tan fácil de manejar como Charlie Prodgers. Había oído decir que los caballos de carrera de pura sangre necesitaban una mano ligera, pero también que había momentos en que no podían ser dominados ni con la brida, ni con el látigo, ni con la espuela. Había que meditar serenamente su plan. Era preciso, para realizar los proyectos de Catalina, que los deseos que él tenía de agradarla superasen todas las dificultades. En la situación actual no era cosa fácil lograr que Gerardo conversase de una manera sensata, mas se esforzaría todo lo posible para conseguir que lo hiciese. Una vez llegada a esta conclusión, reanudó imperturbable su tarea.

Gerardo Strobridge encontró a su aburrido compañero, el viejo Tom Hawthorne, rondando por las caballerizas, y al poco rato escapó hacia el saloncito de su tía. Necesitaba tramar alguna combinación para poder ir con Catalina a visitar los cuadros de la galería, después del almuerzo.

Lady Garribardine estaba leyendo el *Times* cuando entró Gerardo. Alzó los ojos del papel y dirigió una mirada de complacencia a su sobrino, con el que tanto le agradaba conversar a cualquier hora.

Hablaron de muchas cosas; de política principalmente. Lady Garribardine era, en teoría, conservadora hasta la medula de los huesos, pero tenía una cínica frivolidad especulativa que anulaba toda tendencia retrógrada. Gerardo solía a veces disentir de sus juicios, tan sólo para brindarle ocasión de que exteriorizara sus puntos de vista. Detestaba los gobiernos radicales, por su falta de respeto hacia las viejas tradiciones inglesas; estos políticos provocaban su desprecio y sus más fieros sarcasmos.

¿Cómo podrían tener tales gentes, argüía ella, las cualidades necesarias para gobernar a Inglaterra, dada su herencia y fuese la que fuese su capacidad intelectual? ¿Cómo unos hombres con fines personales interesados y con aspiraciones económicas iban a poder consagrarse honradamente al bienestar del país haciendo abstracción de sus propias necesidades? Desde un punto de vista lógico era por completo ridículo, ya se tratase de radicales o de conservadores. Si alguna voz debía ser oída por encima de toda otra, era la de aquellos que gozaban de una posición lo bastante elevada para no sentirse tentados por el deseo de medro personal, y para los que el único y el más legítimo fin debía ser la gloria de su país. Gobernando los insignificantes y anónimos políticos de barrio, con sus mentalidades de abogados de secano, gentes amargadas por el odio, ávidas de ganancias y de personal mejoramiento, no era posible que tuviesen la necesaria alteza de sublime previsión que los capacitase para mirar cara a cara y hasta sus más lejanas consecuencias los problemas y poder dar su solución definitiva a las grandes cuestiones. Veía con simpatía los más audaces intentos de favorecer y mejorar a las clases bajas, en su educación y en su libertad política, sin preocuparse de la procedencia de tales intentos; pero era enemiga de que a individuos totalmente carentes de integridad y de carácter se los exaltase a los puestos de autoridad que ocupaban, y en los que, año tras año, iban rebajando el nivel de honorabilidad de su función.

Nunca recibiría a gentes tales en su casa.

— Yo no puedo comer con una persona que rebaja el prestigio de mi país a los ojos de las demás naciones — declaraba. — ¡Convertirnos en el hazmereír de Europa, cuando tan grandes hemos sido en otro tiempo!

¡Y, para ella, quedaba con esto resuelta la cuestión!

El señor Strobridge navegaba sorteando con gran cautela las arrecifes de las opiniones de su tía, y condujo poco a poco la conversación al tema de los cuadros de la galería, algunos de los cuales tenía ella en proyecto remitir a Londres para que fuesen restaurados. ¿Los había visto Gerardo últimamente, en especial dos primitivos italianos? ¡He aquí una sugestión afortunada! Ya se había fijado en ellos el señor Strobridge, y pensaba hablarle de este asunto.

— Tenemos que examinarlos detenidamente hoy mismo, después del almuerzo, mientras haya buena luz. Toda demora en tales asuntos, es perjudicial.

Se había enterado, por casualidad, de que su tía iría con Tom Hawthorne a la ciudad, en su faetón, para probar un nuevo tronco de jacas que acababa de comprar poco antes de Navidad, y que partirían en cuanto terminasen de comer, pero se mostró tan sorprendido y tan contrariado como convenía, cuando se le informó de estos detalles.

— No se preocupe usted; daré yo solo una vuelta, o, mejor aún, si me concede usted a la señorita Bush durante una hora, haré que tome taquigráficamente unas notas de lo que creo que sea necesario hacer con cada cuadro.

Lady Garribardine miró con ojo sagaz a su sobrino, mas el rostro de Gerardo tenía un aspecto tan inocente como el de una criatura.

— Me imagino que la señorita Bush debe de ser una compañera muy agradable en una galería de cuadros — observó la señora.

— Seguramente ha acertado usted.

Luego se echaron a reír los dos.

— Gerardo, tú quieres flirtear con la muchacha, ¿verdad?, y trastornarle la cabeza.

— Lo triste del caso es que será la muchacha la que acabe por trastornarme la cabeza a mí. La suya está perfectamente atornillada.

— ¡A fe mía que se te puede creer! ¡Así, pues, inocente niño de treinta y cinco, vas a ser engañado hasta la idiotez por esta astuta "seductora" de veintidós! ¡Si tuvieras cuarenta y cinco tendríamos que perder toda esperanza, pero en los treinta y tantos puede quedar aún algún vislumbre de cordura!

— Es encantadora, Sara, y le gustará ver los cuadros. Dice que desea aprender literatura y arte y otras cosas emparentadas con éstas.

— ¿Y te has ofrecido a enseñárselas?

El señor Strobridge adoptó un aire modesto, mientras la mirada radiante de sus ojos grises se cruzó alegremente con la de su tía.

— He solicitado el puesto de preceptor..., pero no se me ha concedido sueldo.

— No es tonta la muchacha y conseguirá lo que desea. En este caso, tus talentos han de estar en pleamar.

— Creo que sí.

— Bien, Gerardo, quizá necesites un poco de solaz. La diversión de Navidad que te había proporcionado por medio de Lão ha resultado bastante insulsa, ¿no es cierto?

— Es que llega uno a aburrirse del *soufflé*.

— Cierto; mas no olvides que un alimento más substancioso puede producir una indigestión, a menos que se sirva uno con moderación.

— ¡Por Dios, Sara, yo no soy un *gourmand!*

— Mi querido Gerardo, temo que es-

Biblioteca Nacional de España

tés verdaderamente hambriento, en cuyo estado la inteligencia no siempre se deja guiar de la discreción. La naturaleza, después de años de represión, es muy capaz de romper todos los frenos.

— Me parece que nosotros estamos super-civilizados.

En aquel punto sonó el *gong* llamando al almuerzo y ambos se levantaron de sus butacas.

Lady Garribardine deslizó su mano gordezuela bajo el brazo de su sobrino, mientras bajaban las escaleras.

— Gerardo, te doy permiso para esta tarde..., pero no te vayas a quemar los dedos de una manera irreparable; esta muchacha no es una loca como la pobre Lão. La considero, más bien, como un maravilloso producto del siglo veinte.

Capítulo XVII

Después del almuerzo pasaron los dos media hora deliciosa en la galería de cuadros. El señor Strobridge tenía bastante sagacidad para comprender que debía entregarse lealmente al arte, y, aunque a los pocos minutos empezó a encontrarse como descentrado, su oyente se mostraba muy interesada y daba respuestas muy inteligentes. Estaba a punto de creer que ella había venido allí para aprender algo, y no para flirtear con él. Quedó sorprendido de su buen gusto, así como de su absoluta falta de *pose*.

Con toda regularidad iba escribiendo las observaciones que él hacía respecto a las condiciones de los lienzos.

— Es una gran cosa aprender a contemplar los cuadros — dijo cuando Gerardo se detuvo ante uno primitivo representando una Madona. — Desde luego, yo no habría visto nada digno de ser admirado en este cuadro, si hubiese venido sola, y creo que nunca hubiera llegado a apreciarlo de un modo efectivo, excepto su color, porque hay algo en mí que me inclina a preferir lo real a lo imaginario. Me gusta la prosa mucho más que la poesía, por ejemplo.

— ¿Me permitirá usted que vuelva a la sala de estudio y que le lea un día alguna cosa?

— Me gustaría mucho.

— Intentaré despertar en usted el gusto por la poesía. Veo que se esfuerza en convencerme de que es una muchacha muy materialista.

— En efecto, me parece que soy materialista. Me gustan los hechos y las cosas positivas.

— Y sin embargo, en cierta ocasión, no hace mucho tiempo, me hablaba de su país de los sueños... ¿Lo recuerda usted?

— Sí; pero usted ignora que este mi país de los sueños no puede ser un lugar en el que las cosas positivas, los sucesos que se desean, aparezcan como realidades, sino como fantasías.

— Ya sé que no me lo describiría aunque yo se lo rogase. Recuerdo cómo supo eludir toda respuesta en otra ocasión; me dijo que era un lugar en el que nadie sino usted sola podía entrar. Hasta los materialistas necesitan algún rincón en el que puedan estar a solas.

Después, Gerardo siguió preguntando: ¿Cómo había aprendido todo lo que sabía? Su interés no disminuyó mientras Catalina fué exponiendo en breves palabras el curso de su educación.

— A veces era una cosa difícil, porque nunca tenía una persona con quien hablar, y acaba uno por hacerse limitado y unilateral si no puede discutir más que consigo mismo; por mi parte, ignoro aún cómo han de pronunciarse multitud de palabras. Le quedaría muy agradecida si usted me advirtiese cada vez que cometa un error.

— Así, pues, tendremos que ratificar este pacto: yo seré su preceptor, aunque no voy a recibir sueldo... ni tampoco podré hacerlo por amor.

— ¿Quién sería capaz de dar amor?

Sus extraños ojos lanzaron una mirada rápida y provocativa, y luego adoptaron la misma actitud serena. No sabía él con certeza si considerar aquello como un reto, pero al fin se decidió a obrar como si lo fuese.

— Cuando explique mi primera lección diré a usted lo que sea oportuno acerca de "dar amor" y "recibir amor".

— Pero esto no tendrá ninguna ventaja para nosotros dos. El amor es una cosa que sólo puede causar dolor.

— Está usted por completo equivocada; es el único goce divino en este mundo de desventuras.

El rostro de Catalina se turbó; sentía que aquello era cruelmente cierto, y no deseaba que se lo recordasen.

— No volverá usted a esta sala si no habla con mayor cordura. No quiero volver a oír una palabra más de esas divagaciones acerca del amor; es perder el tiempo inútilmente. Y, en realidad, no debía usted volver aquí bajo ningún pretexto. Yo no debiera recibir sin permiso de milady... que ha tenido la amabilidad de concederme vacación durante esta tarde.

— ¡Qué encanto de muchacha, tan circunspecta!

La señorita Bush le miró con aire desdeñoso.

— Yo no soy un encanto; soy una joven de la baja clase media que intenta aprender a conducirse como una lady, y sean las que fueren sus opiniones, si desea usted poder estar a mi lado, ha de tratarme como si hubiese llegado ya a conseguir mi propósito.

— Pienso que ha llegado usted ya a conseguirlo, pero aun las más ilustres damas son a veces encantadoras.

— Sí, pero los señores casados no se lo dicen así, después de un cortísimo trato, señor Strobridge.

Comprendió por su parte la verdad de tal afirmación, puesto que él no hablaba nunca a las muchachas, siempre que le fuese posible el evitarlo. Y de pronto se le ocurrió preguntarse bajo qué aspecto consideraba él en realidad a Catalina: según las apariencias, como una mujer adorablemente provocativa.

— ¿Hay que escribir algo más aquí abajo? — preguntó Catalina, que de nuevo se había convertido en la secretaria sólo atenta al desempeño de sus tareas. — Porque, en otro caso, he de volver a mi trabajo.

— Mi tía me ha concedido completa autorización para retenerla durante dos horas. Le he dicho que la labor que teníamos que hacer nos llevaría ese tiempo.

— Pues ya ve usted que no ha sido así, porque ya hemos llegado al final de la galería.

— Y aquí hay un sofá confortable, no lejos del fuego, en el que nos podemos sentar a discutir lo que hemos aprendido.

Se dirigieron hacia él. Catalina Bush deseaba su compañía en cuanto que podía serle de alguna utilidad. Charlaron ininterrumpidamente hasta que empezó a caer la tarde, y los criados comenzaron a cerrar los postigos y correr las cortinas.

Saltaron de tema en tema, esforzando Gerardo Strobridge su ingenio para interesar y divertir a Catalina como rara vez lo había hecho con una dama inglesa, ni aun con las pertenecientes a su clase. La capacidad de asimilación de Catalina era excepcional, y su franqueza, completa. Se mostró profunda y realmente interesada en todo lo que él decía; las sutiles lisonjas de él, eran sumamente halagadoras. Gerardo comenzaba a sentirse orgulloso de su discípula. Tocaron el tema del espíritu del Renacimiento y sus orígenes y el glorioso torrente de luz que había proyectado sobre la sabiduría y sobre el arte. Estaba asombrado al advertir su dominio en ciertas ramas de la literatura, a la vez que ignoraba hasta los nombre de algunas otras, mostrando con ello que había sido el azar, mas no una mano mentora, quien la había guiado.

— Si usted me lo permite — dijo él, — le enviaré algunos libros acerca del Renacimiento.

— Será usted muy amable. Si yo hubiera tenido algún maestro que me diese alguna norma sobre lo que debía leer, como punto de partida para otras lecturas ulteriores, habría progresado de prisa, pero no he tenido tal guía. Simplemente, cuando en mis lecturas encontraba una referencia de alguna materia que yo no conociese, procuraba enterarme; pero, naturalmente, las gentes educadas deben hacer esto conforme a un plan.

— Muy bien; pues empezaremos por el Renacimiento, que es para mí uno de los períodos históricos preferidos.

— Sí; ¿no se ha preguntado usted alguna vez si será posible un nuevo Re-

Biblioteca Nacional de España

nacimiento? ¡Y cuántos bienes podría reportarnos!

— Probablemente... Algunos sabios profesores piensan que tenemos primero que atravesar una nueva serie de siglos de oscuridad e ignorancia, en que brotarán otra vez las ideas primitivas y las primitivas pasiones.

— Quizá sea así; casi todo lo que es natural se encuentra ahora pervertido. Cuando se contempla el mundo parece como si se hallase fatigado.

Gerardo se estiró, tendiendo los brazos como si quisiera romper unas imaginarias ataduras, y repuso:

— Sí; hemos vivido oprimidos por una conducta y una moral falsas, y hemos suprimido la mayor parte de las cosas que hacen la vida digna de ser vivida... A veces envidio a las bestias.

— Yo no; sólo los débiles se sienten oprimidos. Los fuertes hacen lo que quieren, aun en los tiempos que corren...; pero por fuerte que sea una bestia encuentra siempre al "hombre de la maza", como explica Jack London, con su maravilloso "Buck", en LA VOCACIÓN DEL SALVAJE.

— ¿Pretende usted, pues, vencer al Destino?

— Yo haré todo lo posible para conseguir mis deseos; aunque, naturalmente, antes tendré que purgar todos mis errores.

Él la miró con curiosidad; ¿habría cometido errores? No muchos, pensó él; su mirada era serena, y su rostro inteligente y enérgico no mostraba vacilación. Súbitamente afrontó el hecho de que estaba enamorado de ella, no como había intentado hacerlo con Lão, ni siquiera como, tiempo atrás, se llegó a enamorar de Alicia Southerwood. Era su sentimiento actual tan desenfrenado, que casi le espantaba.

Catalina sintió que los ojos de Gerardo, con mirada abrasadora, buscaban los suyos. Se levantó del sofá y dijo:

— Ahora me voy a tomar el té. Así, pues, adiós por hoy. Estos cuadros me han proporcionado un verdadero placer.

— ¿No puedo tomar el té con usted? Estoy completamente solo.

— No puede ser. Marta se escandalizaría. Es extraordinario que necesite recordarle tales cosas...; cosas que indican una falta de respeto hacia mí, o...

— ¿O qué? — dijo él con vehemencia. Se había levantado y la iba siguiendo mientras caminaba a lo largo del salón.

— ...que usted no sabe servirse por sí solo.

— Sí, esto es. Me tiene usted embrujado y no sé servirme por mí mismo.

— ¿Necesita que le ponga a máquina todas las notas que he tomado? Podría hacerlo después del té.

— ¿Y se queda usted aquí, sola, desde ahora hasta la hora de acostarse?

— Naturalmente.

— Sentirá usted una soledad tremenda.

— De ningún modo. Tengo libros, que son los compañeros más agradables. No tienen un humor caprichoso; puede una sentirse segura de ellos, y elegir los que más convengan. Buenas noches.

Se dirigió hacia la gran escalera sobre la que se abría la galería, y a buen paso se encaminó a sus habitaciones.

Gerardo la siguió con los ojos y el semblante extasiados, y luego, de mala gana, se fué hacia la biblioteca, en donde esperó el regreso de su tía.

Se encontraba extremadamente conturbado. Era un horrible suplicio de Tántalo el que Catalina Bush, hacia la que se sentía con tanta pasión atraído, estuviese en aquella casa con él y que no pudiese hablar más con ella, ni aun estar en su presencia.

Se paseaba arriba y abajo en el salón; aquellos que conociesen a Gerardo Strobridge — tan educado, tan refinado, tan ecuánime, — se hubieran sorprendido vivamente al ver sus paseos agitados.

Lady Garribardine tenía un aire burlón cuando al fin regresó. ¿Cómo habría transcurrido la tarde?

Tenía una elevada opinión de la prudencia de su secretaria. Estaba segura de que sabría atajar bien a su sobrino, y si Gerardo no deseaba sino divertirse un poco, lo lograría de seguro, fuese agradable o desagradable el recibimiento que ella le hiciese.

Le impresionaba que fuese Gerardo una criatura un tanto peligrosa para ser dejado a solas con una joven; procuraría que desde aquel día no corriese

Catalina demasiado riesgo en su compañía.

Advirtió que las pupilas de Gerardo estaban un poco dilatadas; salvo esto, se había mostrado el de siempre a la hora del té. Cuando el coronel Hawthorne los dejó solos, suplicó a su sobrino que leyese en voz alta, sin hacer la menor mención de su secretaria.

La tarde ha sido muy instructiva, pensaba Catalina, mientras comía sus mojicones y ojeaba los periódicos junto a la chimenea de la sala de estudio. Había aprendido gran cantidad de cosas. El señor Strobridge era, sin duda, un hombre encantador. ¿Qué efecto hubiera ejercido sobre ella, si no hubiese conocido antes a Algy? Pero, tal como era, no le concedía mayor importancia que una mesa o una silla; lo consideraba como un instrumento de su tarea. Con rapidez se iba acercando al momento en que llegaría a obtener un completo dominio sobre él.

—Sabe muy bien que está casado y que, honradamente, yo nunca podré ser nada para él. Si viene hacia mí, es porque se siente atraído y no es dueño de sus pasiones o de su voluntad. Si es débil, tendrá que pagar su pena. ¡No tengo por qué dolerme de ello! Ni siquiera habrá pensado si su conducta me causará o no daño; sólo piensa en sí mismo, igual que Bob Hartley; pero como es un caballero no me hace hipócritas promesas para engañarme.

Y luego de una breve sonrisa siguió pensando:

— Bien; la culpa de lo que sucede caerá sobre su propia cabeza. ¡No hay por qué tener piedad de él!

Concluyó tranquilamente su té y escribió a Matilde, cuyas sensacionales cartas, con noticias de familia referentes al matrimonio secreto de Gladys, no habían sido aún contestadas. Gladys le escribió también una breve carta llena de agradecimiento por su intervención en el asunto. Bob había sido un poco rudo con ella, decía, pero no tenía él toda la culpa, puesto que en la noche de Navidad bebió demasiado y había estado pendenciero durante los dos días siguientes. Procuraría que el esperado acontecimiento se hiciese público lo más tarde posible, y entonces suponía que se irían a vivir juntos a alguna parte. Vivirían en una miserable pobreza y constante lucha, pero al menos ella se sentía "mujer honrada", y nunca agradecería bastante a su hermana el haber hecho posible este estado de cosas.

Mientras pensaba en todo esto, Catalina tenía la vista fija en el fuego. Le parecía demasiado asombroso que una mujer perfiriese una vida ligada a un hombre que se mostraba reacio a llevarla consigo — una mujer que sería su criada y el objeto de sus burlas, — a una vida que ella misma se organizase, en América quizá, sola con su hijo, pero libre. Gladys tenía bastante talento para ganar con su oficio buenos jornales en cualquiera parte, y debía de tener algún dinero ahorrado, además de los fondos custodiados por la garra de Matilde, para superar las dificultades de momento. Pero los débiles deben sufrir siempre y ser los esclavos y los instrumentos de las otras gentes. ¡Pobre Gladys! De pronto le vino el recuerdo de Algy... ¿Por qué le perseguía su recuerdo? Durante el primer mes, la placentera satisfacción de volver a ser dueña de sí misma la había sostenido espléndidamente, mas ahora el dolor sentido era tan agudo como en el primer día de la separación.

"Necesitaba" aniquilar este recuerdo.

A la mañana siguiente no cruzó con el señor Strobridge sino unas breves palabras de saludo en el camino de la iglesia. Lady Garribardine reclamaba toda la atención de Gerardo. Catalina le vió desde la ventana, al atardecer, fumando un cigarro en la rosaleda, adonde había salido desde el salón de fumar. Deliberadamente se dejó ver de él, y pudo advertir en el rostro de Gerardo una expresión de intensa alegría; retiróse luego de la ventana y no volvió a aparecer en ella.

Llegó así el lunes, último día del año.

Lady Garribardine, rompiendo con su costumbre, no tenía ningún invitado; se sentía bastante molesta con su reuma y no salió de la casa en todo el día, encerrada en su *boudoir*, en donde Catalina le hacía constante compañía.

Gerardo y el coronel Hawthorne habían salido a cazar conejos en el parque,

Biblioteca Nacional de España

con los porteros, y no regresaron hasta la hora del té.

Catalina encontró a su señora un tanto exigente y difícil de complacer, a la vez que ella misma se sentía fatigada y malhumorada; sintió, pues, una especie de satisfacción en mostrarse lo más provocativa posible cuando se le ordenó que sirviese el té a los cazadores, en el salón. Permaneció en un absoluto silencio, mas de vez en cuando sus ojos magnéticos, en los que brillaba una enigmática sonrisa, se encontraban con los del señor Strobridge.

A Gerardo, por su parte, le resultaban infernales tales momentos. Tenía perfecta conciencia de que estaba locamente enamorado de aquella desesperante muchacha, que ejercía sobre él una atracción extraordinaria.

Se puso a contemplarla cuando se hubo sentado, y la vió pálida; su aspecto apasionado, sus rojos labios, que se fruncían en un gestecito malhumorado, y sus extraños ojos, en los que había como un inconsciente desafío, fueron turbando su sangre, poco a poco, con una excitación salvaje.

Una vez sus deberes quedaron cumplidos, Catalina dijo en respetuoso tono:

— Si milady no me necesita, he de concluir algunas cartas antes de la salida del correo.

Y en cuanto se le dió licencia para ausentarse, abandonó tranquilamente el salón.

Gerardo comprendió que ya no volvería a verla aquella noche; le esperaba una cena bien aburrida, con el párroco, su esposa y su hija. ¡Y al día siguiente habían de regresar a la ciudad!

Por la primera vez en su vida, se sintió enojado con su tía. ¡Era una mala partida el que su tía no se hubiera mostrado más simpática y no le hubiese ofrecido alguna oportunidad para charlar de nuevo con Catalina!

¡Ella, tan comprensiva de ordinario con sus caprichos y sus deseos...! Y ahora que pensaba en ello, encontraba vergonzoso el silencio que guardó respecto a su secretaria, aun después de haber regresado de su excursión. Era evidente que no debía esperar la futura cooperación de su tía, y puesto que estaba tan profundamente enamorado, no podría obrar, para alcanzar sus fines, de la manera tan fácil y tan inteligente que había utilizado en otras ocasiones. Así, pués, la velada se deslizó entre increíble fastidio. Los invitados se retiraron temprano, y lady Garribardine se fué muy contenta a la cama, dejando a su sobrino y al coronel Hawthorne que bebiesen y brindasen juntos por el Año Nuevo, el nuevo año de 1912.

Pero el anciano coronel estaba fatigado de la cacería del día, y cuando dieron las once y media creyó preferible dirigirse al lecho acogedor.

Gerardo se quedó, por tanto, solo.

Encendió un cigarro y se dejó caer en un gran butacón de cuero, con la copa, todavía intacta, al alcance de la mano.

En el palacio reinaba un silencio absoluto. Había ordenado a Bronson que encendiese las luces del salón de fumar, cuando todos se hubieron marchado. Nadie quedaba en la estancia; ni un soplo de aire agitaba los árboles del parque.

Continuó sentado allí durante algunos minutos, y luego comenzó su corazón a palpitar con violencia.

¿De quién serían aquellos suaves pasos que se oían justamente sobre la habitación? Habiendo marchado ya los niños que ocupaban la vieja *nursery*, no quedaba nadie en aquel flanco del edificio más que Catalina.

Fantasías de toda índole le asaltaron de súbito. No se habría acostado aún; quizá estuviese esperando el Año Nuevo.

Se levantó y escuchó; sus pulsos latían atropelladamente; le parecía oir el ruido de su corazón golpeando sobre el pecho.

De nuevo se oyeron los pasos.

No pudo contenerse más; sacudido por una emoción violenta, perdido ya el dominio de sí mismo, la pasión se hizo señora y dueña de él.

Apagó la luz y, silenciosamente, comenzó a subir las escaleras.

Capítulo XVIII

Catalina acababa en aquel instante de despojarse de la bata, después de haberse arreglado el cabello, que ahora colgaba en dos largas trenzas. Estaba a punto de meterse en el lecho. Era muy tupida la alfombra del corredor, y Catalina no oyó nada; así que la primera cosa que despertó su atención fué el ver que se abría la puerta de su cuarto, que no acostumbraba a dejar cerrada.

Durante un segundo quedó anonadada por un terror ciego, mas luego recobró su serenidad y su iniciativa. Estaba magnífica, arrebatada por la cólera y por la indignación. No se mostró en ella el femenino instinto de buscar la bata para cubrir su cuerpo. Permaneció en pie con su sencillo camisón de batista, que dejaba ver, bajo la luz suavemente velada, las bellas líneas de su fino torso.

Gerardo Strobridge estaba como un hombre embriagado. Llameaban sus ojos y todo su cuerpo temblaba excitado. El lecho, un pequeño y antiguo lecho de madera que tenía a los pies una mesa de escribir, los separaba. Para llegar hasta ella, debía pasar por delante de la chimenea.

Y mientras lo hacía, iba murmurando con voz enronquecida.

— ¡Catalina, te amo, te quiero... con locura! ¡Tenía fatalmente que venir a tu lado, amor mío! — Luego se detuvo a pocos pasos de ella, como si la expresión de su rostro le hubiese hecho recobrar la cordura. Catalina no mostró el más leve síntoma de temor; parecía sentir más bien el orgulloso desdén de una emperatriz que ordenase la muerte de un esclavo atrevido.

Durante un momento, no habló; pero se irguió de tal modo que parecía más alta; tenía sólo una o dos pulgadas menos que él. Si el desprecio en la mirada pudiese matar, Gerardo hubiera caído muerto a sus pies.

— ¡Querida mía! — exclamó, y avanzó hacia ella como para estrecharla entre sus brazos.

Catalina, echando tan sólo un pie hacia atrás, habló al fin, con su profundo tono de voz.

— Si se atreve a tocarme, lo mato... Ya sabe usted que no le tengo miedo. Es usted una bestia, al fin y al cabo, y yo soy "el hombre con la maza".

— ¡Usted es una furia bellísima! — Pero vaciló, aunque no era cobarde, ni le importase un bledo de sus amenazas; sin embargo, sintió escrúpulo ante la idea de una lucha; ¡una mujer que pelea huyendo de sus brazos, cuando lo que él iba buscando era el amor! Quizá fuese más discreto procurar halagarla. Estaba demasiado dominado por la pasión para comprender que sería también más digno.

— ¡Catalina, no sea usted tan poco amable, querida mía! La quiero a usted con exaltación, y necesito hacerla mía.

— ¿Para qué? — Seguía mostrándose perfectamente tranquila y no se movía del sitio en que estaba.

— Para que podamos ser felices, dulce amor mío. Necesito estrecharla entre mis brazos, acariciarla hasta hacer que ambos olvidemos que en el mundo existe algo más que nosotros mismos.

Y, exaltado por su encantadora descripción, se aproximó a ella y levantó las manos.

— Tengo que repetirle que si se acerca usted un poco más, tendrá que atenerse a las consecuencias. Le arañaré la cara con mis uñas; le estrangularé. — Era una voz fatal en su fría intensidad. — Yo no soy un ser débil; desprecio demasiado su indigna conducta, viniendo aquí esta noche, para tenerle miedo.

Lo que había en él de hombre educado reaccionó ante aquella punzada.

— Mi indigna conducta... — pero su voz se quebró levemente, y ella le interrumpió antes de que pudiera contradecirle.

— Sí; yo soy una persona que está dependiendo de su tía, vivo en su casa, ganándome la vida, y usted intenta hacerme desgraciada, ponerme en la calle para satisfacer sus fines egoístas y vergonzosos. Verdaderamente, me está usted enseñando una lección: hasta qué abismo de rebajamiento puede llegar un aristócrata.

Gerardo retrocedió; su ardor se aplacó un poco. Las palabras de Catalina

Biblioteca Nacional de España

eran tajantes como un cuchillo; pero él se encontraba todavía demasiado dominado por la emoción, para separarse de ella.

—¡Catalina, mi amor, perdóneme! —exclamó súbitamente. —Confieso que estoy loco de amor, pero usted no padecerá nunca por ello. Entréguese a mi cariño y yo la pondré a cubierto de todas estas penosas tareas. Tendrá usted una casa en donde quiera. Yo la protejeré y le enseñaré todo lo que desee saber. Llevará una vida intelectual digna de su espíritu. Viajaremos por Italia y Francia, y viviré adorándola siempre, Catalina, mi encanto.

Su voz, tan cultivada, vibraba con un sentimiento profundo. Tenía un aspecto atrayente con su impecable traje de etiqueta suplicándola como si fuese el humilde pretendiente que espera una gracia, y ella una reina.

Pero Catalina no estaba en absoluto conmovida, aunque con sus despiertas facultades críticas advertía cuán agradable sería como amante, con su conocimiento del mundo y su rendida cortesía hacia las mujeres. Había un fondo primitivo y salvaje, en este momento, en su fidelidad a Algy. El aspecto fuertemente sensitivo de su naturaleza no volvería a despertarse bajo las caricias de ningún otro hombre. Era "el hombre". no "los hombres", lo que despertaría su sensibilidad apasionada.

—Pretende usted de mí que me convierta en su amante, ¿no es eso? —Hablaba con una voz fría y de escasas inflexiones, como quien discute una proposición en un negocio.

El rostro de Gerardo se animó de nuevo, como aquel que, a pesar de todo, conserva alguna esperanza.

—Naturalmente, querida mía. ¿Qué iba a ser si no?

—Me está usted insultando, pero no quiero ocuparme de esto. Mis puntos de vista quizá no sean ortodoxos. No me interesa sino la parte que me afecta en este negocio, y es que no tengo el menor deseo de ocupar tal posición. Yo no seré la amante de ningún hombre. ¿Lo ha oído usted?

—Catalina, ¿no podré conseguir que me quiera usted?

La risa de Catalina sonó de una manera peligrosa y siniestra, como el rugido de una leona.

—¡Ni aunque estuviese cien años de rodillas! Yo he amado a un hombre en mi vida con esa especie de amor que usted desea. Sé con exactitud lo que esto significa y probablemente no volveré a amar a nadie de la misma manera. Le sacrifiqué por mi idea. Tuve voluntad bastante para dejarle, y eso que sentía por él lo que quizá usted siente por mí. ¡No podrá usted convencerme lo más mínimo! ¡Usted, a quien no amo..., usted, a quien desprecio!

Durante este diálogo había permanecido en pie, incitante y deseable en su tenue indumentaria, que no se preocupó de cubrir. Y ahora, que se veía a punto de ganar la partida, se complacía en hacerle comprender a él que la había perdido, a fin de que su castigo fuese más completo; la piedad y la ternura no existían para Catalina. Su vigoroso carácter no sentía compasión hacia un hombre que no supo mostrarse dueño de sí mismo; y esto, la energía para dominarse, era lo que Catalina admiraba sobre todo.

Mientras hablaba la muchacha, Gerardo Strobridge sufría como quizá no había sufrido en su vida. Otro, que fuese menos caballero que él, no habría sabido dominarse; la hubiese cogido entre sus brazos y la hubiera hecho pagar caras sus agrias palabras. Sin embargo, el efecto de siglos de tradición le ayudó a mantenerse por encima del loco anhelo que de nuevo le angustiaba cada vez que contemplaba a Catalina.

Se dejó caer en la butaca y hundió la cabeza entre las manos.

—¡Dios mío! —exclamó con una voz ronca. —¿Cómo puede usted atormentarme así? Al esperarla junto a la iglesia comprendí que podía ser usted cruel como la muerte; pero pensaba hoy cuando me ha mirado en el saloncito de mi tía, que quizá deseaba ser algo más amable conmigo. Su rostro es la esencia de la pasión... y podría engañar a cualquier hombre.

—Entonces será conveniente que quede desengañado y que acabemos de entendernos mutuamente. ¿Qué creyó usted que podría conseguir viniendo aquí esta noche? ¿Mi seducción... y algo de placer para sí mismo? —De nuevo se mostraba extraordinariamente despectiva. —Usted no ha pensado nunca en mí. No importa ahora cuáles sean mis opiniones personales acerca de tales relaciones; usted no conoce estas opiniones mías y no creo que le haya dado motivo para pensar que pueda ser yo tratada con semejante falta de respeto; pero su conducta muestra que no me respeta. Supongo que será porque ocupo una posición subordinada y porque desprecia a las personas de mi clase..., puesto que seguramente no se hubiera conducido así con una de las invitadas de su tía.

Gerardo Strobridge hizo un gesto de dolor ante tales improperios y miró a Catalina, con el rostro contristado.

—No entra en mis costumbres el pedirle que me perdone; pero no es cierto que no la respete o que yo haya obrado como lo he hecho porque desprecie a las personas de su clase, lo cual es una idea malévola. He venido aquí esta noche porque soy un hombre y porque estaba ya casi loco con el vehemente deseo de usted, después del suplicio de Tántalo de los dos últimos días y del de no poder hablarle nunca dos palabras. —Y luego, con la respiración agitada y cruzadas las manos, continuó: —La amo... y hubiera venido aunque hubiese sido usted la dama más ilustre de la tierra. Mi conducta no ha sido premeditada: ha nacido de una fuerte y súbita tentación: me hallaba sentado en el salón de fumar, recordándola dulcemente, y oía el suave rumor de sus pasos sobre mi cabeza, y de repente toda mi furiosa pasión no pudo ser dominada por más tiempo y clamaba por usted.

Se levantó, se acercó a ella y, sentándose en el borde del lecho, tendió las manos en actitud suplicante.

—Mi pasión ha arrasado en mí todo rastro de civilización. La Naturaleza hace trizas a veces todas las trabas, aun en los mejores de nosotros, ¡y la quiero a usted tanto! Catalina, amor mío, lo hecho, hecho está; es ya demasiado tarde para pedirle que me perdone, pero la quiero tan arrebatada y tan irracionalmente como no he querido nunca a mujer alguna en mi vida. Catalina, haría usted de mí un esclavo, tan sólo con decir: sí. Ahuyentaría el recuerdo de aquel otro, y yo le enseñaría a usted todas las cosas divinas que del amor hay que aprender en la vida.

Catalina fué a colocarse junto a la chimenea. Temblaba un poco, en parte por el frío.

—Le prohibo que diga una palabra más sobre este tema —dijo con tono severo, pero menos despectivo que antes. —Ni usted ni ningún otro hombre, podrá hacerme olvidar la memoria de aquel a quien quise en otro tiempo; pero no siento odio hacia usted; y, así, apelo a lo que le quede todavía de caballero, y le pido que salga en seguida de mi cuarto.

Llegóse junto a ella, cerca de la chimenea, casi vencido de nuevo por el cuadro que sus ojos contemplaban: su erguida figura, cubierta con la tenue vestidura, como una doncella blanca y sencilla. Sentía el deseo irracional, salvaje, de destrenzar aquellos suaves cabellos y hundir en ellos el rostro, de estrecharla contra su corazón. Pero logró dominarse.

Hubo un silencio absoluto durante uno o dos segundos; luego, a través del parque, desde la torre de la iglesia llegó el sonido de las campanas, como tañido funeral por el año que moría.

Ambos levantaron la cabeza y escucharon, contando inconscientemente las campanadas, y cuando hubo sonado la última, y otras campanas comenzaron a voltear con alegría, comenzó a derretirse el desprecio y la cólera en el corazón de Catalina, y por vez primera comprendió que también ella era, quizá, culpable de la situación actual, pues no se puede, sin castigo, despertar el interés de un hombre recreando sus ojos y halagando su oído. Lo contempló, con su rostro refinado y distinguido, muy pálido y por completo abatido ahora. Y con aquella manera suya de juzgar las cosas, tan inteligente y comprensiva, dedujo que no era justo persistir en su indignación.

—Escúcheme — dijo amablemente, con la mano en alto. —Comienza el Año Nuevo y no quiero entrar en él con ideas penosas. Al fin y al cabo,

Biblioteca Nacional de España

comprendo su actitud y le perdono. Creo que, en parte, también yo soy merecedora de censura. No podré ser nunca el amor de usted, pero me encuentro muy sola. ¿Quiere ser mi verdadero amigo, mi caballero?

De los bellos ojos grises de Gerardo corrían las lágrimas. Catalina había llegado a herir las fibras más íntimas de su alma. Se arrodilló ante ella e, inclinándose, le besó los pies.

—Sí, lo seré; lo juro. Por grandes que sean los sufrimientos que ello me produzca, haré que nunca se arrepienta del bondadoso perdón que me ha concedido y de la confianza que ha puesto en mí esta noche.

Catalina se inclinó y por un momento acarició sus tupidos cabellos castaños, como si le consagrase su caballero.

Gerardo tomó sus manos, las besó en las palmas y, luego, sin pronunciar palabra, se levantó, dirigiéndose hacia la puerta. Al llegar a ella se volvió y miró a Catalina en pie, junto al fuego, en el oscuro salón con paneles de roble, sólo iluminado por la velada luz de una pequeña lámpara junto a la cama. Miraba y miraba, como si sus ojos hambrientos quisieran saciarse con aquella visión. ¡Le era tan grato contemplarla!

Luego, sin producir el menor ruido, dejó la habitación y bajó las escaleras, dirigiéndose al salón de fumar, tan silenciosamente como había venido.

Capítulo XIX

Transcurrieron varios meses. Llegó la Pascua antes de que Catalina hubiese vuelto a ver a Gerardo Strobridge. Éste se había ido a Egipto a mediados de enero, y lady Garribardine se fué a Londres unos días, antes de que él regresase, para despedir a sus nietos que marchaban. Catalina le echaba de menos, e inconscientemente su influencia era la que dirigía sus estudios. Recordaba frases aisladas que él usó en su conversación el día que estuvieron en la galería de pinturas. Gerardo había mostrado una inteligencia tan deliciosa como cultivada, y Catalina hubiera preferido que las cosas no hubiesen llegado con tanta rapidez a su punto culminante; lamentaba muchísimo haberle causado una tan gran aflicción y tomó la resolución de no desviarse nunca de su propósito de leal amistad, para que él no tuviese ulteriores motivos de sufrimiento. Gerardo no se había olvidado de los libros, y ahora tenía ella el orgullo de poseer varios volúmenes sobre el Renacimiento, entre los que estaban, naturalmente, las obras de Symonds y de Pater.

Estos libros abrieron perspectivas nuevas a su espíritu, y cuando viniesen días en que estuviese menos atareada, daría unas vueltas por la galería de cuadros, para contemplar una y otra vez las obras de los maestros italianos y tratar de comprender a fondo el ambiente de los libros.

Lady Garribardine la vigilaba en silencio durante las primeras semanas que siguieron a la marcha de su sobrino, sin hacer nada para que su intimidad aumentase. Con su perspicaz inteligencia iba estudiando a Catalina para asegurarse de que no se había equivocado al juzgarla. Una criatura tan compleja poseía tal vez rasgos que inclinaban a lady Sara a no disminuir con ella su acostumbrada reserva; reserva que iba acompañada de aquella despótica benevolencia con que trataba a toda su servidumbre.

El gran suceso del día de Año Nuevo fué el advenimiento de la peluca gris que sentaba tan bien junto a los nevados cabellos de la Señora, que parecían ambas cosas haber nacido juntas. Con sus negros y chispeantes ojos y sus cejas de azabache parecía ahora una anciana lady extremadamente hermosa; y Catalina, que no la vió hasta por la tarde, cuando ambas quedaron solas, no pudo evitar que se le escapase un ¡ah! de admiración, casi imperceptible, al verla por vez primera. Se puso furiosa consigo misma y se mordió los labios, pero lady Garribardine sonrió.

—¿Tiene algo que decir, señorita Bush? Tenga la bondad de hablar.

Catalina se sonrojó un poco; comprendió que era uno de aquellos errores que rara vez cometía ya, pero tenía el hábito de ser franca y respondió con tranquilidad:

—Pensaba en que está usted muy hermosa; exactamente como el retrato de Nattier que hay en la galería.

—¿Cree usted, entonces, que resulto mejor con el cabello gris?

—¡Oh, sí!

—La del Nattier era una de mis antepasadas. Un enredo francés de uno de mis bisabuelos, que acabó, como por fortuna no suelen acabar estas cosas, en un matrimonio muy correcto, con la bendición de la iglesia... y con la oportuna muerte del marido, matado en duelo por otro hombre. Entonces un d'Estaire la trajo aquí, a Blissington, en donde vivió la pobrecita extraordinariamente aburrida y murió un año o dos después de haberle dado un heredero. Cuando yo era joven iba siempre a los bailes de trajes vestida como esa encantadora criatura... Me agrada que haya usted advertido todavía esa semejanza entre nosotras.

—Es bien patente.

—Sentí siempre una gran compasión hacia ella, transplantada desde Versalles, con todos los atractivos de la Corte, a este tranquilo *home* inglés. Joven, ¿no ha leído usted nunca las Cartas de lord Chesterfield a su hijo?

Catalina no las había leído.

—Pues haría bien en leerlas; hay una buena edición en la biblioteca. Son, como usted verá, una de las cosas más instructivas de la literatura inglesa. Si yo hubiera tenido un hijo se las habría hecho leer. Me he acordado ahora de ellas al pensar en esta bisabuela mía. Chesterfield cita siempre a los nobles franceses de su tiempo como el *non plus ultra* de la buena educación, y parece sugerir que los ingleses eran de ordinario unos patanes y unos brutos. Tengo la impresión de que aunque ella estuviese satisfecha de d'Estaire, no podría estarlo del resto de las gentes.

—Me gustaría ver Versalles—se aventuró a observar Catalina.

—Ya lo verá algún día. Puedo ir a París después de Pascuas... Necesito trajes.

Catalina sentía también esta necesidad. Era preciso reponer su guardarropa para la primavera, pero no había soñado en París.

Lo primero que hizo después de esta conversación, fué coger en la biblioteca las Cartas de lord Chesterfield; más tarde, al recordar su pasado, aparecía esta lectura como el segundo jalón en el camino de su perfeccionamiento. Devoró el libro y aprendió en él innumerables y provechosas lecciones para la vida en el mundo. La primera y la principal fué la del valor de unas buenas y graciosas maneras. Comenzaba ahora a advertir que las suyas eran demasiado hoscas y rudas, y pronto pudo notarse un marcado cambio en ellas. Acontecía esto en el tiempo en que Catalina estaba aún sometida a prueba, antes de alcanzar el favor de la Señora, pero no pasó desapercibido para la astuta lady, pues nada escapaba a su ojo de águila. Con frecuencia se sonreía interiormente, mientras contemplaba a hurtadillas a la muchacha.

De cuando en cuando, se iban por unos días a su casa de Londres; "de jira", como decía lady Sara, lo que significaba que llevaban sólo el ayuda de cámara, para la señora, y una doncella o dos para la casa. Catalina iba con ella casi siempre, y lady Garribardine la mandaba de compras, permitiéndole, si lo deseaba, que fuese a ver a su familia.

Pero ella no lo deseaba, y siempre se reunía con Matilde en algún establecimiento a tomar el té. El abismo que las separaba se agrandaba por momentos, y aunque Catalina se mostraba con ella cada vez más amable, Matilde le tenía más miedo cada día.

Comprendía que su hermana Catalina pertenecía ya de hecho a otra clase, a pesar de no haber nacido en ella, y que no se encontraba a gusto en su compañía. Tenía un aire cada vez más majestuoso y refinado, y Matilde se alegraba y, al mismo tiempo, se apesadumbraba con ello.

En una ocasión las acompañó Gladys.

—Supongo que Catalina se casará algún día con un *gentleman*—decía Matilde cuando regresaba a su casa de Villa Laburnum; —¿verdad que se diría que es una persona de clase superior, Glad?

—Es lo mismo que el grupo de damas elegantes que viene a casa de Er-

Biblioteca Nacional de España

mantine: habrá entre ellas alguna maritornes, pero nadie la conocería.

— Bien; yo espero que será feliz — suspiró Matilde en tono dudoso.

— Sí; lo será — replicó Gladys con cierta amargura. — Catalina no se meterá nunca en ningún enredo; es muy justa y puede mostrarse en extremo cariñosa, pero no pierde nunca de vista sus fines, ni le importa nada de nadie, sino llegar a lo que desea. Te lo digo de veras, Matilde: en otro tiempo la aborrecía, mas ahora no; la respeto porque es perfectamente sincera.

— Parece que habla de un modo diferente; ¿no lo has notado?

— Siempre habló así, pero ahora más que nunca; es como una de nuestras damas aristocráticas. Debió de aprender muchas cosas en aquellas clases nocturnas a que era tan aficionada.

Matilde movió la cabeza como apesadumbrada.

— Nunca se lo aprobé. ¡Tan feliz como hubiera sido ahora, en casa, si hubiese aceptado a Charlie Prodgers! ¡Todos lo seríamos, si no fuera por este desatino!

— Matilde, yo creo que lo que a ella le espera es mejor que eso.

— ¡Qué! ¡Pertenecer a la servidumbre de una gran dama! Yo hubiera preferido ser la señora de Prodgers, una señora por mí misma, y llevar mi propia casa. Mabel decía siempre que Catalina había nacido para esclava, y Mabel sabe bien lo que se dice... ¡La hija de la tía de su prima, que se casó con un señor que tenía muchos negocios en la City, fué presentada en la Corte!

Pero la señora de Bob Hartley no respondió más que con un suspiro.

Precisamente ahora, la vida comenzaba a mostrarse dura con ella. Sentía horribles molestias físicas y tenía que permanecer en pie todo el día y ocultar sus sensaciones, para guardar la apariencia de que allí no pasaba nada.

Catalina reflexionó profundamente sobre el aspecto moral de la situación, cuando se hubieron ido sus hermanas. ¡Qué martirio el de muchas mujeres, en la vida, y cuán odiosa injusticia la que se comete con ellas! Vió en este caso, con más claridad que nunca, cuán implacable se muestra con los débiles la Naturaleza.

Unas tres semanas antes de Pascua, lady Garribardine estaba sola en Blissington. Acostumbraba últimamente a llevar consigo a su secretaria en sus frecuentes visitas a los arrendatarios.

Se ponía en camino con un corto y tosco vestido, unas fuertes botas y un bastón, y se daba caminatas de varias millas, llevando una cesta con dulces y medicinas. Aquella gran dama, tan arrogante, tan afectuosa y tan imperiosa, era adorada por su gente.

En una de estas ocasiones se dirigían hacia el automóvil, que habían dejado en las afueras de la aldea y que tenía que llevarlas seis o siete millas hasta otra aldea de su extensa posesión.

Se mostró muy amable mientras caminaban.

— ¿Qué libros ha leído usted últimamente, joven? Si ha estudiado las cartas de Chesterfield creo poder afirmar que ha aprovechado usted la lectura. Sus maneras, en general, han mejorado mucho.

Catalina enrojeció de placer.

— Las he leído varias veces. Las encuentro más instructivas para mí que ningún otro libro.

— En los días de mi juventud era considerado altamente inmoral y pernicioso por la hipócrita gazmoñería de la época victoriana; y eso que todo el mundo sabía que los consejos de Chesterfield sobre todas las cuestiones eran los más delicados y los más sagaces que podían darse, pero la hipocresía había llegado a colosal altura, allá por el año sesenta y el setenta.

— Así lo creo.

— Hoy día, para desgracia suya, no leen ese libro ni una persona de cada diez mil. Si esos jóvenes de una gran belleza personal que ha producido el deporte y la buena alimentación, pudiesen llegar a comprender las ventajas de cultivar la gracia de las maneras, ¿no serían una especie de semidioses?

Catalina pensó en lord Algy, que quizá lo habría hecho así inconscientemente.

— La gente suele juzgar estos libros por la letra y no por el espíritu. Desde luego, hay que hacer concesiones a

las diferentes costumbres y hábitos de cada tiempo; pero el espíritu de aquellos consejos, adaptado a las necesidades modernas, convertiría a cualquier hombre o mujer en una persona eminente, si los siguiese con fe. Se los recomiendo a usted mucho, pues creo que se esfuerza seriamente en educarse a sí misma, señorita Bush.

— En efecto. Creo no pecar por exceso de confianza al suponer que, si uno sondea el sentido de las cosas y puede descubrir los propios defectos, aún aquellos que provienen del instinto, será posible conseguir a fuerza de voluntad lo que sólo una evolución de siglos realizaría como proceso natural. Las cartas de Chesterfield han fomentado en mí esta creencia.

— De seguro que es posible; pero la gente rara vez se atreve a afrontar la verdad, y jamás se preocupa de someter a examen sus propios instintos. Obraría como una persona mediocre y ciega, incapaz de conocer su estupidez, aquella que les enseñase una lección útil. El decidido esfuerzo de usted me interesa profundamente, joven.

Catalina desvió la cara, que estaba radiante de gratitud; ¡éste era un verdadero elogio!

— Haré lo posible para ser merecedora de las bondades que milady tiene conmigo.

— No; yo no soy buena, ni tengo inclinaciones humanitarias ni ultraístas. No me molestaría por usted ni cinco minutos, si no fuera tan inteligente como para que yo me sienta orgullosa de tenerla a mi lado.

— No sé cómo manifestar a usted mi gratitud por su amabilidad.

Volvióse lady Garribardine, la contempló un segundo y luego dijo lentamente:

— Voy a hacerle una pregunta que quizá no tengo derecho a hacer y cuya respuesta puede usted reservarse, si así lo prefiere..., pero durante estos meses supongo que habrá formado una opinión de mi integridad que le permita ser franca conmigo. Mi sobrino, Gerardo Strobridge, ¿le hizo a usted el amor de una manera violenta cuando pasó aquí las Navidades con nosotros? Me pareció entonces, y siguió pareciéndome después, que estaba considerablemente deprimido.

Catalina sintió una punzada dolorosa.

— El señor Strobridge mostraba por mí un interés que yo creí prudente no fomentar; sin embargo, ha sido muy amable conmigo, quedamos en buena amistad y me ha enviado algunos libros.

Durante un segundo lady Garribardine se sintió irritada. ¡Gerardo, su predilecto, en actitud suplicante ante una persona de la servidumbre de su casa! Mas al punto se impuso de nuevo su amplio espíritu de justicia; aquella muchacha era merecedora de los homenajes de un rey.

— Supongo que ha debido de ser para él un golpe extremadamente duro. Le tengo un gran afecto, como usted sabe. Confío en que, cuando vuelva, si es que puede usted ayudarle, procurará no lastimarle de nuevo.

— Yo no me propuse nunca lastimarle; siendo tan inteligente como es, me gustaba mucho conversar con él. Así, al principio, me sentía satisfecha de haber atraído su atención. Ahora comprendo que esto no estuvo bien hecho.

Lady Garribardine clavó su mirada escrutadora en su secretaria. Estaba asombrada ante la franqueza de su confesión; entre un millón de mujeres, ni una sola en la situación de Catalina la hubiera hecho.

— Entonces, ¿procuró usted deliberadamente atraerlo? — dijo con voz áspera.

— Sí; aquella tarde en que por primera vez habló conmigo, cuando escribimos a máquina varios documentos de una organización benéfica, tenía yo verdaderos deseos de aprender algo sobre literatura y sobre arte; antes de esto, jamás se había fijado él en mí.

— ¿Pero no previó que su actitud podía traer consecuencias funestas para él?

Lady Garribardine se extrañaba de no sentirse encolerizada.

— No; no pensé nunca en ello. Me pareció de alguna edad, ya hecho a la vida mundana y capaz de gobernarse por sí mismo; además estaba casado.

— Desde que Eva ofreció la manzana, ninguna de estas cosas han basta-

Biblioteca Nacional de España

do para salvar a un hombre. Me parece que debiera enfadarme mucho con usted, joven; pero quizá le haya sentado bien a Gerardo; necesitaba una sacudida que lo despertase. Es, como usted dice, muy inteligente. Sí; podría desempeñar cualquier tarea de un modo brillante, pero le falta perseverancia. Si se hubiera casado con una mujer como usted, habría hecho grandes cosas. El más precioso de los dones que Dios puede conceder a un hombre es un indomable propósito de "hacer". Temo que mi sobrino se deje arrastrar por la corriente y marche a la deriva.

La conversación se deslizó luego hacia otros temas; aquella anciana y orgullosa aristócrata comprendió de una vez para siempre que Catalina poseía un carácter y unas cualidades que despertaban afecto en su corazón; desde aquel día comenzó a tratarla como su igual y como compañera digna de su amistad, excepto cuando se encontraban en la relación de señora y secretaria, pues, en este caso, asumía siempre aquella original manera de mantener a distancia a las personas a quienes mandaba.

Catalina advirtió con placer esta novedad en la situación y apreció debidamente el delicado tributo rendido a su capacidad de hacerse cargo, y ni una sola vez se tomó el brazo si le daban la mano, mostrando con ello la considerable altura a que se había elevado sobre las gentes de su clase.

Y llegó la Pascua, y con ella gran número de invitados... y Gerardo Strobridge. A primera vista no parecía muy cambiado. Catalina le vió desde la ventana de la sala de estudio, a la caída de la tarde del jueves, cuando llegaban los huéspedes. Estaba paseando en la rosaleda con una hermosa dama de elevada estatura. El globo de fuego que se hundía en el horizonte levantaba una llamarada de reflejos al chocar sus rayos en la hilera de ventanas, divididas por pequeñas columnas, de la galería de pintura, y los macizos del jardín estaban cuajados de narcisos y jacintos. Levantó una vez la cabeza y Catalina vió claramente su rostro; entonces ella se colocó tras de la cortina, y la pareja siguió paseando.

Se alegraba de haberle visto, pero se preguntaba cuándo volvería a encontrarse con él. Ella no intervenía nunca en estas grandes reuniones con numerosos invitados, ni aun para servir el té cuando el reumatismo de la señora se recrudecía, según solía hacerlo en reuniones más familiares, como la de Navidad. De manera que, a menos que él buscase deliberadamente una ocasión propicia para verla era muy posible, casi seguro, que ni siquiera cruzasen la palabra.

A su natural interés se añadía esta incertidumbre, lo que la decidió a tomarse la molestia de acudir el domingo a la iglesia. Bajo la dirección de Gladys había quedado vestida de un modo sencillo y encantador, con un nuevo traje de sarga azul y un sombrero negro que le sentaba muy bien. Sin embargo, antes del sábado, que fué cuando por fin se encontraron, vió a Gerardo dos veces: una desde la galería, al salir ella del saloncito de lady Garribardine, mientras él conversaba con la misma hermosa dama en el *hall*, y otra desde su ventana, cuando paseaba a solas en la rosaleda.

Catalina estaba familiarizada con los nombres y los caracteres de todos los huéspedes, aunque no hubiese escrito sus invitaciones y leído sus respuestas. ¿No había llenado ella las tarjetas, colocadas sobre las puertas de cada dormitorio, así como las que indicaban los respectivos lugares en la mesa? En la noche del sábado recibió el aviso de que escribiese dos más, y llegóse en seguida a Bronson para una nueva disposición de la mesa, pues a última hora vendrían dos caballeros, oficiales de la Guardia acuartelados en Windsor.

Salía del comedor e iba por el pasillo que conducía a su escalera y también al salón de fumar, cuando de este último salió Gerardo, que se encontró con ella al pie de las escaleras.

Tendiéndole las manos con amistosa cordialidad, exclamó alegremente:

—¡Al fin puedo saludarla! No he subido a vestirme con toda intención, pues la he visto atravesar el pasillo y he pensado que volvería usted. ¡Cuánto me alegro de volver a verla!

Contestó ella a tono con su saludo y

hubiera seguido adelante si él no obstruyese el camino.

—Creí que habíamos quedado amigos —dijo en aire de reproche— y me acoge usted mal, y quiere marcharse en seguida.

—No; es que se le va a hacer tarde.

—¡Me importa poco! ¿A qué hora podré verla mañana, Catalina?

Sus ojos expresaban el deseo que sentía; notaba el sutil refinamiento que había alcanzado en aquellos pocos meses. El interés que ella le inspiraba no disminuyó, según ahora advertía, aunque se había esforzado en destruirlo radicalmente.

—No puedo decirlo... En la iglesia, quizá.

—¡No es sitio muy cómodo! ¿Podría subir a sus habitaciones media hora antes del almuerzo?

—Sí; si le es a usted posible... Recuerde que confío en que no cometerá ninguna indiscreción.

—Se lo prometo. Si lo prefiere pediré permiso a mi tía.

—Haga usted lo que crea más conveniente; pero ahora tengo que irme. ¡Buenas noches!

Gerardo Strobridge le besó la mano; sus labios quemaban. Luego se quedó contemplándola según se alejaba por las escaleras sin volver la cabeza. Le acometió una súbita angustia. ¡Qué pocas esperanzas podía forjarse! Hubiera sido preferible no haber confiado en el dominio de sí mismo, y haberse mantenido alejado.

Aquel domingo Gerardo no fué a la iglesia. Catalina no se explicaba su ausencia, mientras caminaba a solas a través del parque. En el campo, lady Garribardine esperaba de sus huéspedes una gran religiosidad. Una fina brisa de primavera había sonrosado las mejillas de Catalina antes de que llegase a la sala de estudio, en la que encontró al señor Strobridge sentado en su butaca favorita, leyendo un libro.

Se levantó rápidamente cuando entró Catalina, mas no le tendió la mano.

—Creí que, después de obtenido su permiso, podría entrar en su habitación; por esto me he acomodado aquí, esperándola, y aquí seguiré hasta que me eche.

—Muy bien; esto último sucederá a la una menos diez..., ya que a la una menos cinco viene Tomás a poner la mesa para mi almuerzo.

—Tenemos pues media hora justa. ¡Catalina, permítame que la contemple!

Y ahora la tomó de ambas manos y la colocó frente a la luz.

—¡Está usted mucho más hermosa, y ¡ay! mucho más atrayente que nunca!

—Si sigue hablando así, podrá continuar aquí, pero le dejaré solo.

—No; seré razonable. Cuéntemelo todo: lo que ha hecho, lo que ha leído, lo que ha pensado desde que marché.

—He seguido con mi trabajo, he leído todos los libros que usted me dió, y muchos otros, y he pensado con frecuencia en la vida.

—¿Y, seguramente, nunca en mí?

—Sí; usted es una parte de mi vida, mi único amigo.

Gerardo dió un paso hacia adelante.

—¡Queri...!—Pero se contuvo sin concluir la palabra, y dijo:—¡Ah, me es muy grato el oírlo! Y ahora me gustaría saber qué es lo que usted piensa de Symonds, y de Pater y de todos los demás. Supongo que tendrá muchas cosas que discutir conmigo.

Catalina comenzó por despojarse del sombrero y del abrigo, y los colocó sobre el gran sofá; nunca se miraba al espejo ni se alisaba el cabello. Era, inconscientemente, como un muchacho.

Gerardo la contempló y de pronto miró a lo lejos; de nuevo surgía en él el insano deseo de estrecharla en sus brazos. Se esforzó en dominarse, y pasaron el tiempo restante en una conversación amistosa, durante la cual asumió el papel del severo preceptor que examina a una discípula aplicada después de un trabajo de vacaciones realizado en su ausencia.

Catalina estaba encantada, y al llegar la una menos diez sintió el deseo de que no se marchara.

—He tenido un gran placer en charlar con usted; estoy muy contenta de que haya regresado—pero no le tendió la mano que él hubiera estrechado de nuevo con la alegría de oír sus palabras.—No son deseables muchos apretones de manos si hemos de seguir siendo

Biblioteca Nacional de España

amigos — continuó diciendo ella al observar su intención.

— ¿Cuándo podré volver de nuevo?

— Usted lo verá.

— ¿Después del té, hasta que suba Marta, al oscurecer, a correr las cortinas?

— Sí, quizá.

Y, con esto, salió satisfecho.

Pero cuando hubo salido, Catalina Bush, junto a la ventana, movió la cabeza lentamente, llena de perplejidad.

—Esto le lastimará; y ¿qué dirá milady? Puede pensar que yo no desempeño mi papel.

Entonces recordó el consejo de lord Chesterfield en una de sus máximas:

"Cuando un hombre de buen sentido se encuentra en la desagradable situación del que se ve obligado una y otra vez a preguntarse: ¿Qué haré yo?, debe responderse: Nada. Cuando su razón no le señale un buen camino, o por lo menos un camino menos malo que otro, deberá contenerse y esperar nuevas luces."

Capítulo XX

Catalina Bush consideró siempre esta Pascua como el tercer jalón en su camino de perfección.

Sucedió que una de las invitadas deseaba ensayar unas nuevas canciones que iba a cantar en la noche del domingo, y en lugar del agradable anochecer que Gerardo Strobridge pensaba haber gozado con Catalina a solas, se vió obligado por su tía a conducir a aquella dama a la sala de estudio, después del té, y a rogar a la señorita Bush que la acompañase al piano.

Catalina había continuado practicando sus antiguas dotes de lectora de música todas las noches en que se quedaba sola, llegando a poseer gran habilidad. Lady Garribardine lo sabía, pues en diversas ocasiones rogó a su secretaria que tocase para ella sola, en su saloncito, cuando no había visitantes y sufría de su reuma.

Catalina fué presentada por el señor Strobridge a la recién llegada, que resultó ser la hermosa dama que paseaba con él en la rosaleda; ambas se entendieron muy bien. Era la primera vez que Catalina conversaba en plano de igualdad con un miembro de la aristocracia, que no fuese su Señora.

La visitante era encantadora; insistió en que a la noche, en el salón, la acompañase nuevamente al piano.

¡Una nueva ocasión para lucir el traje negro y una nueva oportunidad, que no debía desperdiciar, para observar cómo se conducían las gentes cultivadas! Así que llegó la noche, Catalina se ataviò lo mejor posible, y estaba esperando modestamente junto al piano cuando entraron las señoras en el salón. Colocada de aquel modo no llamó la atención hasta que alguna de las señoras necesitó tocar. La invitada a quien había acompañado se mostró de nuevo muy amable con ella, y algunas otras personas intervinieron en la conversación que ambas sostuvieron acerca de las canciones.

Algo había en el tipo de Catalina que retenía la atención y no podía pasar inadvertido a cualquiera que se aproximase lo bastante para poder observar de cerca los detalles de sus hermosos cabellos de color pardusco, en los que no había el menor matiz dorado, sino que siempre producían una irisación gris, y su maravilloso cutis tan pálido y sus cejas negras, que daban a sus extraños ojos la intensa y misteriosa sombra que tan vivo interés despertaba.

Gerardo, que cuando entraron los caballeros se acercó al grupo del piano, la contemplaba en silencio. Ella se había estudiado mucho hasta lograr un aire de distinción; y Gerardo, cuyo amor no llegaba a cegar sus descontentadizas facultades críticas, observó que había mejorado de una manera efectiva, en este aspecto, desde aquella noche de Navidad en que por última vez la vió en traje de sociedad. No miraba tampoco con aquella hosquedad de antes, y respondía con soltura y facilidad cuando le preguntaban, no monosilábicamente como en sus tiempos primeros.

Un político de edad madura conversaba con ella. Parecía encantado de su conversación, y con un gesto le indicó que debía sentarse junto a él, cuando

BIBLIOTECA NACIONAL

hubiesen terminado los cantos y estuviese ya a punto de abandonar el salón.

Catalina dudaba si debía o no permanecer allí, pero llegó en aquel momento lady Garribardine y casualmente dijo:

— No se retire aún, señorita Bush; quizá vuelvan a cantar más tarde; espere aquí, charlando con sir John.

Catalina, invitada así, obedeció muy complacida y empleó su inteligencia en ser agradable y simpática. Gerardo continuaba contemplándola, y se sentía orgulloso de ella.

— Su secretaria tiene un gran éxito esta noche, ¿verdad, Sara? — dijo a su tía.

— Sí; y lo merece. Muchachas como ella no hay más que una en cada millar. He de animar a sir John para que se interese por ella; está suspirando por una esposa, tiene una renta decente, de diecisiete mil libras, y muy pocos ataques de gota. Catalina podría manejarlo de una manera admirable, y sería de gran utilidad para su partido. ¡Ella no permitirá nunca que su corazón obstruya el camino de sus ambiciones!

— ¡Haría un esposo ideal! — dijo en tono burlón el señor Strobridge. — En este caso, un amante sería de inmediata necesidad. ¡Sara, utilice usted todos sus recursos para apresurar la boda!

Lady Garribardine le lanzó una de sus sagaces miradas y luego dijo:

— Ven a desayunar conmigo, en mi saloncito, mañana por la mañana. Charlaremos de esto — y se sonrió ligeramente.

Cuando Catalina se sentó junto a su chimenea, una hora después, se puso a examinar todos los detalles de los últimos cinco meses de su vida y a registrar las novedades introducidas en el transcurso de ellos.

¡Había ganado inmensamente! Dejó de ser una vulgar taqui-mecanógrafa, en casa de "Liv" y "Dev", para convertirse en un habitante del palacio de *Berkeley Square*, y de aquí llegó a ser la pasión de Gerardo Strobridge y la predilecta compañera de lady Garribardine en Blissington. Y ahora había pasado la noche casi como una de sus iguales y oyendo a una veintena de personas eminentes charlar con toda confianza y ante ella de las cosas del gran mundo, de política y de modas; y no llegó a sentirse descentrada en tal sociedad, que no estaba compuesta, como bien pronto advirtió, de aquellas gentes locas y alegres de la reunión de Navidad, sino que había en ella varios políticos distinguidos, uno o dos diplomáticos y un embajador extranjero.

Era delicioso comprobar el contraste, y placentero evocar el recuerdo de *Bindon's Green*. Se sonrió sin la menor amargura al rememorar el baño, y el incidente de las ostras y otras varias cosas de la época de lord Algy ¡Y cómo se sentía admirada, en su interior, de aquellas majestuosas habitaciones que vió en el Gran Hotel Terminus!; sus ojos y su gusto estaban entonces tan deplorablemente ineducados, que, a pesar de sus múltiples paseos por los museos, no era capaz de advertir sus lamentables deficiencias en ambos aspectos. ¡Oh!, ¡qué inconmensurable distancia la separaba de su personalidad de aquellos días! Era tarea muy digna de elogio la realizada en sólo cinco meses. Pero reconoció mejor que nunca, por las conversaciones oídas aquella noche, que era todavía muy ignorante, y que, para adquirir el refinamiento y la confianza que la capacitasen para desplegar toda la fuerza de su inteligencia, necesitaba un constante trato con aquellas gentes.

¡Con qué rapidez, con qué agilidad encontraban respuesta los más sutiles rasgos de ingenio! ¡Y de qué manera tan fácil y tan perfecta! Se sabía capaz de dominar su rostro y sus maneras para aparecer dueña de sí misma, pero quizá no lo lograba aún de un modo completo, salvo con Gerardo Strobridge; pero en el caso de este amigo, que a la vez que su maestro literario era su rendido adorador..., la situación se presentaba distinta.

Debía ahora enderezar sus esfuerzos a ser agradable a las señoras y a evitar en absoluto el conversar con ningún hombre interesante, hasta haber alcanzado un lugar tan seguro, que resultase invulnerable a los celos de su propio sexo. Había observado que lady Elton, a quien acompañó en sus cantos, mostraba una marcada inclinación hacia el señor Strobridge; Catalina sabía que tal inclinación no sería correspondida, pero

Biblioteca Nacional de España

su observación la obligaba a mostrarse particularmente cuidadosa.

Otra dama que también habló con ella fué la señora Bosanquet, de unos cincuenta años, bastante interesante y muy inteligente. Catalina había advertido, con atención suma, la manera que tenía de dirigir la conversación en el grupo en que estaba. En conjunto, todas aquellas damas eran más distinguidas y de maneras más refinadas que las que asistieron a los cuadros plásticos. Le pareció colegir de sus observaciones que se consideraban a sí mismas como aparte de las otras, y en realidad se reían de ellas muy bondadosamente. Parecía haber grupos dentro de otros grupos, y aquel era la esencia de la *crème de la crème*.

Catalina se preguntaba cuánto tiempo habría de pasar antes de que se le presentase un objetivo definido; pero, esto, sólo el destino podría decidirlo, y sólo aquellos que se han hecho diestros en aprovecharse de las ocasiones que el destino les depare pueden tener la esperanza de triunfar en una tarea tan dificultosa como la que había emprendido; con todos los prejuicios de clase y de sexo que contra ella se levantarían, no debía derrochar el tiempo en relaciones inconvenientes.

Se preguntó si aprobaría lady Garribardine su conducta.

El anciano caballero con quien habló en la reunión se mostró inteligente y aparatoso, pero Catalina había gozado en la discusión. Se acordó de las cartas de Chesterfield; ¡cuánta utilidad le reportaron y de cuántos ocultos peligros la habían librado! Su propósito inmediato, por ahora, debía ser introducirse en el salón tan frecuentemente como se le permitiese. Se resolvió a hacer de esto permiso el mayor uso posible, y si fuese necesario soportaría a algún majadero, para que su señora viese que su servicio era de positiva utilidad.

Al fin se retiró al lecho contenta de la noche que había pasado.

Cuando a la mañana siguiente llegó el señor Strobridge al saloncito de su tía, la encontró con un gorro y un encantador *negligé*, sirviéndose el café.

— No he podido esperarte más, Gerardo — le dijo. — Siéntate pronto. No hay más que dos platos, aparte del jamón y los huevos: pollo en salsa y unos lenguados endiablados. Ahí lo tienes todo, en la mesa, al alcance de la mano.

Hablaron de varias cosas, pero especialmente de los invitados.

—Me podrías contar ahora, Gerardo, qué es lo que ha pasado con Lão. ¿Saliste del trance con dignidad o con las manos en la cabeza?

— Por fortuna, ella cree que me echó. Beatriz me prestó una ayuda inapreciable. — El señor Strobridge puso un poco de *chutney* (1) en su salsa. — Lão y yo somos excelentes amigos. Se figura que he combatido fuertemente mis inclinaciones y que he hecho una noble conquista... marchándome voluntariamente a Egipto. Ahora está muy divertida con un joven húsar destinado en la India, que se encuentra aquí gozando de licencia. Debe de ser más vieja de lo que uno cree. — Su tía rió muy divertida.

— Ciertamente, este es un mal síntoma. Aunque Lão no es aún vieja; tendrá entre veintiocho y cuarenta y cinco. Estamos lo mismo durante años y años, y de repente empezamos a vernos ridículas. Gerardo, creo que, de todos modos, a mi me has evitado el aparecer ridícula. Mi nueva peluca me ofrece una perspectiva más elegante.

— Está usted muy bella ahora, Sara.

— Mi peluca dorada era ya una costumbre. Ha sido una fuente de satisfacción para mí el ver cómo tomaban mis amigos esta innovación... ¡Hasta la señorita Bush lanzó una débil exclamación cuando me vió por vez primera!

— Y eso que de ordinario se domina muy bien.

— Gerardo, esta muchacha es una maravilla. ¿Tienes algo que decirme acerca de ella?

— Nada, salvo que estoy de acuerdo con usted en que es la criatura mejor dotada de inteligencia que he encontrado en mi vida.

—Mi querido sobrino, ¿estás enamorado de ella?

— Sí; extraordinariamente.

— ¿Hasta el punto de ser desgraciado?

(1) Condimento usado en la India y compuesto de mango, ají (pimiento) o cápsico y jugo de limón.

— Ese punto no lo he analizado; pero estoy muy expuesto a serlo, pues ella no se cuida en absoluto de mí.

— ¿Te quemastes los dedos aquel día, en la galería de pintura? Te lo permití porque tuve compasión de ti.

— Pero el fuego ardía ya de tiempo atrás... Creo que fué preferible que salieran fuera las llamas. Ahora intento que nos entendamos como buenos amigos. Quiero ayudar a Catalina, Sara. Admiro el valor de ella y su profunda cordura. Desea francamente cultivar su espíritu y educarse en todos los aspectos. Es mucho lo que ha cambiado desde Navidad acá. Sea usted buena con ella, y permítala bajar al salón alguna vez, como anoche.

— Eso pienso hacer. — Lady Garribardine le ayudó por sí misma a servirse la miel. — La llevaré conmigo a París la semana próxima, y cuando estemos en Londres... Porque aquí sería más difícil.

— Sara, formalmente, ¿me da usted permiso para enseñarle algunas cosas?

Lady Garribardine reía a borbotones.

— Depende todo de las cosas que le quieras enseñar. ¿A enamorarse de tí, de un hombre casado? ¡Ciertamente que no! ¿A perfeccionar su propia inteligencia? ¡Quizá!

— Es, ¡ay!, para esto último, querida tía mía, pero — y al decir esto vibraba su voz con inusitado sentimiento — he de confesar a usted, con franqueza, que yo no creía que el caso fuese tan desesperado y que no habría de lograr nunca que se interesase por mí. Pienso que lo arrostraría todo, hasta su cólera, por intentar conquistarla.

— Como qué, ¿como tu amante? — dijo con acritud.

El señor Strobridge se encogió de hombros.

— Me casaría con ella de buena gana, si Beatriz quisiera divorciarse. Podría arreglarse así el asunto.

— Sí; Beatriz es una excelente criatura, como te he dicho muchas veces; pero, puesto que la señorita Bush no siente nada por ti, harás bien en quedarte junto a Beatriz, que te ha ofrecido excelentes ocasiones. Acuérdate de Lão.

Luego, como viera el aspecto de dolor y de fatiga de aquel rostro que le era tan querido, se levantó e hizo lo que quizá no había hecho desde hacía diez años: rodeó con su brazo el cuello de Gerardo y le atrajo contra su pecho.

— Querido mío — murmuró suavemente; — no puedo sufrir que nadie te lastime. Pensaremos lo que se haya de hacer para que no tengas que padecer más.

Gerardo se sintió conmovido y confortado por su cariñoso afecto.

— Permítame usted verla de cuando en cuando, tranquilamente y sin subterfugios, para que pueda ayudarla en su educación, y luego, en el otoño aprovecharé aquel ofrecimiento para marcharme a Teherán. Sara, ¿se acuerda de la tarde en que escribió a máquina aquellos papeles de beneficiencia, cuando subí después a tomar el té con usted? Me decía usted que estaba deprimido y contesté que era el presentimiento de acontecimientos futuros. ¡Cuán cierto ha sido!; y eso que era la primera vez que me daba cuenta de su existencia. Poco antes había usted observado que tenía miedo de que algún día me enamorase profundamente.

Lady Garribardine se inclinó y le besó en la frente.

— ¡Ay! — dijo; — tú eres demasiado delicado para ir dando tumbos desde Alicia Southerwoods a Lão; estabas condenado a ello por tu temperamento. Deseo vivamente que puedas casarte con esta muchacha y que tengas unos niñitos espléndidos, para que yo los adopte y les pueda legar algún dinero.

— Yo no sabría pedir cosa mejor al destino — y sus ojos brillaban de alegría ante esta idea.

Su tía se sentó de nuevo y comenzó a mondar una manzana.

— Entonces, ¿no tienes nada que objetar a una relación tan ruín con una persona de mi servidumbre? ¿No te parecería una cosa burguesa?

— De ningún modo.

— ¡Gerardo, el mundo entero está cargado de ficciones! ¡Y esta cosa ridícula que llaman matrimonio! ¡Qué problema tan oscuro! Un matrimonio conveniente es la felicidad perfecta; las obligaciones son alegrías y placeres. Pero matrimonios así no se dan más que una vez cada cien años; todos los demás son,

Biblioteca Nacional de España

en distinta medida, fuente de irritación y de aburrimiento. Me estremezco cuando veo a las gentes ante el altar, jurándose amor eterno; las nueve décimas partes ni piensan siquiera en el sentido de la promesa que hacen, y muchos de ellos llegan al altar persiguiendo fines que nada tienen que ver con el amor a la persona a quien van a unirse. ¡Es trágico!

El señor Strobridge asintió.

— Estoy convencida — continuó lady Garribardine, apasionándose con el tema — de que se evitarían muchas desgracias si no se hiciesen juramentos de ninguna clase, sino que el párroco se limitase a juntarles las manos, rezase una plegaria para ellos y pudieran marcharse los dos adonde quisieran, y asunto terminado. Verdaderamente, creo que el actual quebrantamiento de la fidelidad prometida obra de alguna oculta y misteriosa manera y acarrea como castigo la desventura de los que faltan a su juramento.

— ¡Qué idea tan perturbadora!

— Sí, porque realmente no es la infidelidad lo que puede ser pecado, que al cabo somos humanos; lo que acarrea el desastre es el faltar a la palabra dada.

— Creo que está usted en lo cierto; todo ello es infernal, pero necesitamos alguna especie de unión reconocida por el Estado, o en otro caso vendría el caos.

— Sin duda alguna; tal como es hoy el matrimonio me parece que no hay más que tres caminos para conservarlo: primero — dijo, cogiéndose un dedo: — llegar a aquel superior estado de bondad en el que se es feliz manteniendo una promesa aun en contra de la propia inclinación; segundo: tener decentemente un cónyuge legal, al que se presenta con propiedad ante el mundo, y luego, si fuese necesario, queridas y amantes según los casos; y tercero: que el Estado permita al hombre tener varias esposas, y a la mujer, si lo desea, cambiar de esposos.

El señor Strobridge alargó la taza, para servirse más café.

— La mayor parte de nosotros no estamos para ser incluídos en la primera solución; la tercera sería impracticable, Sara; así que no veo otro camino que el segundo: es el único posible para casi todos los pobres diablos que vivimos en sociedad.

— Es probable. En ese caso, hay que tomarse el trabajo de evitar que los que siguen el primer camino vean ultrajados sus sentimientos. Nadie debiera mostrar en público un mal ejemplo. El hecho de que la fantasía se descarríe no se podrá evitar mientras la naturaleza humana no cambie, eventualidad que es poco probable, y así lo mejor que podemos hacer es ocultar la conducta irregular bajo una capa de virtuosa hipocresía. Ello ayudará a muchas gentes buenas y débiles a conducirse según el patrón común, pero alguna cosa errónea debe de haber en la organización actual, para que nos veamos obligados a hacer esto.

— Indudablemente. Sin embargo, es así como se han organizado todas las sociedades un poco refinadas, desde los comienzos de la civilización, y así continuará mientras haya dos sexos en el mundo. Mas todo esto de nada sirve en el caso actual, pues estoy enamorado locamente de una mujer que no podré conseguir ni como esposa ni como amante. Sólo se me ha dejado la fría solución de la amistad.

— ¡Tate!; media rebanada es mejor que no tener pan.

— ¿Cree usted que se casará con sir John? — dijo con tono esperanzado.

— ¿Por qué no? Aunque no creo que él sea digno de ella. Para mí, Catalina es un carácter maravilloso, y quizá pudiéramos encontrarle algún joven de buena presencia.

El señor Strobridge dió un salto. Esta idea era completamente intolerable para él.

— ¡Qué espantoso!, Sara; ¡quién podrá ser esa criatura a quien ha de adorar esta mujer!

— ¿Por qué dices eso?

— ...Porque...

— ¡Entrégate a la amistad, querido mío! ¡Si ella te ha dicho una vez que no, el papel de amante no será para ti, sea el que fuere su futuro esposo!

Capítulo XXI

Pasó el tiempo. Durante un año continuó Catalina Bush su gradual pero inequívoco avance. Llegaron para ella, naturalmente, momentos de depresión y descorazonamiento, pero su voluntad de hierro le permitió sobreponerse a ellos. Todo marchaba bien por algún tiempo; luego surgía un obstáculo difícil de vencer y que durante una o dos semanas frustraba sus proyectos; al fin lo superaba, y seguía marchando hacia adelante.

Su manera de tratar a Gerardo era magistral. No le permitió nunca que traspasara los límites de la amistad y gradualmente llegó a abrigar hacia ella un respeto y una adoración profundos que trascendían a su vida entera. Le estimulaba en su carrera, a la vez que recibía de él todo el pulimento que su cultivado espíritu podía prestarle. Lady Garribardine contemplaba el curso de los acontecimientos, con ojo prudente y experimentado, interviniendo, sin embargo, en ellos, si lo juzgaba necesario. Si el dominio que Catalina ejercía sobre su sobrino redundaba en su provecho, no debía permitir que los prejuicios de clase se interpusiesen en el camino de su simpatía. El mundo, para Sara Garribardine, estaba poblado de gentes tan necias, que aunque fuesen grandes los deseos que tenían de alcanzar un determinado fin eran lo bastante estúpidas para no ver que sus actos y procedimientos — inspirados casi siempre en la vanidad personal — conspiraban contra la consecución de sus propósitos, y continuaban su desatinado camino sorprendiéndose a cada paso de su falta de éxito.

La cualidad que más profundamente llegó a interesarle en su secretaria fué su capacidad de razonamiento y de análisis. Catalina era, para ella, perpetua materia de estudio; tanto más, cuanto que estaba tan apartada de aquel mundo de necios.

La visita a París fué una gran experiencia para Catalina. Dedicóse a estudiarlo históricamente, y no como lo había tomado antes: como fondo de un sueño de amor. Al llegar a la estación del Norte, brotó de nuevo en ella el violento deseo de lord Algy, extraña y súbita reaparición de la pasión a la que parecía sujeta en forma periódica. En estos momentos, si el destino le ofreciese de nuevo a Algy, la tentación de aceptarlo sería demasiado fuerte para poder resistirla. Pero después se alegraba siempre de que eso no ocurriese, y el tiempo se encargaba de hacerle asumir su habitual ecuanimidad.

Cuando por primera vez atravesaron los Campos Elíseos, se sintió dominada por una extraña emoción de temor. ¿Y si aquel episodio del *Palatial Hotel* pudiera algún día alzarse como un espectro y destruir el edificio de sus ambiciones? Cuanto más conocía el gran mundo, tanto mejor comprobaba que el romper de aquel modo con los convencionalismos, el dejar tan francamente de lado todas las normas conocidas de moralidad, nunca sería perdonado si se descubriese. Incidentes de esta especie ocurren todos los días, pero deben siempre mantenerse en riguroso secreto. Comprendía, cada vez más claro, que era una falta merecedora de mayor castigo el mantener un criterio heterodoxo y obrar honradamente conforme a él, que el tener un concepto ortodoxo y estricto de la virtud, y eludir a cada paso el obrar conforme a la conciencia, por una secreta tolerancia.

Un día surgió por casualidad este tema en su conversación con la señora.

— Joven, debe usted pensar siempre, en primer término, en el bien de la comunidad — había dicho lady Garribardine. — Si quiere producir algún beneficio a la humanidad no debe ocuparse demasiado del individuo. Para el bien de la comunidad es necesario mantener un cierto nivel de conducta, y las gentes dotadas de sensibilidad sabrán ya disculpar a los transgresores, si consideran las flaquezas de la naturaleza humana. La Naturaleza dice una cosa; y la civilización y la moralidad ortodoxa, otra; lógicamente, deben mantenerse en eterno conflicto, y la única ocasión que a las almas se ofrece de cumplir con la moralidad ortodoxa está en ayudarse de

Biblioteca Nacional de España

la hipocresía para ocultar los malos ejemplos que se dan cuando la Naturaleza hace irrupción y gana la partida. Y si alguien no quiere conformarse a estas reglas prácticas, será más prudente, y menos dañoso para sí mismo y para sus prójimos, el que se vaya a vivir entre los salvajes. Soy partidaria de la *tenue*, de que se sepan guardar las formas con elegancia, y también de que las almas se eleven a la mayor altura posible; pero cuando no sea así, que quede por lo menos la decencia y el buen gusto.

—Comprendido — respondió Catalina. — En esto como en todo debe uno mirar al fin.

—¡Eso es! — exclamó la señora. — Esta facultad es la quinta esencia del estadista y del hombre verdaderamente sabio; una facultad que no vemos desplegar nunca a un gobierno radical.

Había ya comenzado en Londres la *season*, y así se le ofreció a Catalina ocasión de asomarse a la vida de sociedad; y, a medida que sus ojos se abrían y su aguda comprensión se desarrollaba, pudo aprender muchas lecciones útiles.

Algunos sábados por la tarde visitaba los museos en compañía de Gerardo Strobridge, con intenso agrado por parte de Catalina, y con amargo placer por parte de él; así que llegó el tiempo de las jiras a Blissington, de sábado a lunes, lady Garribardine encontró a su secretaria de inapreciable utilidad para entretener a las gentes molestas.

Y, en otoño, cuando el alma dolorida y la pasión contrariada de Gerardo buscaron alivio huyendo a aquella misión de Teherán, Catalina era ya una institución, a la hora del té, y había adquirido el arte de la conversación en tal grado que hubiera complacido al mismo Chesterfield.

El inmediato objetivo que se había propuesto era hacerse agradable a las demás mujeres. ¿Qué utilidad le reportaría el pequeño placer de satisfacer su vanidad con el incienso de los caballeros? Debía esperar hasta que apareciese en escena un hombre que pudiera ser su objetivo definitivo; entonces podría perseguir su anhelo sin tropezar con la oposición femenina.

Muchas cosas aprendió de su señora: tolerancia, la bondad nacida del corazón, el desprecio supremo hacia todos los hechos vergonzosos, y la necesidad de una hipocresía moral que, aunque parezca paradójico, comenzaba a considerar como una eficaz ayuda para la consecución de un ideal social completo. Su ingenio se hizo más penetrante, se desarrolló su inteligencia, su cultura aumentaba y sus maneras llegaron a ser de una gracia y un refinamiento exquisitos; cuando llegaron las segundas Navidades y empezó el Año Nuevo de 1913, nadie hubiera podido descubrir en ella la más leve huella de *Bindon's Green*, o de la baja clase media de que procedía.

Lady Garribardine había aumentado su salario, y algunos cheques de importancia fueron a parar a la pobre Gladys, cuyo bebé nació muerto, con gran desconsuelo de Matilde.

— Siempre pasa lo mismo — decía a Catalina un domingo, mientras paseaban por el parque; — era sietemesino y Glad no se ha cuidado como debía.

La desgraciada esposa estaba firmemente decidida a marchar a América.

— Bastante infierno ha sido el nuestro durante estos meses, Bob — dijo a su esposo cuando ya se encontraba mejor; — quiero hacer como Catalina y abrirme camino por mí misma. Estoy aburrida de tus refunfuños y de tu rudeza para conmigo. El escaso amor que te tenía ha desaparecido ya. No tenemos hijos; no hay nada que nos obligue a permanecer uncidos como una pareja de bestias; quiero buscar mi fortuna.

Roberto Hartley hizo constar sus derechos de marido, aunque no los utilizó. Gladys recibió de su hermana dinero para poder hacer el viaje, y una calurosa recomendación de *madame* Ermantine, y a principios de otoño se embarcó para Nueva York, donde encontró inmediatamente un empleo lucrativo.

De manera que la familia de *Bindon's Green* quedó reducida a Matilde, Ethel y los dos muchachos, y aún sufrió una nueva disminución en el Año Nuevo, pues el joven Federico Bush se casó con la gentil Mabel Cawber y se retiraron a vivir en un hotelito de su propiedad.

El día de la boda fué de un purísimo placer para Matilde. Catalina pudo excusarse de asistir, y la fiesta no se vió nublada por aquella coerción que su presencia — no deseada por ella — ejercía siempre en sus parientes. Se encontraban todos francamente molestos cuando venía, más que ella entre ellos. Se daban cuenta, aunque vaga, de que eran más insignificantes a sus propios ojos, así que estaban en su compañía, y de que los separaba ahora un abismo infranqueable. No tenían nada de qué quejarse. Catalina no se daba importancia con ellos, ni se mostraba arrogante, ni les hablaba por encima del hombro, pero un algo sutil los apartaba, y todos se sentían contentos de su al parecer forzada ausencia. Todos, excepto la novia, que lamentaba que la pobre secretaria, su cuñada, no recibiese el castigo de ser testigo de su triunfo.

¿Para qué llevaba cuatro damas de honor vestidas de seda rosa con bandas azules, y dos pajes que sujetaban la cola? ¡Pajes con trajes "Renacimiento"! Así describían a lady Agatha Tollington en el "*Flare*"; ¿por qué no había de ir ella así? ¡"Renacimiento"! No sabía lo que significaba tal palabra, pero sonaba deliciosamente y parecía muy adecuada para designar aquella indumentaria pintoresca que se anunciaba como una reproducción del inmortal "Bubbles" de Millais, y que había adquirido en un bazar local, para adornar a los dos relamidos infantes que llevarían — muy avergonzados, por cierto — — el vestido de raso barato e imitación de encajes que pendía de las angulosas espaldas de la señorita Cawber.

¡Si Catalina hubiera visto todo esto! La señorita Cawber pensaba que ya se le hubieran bajado los humos a aquella alocada criatura.

Pero Catalina no pudo verlo y, cuando Matilde le relataba todas estas magnificencias, cometió la torpeza de preguntar por qué Mabel había consentido en llevar un traje de cola.

— Las damas de honor, era natural — dijo, — si deseabais tener alegría y diversión para todos, pero la esposa de Federico, que no ha de ir nunca a la Corte, ¿para qué pajes y cola?

—¡Oh, sí! — replicó Matilde enojada; — ¿pero quién sabe tal cosa en *Bindon's Green*? Esto ha hecho de su casa una casa muy distinguida. La chica de Perkins y la madre y las primas de Bob Hartley estaban muertas de envidia, y Fred más contento que unas Pascuas de tener tan pasmosa concurrencia cuando atravesaron la nave.

— Me alegro mucho, sí, de que hayáis sido todos muy felices — dijo amablemente Catalina.

¡Qué suerte, pensaba después de dejar a su hermana en Stanhope Gate, que sus ambiciones sean tan fáciles de satisfacer! Qué suerte, también, que sólo tuviese que contar, para sus futuras relaciones con su familia, con el afecto de Matilde, y que ésta pudiera en fecha no distante ser también novia, la novia de Charlie Prodgers, el antiguo admirador de Catalina; mientras que Ethel anunciaba su intención de seguir el ejemplo de Gladys y emigrar a América en cuanto cumpliese los diez y siete años, en la primavera.

Así, pues, sus visitas a *Bindon's Green* no eran muy deseadas por los habitantes de Villa Laburnum y ahora por los del Talbot Lodge, donde Federico Bush y su flamante señora se habían instalado. Catalina creyó que podía alejarse de ellos sin lastimar sus sentimientos, antes bien con mutua satisfacción.

Y llegó a su fin el invierno de 1912 y vino la primavera de 1913, y con ella Gerardo Strobridge.

Estaba muy quemado del sol y parecía más resignado en su primera visita a Blissington, acompañado de lady Garribardine.

Catalina se hallaba sirviendo el té — su ocupación diaria ahora — cuando llegó él, y todo su cuerpo se estremeció de alegría. ¿Advertiría algún cambio en ella? ¿Estaría satisfecho de su progreso? Él era su amigo, su auxiliar en la literatura, y ni por sus palabras ni por su aspecto hubiera podido advertir Catalina que sintiese otra cosa que un platónico afecto hacia ella.

Pero Gerardo se sentía de nuevo atraído por la joven, tras de cada una de sus ausencias, y la observaba cada vez que volvía.

— Está usted cada día más hermosa,

Biblioteca Nacional de España

Catalina—dijo así que encontró una ocasión para charlar un momento aparte.
— Es usted la cosa más maravillosa del mundo. Creí que al volver la encontraría menos atrayente, y la encuentro tan fascinadora como siempre... y aún más. ¡Oh! ¿No se interesará usted nunca por mí?

— Nunca.

— Es admirable que yo la siga amando tan locamente, ya que es usted para mí fría como el hielo, sin ablandarse jamás. Creo que me vería usted en el potro del tormento y no movería un dedo por mí..., si ello servía a sus fines.

— Es muy probable — mas sonrió con dulzura, y entonces él preguntó anhelosamente:

— ¿De verdad, Catalina?

— ¿Pero no acabará de comprenderlo después de habérselo dicho cientos y cientos de veces? Me he marcado en la vida un camino que pienso seguir, y aunque le amase sojuzgaría mis sentimientos, puesto que el tolerarlos equivaldría a hacer fracasar mis proyectos, aparte de que ambos quedaríamos en descrédito ante la conciencia pública. Es realmente fastidioso el tener que comenzar a explicar de nuevo nuestras respectivas posiciones cada vez que usted regresa. Como amigo estoy encantada de usted, me agradan nuestras conversaciones, nuestras discusiones y controversias. He intentado por todos los medios perfeccionarme bajo la dirección de usted; pero si se muestra débil y alberga otros sentimientos distintos.. será usted mismo el que se ponga en el potro del tormento... y no habrá modo de que yo le ayude. Aunque le vea sufrir, yo no puedo torcer mi camino.

— ¡Cómo podrá adorar un hombre a una persona tan lógica!

— No lo sé; lo que sé es que nunca admitiré que tenga para mí otros sentimientos que los que yo tengo hacia usted: una cálida amistad. Me conduciré siempre como si no fuese más que mi amigo, y sólo consideraré mis propias acciones en cuanto puedan afectarle desde este punto de vista. Si se siente lastimado, será por su propia culpa; yo no puedo ser responsable de su dolor.

Gerardo cerró los puños con repentina violencia.

— ¿Y si me negase a sufrir esto, si rompiese nuestra amistad y no volviese a hablarla nunca? Entonces, ¿qué?

— Tiene perfecto derecho a hacerlo, si quiere. Le perdería, pero lo comprendería.

Gerardo lanzó un debil gemido.

— Bien; no tengo fuerza bastante para librarme de su influencia. Creo siempre que lo he conseguido cuando me voy a otros países y me recreo gozando del placer que su inteligencia me proporciona. Regreso completamente resignado, pero en cuanto la veo a usted por primera vez, y contemplo esos labios tan rojos y también tan implacables, y ese blanco cutis, enloquezco una vez más, y ya no pienso en si tiene inteligencia o no, y me abruma el deseo de estrecharla entre mis brazos.

Catalina lanzó una exclamación de fatiga.

— ¡Oh!, es fastidioso que siempre que usted regresa se repitan estas escenas; lo estropea todo con ellas. Me obliga a ser cruel. ¿Por qué no se resigna a esta situación?

— Porque usted es una mujer y yo soy un hombre — exclamó con los ojos brillantes de pasión; — todo el resto de mis sentimientos es una cosa ficticia, y esto es lo único real y tangible. Tener y poseer, abrazar, y besar y estrechar a la persona amada contra el propio corazón. Catalina, me está usted haciendo padecer los tormentos de un condenado.

— No; es usted mismo el que se los produce, lo cual es muy diferente. Si fuera yo quien se los produjera me sentiría tan implacable y tan mala como dice usted que son mis labios.

En este punto lady Beatriz les interrumpió con su vocecita lenta y quejumbrosa.

— Gerardo, ¿a que no te imaginas lo que pasa? Tía Sara acaba de recibir una carta de Tom Hawthorne, en el correo de la noche, anunciando que Lão se ha casado tranquilamente con aquel joven húsar, en París, y que se van a Montecarlo a pasar la luna de miel. ¡Pobrecitos! ¿No es una cosa trágica para los dos?

Lady Garribardine se agregó al grupo, con la carta en la mano.

— ¡Lão ha sido siempre una loca, pero si tuviera siquiera el sentido común de un conejo, no hubiera hecho esto!

— Están enamorados con locura, querida Sara — afirmó sentimentalmente la anciana Gwendoline d'Estaire.

— ¡Bah, bah! — dijo lady Garribardine lanzando un bufido. — Lão tiene cuarenta y dos años, y el muchacho tan sólo veintiseis; dieciseis años de diferencia. Una diferencia insignificante en tanto que él continúe enamorado, pero que es una amenaza, que ni el espíritu más fuerte podrá combatir, en cuanto esa criatura se convierta en su esposo. Se pondrán en seguida en una situación ridícula. Esto quiere decir que esta mujer tendrá no sólo que combatir la vejez, como tenemos que hacerlo todas, sino que habrá de vigilar cualquier signo de debilitamiento de su juventud, temblando ante cada nueva arruga, siempre acosada por la ansiedad, hasta perder todos los encantos que hayan podido alucinar a ese pobre muchacho haciéndole caer en sus redes.

— Pero quizá Lão ha pensado... que era ya una cosa tan pública...

— ¿Y que era necesario que acabase en una segunda boda? ¡Qué ridícula estupidez, Gwendoline! No pertenecemos a la burguesía... Hay una epidemia de viudas ricas que precipitan en el matrimonio a jóvenes sin dinero. Si es que ellas quieren divertirse, no tenemos nada que objetar, pero estas respetables uniones ofenden en seguida la sensibilidad de las gentes, por su evidente desproporción. La mujer pierde su prestigio; casi estoy por decir que pierde su categoría social. El hombre, o está muerto de vergüenza o se hace intolerablemente insolente; y, si se fijan ustedes en ello, ambos quedan fuera y por debajo de la buena sociedad.

— ¡Qué cuadro tan terrible! — murmuró con triste voz lady Beatriz. — Pensar que, después de presumir durante años de estar saturada de sentimientos, y de feminidad y de no sé qué cosas tremendas, había de sucumbir así...! Es un final cruel! ¿No te conmueve, Gerardo?

El señor Strobridge alzó las cejas con un gesto extravagante.

— Completamente conmovido. Quedo en absoluto vengado de su indiferencia para conmigo.

— Sin embargo, ¿no es posible que sean felices? — murmuró Catalina en medio del coro de comentarios que la noticia había provocado.

— Hay a su favor cien probabilidades contra una, durante los primeros meses; luego, uno u otro han de sufrir; es casi seguro que ambos. ¡Oh, ese intolerable lazo del matrimonio...! Naturalmente, a menos que...

Catalina se encogió de hombros.

— Sí, lo supongo; a menos que uno estuviese seguro de las razones que ha tenido para casarse, después de haberlas pesado y de haberse preguntado si valía o no la pena de continuar.

— ¿Y por qué razones se casaría usted?

— Sólo en el caso de que me produjese satisfacción.

— ¿Y qué es la satisfacción?: no más que la obtención de lo que el corazón desea.

— Yo no me casaría sino cuando lograse lo que desea mi corazón — y se dibujó en su boca aquella sonrisa enigmática que siempre despertaba la curiosidad de Gerardo Strobridge. Durante aquellas conversaciones no había podido nunca imaginar de un modo completo lo que se ocultaba en aquella inteligente cabeza.

— No pensemos en ello; hablemos de otra cosa...; de los libros que usted haya leído, de algo en que yo pueda ayudarla.

— Hay una cosa que me gustaría mucho hacer, aunque no sé cómo se puede conseguir. La semana pasada, milady me autorizó para ir con la señorita Arabella D'Estaire a ver la Cámara de los Comunes. Ahora me gustaría mucho ver la Cámara de los Lores y presenciar un debate antes de las vacaciones de Pascua. Quisiera conocer la política.

— No será muy difícil. Pediré una autorización en la conserjería. La semana próxima irá, según creo, mi tía a Londres, y podremos oír alguna co-

Biblioteca Nacional de España

sa. Celebraré mucho poder satisfacer sus deseos, Catalina.

— Tendremos que pedir permiso primero a lady Garribardine.

— Es usted modelo de circunspección.

Abandonaron los invitados las mesas del té, y la señorita Bush volvió a su retiro, mientras Gerardo Strobridge subía al saloncito de su tía.

Charlaron de muchas cosas y al fin dijo la dama:

— Gerardo, comprendo mejor que nunca tu pasión por mi secretaria. No encuentro ridícula tu fidelidad; es una de las criaturas más fascinadoras que he conocido, una verdadera obra maestra de ecuanimidad y de buen sentido, que llegará a ocupar una posición muy alta. ¡Recuerda mis palabras, muchacho!

— Me atrevo a confesar que eso no me interesa. Estoy aún horriblemente enamorado. Creí que Teherán embotaría el doloroso recuerdo, pero no lo ha hecho.

Lady Garribardine suspiró mientras arreglaba un almohadón.

— Me asusta el pensar que un día se me acercará y me dirá con una completa honradez que ha aprendido ya a mi lado todo lo que de mí podía aprender, y que va a empezar alguna nueva tarea.

— No será tan desagradecida.

— No sería ingratitud; ella trabaja por dinero, no por amor. Sería una parte de su plan en la vida. El sentimentalismo no entra en cuenta; esto es lo que la hace tan interesante y tan inapreciable.

— Pero yo sé, Sara, que le tiene a usted un profundo afecto; me lo ha dicho muchas veces. Es usted su modelo para todo bello rasgo, y ejemplo de sus puntos de vista.

— Sí; creo que esta muchacha me tiene afecto. Es de esperar que esté contenta aquí; a decir verdad, me parece que no sabría arreglármelas sin ella. Le he hecho bajar un ratito al salón en cada reunión, durante el invierno. Se traga, materialmente, a las personas fastidiosas, y pone de buen humor a los que están un poco chiflados. Todas las mujeres están encantadas de ella. Esto demuestra, por su parte, habilidad para lograr tal éxito, ¿verdad?

— ¡Exito! Al fin, no la ha casado usted con sir John mientras he estado fuera. Cuando marché en octubre, temí que llegara usted a hacerlo.

— Sir John lo deseaba; no necesitaba sino una insinuación por mi parte, para haber mostrado todo el ardor de un joven enamorado. Hasta escribía versos... Así toman las cosas los políticos de cierta edad. Se imaginaba uno una boda discreta, y yo, para estos meses, la inevitable canastilla preparatoria. Mas la señorita Bush no ha querido ninguna de estas cosas. Así que abordé esta cuestión se quedó mirándome cara a cara y me dijo, con todo respeto pero con una altivez digna de un d'Estaire, que sus propósitos eran otros y que, si bien agradecía vivamente mi amabilidad, debía declinar aquel honor. ¡Fué una cosa muy divertida!

— Pues entonces el peligro subsiste. Precisamente acaba de decirme que no piensa casarse sino cuando pueda satisfacer los deseos de su corazón. Pero sólo Dios sabe, o quizá el diablo, cuáles puedan ser éstos.

Lady Garribardine le miró, con sagacidad, durante un segundo; mas no dijo nada, y el señor Strobridge continuó:

— Por cierto, que me ha rogado que la acompañe, con Arabella, a presenciar un debate en la Cámara de los Lores; ¿le parece a usted bien?

— Naturalmente.

Si no hubiese estado tan preocupado con sus propios pensamientos hubiera observado el tono de su tía, pero estaba distraído, con la mirada fija en la ventana, y ni siquiera vió el rostro de lady Sara, con su sagaz e inquisitiva expresión.

—Me parece que se interesa mucho por la política. Está muy enterada de eso... y está muy enterada de todo. Casi diré que lo mismo podría abrir un bazar que pronunciar un discurso, y aun lo haría mejor que yo. Veré de concederle permiso el próximo jueves por la tarde, cuando se halle en su apogeo el debate sobre la ley de propiedad de la tierra. Combínalo para ese día.

— Lo haré. Sara, es lamentable lo

de la pobre Lão. Más joven o más vieja, no importaría ya tanto; pero ¡a los cuarenta y dos! ¡Dios mío! La única cosa que tenía la pobre, su belleza, ya no habrá modo de contemplarla dentro de uno o dos años. La mentalidad de las mujeres está fuera del alcance de mi comprensión, y su conducta me resulta enteramente inexplicable.

— No del todo, mi querido Gerardo. Son tan claras como la luz, pero un hombre cualquiera puede ser engañado por la más necia de las mujeres. Todas ellas responden a su tipo y a su sexo. Lão tiene la mentalidad de su tipo, ya que parece una gallina de Guinea, educada en condiciones artificiales que han alterado, si bien no han sofocado, el más fuerte instinto de las gallinas de Guinea: el de una prolífica reproducción. Aparece en Lão, no el deseo de tener una numerosa familia, sino el intenso placer de atraer al macho, *pas pour le bon motif, bien entendu!*, sino por variar. Y así llega a enamorarse a una edad loca, y siendo su emoción una cosa natural, por el momento, el instinto gobierna su conducta y puede sacudirse los efectos de las condiciones artificiales. De aquí la pasión por el anillo de boda, los votos, el macho en la jaula... todos los inconscientes preparativos para una familia — que es, de hecho, lo que menos deseará — y, por último, el perder de vista todo sentido de proporción.

El señor Strobridge se reía complacidamente.

— ¡Debía usted escribir una "Guía para el conocimiento de las mujeres". Sara, que podría ilustrar a sus amigos!

Su tía sonrió mostrando todos sus dientes, blancos, fuertes y bien conservados.

— Me gustaría hacerlo, pero ninguno de ellos volvería a dirigirme la palabra. Me arrancarían mi nuevo tupé gris y mis bucles de nieve, y me denunciarían como una embustera, porque les diría lo que más profundamente les disgusta: la verdad.

— Sí; una mujer adorable y que sea bien femenina aborrece la verdad, ¿no es cierto? Mis mayores éxitos los he logrado siempre retorciendo los hechos, para que se adaptaran a sus puntos de vista personales. Catalina Bush y usted misma, mi querida tía, son los dos únicos ejemplares de su sexo con quienes un hombre no necesita humor y puede mostrar sinceramente su espíritu.

Y dicho esto besó su regordeta mano y abandonó la habitación, encaminándose a la suya, situada bajo la galería, a fin de vestirse para la cena.

Mientras su doncella manipulaba para arreglarle el cabello, lady Garribardine estaba preocupada por una idea.

¿Qué significaba este deseo de su secretaria de ver la Cámara de los Lores?

Vermondsay... Hankhurst... Upper... Harringway. — Fué recordando la larga lista de lores que frecuentaban Blissington y *Berkeley Square*, pero al fin sacudió la cabeza. — No; ninguno de estos. Entonces, ¿quién... y para qué?

Catalina Bush no respondía al tipo de la gallina de Guinea. Y a propósito: ¿a qué tipo pertenecería? A un tipo complicado, a una mezcla difícil de analizar; esta nueva iniciativa, ¿sería una manifestación del sexo... o del tipo?

El tiempo lo aclararía, hasta entonces la solución estaba en las manos del destino. Y, en todo caso, la comida no debía demorarse, y la señora de la casa tenía que ser puntual.

Capítulo XXII

Siempre le había impresionado a Catalina el aspecto exterior del Parlamento, tan majestuoso y tan inglés, y cuando, acompañada de la anciana Arabella d'Estaire y de Gerardo, atravesaba los pasillos de la Cámara de los Lores y llegó al gran salón abovedado, y luego a la reducida tribuna desde la cual podía presenciar el debate, su corazón palpitaba con inusitada rapidez.

Biblioteca Nacional de España

Fueron a sentarse hacia el lado izquierdo de la tribuna, desde donde se veían, frente a frente, los bancos de la oposición.

Cuando entraron empezaba a hablar un miembro del Gobierno, y Catalina tuvo tiempo para mirar a su alrededor. ¡Qué tipos tan dignos de estudio! ¡Qué tranquila atmósfera y qué contraste con las escenas de que había sido testigo en la Cámara de los Comunes! Allí encontró una baraúnda de voces cólericas y de emociones desatadas. Pero, aquí, si algo sentían las gentes no se mostraba a la superficie. Catalina se apoyó sobre uno de los tallados buitres que adornan el antepecho que separa la tribuna del sagrado suelo de la Cámara misma. Desde allí su mirada fué posándose en todos los rostros que tenía enfrente. Reconoció a varios — a muchos, en realidad — a quienes había visto en Londres o en Blissington, pero ¿quiénes serían aquellos otros, algunos de los cuales tenían un aspecto tan poco aristocrático?

Examinó luego los bancos ministeriales, y se hizo algunas reflexiones, mientras oía a medias la sarta de párrafos, un tanto defectuosos, que iba lanzando un caballero de aspecto refinadísimo y muy bien conservado, que parecía escasamente interesado en el tema y casi avergonzado de hablar desde aquel lado de la Cámara.

Luego, por el fondo del salón, junto al trono, entraron dos recién llegados, uno de los cuales fué a sentarse al frente de los bancos de la oposición.

Al principio los ojos de Catalina siguieron al más joven de los dos, que se había dirigido hacia el otro extremo del salón, de suerte que no llegó a darse cuenta de la personalidad del primero hasta que, acabado el discurso del Ministro, se levantó y colocó unos papeles sobre una mesita que tenía delante, provocando un súbito despertar del interés en la asamblea.

Era de alta estatura, de arrogante aspecto, erguido y delgado; todo en él provocaba la extraña sugestión de una edad pasada desde el corte de los cabellos hasta la forma de la levita. Los tupidos rizos de su cabellera de un gris de acero, peinados hacia atrás, parecían ser un poco más largos que los de los jóvenes. Tenía ojos grandes y profundos, probablemente, pensaba Catalina, de un azul oscuro, y una nariz de marcada forma aguileña. Perfectamente rasurado el rostro, salvo unas cortas patillas. Y todo esto, junto con algunas otras particularidades de su pechera, de la levita que llevaba, y de su corbatín de raso negro, hacían de él un ejemplar de una generación diferente, de un siglo distinto, se decía Catalina.

¿Quién sería?

Le recordaba algún retrato que ella había visto. Buscó en su memoria por un minuto. Sí; era un cierto grabado colgado en un pasillo de Blissington, que representaba al Duque de Wellington, de perfil, en traje de etiqueta, con la cinta de la Orden de la Jarretera cruzándole el pecho. Este caballero tenía algo de aquella personalidad.

Su aspecto todo era insólito; casi alarmante, de suerte que cualquier otro que hubiese pretendido tener el mismo aire hubiera resultado o vulgarmente dramático o por completo grotesco, pero en este hombre hasta la indumentaria pasada de moda parecía añadirle una extraordinaria distinción. Pensó Catalina que si tuviera que trazar el prototipo de un aristócrata del partido *Tory* de cien años atrás, este hombre sería un perfecto modelo.

El lord comenzó su discurso.

Entre todas las voces que había oído tras la mampara de vidrio, en casa de "Liv" y "Dev", o las que escuchaba en su posición presente, ninguna le pareció tan ultra-refinada como aquella entonación perfectamente modulada que ahora resonaba en la Cámara.

Elegía sus palabras con discreción y con gracia, y parecía dueño de un vocabulario poco común. Había pensado hasta entonces que las sentencias y citas de Gerardo Strobridge estaban bien elegidas y mostraban gran cultura, pero parecían demasiado modernas y casi familiares si se las comparaba con el verbo elegante que fluía de aquella boca de tan perfecto modelado.

El porte de aquel *gentleman* expresaba dignidad, intenso orgullo y una

perfecta conciencia de sí mismo. Accionaba muy poco, y tenía una de sus manos con el pulgar descansando en uno de los botones de su ceñida levita, de modo que Catalina podía ver claramente aquella mano cuya forma correspondía al resto de su figura. En el dedo meñique debía de llevar una gran esmeralda tallada, o alguna piedra verde en un anillo, que durante un segundo lanzó un breve destello.

¿Por qué razón un personaje tan distinguido no había concurrido nunca a *Berkeley Square* o a Blissington?

Pertenecía al partido político de la Señora y debía de ser persona de importancia, pues ocupaba lugar tan eminente. Comenzó en aquel punto a atender a sus palabras, y advirtió que en una frase hablaba de su "larga ausencia de la Cámara de los Lores", de lo que dedujo que debía haber estado por algún tiempo fuera de Inglaterra.

Catalina se sentía fascinada por el discurso, lleno de ingenio y de una exquisita ironía. Así serían, pensó, los discursos de Chesterfield, siglo y medio atrás, en aquella misma Cámara de los Lores.

¿Qué edad tendría? ¿Cincuenta? No era fácil decirlo.

Súbitamente se sintió dominada por un profundo interés hacia él, y volviéndose hacia el señor Strobridge, que estaba a su lado, murmuró:

— ¿Quién es este hombre que habla ahora? Me gustaría mucho conocerlo.

— El duque de Mordryn. ¿Verdad que es todo un tipo? El último verdadero *Tory* que queda en estos tiempos.

Recordó después Catalina las cartas que había dirigido a su nombre, escritas de su puño y letra por lady Garribardine y que solían ir al correo con todas las otras, aunque siempre dirigidas al extranjero desde que estaba al servicio de su señora. Recordó, además, haber oído hablar de que el Duque estaba en un sitio u otro, y más tarde que volvía camino de su *home*, pero acerca de todo ello ninguna cosa la había interesado particularmente, salvo el nombre "Mordryn" que le parecía un nombre perfecto.

Comenzó a recopilar todos los datos que recordaba sobre él (en casa de "Liv" y "Dev", se había visto obligada a informarse de múltiples detalles referentes a todos los duques): sus otros títulos, los títulos de cortesía de su hijo, los nombres de familia. Mecánicamente evocó el recuerdo de la lista: de Mordryn, marqués de Valfreyne, conde de Riveaulx y un gran número de baronías; que el nombre de familia era Monluce y el principal entre sus varios palacios el de Valfreyne, en Dorsetshire. Recordó también que la Duquesa había muerto hacía menos de dos años.

Entonces todo su interés se concentró en el hombre y estuvo escuchándole, suspenso el aliento, hasta que se hubo sentado; y uno o dos minutos después, cuando el orador creyó que podía esparcir la vista a su alrededor, su mirada se encontró con la de Catalina, la cual pudo advertir que aquellos ojos eran, en efecto, de un azul obscuro y que se habían detenido en ella para contemplarla.

Catalina no desvió su mirada; estaba fascinada, y lentamente fué surgiendo en ella esta idea.

— He aquí lo que el destino me depara... — Y durante unos segundos le acometió una sensación de abatimiento y un frío mortal tan grande como su emoción.

¡Al fin se le revelaba el hasta entonces desconocido objetivo de todos sus esfuerzos! ¡La posición de esposa de este hombre sería, por su prestigio y por su influencia, la más elevada que podía conquistarse en Inglaterra! ¡Y ella la conquistaría!

Ya no vió ni escuchó nada de lo que pasó después de esto, sino lo que hablaba y decía el Duque, hasta que, aburrida ya la señorita Arabella d'Estaire, salieron, apresurando la salida Catalina que había visto que su Gracia se levantaba y se dirigía hacia afuera. Se detuvieron un segundo, junto al lugar donde se dejan los sombreros, y el Duque pudo entonces estrechar con cordialidad la mano del señor Strobridge y de la señorita d'Estaire.

— Celebro mucho verle, Gerardo — dijo; — es grato encontrarse uno de nuevo en su casa — y, después de un galante saludo a la señorita d'Estaire,

Biblioteca Nacional de España

absorto y pausado quedóse mirando a Catalina, que permanecía modestamente en pie, presentando un atractivo conjunto con su traje y su sombrero gris. La joven cuidaba ahora mucho de su abundante cabello, peinado como para señalar la finura de líneas de su cabeza, y cada parte de su indumentaria parecía elegida para mostrar una discreta distinción. Durante muchos meses su sagaz inteligencia se había ejercitado en hacer resaltar sus atractivos, habiendo logrado maravillosos resultados.

—La señorita Bush..., el duque de Mordryn—se vió obligado a decir el señor Strobridge. Catalina hizo una cortesía y esperó a ver si el Duque hablaba. Lo hizo al fin, con aquel aire de altivez, a la par que de graciosa cortesía, que mostraba con todas las mujeres.

—Ha venido usted a oír un debate que es muy fútil, en esta Cámara mutilada. Espero que no se habrá aburrido.

—Me ha interesado mucho—y le miró derechamente a los ojos, como solía hacer cuando deseaba llamar la atención de alguien.

Mientras Gerardo Strobridge la contemplaba, sintió de pronto una punzada de temor. No quiso analizar sus pensamientos, limitándose a indicar que debían marchar.

El Duque, entretanto, no había salido incólume de la magnética mirada de Catalina; sentía una chispa de interés, por lo que la conversación continuó durante un minuto, hasta que se juzgó obligado a satisfacer el patente deseo que Gerardo tenía de marcharse.

—Diga usted a milady que iré almorzar mañana. Crucé anoche el Canal, y no he tenido tiempo aún de contestar a su billete de invitación. Supongo que se encontrará bien, y que la prisa y el estruendo modernos no habrán aminorado su encantador ingenio.

Cuando se encontraron en la calle, Catalina advirtió en el señor Strobridge la torva expresión del hombre que busca ansiosamente una pista. Siguió a las dos damas, hasta el taxi, sin pronunciar palabra, y habló muy poco mientras acompañaban a la señorita d'Estaire a su pisito de Knightsbridge.

—Estaría bien que despidiésemos el coche; podríamos ir a pie cruzando el Parque — sugirió al reunirse con Catalina, después de dejar a la señorita Arabella en la puerta. Y ella sonsintió.

Corría una brisa ligera y fresca, y comenzaba a oscurecer. Eran las seis menos cuarto.

Se dirigieron hacia Stanhope Gate y caminaron en silencio. El señor Strobridge se detuvo de pronto, y llevó a Catalina ante una silla.

—Catalina — dijo con voz ronca; — ¿es éste?

—¿Qué quiere decir? — preguntó para asegurarse.

—¿Es el Duque su objetivo?

Ella no respondió. Estaba pesando las cosas. Le sería necesaria la ayuda de Gerardo para realizar el plan que había forjado en su cabeza desde que salieron del Parlamento. Era rápida para decidir y rápida también para obrar en los momentos críticos de su vida.

—¿Cree usted tener algún derecho para hacerme tal pregunta?

—Sí.

—¿Qué derecho?

—La amo a usted.

Ella se encogió de hombros.

—No; eso no lo admitiré nunca.

—Pues es demasiado cierto. ¡Oh, Catalina, no hay nada que yo no haga por usted!; ya lo sabe, pero yo no puedo ayudarla estando seguro de que a mí me espera un suplicio. Lo temí en seguida, en cuanto le miró a los ojos. Así pues, ¿ha llegado al fin mi sentencia de muerte?

—Quiere lisonjearme. Parece como si creyese usted que el asunto está por completo en mis manos.

—Usted conseguirá todo lo que desee.

Ella no respondió:

—Catalina — suplicó, con voz angustiosa, — dígame la verdad, tenga o no derecho a preguntársela. Se le ha ocurrido la idea de que esta posición valía la pena de ser conquistada; ¿no es cierto?

—Sí.

—Mordryn tiene cincuenta y tres años, y con sus cincuenta y tres las mujeres le adoran... Probablemente se enamorará usted también de él.

—Es posible.

—¿Y qué puede usted esperar de mí, sino que quede apesadumbrado?

—Le he dicho siempre que yo no le considero más que como un amigo, y que sus sentimientos los tomo como sentimientos de amistad; así pues, desde mi punto de vista, tal idea no debe producirle dolor.

—Lo produce.

—Pues lo siento.

—¿Pero no cambiará usted de propósito?

—No.

—A veces comprendo que un hombre mate a una mujer — dijo cruzando las manos con los dedos crispados.

—También yo lo comprendo... cuando ella le engañe, pero no porque ella sea honrada y constante. Yo no le he engañado nunca, ni le he dejado la esperanza de cosa alguna que no sea la amistad..., que usted tiene de una manera plena y que me ha prometido cien veces. Si intenta usted ser mi amigo voy a pedirle ahora una prueba.

—¿Qué prueba?

—Deseo encontrarme con el Duque, pero no como la secretaria de lady Garribardine, naturalmente, lo que suscitaría en él demasiados prejuicios. Deseo encontrarme una noche cenando con él, como invitada. Deseo charlar con él y ver por mí misma si me agrada, y si es tan maravilloso como parece. Sólo usted podría arreglar un asunto así. ¿No sería posible que le invitase a cenar, invitándonos también a la señorita Arabella, o a la señorita de Gwendoline d'Estaire, y a mí?

Gerardo estaba asombrado, subyugado por aquella franqueza ejemplar. No, ella no le había engañado nunca; lo comprendía ahora, como comprendía también que su propia voluntad no se hubiera impuesto nunca sobre la de Catalina. Sabía que él era impotente como inductor de sus planes; todo lo que podía hacer para conservar el favor de Catalina era secundar sus proyectos.

El rostro de ella, pálido como un lirio en la creciente oscuridad, estaba tranquilo, impasible y hermoso. Nunca la había deseado más vivamente, pero el fastidio que sentía en aquel momento, junto con su capacidad para apreciar de modo sabio los hechos, aunque fuesen contra sus propios intereses, le permitieron recobrar su dominio y le ayudaron mucho en esta ocasión. Era un carácter tan maravilloso el de Catalina, que se veía forzado a ayudarla, aun a costa de su propio dolor.

—Creo que podrá hacerse. Mañana marcha Beatriz a Allerton, hasta pasadas las Pascuas. Podríamos arreglarlo para la noche del viernes, si el Duque dispone de tiempo... Estará muy ocupado estos días, mas si se le invita pronto, quizá podamos contar con él. — Luego, reflexionó un momento. — Sí; tengo una nueva colección de miniaturas que compré por casualidad la semana pasada, en una almoneda. Podremos atraerle con el pretexto de que me dé su opinión sobre si son o no realmente de Cosway. Ya ve usted a qué estado de abyecta esclavitud me ha reducido.

—No, yo no; además, lo que usted hace es sólo portarse como un amigo leal.

—Esta noche, en la cena, preguntaré a mi tía si puedo invitar a usted. Tengo algunos engorrosos amigos "rurales" que vendrán esa noche, y mi tía la autorizará para que acuda a hacer los honores. ¡Se le atribuye a usted un talento extraordinario en la tarea de entretener a las gentes fastidiosas!

No podía por menos de expresar, en el tono de su voz, la amargura que sentía. Catalina le miró con aire de reproche.

—Creí que sabría usted comprenderme y que podría ser amable.

Gerardo supo responder, al momento, en la forma que de él esperaba Catalina.

—Querida mía, lo haré; ya lo sabe usted. Le demostraré que soy, de verdad, su más devoto amigo. ¿Quedará contenta?

Catalina estimó interiormente su sacrificio, y le miró con dulzura.

Gerardo tenía una macilenta expresión de ansiedad; una expresión que hubiera sorprendido a las muchas mujeres a quienes amó y a quienes había dirigido sus fáciles sonrisas.

—Sí; eso me satisfará — dijo ella

Biblioteca Nacional de España

dulcemente. — Y ahora háble me de él. Recuerdo haber leído en los periódicos, hace algún tiempo, que la Duquesa había muerto.

— Ha tenido una vida terrible. La Duquesa estaba loca. Era una Thorvil, prima de mi esposa, y empezó a trastornarse poco después de haberse casado, hace unos veintiocho años. Durante más de quince años llevó una vida bastante extraña, pero no estaba aún tan mala como para recluírla. Naturalmente, no le era posible al Duque tener amigos y distraerse y gozar de su elevada posición. Al fin se volvió loca por completo y tuvieron que aislarla; y, al mismo tiempo, Adeliza, único fruto del matrimonio, comenzó también a mostrar síntomas de degeneración, y el Duque veía con horror repetirse de nuevo la misma desventura. La Duquesa murió hace unos dos años, y afortunadamente Adeliza murió también, de escarlatina, poco antes de que fuese usted a casa de mi tía. Después Mordryn emprendió un largo viaje alrededor del mundo, como para romper con su pasado y olvidar; desde entonces ha estado fuera hasta la otra noche.

— ¡Pobre hombre! ¿Así, pues, su gran posición no le ha proporcionado grandes satisfacciones?

— En Inglaterra, al menos, no, si bien hay que suponer que alguna clase de consuelo habrá encontrado durante todos estos años. Iba con frecuencia a París, y ha sido siempre un hombre de extremada simpatía, pero es un gran *gentleman* y no se sabe de él ningún escándalo.

— Y ahora han desaparecido ya de su vida todas esas tétricas sombras y es libre — dijo con un suspiro Catalina.

— Sí; es libre — confirmó Gerardo en triste tono. — Es el amigo más íntimo de mi tía; podrá usted verlo constantemente en Blissington.

— En donde yo soy la secretaria... Sí. ¡Ah, si usted supiera cuán vivamente ansío ser yo misma, sin tener que conducirme con la docilidad del que sirve a otro! No sabe cuánto he de agradecerle el que me proporcione una noche de felicidad.

Se sintió conmovido; tan insólito era en Catalina el que se dejase vencer de la emoción, que lo consideró como una recompensa por sus propios sufrimientos.

— Catalina, querida mía, le brindaré una oportunidad lo más magnífica que pueda — y se inclinó hacia adelante, cogiendo su mano. — Usted sabrá ocupar dignamente cualquier posición en el mundo, pero si Mordryn no fuera, como lo es, un carácter espléndido, no la ayudaría a encontrarse con él. Mas es uno de los caracteres más bellos del mundo; y yo he de esforzarme, se lo prometo, he de esforzarme para que ni la envidia ni los celos se interpongan en su camino.

— En medio de todo, es usted una persona digna de estimación — y le estrechó la mano antes de separarse.

Brillaban de un modo extraño los ojos de Catalina mientras subía las escaleras hacia sus habitaciones en Berkeley Square. Se abría ante ella de súbito una visión maravillosa cuyo fondo era una montaña que brillaba con reflejos de oro. Parecía como si siempre hubiera estado allí, pero que la niebla que la ocultaba había sido barrida.

¿Sería ella capaz algún día de alcanzar aquella espléndida cumbre dorada?

En todo caso, tenía ante sí un glorioso objetivo hacia el que enderezar sus esfuerzos, y apretando con firmeza sus blancos dientes se sentó junto a la abierta ventana y comenzó lentamente a meditar.

Aquella noche el Destino le reservaba una sorpresa. Había ido al teatro con Matilde, como acostumbraba a hacerlo periódicamente con gran placer de su hermana. Ocupaban asientos de la galería principal, desde donde contemplaban el espectáculo, igual que dos anónimas unidades de la muchedumbre. Tan sólo lo hacía por complacer a Matilde, y dejaba a su elección el designar el teatro adonde habían de ir. Unas veces iban a ver un melodrama en el Lyceum, y otras, una comedia musical; aquella noche les correspondió ver una de estas últimas recientemente estrenada, por lo que el auditorio no tenía un aire tan familiar como otras veces.

¿Quiénes eran y qué eran las personas que constituían esos auditorios? Con frecuencia se lo había preguntado Catalina. Y mientras Matilde gozaba con

lo que sucedía en el escenario, ella estudiaba los tipos que formaban el público.

¿Quién inventaría tales peinados? ¿Quién dibujaría tan lindos trajes? ¿De dónde venían aquellas gentes y a dónde iban? Esta noche Matilde y Catalina se sentaban a un extremo de la galería principal, en la segunda o tercera fila, desde la cual podían ver una buena parte del patio de butacas. Hacia el final del primer acto la débil atención de Catalina se sintió de pronto atraída por dos cabezas varoniles, perfectamente peinadas, que estaban delante de ella. Los espectadores a quienes aquellas cabezas pertenecían debían de haber llegado mientras ella miraba al escenario. Sabía que las cabezas de los jóvenes ingleses tienen rasgos de una belleza singular, y las de aquéllos eran muy semejantes a las de cierta clase social. En efecto, la más hermosa de las dos le era dolorosamente familiar: pertenecía a lord Algy. ¡Así, pues, había regresado de Egipto! Y estaba a pocos metros de ella. ¡Oh! ¿por qué le era tan doloroso verle de nuevo? Su corazón palpitaba con sofocante celeridad; cada una de sus pulsaciones le producía una excitación en todo su cuerpo, hasta que llegó a sentirse tan desfallecida, tan aplanada, que durante unos minutos le hubiera sido imposible levantarse de su asiento.

Al advertirlo, Matilde exclamó:

— ¡Oh, reina mía, Catalina! ¿Qué te pasa, querida?

Catalina, dominándose, respondió un poco agitada:

— No lo sé; el calor quizá. Ahora me encuentro bastante bien. ¿Verdad que es una escena chistosa? Mira que si hablamos, la perderemos.

Y Matilde, ya tranquila, volvió a atender de nuevo al escenario. Entretanto, Catalina, allí sentada, reñía a solas su batalla. Se esforzó en mirar tranquilamente al que fué en otro tiempo su enamorado, y en contemplar cada movimiento de su atrayente cabeza. Tenía buen aspecto, con el cutis bronceado; parecía más hermoso que nunca, según pudo ver cuando se volvía a hablar a su compañero. Catalina se imaginaba que casi podría oír el tono de su voz. Luego, púsose a analizar las cosas. ¿Le amaba aún realmente? ¿O era tan sólo que su sensibilidad había sido afectada por la admirable belleza física de él?

Poco a poco fué haciéndose dueña de sí misma, hasta que le vino la idea de que, si continuaba con la vista fija en él, la fuerza magnética de sus ojos le obligaría a mirar a su alrededor y la vería, y por nada del mundo quería que sucediese tal cosa.

Volvió entonces su atención al escenario y se esforzó por escuchar lo que cantaban.

Pronto terminó el acto, y vió entonces la figura correcta de lord Algy que se alzaba del asiento y salía. Pensó que probablemente su compañero sería Jack Kilcourcy, del que con tanta frecuencia había oído hablar; y quizá hubiesen venido a ver alguna notable belleza del coro, y se irían luego a cenar al Savoy o a cualquiera otra parte. ¡Oh, no!; no debía tolerarse a sí misma el sentir tales cosas.

Llegó y pasó el segundo acto y el tercero, y así que todo hubo concluído apremió a Matilde para que saliese de prisa, con el deseo de escapar antes de que el público del patio se mezclase con ellas en el vestíbulo. Cuando llegaron a la puerta, caía una lluvia ligera; allí estaba lord Algy, hablando con su aire afectuoso y acariciador a una bella dama vestida de negro a quien había visto Catalina en uno de los palcos. Él no la vió; agarrada al brazo de Matilde, Catalina huía entre la apiñada masa evitando las luces, hasta que, deteniéndose un momento, le dirigió una última mirada y le vió que, detrás de la dama, entraba en un cochecito cuya puerta mantenía abierta un lacayo. Al poco rato, partieron.

— Tomaremos un taxi, Matilde — dijo. — Voy a buscar uno. No puedo ir en ómnibus esta noche.

Condujo primero a Matilde hasta la estación de Victoria, y luego llegó a Berkeley Square, abatida en alma y cuerpo. Ya en el lecho, las lágrimas corrían por sus mejillas. ¡Todo le era odioso! La galería principal, y la lluvia, y el cochecito, y la dependencia y, por último, lord Algy y la bella dama de negro!

Biblioteca Nacional de España

Recobró de nuevo su capacidad para apreciar el valor de las cosas; se reavivó su indomable espíritu y, antes de dormirse, formó la convicción de que de una vez para siempre había borrado aquella pesadumbre que ya duraba demasiado, y que tenía que jugar su partida decisiva, en el juego de su ambición, con un deleite tan fuerte como su deseo de amor; el amor, que por lo que ahora comprendía sólo había sido cosa de los sentidos, y que quedaba ya muerto y enterrado.

Capítulo XXIII

Aquella noche, después de la cena y una vez los huéspedes hubieron abandonado el palacio de *Berkeley Square*, el señor Strobridge preguntó a su tía si le enviaría a la señorita Bush el viernes por la noche, para ayudarle a hacer los honores a sus invitados. Beatriz estaría fuera, y comprendía que, en realidad, no podría atenderlos él solo. Vendría también Gwendoline o Arabella. Catalina había comido ya una o dos veces en Brook Street, en la casa de los Strobridge, por motivos parecidos, y por lo tanto este requirimiento no era una cosa insólita. Pero Gerardo conocía demasiado bien a Sara para no darse cuenta de que al oír que Mordryn comería con ellos podía sospechar la existencia de algún complot, y entonces sería muy posible que se enojase un poco con él y que se encolerizase realmente con Catalina. Mas hizo uso, para evitarlo, de todas sus dotes diplomáticas. Se vería al día siguiente con el Duque en el almuerzo a que había anunciado su propósito de asistir. Conduciría la conversación de modo que se discutiese de miniaturas, y después de oír a Mordryn le rogaría, como una consecuencia natural, que viniera a ver las suyas. Si esto fracasaba, para evitar que se impusieran ocultas intenciones en su proyecto referiría descaradamente la verdad a su tía, cargando sobre sus hombros los elogios o las censuras que mereciese su idea. A Catalina no se le haría ninguna observación.

Lady Garribardine dijo que sí; que podía invitar a su secretaría siempre que no volviese demasiado tarde; debía levantarse temprano a la mañana siguiente, porque iba a gozar de unas vacaciones de algunos días de duración. El respetuoso sobrino dió las gracias a su tía, y rogó que hiciesen saber a la señorita Bush que necesitaría sus servicios el viernes, si tenía la amabilidad de ir.

Pero lady Garribardine estaba preocupada con un asunto que le llegaba al corazón, y volvió a él en seguida.

— Tengo vivos deseos de ver a Mordryn, Gerardo. Hubiera ido a la Cámara, de haber sabido que hablaba hoy. Me figuro que él lo considera un deber. ¡Esta condenada Ley de la propiedad de las tierras! ¿Hablaste con él? Supongo, naturalmente, que le veré mañana.

El señor Strobridge comunicó el aviso tal como se lo habían rogado y se dignó informar de que el Duque estaba como antes y tan encantador como siempre.

— Es de esperar que pueda encontrar alguna dicha en la vida, ahora que se encuentra libre al fin de aquella loca.

El rostro de la dama adoptó una expresión extraña. Se sentó en su butaca de siempre, con aire de fatiga, y dijo:

— Tus palabras me llegan a lo vivo; porque tú sabes que yo hice ese matrimonio en aquellos días lejanos, llenos de ignorancia, en que no se pensaba en la herencia ni en cosas parecidas. Literalmente, le casé con Laura; casi contra su voluntad, puesto que estaba absolutamente dedicado a mí y yo a él, y la situación se iba haciendo insostenible, por los diez años de edad que nos separaban, por su elevada posición, por la mía, por los celos de Garribardine... Y nada más. Laura era entonces una criatura dulce, un poco tonta, hermosa y sin importancia. Yo creí que no me desplazaría nunca en su afecto, y en aquellos tiempos, hace cerca de treinta años, se hubiera juzgado una indecencia el hablar de cómo podrían resultar los futuros hijos... ¡Se suponía que nacían en una col y que no tenían nada que ver con sus padres!

— Siempre había oído que le ha tenido a usted un gran afecto, Sara; y se lo tiene aún.

— ¡Mi buen Mordryn...! Laura comenzó a acarrearle preocupaciones desde la luna de miel; y una vez, le puso en ridículo. Él no perdonó nunca esto. Cuando fué necesario recluírla, tenía yo cincuenta años y, por fortuna, conservaba un vivo sentido del humor, gracias a lo cual Mordryn y yo no cometimos ningún desliz y hemos continuado siendo excelentes amigos. Mas esto ya lo sabes.

— Más de una vez me he preguntado cuál sería su vida íntima durante estos años, tan horribles en su casa. Exteriormente ha sido siempre un modelo de circunspección, pero la adoración que despertaba entre las mujeres quizá le ha afectado de cuando en cuando.

— No creo que haya sido gran cosa... Desde luego, algún consuelo habrá tenido. Aunque, si se piensa en ello, se admira uno al advertir que ninguna mujer en Inglaterra puede lisonjearse de poseer sobre él la menor influencia; y además, en estos últimos años, sin duda alguna, ni siquiera ha tratado con mujeres.

— Supongo que, no teniendo herederos, volverá a casarse.

El tono de voz del señor Strobridge revelaba un vivo interés.

— Debe hacerlo; debe buscar una mujer sana y fuerte. La familia debe aprovechar ahora la ocasión de regenerarse. Tendré que buscar un buen racimo de muchachas para que elija.

— Yo lo dejaría en manos del destino esta vez, Sara.

— Si lo hiciera así, lo engancharían entre una madre lista y una niña un poco tonta.

El señor Strobridge se rió.

— ¿Pero no tiene voluntad propia este hombre?

— Ningún hombre tiene voluntad propia mientras exista en él la vanidad de su sexo. Se encuentra tan indefenso como un bebé, a merced de una hembra trapacera. Sería horrible para mí ver sufrir a Mordryn por segunda vez — y lady Garribardine lanzó un suspiro.

* * *

Al día siguiente, despues del almuerzo, cuando hubieron marchado los restantes invitados, el Duque acompañó a su amiga hasta su saloncito, en donde podían conversar sin ser molestados.

Se comprendían mutuamente de una manera completa. Hablaron por largo tiempo de los viajes del Duque, de su actual libertad, y al fin de obligaciones que era necesario afrontar: de cómo pensaba volver a abrir su residencia de Valfreyne para entrar en el mundo de sus amigos y reanudar el hilo de su vida.

— Pero no ha de conservar usted ni una pizca de sentimiento de repugnancia hacia esta nueva vida, Mordryn. Hay que borrar todos los recuerdos de Laura y de Adeliza, y comenzar a vivir con una juvenil frescura de espíritu.

— ¿A los cincuenta y tres? Temo que sea un poco tarde; es necesario poder poner entusiasmo en la partida.

— ¡Bah, bah! Apostaría a que nunca se le han mostrado reacias las más hermosas jóvenes. Hemos oído, hace ya unos años, que cierta bella dama casi murió de amor por usted, en París.

El Duque sonrió; mientras sonreía, parecía como si su rostro se iluminase; cuando estaba tranquilo tenía una expresión severa.

— De amor, no; de un berrinche, porque el rubí de la pulsera que recibió era, según le informó su masajista, de un color de sangre de paloma menos puro que el del otro brazalete que regalé a una española. Es imposible medir el amor de una amante; profesa idéntica estimación a los rubíes, que a los encantos de un juvenil Apolo.

— Mas usted, Mordryn, no necesita ya confinar su atención a *ces dames;* muchas hay, dentro de nuestro mundo, que le consolarían.

El Duque sonrió de nuevo.

— No me he preocupado mucho de ellas, como usted sabe, mi querida amiga, desde los tiempos en que mi alma entera se rendía ante usted. A partir de entonces las mujeres han sido una breve distracción, una efímera diversión que no deja huella.

— ¡Tenemos que hacer que todo eso cambie!

Pasaron luego a otros temas, y antes de que su Gracia se marchase había pro-

Biblioteca Nacional de España

metido pasar las Pascuas en Blissington.

En el curso del almuerzo se presentó un momento propicio para que Gerardo pusiera en práctica su plan. Hizo que recayese la conversación sobre las miniaturas, a lo que siguió una calurosa argumentación acerca de la legitimidad de sus nuevas adquisiciones atribuídas a Cosway, y después, de una manera perfectamente natural, rogó al Duque que fuese a cenar con él a la noche siguiente, para que juzgase la cuestión.

Lady Garribardine no hizo en aquel momento observación alguna, y en realidad le hubiera sido difícil hacerla; pero aquella noche, al sentarse junto a la chimenea de su dormitorio, recordó que su secretaria se encontraría con el Duque, y durante largo tiempo quedóse contemplando las brillantes ascuas entregada a profundos pensamientos.

No, no era posible que la muchacha supiese que iba a hablar él; no podía estar aquí el motivo de su deseo de visitar la Cámara de los Lores. Pero ella le había visto allí y se encontraría ahora con él en una cena.

A cada momento, en el rostro de lady Garribardine surgían y se disipaban nuevos gestos de expresión, mientras sus ojos permanecían fijos en las ascuas. Se hacían más profundas las arrugas de su frente; al fin, desaparecieron. Había tomado una determinación.

* * *

Así que se retiraron Mordryn y los demás invitados, después del almuerzo, Gerardo Strobridge buscó a Catalina en la secretaría.

— Ya está hecho, Catalina — anunció en tono de alegría, en tanto que su corazón se cargaba de pesadumbre. — El Duque vendrá a cenar el viernes por la noche, y también Gwendoline, en lugar de Arabella, y un par de amigos "rurales"; de modo que ya he cumplido con mis deberes y mis sacrificios. Y ahora, ¿me concederá usted un premio?

— Depende de lo que usted conceptúe como premio.

— Voy a pedirle una cosa muy razonable. Consiste en que venga conmigo esta tarde, en mi auto, a ver los arriates floridos de *Hampton Court*.

Vaciló Catalina. Le hubiera gustado ir, pero tenía un trabajo que hacer para el siguiente día, y no podía concluírlo a menos que se quedase hasta muy tarde.

Gerardo insistió con vehemencia.

— Catalina, creo que esta será la última vez en que podamos ser maestro y discípula. El destino va a cambiar para ambos. Deseo conservar un recuerdo de usted, mi bienamada; el recuerdo de cuando era únicamente mi amiga, sin que nos ligase la sombra de ningún otro interés. ¿Procurará usted proporcionarme este postrero placer?

Catalina se sintió conmovida.

— Sí — dijo; — no puedo subir ahora a preguntárselo a milady, pero supongo que me permitirá ir. No tengo ningún asunto con ella hasta mañana por la mañana. ¿Quiere usted que vayamos ahora?

— Sí; iré al garaje en busca del auto, y podré recogerla en *Stanhope Gate*.

Resultó una tarde que ninguno de ellos olvidaría; nunca había estado Catalina tan a punto de dejarse conmover por su amigo, como cuando, sentados al fin en un banco, contemplaban la amplia avenida verde, bajo los árboles gigantes.

El señor Strobridge puso en juego todas su dotes, para agradarla. Estaba encantado de su fantasía y de cómo mostraba lo que había en ella de más bello. Estudiaron las flores y charlaron de sus libros favoritos; Catalina advirtió que se había conducido como una muchacha brillante, y que ya no tenía que volar tras de él, sino que podía triunfar por sí misma.

— Amor mío: si yo hubiese sido soltero, ¿se hubiera casado usted conmigo? — preguntó al fin. — Habiendo sido éste un día tan divino, piense en lo que hubiese significado el amor para nosotros..., y en todos los otros placeres que de él hubieran nacido. Catalina, yo habría hecho todo lo imaginable para que usted fuese feliz. ¿Quiere responder a esta pregunta? Creo que quizá sea la última que pueda hacerle.

Dejó caer los brazos sobre la falda y, antes de hablar, dirigióle durante un instante una mirada inquisitiva. Tenía un aire meditabundo mientras dió su respuesta.

— Creo que si hubiera sido usted libre

cuando las primeras Navidades, sí; me hubiese casado con usted, me hubiera dejado conducir por usted, para que me enseñase todo lo que sé ahora, y luego le habría hecho ejercitar todas sus dotes y elevarse, elevarse hasta la cumbre. Y no descansaría hasta que alcanzase los lugares más altos, y yo con usted.

Gerardo lanzó un sollozo y se cubrió el rostro con las manos.

— Catalina, yo mismo, desde tiempo atrás, he forjado, por ser débil, las barreras que me apartan de la felicidad. Me he dejado llevar, en mi ocio, por el río de la vida, y ahora, en el centro de la corriente, ya no soy libre. Amor mío, el cuadro de lo que podía haber sido es para mí dulcemente amargo. Debía haber pensado que al fin me amaría usted. ¡Qué dolor, Dios mío! Pero ahora no quisiera que este día concluyese con quejas y lamentos. Conservaré el recuerdo de sus palabras y seguiré mi camino, y cuando entre usted en su reino acuérdese de mí y permítame que renovemos nuestra amistad sobre una ribera más tranquila.

Tomó su mano, y despojándola del guante fué besando cada uno de sus dedos; después, con los ojos empañados, se despidió. En el corazón de Catalina brotó una extraña tristeza; mientras corrían de regreso hacia la casa, no cruzaron la palabra.

Capítulo XXIV

Cuando llegó la noche del viernes y Catalina se disponía a tomar un taxi, con la señorita Gwendoline d'Estaire, sentía una excitación como no la había sentido en su vida.

Aquella noche constituía la prueba definitiva de su capacidad; si fracasaba quedaría probado que tan ambiciosos propósitos no eran para ella y que necesitaba limitar sus aspiraciones. ¡Pero no fracasaría! Quizá el Duque no se sintiese atraído hacia ella; era imposible vaticinar cuál era su estado de espíritu aquella tarde, mas había una cosa en la que, a toda costa, no debía fracasar: sería una dama cultivada, una invitada que sabe conducirse entre sus iguales; así, por lo menos, pensaba aparecer a los ojos del Duque.

¡Había algo diabólicamente irónico en el hecho de que un adorador apasionado hubiese de concertar con deliberación este encuentro de su dama con un posible rival! En ello meditaba Gerardo Strobridge, sentado ante el alegre fuego de leña en su saloncito de Brook Street, mientras esperaba a sus invitados.

Como siempre, los huéspedes fastidiosos fueron los que primero llegaron; después, Catalina y la anciana señorita Gwendoline d'Estaire, y el último de todos, tan sólo cinco minutos más tarde, su Gracia.

Tenía, vestido de etiqueta, un aire extraordinariamente distinguido, aunque cuando se le analizaba no mostraba nada que le diferenciase en mucho de los demás; y, sin embargo, alguna sutil cualidad poseía que faltaba a los otros, a pesar de su aire pasado de moda. Sus maneras eran sumamente corteses; reconoció a Catalina en seguida y le estrechó la mano. Al poco tiempo anunciaron la comida.

Gerardo colocó a la dama fastidiosa con el Duque, puso junto a sí a la vieja Gwendoline y dejó a Catalina con el amigo "rural", el esposo de la dama fastidiosa, de modo que en aquella pequeña mesa redonda la joven quedó junto a su Gracia.

Estaba hermosísima con su nuevo traje negro, tan sencillo como el que había tenido antes, y con sus favoritos lirios del valle colocados en la cintura. Mordryn se creyó obligado a conversar con su pareja hasta después del pescado, cuando el dueño de la casa, mediante una discreta interrupción, le permitió distraer su atención y le dejó luego en libertad; desde entonces, sin vacilar, se volvió hacia Catalina.

Sintió ella que su corazón palpitaba apresurado; la excitación hizo más oscuros sus ojos y más pálidas sus mejillas, pero no perdió la cabeza; en realidad, todo aquello constituía un nuevo estímulo para su cerebro.

Comenzó el Duque hablando del debate del miércoles. Todo ello era una burla, puesto que ahora, en la Cámara de los Lores, los habían despojado de

Biblioteca Nacional de España

sus atribuciones; no podían hacer otra cosa que protestar mansamente, pero no dar eficacia a sus opiniones. ¿Le interesaba la política a la señorita Bush?

Catalina respondió afirmando, si bien dijo que la juzgaba una profesión degradada, con gentes pagadas que se ganaban la vida explotando sus cargos. Charlaron un poco sobre este tema y el Duque se encontró agradablemente distraído. Le encantaba aquella voz profunda y sobre todo aquellas manos tan bellas.

—¿Bush?—se dijo.—No recuerdo haber oído nunca este nombre. Quizá fuese la madre alguna persona distiguida. Unas manos así no pueden provenir de aldeanos o de gente ordinaria.

Catalina comenzó luego a hablar de viajes. Sabía que a todo el mundo le agradaba hablar de los suyos cuando regresa.

Le gustaría mucho visitar el Oriente. Siempre le había emocionado la lectura de la descripción de Damasco en el EOTHEN de Kinglake. ¿Era en realidad una ciudad de "misteriosos palacios, de matorrales y jardines, de fuentes y arroyos bulliciosos"? Su Gracia expresaba ahora en la mirada un verdadero interés, no porque tuviese deseos de hablar de Damasco, sino porque le intrigaba que una muchacha moderna hubiese leído a Kinglake con la atención necesaria para poderlo citar sin equivocarse. También él conocía a Kinglake y poseía una memoria poderosamente dotada que no solía ser infiel en sus recuerdos.

Continuó su Gracia el tema con entusiasmo, y se encontró con que aquella encantadora joven estaba familiarizada con los más sutiles matices. Tocaron los pasajes particularmente bellos referentes al Mar Muerto, y a las muchachas de Belén y al tan maravilloso sol del desierto; y estaban a la mitad de aquellos dedicados a la Esfinge, cuando se dió cuenta el Duque de que le ofrecían el dulce y de que la comida iba más que mediada. Con infinita discreción el dueño de la casa había procurado evitar que decayese el curso de la conversación, para que una pausa en el pequeño grupo de comensales no pusiese término a aquella prometedora *tête-à-tête*. Catalina tendría libre el campo mientras Gerado pudiera conseguirlo.

Pero su Gracia, hombre de perfecta cortesía, se reprochó a sí mismo su negligencia con la dama a quien había acompañado a la mesa, y abandonó la contemplación del perfil regular de Catalina, para cumplir con escasa complacencia su deber; no obstante, formó el propósito de seguir hablando de Kinglake y de otras cosas, cuando se encontrasen tranquilamente en el salón. Era seguro que los demás jugarían al *bridge*. ¡Qué cosa tan magnífica las cartas, cuando se tiene fuerza de espíritu bastante para reforzar el propio deseo egoísta de no jugar!

Catalina empleó lo mejor de su esfuerzo en ser agradable al enojoso huésped, y sólo habló de temas que pudieran estar a su alcance. Gerardo la contemplaba, admirado de los progresos de su discípula. Ninguna otra persona en su clase, ni de otra clase cualquiera, hubiera sabido mostrarse tan educada y tan encantadora. El orgullo que por ella sentía aplacaba el dolor que durante todo el día le abrumaba.

Más tarde, la conversación se hizo general y se ofrecieron ocasiones nuevas para mostrar su ingenio en sus agudas réplicas.

En efecto, el cuarteto comenzó a jugar al *bridge*, y apenas hubieron empezado, los caballeros se reunieron con las señoras, que habían abandonado el comedor. Gerardo Strobridge había evitado con gran cuidado que la conversación derivase hacia temas de carácter personal, en tanto que estuvieron solos en el comedor, con objeto de que el Duque no le interrogase sobre Catalina. No quería preocuparse del modo como Catalina saldría de aquella situación ambigua. Era, por naturaleza, enemiga de toda ficción. Por eso sería asunto de ella; lo que a él le interesaba era que esta noche todo saliese sin tacha.

En cuanto los demás comenzaron la partida, el Duque tomó asiento en el sofá, junto a Catalina, desde donde podía mirarla sin que nadie le turbase y sin alargar el cuello.

La admiraba extremadamente. Tenía el tipo exacto que a él le agradaba: distinguida y con aire de persona bien

educada. Le gustaba su modo de hablar, sin que en sus frases apareciesen esos desagradables vulgarismos modernos. Sin duda alguna se habría educado con todo esmero y en un hogar refinado. ¿Pertenecía quizá a la familia de los d'Estaire? Pero no entraba en sus costumbres el hacer preguntas de esta clase, y volvieron de nuevo a conversar sobre el "Eothen" y otras cosas parecidas.

Catalina estaba en el quinto cielo; lozana y fresca como una planta de invernadero, parecía irradiar dulzura y serenidad. De vez en cuando, su mirada se encontraba con los oscuros ojos azules del Duque, el cual se sentía compelido a interesarse por aquella extraña influencia magnética. Hablaron de música, y de poesía y, luego, de pintura; de cuadros, en general, y al fin de los de Blissington.

—¿Conoce usted bien Blissington?

Sí; ella lo conocía muy bien, y una enigmática sonrisa se dibujó en sus labios al decirlo. El Duque quedó sorprendido.

—¿Es que contiene para usted recuerdos divertidos?

—Sí..., muy divertidos.

—¿Quiere usted explicarme algo de eso?—Su rostro, de correcto perfil, se acercó un poco más a Catalina, arrastrado por el interés.

—Algún día lo sabrá usted.

—He aquí una frase que parece contener una profunda significación. "¡Algún día lo sabré!" ¿Por qué no esta noche?

—Porque esta noche somos dos invitados que han comido juntos y que están charlando de literatura, de música y de arte.

—Pero yo quisiera hablar de usted misma. ¿Puedo hacerlo?

—No creo que sea necesario. Precisamente, yo soy una persona a quien de seguro no volverá usted a ver; quiero decir que es casi seguro que no volveremos a conversar. Por lo tanto, ¿a qué gastar el tiempo en investigaciones infructuosas?

—¿Y por qué razón las supone usted infructuosas?

Catalina quedóse un momento contemplando sus blancas manos, caídas sobre la falda; luego, alzando la cabeza, miró rectamente a los ojos del Duque.

—Dentro de ocho días, si por azar vuelve usted a acordarse de esta noche, podrá comprobar con cuánta razón las considero infructuosas.

—Habla usted con enigmas.

Catalina se alzó ligeramente de hombros y sonrió.

Su Gracia advirtió que su propia curiosidad crecía.

—¿Por qué está usted segura de que no volveré a verla, a hablarla ha dicho usted luego, en otra ocasión? Entonces, ¿vive usted por ventura en alguna isla desierta, allá al norte de Escocia?

—En un lugar mucho más inaccesible que ese.—Sus ojos brillaban con una expresión impenetrable.

—¿En el país de los hielos?

—No, aunque hay una barrera de hielo que lo rodea.

—En ese caso, habré de renunciar a ello y no tendrá usted que agradecérmelo si alguna vez deja de aburrirse.

Catalina se reclinó en el sofá, sobre los blandos almohadones de seda verde. Le parecía delicioso su nuevo papel de invitada que recibe el homenaje de admiración de los demás. Era encantador el sentirse libre y poderse reclinar sin tener que estar tiesa y como atornillada en la silla, en actitud de respeto. Al Duque le resultaba grato contemplarla.

—Supongo que vendrá usted a Londres de vez en cuando.

—Sí; durante una parte del año.

—¡Ah, lo supuse! ¡No podía creer que el país de los hielos produjese criaturas tan refinadas! Señorita Bush, ya sabe usted misma que es una persona extraordinaria. Ha consentido, sin manifiesta repugnancia, en hablar sobre temas interesantes, con un hombre aburrido y de mediana edad, y no ha charlado de *golf*, ni de bailes, ni ha fumado usted.

—Suelo fumar a veces, pero sólo cuando tengo que hacer un trabajo mecánico aburrido, como escribir a máquina.

—¿A máquina? Efectivamente; es una cosa muy práctica. Pero ¿qué es lo que escribe usted a máquina? ¿Un libro, quizá?

Catalina lanzó de pronto una carca-

Biblioteca Nacional de España

jada infinitamente provocativa que hizo que a Gerardo Strobridge le palpitase el corazón con violencia mientras echaba, por error, una sota y temblaba todo él de rebelión. ¡Bien sabía lo que significaba una risa como aquélla! ¿Cuándo acabaría tan horrible noche?

Catalina dijo a media voz:

—No, no escribo un libro, pero intento aprender lo que contiene el mayor de los libros de todos los tiempos: ¡el libro de la vida!

—¿Y qué puede usted saber del libro de la vida?—preguntó Mordryn, como Gerardo había preguntado en otro tiempo. Luego continuó:

—Protegidas y mimadas, apartadas de todo lo que no sean sus aspectos agradables, ¿qué conocimiento han de tener de la vida las muchachas de nuestra clase?

—Dígamelo usted, puesto que yo no he de poder saberlo—y ponía en su boca y en sus ojos una expresión maliciosa.

El Duque se estremeció ligeramente.

—La vida, o es una completa vulgaridad, o es una seria tarea que hay que cumplir. Contiene cosas buenas y cosas malas, y pasiones, además; pero siempre se esfuerza en expresarse a sí misma, en manifestar su sentido, dejando en absoluto de lado las leyes.

"No es pasear orgulloso y aspirar el
[aire libre,
De cuando en cuando, o contemplar el
[sol."

—¡Oh, es una cosa espléndida!—exclamó Catalina con vibrante voz.—Y, a diferencia del "Estudiante Español", yo no llegaré a sentirme "aburrida de la estrepitosa mascarada" "en donde el extraño pasa como amigo y el amigo como extraño". ¡Porque si esta confusión se produce, lo inesperado del caso la hará deliciosa!

Mordryn la miró. Contempló sus mejillas frescas, juveniles, prietas y tersas, su boca voluptuosa y llena de vitalidad, su cabello de matiz ceniciento, cada una de cuyas hebras parecía como una cosa viva dotada de una irisación particular. Y contempló después sus ojos imperativos y extraños que le hicieron suspirar levemente. Diríase que en Catalina todas las cosas lograban su más plena vitalidad.

—¿Se siente usted dispuesta para la gran aventura?

—En absoluto; y me propongo conocerlo todo antes de hacerme vieja e indiferente.

Él suspiró de nuevo.

—La edad no siempre trae consigo la indiferencia; sería lamentable que la trajese siempre.

—Realmente, quizá no sea necesario llegar a ser viejo; la vejez llega porque la gente pierde su aptitud para captar las cosas.

—Es muy probable. Pero las responsabilidades y las tristezas y las desilusiones hacen envejecer. Llevará usted, sin duda, una vida muy tranquila, y por eso todo le parece fácil.

Catalina sonrióse de nuevo. Le complacía observar el contraste entre la realidad y las suposiciones del Duque.

—Mi vida es, verdaderamente, una vida tranquila, protegida por un fuerte escudo; pero no por el que sus palabras parecen indicar.

—¿No? ¿Por cuál, entonces?

—El hablar de mí no tiene ningún interés. Se lo he dicho ya; ¿por qué insiste usted todavía? Me agradaría mucho más oír hablar de países extranjeros: de Italia, por ejemplo. No he estado nunca allá.

No había en la actitud de Catalina la menor deferencia personal hacia él. Era como cuando se habla con un igual, de idéntico calibre mental, siendo además la que habla una mujer que tiene derecho a mostrar su humor. Las mujeres, y las muchachas en particular, no acostumbraban a tratarle así, porque siempre se sentían más o menos impresionadas por su gran posición, su altivez y su ingenio, cortés, pero satírico. Tenía a veces un aire desdeñoso, amablemente tolerante, que era "muy siglo dieciocho" y también muy desconcertante. En todas las gentes, menos en las muy simples o en las muy refinadas, producía un ligero desasosiego; ¿se estaría riendo de ellas? Nunca se hallaban seguras.

Se sintió excitado en su curiosidad, y su humor del momento no se avino a

ver frustrado su propósito; insistió otra vez, contradiciéndola.

—Quizá no sea interesante para usted el hablar de sí misma, pero es posible que lo sea para mí. Me gustaría saber cuál es ese escudo que tan eficazmente la protege.

—Una idea clara de lo que deseo, y una fuerza de voluntad bastante para no dejarme arrastrar por la corriente de la opinión.

—¡Qué *rara avis*! ¡Y parece usted tan joven!

—Tengo veintitrés años. Soy una persona mayor.

—¿Y qué es lo que usted desea?

—Ser libre para remontarme..., ver el mundo..., sentirlo palpitar..., comprobar algunas de mis ideas.

—¿Sobre qué cuestiones?

—Sobre la significación de las cosas, el por qué de ellas y algunos de sus aspectos más razonables y sensatos. Entonces podría prestarse a la humanidad algún servicio. Lady Garribardine es mi ideal de lo que debe ser una mujer. No hay mezquindad en ella; es tan grande como un grande hombre, aunque mucho más sagaz.

—¡Estoy de acuerdo con usted!—dijo con tono de vehemencia.—Lady Garribardine ha sido siempre, en mi opinión, el tipo de la perfecta feminidad.

—Exactamente. No se muestra tímida en cuanto a sus principios y sus puntos de vista. Es en realidad una aristócrata. Cree en sí misma y, además, todos creen en ella.

—La mayoría de nosotros no tenemos fe en nosotros mismos.

—Usted no. Le devuelvo ahora la pelota y afirmo que deseo hablar de usted: ¿cómo debe ser un Duque, un verdadero Duque, no un *parvenu* o uno que sea el hazmerreír de su clase?

Su Gracia sonrió; era una joven sumamente audaz y comprometedora, porque no hablaba con ingenuidad infantil, sino con deliberación.

—Un Duque se siente a veces con graves responsabilidades, y otras, como una cosa de muy poca importancia. Cree quizá en unas normas de conducta que es siempre difícil llevar a la práctica. Si las circunstancias de mi vida hubieran sido otras, cuando yo era más joven, me hubiese esforzado en impedir que nuestra clase cayese en la impotencia; ahora, toda la vida política moderna me desagrada tanto, que rara vez hablo en la Cámara.

—Me parece un completo error y una cobardía—dijo sin el menor temor.—No puede usted dar por terminada la lucha, ni permanecer pasivo, mientras que le roban lo que realmente le pertenece. Los hombres que hacen eso, como grupo, se merecen que se deje de contar con ellos. Debía usted luchar con la misma valentía con que luchan los radicales, que, aunque son unos farsantes, van con toda decisión a obtener sus propios fines.

—Tiene usted mucha razón. Hay algunas mujeres que estimulan por todos los medios, que obran, por decirlo así, en el mundo, como unas dinamos. Hacen que cada uno dé lo mejor de sí mismo; consiguen que los hombres trabajen mejor y jueguen mejor y amen mejor.

La miró con sus bellos ojos chispeantes; pero no había el menor rastro de *flirt* entre ellos. Para sus amantes solía ser él un amo, un amo generoso, tolerante y desdeñoso; para sus amigas, como lady Garribardine, la esencia de la consideración y de la cortesía; para la generalidad de las gentes, de una elegante altivez. ¿Qué no sería para esta mujer que podía despertar en él el amor? Pensó esto último Catalina, y un estremecimiento invadió todo su cuerpo, de modo que cuando respondió no lo hizo con su serenidad de siempre.

—¡Si se pudiera saber exactamente lo que es el amor!

—Entonces, ¿no tiene usted ni la menor sospecha de ello?—Quedóse sorprendido al advertir el interés que sentía por escuchar su respuesta.

—Sí que la tengo; y aun más que sospecha. Sé que en algunas de sus fases hace que una mujer se sienta loca, agitada, desequilibrada, animal, y aun maternal y protectora; pero no puedo adivinar lo que será cuando llega a afectar al alma.

Durante un momento, el Duque permaneció en silencio. Estaba maravillado; sentía una admiración que se extendía más allá de la gran estimación que

Biblioteca Nacional de España

por su belleza experimentaba. Su capacidad mental estaba muy por encima del término medio, y era interesante la resolución con que se dirigía a su objeto. No había en lo que decía ni el más leve rastro de presunción. ¡Y qué posibilidades abrían sus últimas frases! ¡Evidentemente, pues, algo sabía de una fase del amor!

—¿Se da usted cuenta de lo que implican sus palabras?

—Sí.

—¿Que usted ha amado alguna vez, a alguien, de esa manera?

—Sí, he amado así. Es un género de amor que espanta y que hace nacer la convicción de que debe de haber otra cosa. Usted, que ha vivido la vida, sabrá ya lo que es esto.

Tenía el rostro pálido y frío como un rayo de luna. Parecía como si hablase en abstracto, cuando trataba aquellas cuestiones personales. El Duque se sentía extrañamente conmovido, y estaba a punto de responder con vehemencia, cuando se reunió a ellos el dueño de la casa, que venía del otro salón; había terminado la partida, y se creyó obligado a cumplir su deber, para que no se trasluciese demasiado la intención de dejar a solas a los dos.

—Venga usted a ver las miniaturas, Mordryn—dijo.—No olvidemos que ha sido este el cebo que le ha traído aquí esta noche.

Catalina comprendió bien su tono; contenía un dejo de amargura bajo su aparente amabilidad.

Produjose luego un movimiento general, y ya no fué posible que cambiasen entre sí más confidencias privadas, de suerte que la señorita d'Estaire y Catalina se fueron, dejando su Gracia todavía sin respuesta la última pregunta de la joven.

Y Gerardo Strobridge al estrechar en su despedida la mano de Catalina, murmuró:

—¿Lo he hecho bien? ¿Está usted satisfecha?

Un firme apretón de los fríos dedos de ella fué su respuesta.

Capítulo XXV

Lady Garribardine era incapaz de prescindir de su secretaria durante las fiestas de Pascua; por lo tanto, había dispuesto que gozase de unos días de vacación, desde el sábado siguiente a la comida que daba a sus invitados, pero debía coger el tren de las tres en la estación de Paddington, el jueves antes de Pascua, y regresar en momento oportuno.

Catalina no fué a su morada de *Bindon's Green*. Se marchó sola a un pueblecito, junto al mar, en la costa del Este, y allí se consagró a meditar en los acontecimientos y a formular sus planes, mientras descansaba sobre la arena de la playa sin preocuparse del viento de levante.

Gerardo Strobridge la había servido con lealtad; el interés que ella pretendió despertar se había despertado. La idea que el Duque tendría ahora acerca de ella no estaría mixtificada por posibles atenuaciones, a diferencia de lo que hubiera ocurrido en el caso de haberla conocido como la humilde secretaria y mecanógrafa de su amiga. No es que fuese él persona que se pagase de las apariencias, pero claro está que hubiese considerado indigno de su situación el ir a buscar compañeras interesantes entre la servidumbre de sus amigos. Sencillamente, no se habría fijado en ella, al venir a Blissington, más que lo que ella misma se había fijado en los criados que sirvieron la comida en casa de Gerardo Strobridge. No es que Catalina despreciase a los criados como a criados, ni el Duque a las secretarias por ser secretarias; todos eran servidores útiles y necesarios, pero los invitados no advertían en ellos más que sus capacidades profesionales: personas que sirven a la mesa o que escriben cartas o que atienden negocios ajenos.

En estas reflexiones de Catalina no se entremezclaba la más ligera irritación o resentimiento. Era demasiado justa y discreta, y no obraba nunca bajo el influjo de la vanidad herida o de una propensión dramática, por lo cual le parecía perfectamente razonable este punto de vista que suponía habría de adoptar el Duque. En lugar de ofenderse por esto, utilizó su inteligencia para anularlo sabiendo bien que si ella desempeñaba su papel de una manera eficaz, durante la comida, podría surgir un interés que en lo futuro no sería borrado por el obstáculo de las diferencias de clase. Ahora, durante esta su última noche en Bayview, necesitaba pensar cuál sería su conducta inmediata, puesto que el Duque iría a Blissington en un tren procedente del Oeste, que llegaba pocos minutos después que el que ella tomaría en Paddington. Se había enterado, poco antes del banquete, de que el Duque llegaría para la Pascua; aquella misma mañana recibió de su señora la orden de que se quedase en la estación esperando el tren en que haría el viaje el Duque, y le dijese que tomase el pequeño *coupé* y no el otro automóvil que la esperaba a ella y que vendría cargado de frágiles sombrereras que llegarían en el tren de Catalina. En el coche de los equipajes vendrían los criados y los baúles. El resto de los invitados llegaría una hora más tarde, en el expreso.

De modo que el salto que convertía a Catalina de una persona de su clase en una humilde secretaria, tenía que ser realizado en seguida y debía efectuarse con tacto y habilidad, para que no se borrase el efecto producido, sino que más bien se acrecentase.

Había un punto negro: no estaba satisfecha Catalina de que este asunto fuese un secreto para su estimada señora. Un secreto, además, que concernía al más respetable de sus huéspedes. Pero era absolutamente imposible que pudiese declarar sus intenciones a lady Garribardine con aquella franqueza que había usado con Gerardo; debía ser reservada, pero tenía que hablar del placer que sentía al encontrar al Duque, si la señora por sí misma no provocaba el tema, aunque Catalina no hallaba motivos para creer que el señor Strobridge hubiese hablado a su tía del encuentro. Ella no había visto a lady Garribardine desde el día de la comida, puesto que el sábado se levantó muy temprano, para empezar a hacer uso de sus vacaciones. Durante el trayecto de ferrocarril hasta Blissington sentía una excitación que se esforzaba en reprimir. Se había preocupado de ofrecer un buen aspecto y estaba tan encantadora como discreta. Cuando hubo llegado, esperó a la salida del paso subterráneo del andén de llegada; sintió un estremecimiento así que vió la copa del sombrero del Duque, y luego su rostro.

¡Qué aspecto tan atrayente y cuán distinto de otras gentes! En medio de la muchedumbre resultaba una de esas personalidades magníficas con las que se muestran deferentes los porteros, los empleados y aún los extraños. Sabía ella que un noble podía parecer una persona humilde y aun tener aspecto vulgar, pero ningún hombre, ninguna mujer, ningún niño dejaría de advertir que su Gracia, el duque de Mordryn, era un perfecto grande hombre.

Cuando vió a Catalina, junto a la salida de los viajeros, su severo rostro cambió de expresión, iluminándose con una sonrisa, mientras le tendía cordialmente la mano.

—¡Señorita Bush! ¿Seremos compañeros como huéspedes? ¿Viene usted a Blissington? ¡Cuánto lo celebro!

Catalina parecía no advertir la mano que le tendían, y con toda deferencia, bajos los párpados, dijo:

—Sí, voy a Blissington, pero su Gracia está en un error que me creo obligada a corregir. Soy la secretaria y mecanógrafa de milady, y vengo ahora a dar a usted un recado: que debe usted tomar el *coupé* pequeño de milady, pues el auto me ha de llevar a mí con unas cuantas sombrereras.

Mas, con toda su modestia, no pudo reprimir un irónico e irresistible temblor en los hoyuelos de sus mejillas; luego clavó súbitamente en él los ojos, con una firme mirada que, por primera vez en su vida, le dejó por completo sin pulso. ¿Qué significaba esta comedia? Se sentía un tanto enojado. ¿Qué se proponía Gerardo con aquella superchería? Pero ¿es que en realidad le había engañado? Recordaba ahora que la señorita Bush en ningún caso fué mencionada por Gerardo. Se la trató tan sólo como a cualquier otro invitado, y en apariencia diríase que vino con

Biblioteca Nacional de España

Gwendoline d'Estaire. Que fuese o no mecanógrafa, bien pronto advirtió que era una dama educada a la perfección y excepcionalmente culta y refinada. Quizá esta pobre muchacha tan encantadora sería la hija de alguna amiga de Sara que tropezaba con infortunios económicos. Marchó a buen paso tras de ella, pero sólo pudo ver, cuando salió de la estación, cómo desaparecía en un auto ya cargado con cajas de modista. Así, frustrado su propósito, aunque interesado en extremo, montó en el *coupé* que le esperaba, y partió. Sara le explicaría seguramente todo aquello; y con esta esperanza pretendió despreocuparse, pero al entrar en el *hall* lo primero que se le ocurrió fué preguntarse si Catalina asistiría al té. Mas no asistió. El té fué un *tête-à-tête* en el *boudoir* de su vieja amiga, donde discutieron mil cosas de interés para ambos, y no hubo tiempo ni ocasión oportuna para referirse a la oscura secretaria.

Después del té, bajó a recibir a los huéspedes, que seguían llegando en tandas, hasta la hora de vestirse para la comida; luego lady Garribardine se llegó a la antigua sala de estudio a ver a su secretaria.

Hablaron de varios asuntos y, después de recibir órdenes y de tomar algunas notas, Catalina dijo:

— Me atrevo a suponer que milady encontrará gracioso el saber que en la comida del señor Strobridge conversé con el Duque. No conocía él mi verdadera posición, y quizá no le saqué a tiempo de su error. Era para mí un gran placer el ser considerada, siquiera por una vez, como una *lady*, como un invitado de distinción. Naturalmente, le he manifestado en la estación cuál es mi verdadera posición, y pareció quedar muy sorprendido.

Lady Garribardine dirigióse hacia la ventana, como si tuviese que mirar a alguna parte. Deseaba ocultar la expresión que pugnaba por mostrarse en sus ojos. Aquellas sencillas palabras: "era para mí un gran placer el ser considerada, siquiera por una vez, como una *lady*", la habían conmovido profundamente. Pareció comprender lo que debía sentir un espíritu como el de Catalina, colocada siempre en una posición subordinada, de escasa importancia. ¡Y con qué dignidad llenaba su función!

— Niña — dijo sin volver la cabeza, — todas las personas que la conozcan la tomarán siempre por una *lady;* ha demostrado usted que es absurda la teoría que supone que esto hay que heredarlo. El Duque es uno de mis más antiguos amigos y todo un caballero. Celebro mucho que haya tenido ocasión de charlar libremente con él.

Cuando lady Garribardine hubo abandonado el cuarto, Catalina dobló y desdobló un trozo de papel, movida por una agitación insólita en ella.

— ¡Oh, quisiera poder hablar con ella francamente! ¡Mi querida lady! — se decía. — Casi estoy por cree que simpatizaría conmigo; pero si me equivocare y viera que se sentía lastimada o enojada, renunciaría a mis ambiciones.

Gerardo Strobridge no estaba entre los invitados; se había visto obligado a acompañar a su hermano. De manera que Catalina no contaba con su colaboración, y tendría que obrar por su cuenta.

No asistió al banquete, pero se le rogó más tarde que bajase al salón; hasta las diez permaneció a solas en su saloncito, preguntándose qué habría pensado el Duque, y si hubiera sido más discreto haberse quedado durante unos minutos después de haber hecho estallar su bomba.

Como si lo hubiese hecho de propósito, nada más acertado para encadenar el interés del Duque que su rápida desaparición, puesto que ahora estaría él pensando en Catalina; y, en efecto, en la primera oportunidad, entre la sopa y el pescado, dijo a la señora de la casa:

— Sara, parece ser que la otra noche conocí a su secretaria en casa de Gerardo; es una muchacha muy inteligente. En aquella ocasión no llegué a enterarme de que se encontrase dependiendo de alguien. He quedado muy sorprendido al ver hoy, en la estación, que se dirigía a mí diciéndome "su Gracia". Será quizá la hija de algún amigo desgraciado. ¿Es alguien que yo conozca?

Chispearon un instante los ojos de lady Garribardine; se dominó luego — se acordaba del padre subastador de almonedas y del abuelo carnicero, — y dijo con naturalidad:

— No; un anuncio la trajo, mas es una criatura espléndida que tiene más sentido común en su dedo meñique que la mayoría de nosotros en todo el cuerpo. ¿Qué piensa usted de mi pelo gris, Mordryn?

El Duque aseguró que lo encontraba fascinador; vió que no deseaba hablar de su secretaria.

— Parece usted diez años más joven, mi querida amiga. Podría decidirme desde el fondo de mi corazón a hacerle el amor una vez más, pero temo ser rechazado con la misma violencia.

— El amor pudo ser una cosa buena mientras ambos éramos jóvenes, Mordryn; cuando un hombre tiene veinticinco años, y una mujer treinta y cinco o treinta y ocho, diez o doce de diferencia no importan, si ambos están solteros. Pero más tarde, la diferencia de edad comienza a hacerse grotesca. Hemos amado y reído y vivido entonces, y tenemos que estar satisfechos de ello. Yo lo estoy. En cuanto a usted, volverá a enamorarse de nuevo; cincuenta y tres años es poca cosa en un hombre. ¡Bien sabe usted mismo que es abominablemente atractivo, con su aire fatigado y altivo... y su ducado! Y ahora, que está ya del todo libre de ansiedades, debía tomar la copa del placer con ambas manos y apurarla... Contemple la mesa. ¿No hay aquí algunas dulces criaturas a quienes he invitado pensando en usted?

— Verdaderamente... Pero ¿a cuál de ellas destina usted, en particular, para que me brinde la copa?

— Cualquiera de aquellas tres que están en este lado, hacia el final. No pretenderá que posean a la vez inteligencia y hermosura. Lily Trevelyan es bella, y tiene discreción bastante para disimular su falta de inteligencia. Blanca Montague no es linda, pero tiene un cierto *chic* y, según me han dicho, una maravillosa variedad de aptitudes. Sus admiradores no han llegado nunca a hartarse por tener que contemplar siempre los mismos talentos; en cambio Julia Scarrisbrook es toda pasión, o al menos lo representa tan bien como si fuese de verdad, y es siempre muy manejable. Estos son los informes que he recogido de la corte de sus anteriores adoradores, y ellos podrán atestiguarlo. No tiene usted más que elegir. Cualquiera de ellas quedará encantada. No esperan sino que llegue el momento de lanzarse en sus brazos.

— Me parece que una cosa así, me fastidiaría. Quisiera alguna que no esté encantada...; alguien que me deje en absoluto tomar la iniciativa.

— Mi querido Mordryn — le dijo lanzándole una aguda mirada, — es usted de una ingenuidad lamentable. ¿Quién podría imaginar nunca que un Duque de cincuenta y tres años, bien conservado, de magnífica presencia, que no está casado, distinguido, del que se sabe que es generoso, como amante, y lleno de encanto, quién podría imaginar que se le va a permitir tomar la iniciativa con las mujeres? ¡Uf!

Rióse el Duque y, por un extraño capricho de su fantasía, parecióle ver el rostro pálido y perfecto de la majestuosa y airosa secretaria que le había tratado con tanta maldad aquella noche, en casa de Gerardo, y que luego pareció respetuosamente burlona cuando le llamaba "su Gracia" en la estación. ¿Vendría al salón después de la comida? Quizá.

Sí, allí estaba, junto al piano, en el fondo del salón. Pero Lily Trevelyan, Blanca Montague y Julia Scarrisbrook, rodearon al Duque antes de que hubiese llegado al centro del salón, sin que le fuese posible rehuirlas. Ninguna maniobra le permitió librarse de ellas. Así, tuvo que sentarse y charlar con todas, mientras veía con el rabillo del ojo una graciosa criatura vestida de negro que conversaba tranquilamente — y con inteligencia, estaba seguro de ello — con algunos huéspedes de escasa importancia, y luego acompañaba al piano y al fin se iba por una puerta del fondo del salón, tal vez a sus habitaciones.

Renegó de la civilización, renegó otro tanto de las bellas damas y se mostró sarcástico, haciendo que Julia y Lily, que por el momento eran íntimas amigas, se confesasen entre sí, junto a la chimenea del dormitorio de la última, que Mordryn era "de lo más encantador", pero que parecía "peor intencio-

Biblioteca Nacional de España

nado que el gato negro de lady Garribardine".

—No me gustan los hombres tan inteligentes; ¿y a usted, Lily?... No sabe una nunca en qué situación se está con ellos.

—¡Oh, mi querida Julia!, pero él no es un hombre deforme, o irremediablemente necio, o enfermo o borracho; tiene un tipo estupendo, es muy rico y es duque. En realidad, no podemos pedirlo todo. ¿No te parece que Blanca Montague se ha puesto un poco impertinente con su manifiesto deseo de conquistarlo? ¿Por qué Sara la habrá hecho venir aquí con nosotras?

Entretanto, Catalina Bush no quería preocuparse de los posibles sentimientos o de la futura conducta de su Gracia. Había visto que una o dos veces cruzaba el salón la anhelosa mirada de sus profundos ojos azules, y una mujer discreta debía dejar las cosas en manos del destino.

—Me gustaría que estuviese aquí Gerardo — se decía la señora de la casa, también junto a la chimenea de su dormitorio. —No tengo a nadie con quien charlar, en la intimidad, de estas cosas. Él comprendería y apreciaría la encantadora comedia de las intenciones femeninas, el instinto masculino de volar libremente y la suprema inteligencia de una joven.

Al día siguiente, el Duque, que conocía bien la casa y sabía en cuál de las salas había trabajado la señorita Arnott, tuvo la ocurrencia de ir, antes del desayuno, a pasear a la rosaleda. La señorita Bush, que lo vió desde la ventana, se dignó hacerle un reverencioso saludo de cabeza cuando él, a propósito, la miraba, y luego se retiró. El Duque sentía el vehemente e insatisfecho deseo de verla. Después del desayuno, todo el mundo se fué a jugar al *tennis*.

El Duque, que jugó admirablemente, estaba en traje deportivo. Le pareció a Catalina que, con aquella indumentaria, tenía una figura muy elegante y resultaba mucho más joven. Deseaba hablar con él de su anillo de esmeralda, y también de otras mil cosas. La joven tuvo tarea toda la mañana, pero poco antes del desayuno fué al campo de *tennis* con un recado para su señora, mientras se jugaba una competida partida individual entre el Duque y un joven de gran agilidad; Catalina se detuvo a contemplar los dos últimos *strokes;* ganó el primero el Duque, volvió a ganar el segundo..., y estallaron los aplausos en su honor.

Observó Catalina que corría muy poco y que ganó por su estilo de golpes cortados y por su manera hábil y dura de restar la pelota.

No se detuvo ni un segundo, en cuanto el Duque se vió en libertad, sino que regresó con rápido paso a la casa, antes de que él pudiera acercársele.

La secretaria almorzó a solas en la sala de estudio. Por la tarde, cuando apareció en el salón a la hora del té, el Duque estaba terriblemente malhumorado; él no sabía por qué, ni tenía razones particulares para ello, pero estaba de mal humor. Catalina, atareada con la tetera, alzó la cabeza tan sólo, para inclinarla después, respetuosa y muy cortés, respondiendo a su saludo. Era un perfecto hombre de mundo que no cometería la torpeza de distinguir entre las otras a la humilde secretaria, acarreándole con ello la cólera de las bellas invitadas. Por lo tanto, se contentó con contemplarla, observando su aire indiferente, y su gracia espontánea. Algunas de aquellas personas parecían conocerla mucho, y estaban muy amables con ella.

Catalina no mostraba el más leve deseo de hablar con él. ¿Era posible que fuese aquella misma muchacha la que, aún no hacía ocho días, había conversado con él sobre el tema fascinante del amor?

Aquellas frases suyas, que tan enigmáticas le parecieron entonces, eran claras ahora. ¡Cuán sutilmente había comprendido la situación! ¡Recordaba su expresión al preguntarla si conocía Blissington, y también que Catalina le dijo que esta noche comprendería hasta qué punto eran inútiles sus investigaciones acerca de ella! Y ahora, en sus funciones de humilde secretaria, se mostraba tan perfecta como en su aparente condición de invitada perteneciente a su mismo rango social. Era todo ello muy enojoso y desconcertante; él

quedaba colocado en una posición falsa, mientras que todas las ventajas quedaban por parte de ella. Ahora la tenía allí, sentada, serena y digna, rodeada de la barrera de hielo de que le había hablado. Hacía años que no se sentía de tal modo perplejo.

Necesitaba hablarla. Necesitaba preguntar qué era lo que significaba todo aquello. Le gustaría conocer su historia, y saber de dónde había llegado hasta allí. Gwendoline la trataba, según había observado, no como una subordinada, sino como amiga. Se sentía un tanto cohibido; él, un hombre de mundo, acostumbrado a recibir el homenaje de las mujeres.

Se las ingenió para manifestar que era un aburrimiento el que hubiese llovido, y que si opinaba de aquel modo era porque el día siguiente estaría húmedo. Y se sintió humillado al ver la fina sonrisa, instantáneamente reprimida, que se dibujó en su boca ante aquella brillante observación, fruto de un ingenio por todos admirado.

No pudo por menos de enojarse consigo mismo: ¿qué le importaba a él que ella sonriese o no? Era evidente que, a su edad y con su posición, no podía llegar a una amistad familiar con la secretaria de Sara. Así, pues, tuvo fuerza de voluntad para apartarse de la mesa y ponerse a charlar con una de las encantadoras damas del trío que había sido invitado en honor suyo. Pero no se encontraba en modo alguno satisfecho, y si no veía con mayor frecuencia a su vieja amiga, no permanecería allí hasta el lunes, como tenía proyectado, sino que regresaría a la ciudad el domingo por la noche.

Lady Garribardine, que comprendió su situación, llevóselo consigo a su saloncito, después del té, en cuanto la mayor parte de los invitados comenzaron a jugar al *bridge*.

—Creo que las mujeres modernas son menos encantadoras que las de antes, Sara — dijo con alguna acritud el Duque, arrellanado en su butaca. —Son casi tan analfabetas como las muchachas del cuerpo de baile, en mi juventud; tan ordinarias en su lenguaje y tan estrepitosas como ellas, y llenas de afectación. Se siente uno asfixiado al hablarlas, como no conozca la última palabra de su jerigonza de moda y no pueda llevar la corriente de sus alusiones y juegos de modismos, que por cierto requerirían el ingenio de uno de aquellos cocheros de los barrios bajos de hace veinte años. Tendré que aclimatarme. Me parece que he estado demasiado tiempo fuera de Inglaterra y he perdido, durante mi prolongada ausencia, contacto con este movimiento...; y suspiro por el reposo y la paz.

—¡Qué disparate, Mordryn! Será bueno para usted que le zarandeen; tiene que seguir la corriente de nuestro tiempo.

—Renuncio por completo a ello. ¿Para qué?

—Ahora que ha quedado libre al fin, debe usted casarse.

—Indudablemente, veo que es un deber mío, o en otro caso el título desaparecería; pero es seguro que usted no pretenderá sugerirme la idea de que convierta en mi duquesa a una de esas encantadoras criaturas que tuvieron la amabilidad de querer aliviar mi mal humor la noche pasada. ¡Yo esperaba, al menos, que estarían casadas, pero me alarma usted ahora al anunciarme que son viudas algunas de ellas!

—Lo es Blanca Montague; he invitado a las otras con la sola idea de acostumbrar a usted al tipo moderno. Son mujeres en cuya sensibilidad es necesario abrir brecha, por decirlo así; pero cuando vuelva por aquí, si no le agrada Blanca, tendré un ramillete escogido de posibles futuras duquesas.

—¿Pero me aburrirán tanto como estos *ballons d'essai?*

—Más; una mujer moderna no puede ser una cosa tranquila y dignificada, ¡deseche usted tal idea! Son mujeres que viven al aire libre, y tan cordiales, tan totalmente desprovistas de sencillez, tan excelentes camaradas, que no pueden estarse quietas ni permanecer en silencio. Se estrenan demasiadas revistas de teatro de las que es necesario hablar, hay numerosas partidas de *golf* que jugar, y cada día vienen de América nuevas danzas de negros que hay que aprender. ¡Vamos, vamos, Mordryn, no sea usted tan ridículamente pasado de moda! ¡En realidad, Blanca Montague está

Biblioteca Nacional de España

bien! Montague la dejó en buena posición..., y no tiene más que treinta y dos años.

—Pero no me gusta su voz... ¿Y de qué íbamos a conversar "en los entreactos", cuando estuviésemos a solas?

—Blanca es famosa por su palique. Comenzará a charlar sobre los más variados temas que usted pueda imaginar... pero pasará a hablar de otra cosa antes de que le haya respondido a su primera pregunta. ¡No hay miedo de que se estanque!

—¡Me aburre ya con sólo oírselo referir! Prefiero a esa otra dama de quien aseguraba usted que es toda ella pasión simulada. Adoro la pasión, aunque confieso que me gustan más las pasiones reales.

—Vive usted engañado; una cosa así, no se conoce en nuestros tiempos; es algo que necesita ser reconstruído, como esos rubíes modernos que la ciencia química fabrica haciendo uno que resulta de la unión de múltiples fragmentos menudos. Lo más que podrá usted conseguir es una buena imitación, Mordryn.

—Detesto las imitaciones — dijo, estremecido, su Gracia.

—Mi viejo amigo Mordryn, no está usted ya para cortejar exponiéndose a un desengaño; sería mejor, en mi opinión, que me hiciese usted una pintura exacta de lo que desea. De todo corazón quisiera ayudarle a poner sobre su cuello un segundo yugo más grato que aquel otro... ¡Vamos con ello! ¡Una descripción completa!

El Duque encendió muy despacio un cigarrillo; un destello luminoso brotó de su anillo de esmeralda.

—Su famoso talismán brilla, Mordryn; la lira indica que aprueba sus pensamientos.

—La mujer con quien me gustaría casarme debe ser, y parecer, excepcionalmente refinada, pero sana y normal; no tan degenerada como la pobre Laura o como Beatriz, la esposa de Gerardo. Que sea capaz de hablar sobre las cuestiones que pueden interesar a..., a lo que, en poco palabras, llamaríamos una persona cultivada. Debe tener sentido del humor, y bellos ideales y un vivo sentimiento de la responsabilidad de su posición, y, por encima de todo, debe ser una persona tranquila, digna, equilibrada. Me gustaría, por fin—y aquí una sonrisa suplicante se dibujó durante un momento en sus labios,—que me amase, que se tomase algún interés por el lado práctico y humano de este asunto... ¡Pero quizá piense usted que, a mi edad, espero demasiado del Destino!

—Pide usted mucho... Sólo una mujer conozco que pudiera satisfacer sus exigencias, mas, desde luego, con ella no se puede contar.

—¿Qué es esa mujer? ¿Por qué no podemos contar con ella?

—Es inútil responder a sus preguntas, puesto que, como he dicho, está "fuera de concurso". Fué sólo una ocurrencia mía, pero he de buscar con toda diligencia esa mujer modelo. Mordryn, no tendré nunca tranquila la conciencia hasta que pueda anunciarle que, felizmente, la he encontrado... y hasta que sea usted padre de seis robustos muchachos, por lo menos.

El Duque alzó los brazos en actitud de súplica.

—¡Por Dios, Sara! ¡Me va usted a abrumar con una patulea de chiquillos! Mis deseos en este aspecto son mucho más moderados. Nunca me he sentido inclinado a eso. Quiero que mi esposa sea mi amada compañera, mi cariño, pero no... una coneja.

Cuando se vestía para la comida, seguía pensando en las palabras de su amiga. No había insistido en su deseo de conocer quién pudiera ser aquella "mujer única". Acababa de descubrir él mismo una criatura que, a juzgar por lo que puede verse en el trato de una noche, poseía todas las cualidades que él consideraba necesarias; si bien, de igual modo que el ejemplar de Sara, estaba también por completo descartada, sin que cupiera hacerse ilusiones sobre ella. ¡Ay!

Era extraño que, después de haber adoptado firmemente esta resolución, hubiera podido escapar del corro de mujeres que esperaban atraparlo, y que se hubiese ido hacia el piano a charlar con aquella insignificante lady Flamborough que, inclinada sobre la tapa, cuchicheaba con la señorita Bush.

Catalina tenía los ojos fijos en el teclado, con aquella apacible y deferente

modestia que encajaba tan bien con su posición cuando se encontraba entre gentes de superior rango; pero en sus rojos labios había una indefinible expresión que resultaba exasperante.

Mordryn aprovechó al instante una breve distracción de lady Flamborough, para inclinarse un poco y decir en voz baja:

—¿No me da usted las buenas noches, señorita Bush? Ha transcurrido ya la semana de plazo.

Le miró con absoluta corrección.

—Buenas noches, señor Duque.

El Duque frunció el ceño.

—¿Y eso es todo?

—Como observa muy acertadamente su Gracia, hoy se cumple mi plazo.

—¿Y cree usted que están ya resueltos todos aquellos acertijos?

—Así lo creo.

Frunció el ceño otra vez. Vió que Julia Scarrisbrook iba a caer sobre él; no había tiempo que perder.

—Yo no. Mañana procuraré ofrecer a usted una oportunidad para que los resuelva categóricamente. ¿Me ha oído usted?

Catalina se estremeció. Le gustaba la altivez de sus maneras, el tono imperativo de su voz.

Recordó que, en una ocasión en que con Matilde almorzaba en el Café Popular de Lyons, su hermana dijo:

—¡Oh, Catalina, hay un joven de un aspecto tan extraño, sentado detrás de ti, que todo lo que hace parece diferente de lo que hacen los demás!

Y al volverse vió, a pocos pasos de donde ella estaba, un hombre que tenía las puras líneas del Hermes helénico, vestido con un traje de americana un tanto desarrapado, y mordiendo un mondadientes. Catalina, con ojos ya educados en el estudio de los museos, advirtió que aquella particularidad consistía en el equilibrio y la proporción, en la estructura y tamaño de la cabeza, en la disposición de los ojos; todo lo cual lo diferenciaba marcadamente de la masa humana que le rodeaba. Dijo entonces a su hermana:

—Míralo bien, Matilde; no verás otro igual en toda tu vida. Es un caso extraño; una supervivencia completa del antiguo tipo griego. Es perfecto; son los demás los que resultan toscos o grotescos.

Así pensaba también ahora. De manera semejante, el Duque se destacaba mucho sobre todos los demás, no por su puro tipo griego, pues era más bien un tipo romano, sino por su esqueleto maravillosamente proporcionado, por la longitud de sus piernas en relación con su estatura, y por su aspecto inconfundible de persona bien nacida, aspecto que la edad madura no sólo no disminuía, sino que acentuaba.

Observó de nuevo las manos del Duque y su gran anillo de esmeralda, pero no respondió palabra al anuncio de sus propósitos para el día siguiente. Se inclinó y cogió una pieza de música que había caído al suelo. Julia Scarrisbrook se lanzó sobre su presa y, habiéndose apoderado de ella, la puso en seguridad sobre el gran sofá.

Cuando en la noche del Viernes Santo contemplaba Catalina el cielo desde su ventana, tachonado de estrellas, un sentimiento de espanto le acometió al considerar las vastas perspectivas que el Destino abría ante sus ojos.

Capítulo XXVI

Grandes dificultades encontró el Duque para poder realizar el sábado sus propósitos. ¡No es fácil tarea para un duque escapar de un grupo de damas especialmente lanzadas en su persecución! Tenía motivos para creer que la señora de la casa tampoco le ayudaría y que no sería posible apelar a su simpatía, puesto que se daba perfecta cuenta de que sabría contenerse y mirar la cuestión con el mismo desapasionamiento que si concerniese a otra persona.

En realidad era un negocio peliagudo el suyo. Pero cuanto más se convencía de ello, tanto más fuerte se hacía en él el deseo de ver y de hablar a la señorita Bush.

Catalina almorzó abajo. Cuando, como en esta ocasión, el número de invitados era grande, se servían las comidas en varias mesas pequeñas, de seis

Biblioteca Nacional de España

cubiertos cada una, y claro está que la secretaria no figuraba en la mesa de su Gracia. Precisamente estaba sentada a su espalda, de modo que no podía verla, aunque una vez, durante una pausa, pudo oír su profunda y fascinadora voz. Más tarde, en el *hall*, llegada la hora del café y de los cigarrillos, cuando Catalina pasaba junto a él a servir una taza, el Duque aprovechó el momento para dirigirse a ella.

— Dentro de veinte minutos iré desde el salón de fumar a la secretaría. Tenga la bondad de estar allí.

La señorita Bush no hizo gesto alguno que revelase si había o no oído aquella observación, que fué hecha en tono de súplica. Ante la conducta del Duque, quería Catalina hacer bien patente que no tenía con él ningún género de relación clandestina, si bien al mismo tiempo experimentaba una deliciosa excitación.

Estaba sentada ante la máquina, afanosamente atareada con la escritura de innumerables cartas, cuando oyó afuera sus pasos, y luego un cortés golpecito en la puerta.

— ¡Adelante! — dijo; y entró el Duque.

Venía con semblante serio y no parecía estar de buen humor.

— ¿Puedo permanecer un momento en esta morada de paz, señorita Bush? — y cerró la puerta. — Cuando son tantos los huéspedes, parecen atestados todos los salones y no queda un rincón en el que se pueda charlar tranquilamente.

Catalina se había levantado con un aire de sumo respeto, que no podía ocultar aquella chispa burlona que, cuando alzó luego los ojos, se vió brillar en ellos; pero ahora los tenía fijos en la hoja de papel.

— Su Gracia puede sentarse en esta butaca, durante unos momentos, pero estoy muy ocupada. Lady Garribardine desea que estas cartas salgan en el correo de esta noche.

— Preferiría que no me llamase nunca más "su Gracia" — dijo con tono de impaciencia. — No acabo de comprender que sea usted la misma persona que conversó conmigo en casa de Gerardo Strobridge.

— No lo soy — y levantó los ojos para mirarle.

— ¿Por qué?

— Es bien claro... Yo era..., aquella noche..., una invitada.

— ¿Y ahora?

— Me parece que su Gracia es poco observador; ahora soy la secretaria de milady.

— Así lo creo; pero, ¿y en este momento? — dijo llegándose muy cerca de ella.

— Si fuese yo ahora la misma persona que encontró usted en casa del señor Strobridge, no se hubiera creído obligado a urdir esta trama de venir a la secretaría, para hablar conmigo.

La frente del Duque se ensombreció. Había herido uno de los puntos más sensibles de su refinada sensibilidad. Eran las palabras de ella sencillas y certeras, y su tono, de lo más tranquilo, sin que en él se reflejase una emoción personal; parecía que se limitaba a consignar un hecho.

— Desgraciadamente es cierto, aunque esto son sólo ridículos convencionalismos; yo le ruego que los olvide. ¿Puedo, pues, sentarme un minuto?

Catalina lanzó una mirada al reloj; eran las tres y media.

— Hasta las cuatro menos cuarto, si usted quiere. Temo que no podré disponer de más tiempo.

Le señaló la butaca, en la que el Duque se sentó, y ella se instaló de nuevo junto a la mesa, cruzando las manos. Reinó silencio durante un instante. El Duque se sentía desasosegado. Había en las últimas palabras de ella un sutil reproche, que juzgaba merecido. No tenía derecho a entrar allí.

— Así, pues, ¿se niega usted en absoluto a hablar conmigo? — exclamó con violencia.

— Desde luego, responderé a lo que su Gracia me pregunte; no soy yo quien ha de empezar.

— Muy bien; no sólo preguntaré sino que rogaré y aun ordenaré que abandone esa ridícula humildad y ese constante tratamiento de "su Gracia; vuelva usted a adoptar de nuevo la actitud de invitada, para gozar de estos miserables quince minutos. Pero ante todo quisiera saber esto: ¿qué razón hay para

que cambie usted aquí tan radicalmente de maneras? Gerardo y Gwendoline sabían aquella noche que era usted la secretaria de lady Garribardine, pero no se creían obligados por ello a hacerlo resaltar en sus relaciones con usted, aunque parece su deseo el que yo lo hiciese ahora.

Catalina bajó los ojos, y luego miró en derechura a los del Duque, mientras una ligera sonrisa se dibujaba en sus labios.

— Es muy diferente; ellos me conocen muy bien, y mi buena amiga, la señorita Gwendoline, no es muy inteligente. En otras ocasiones he ido allí para ayudar a lady Beatriz y al señor Strobridge a entretener a los invitados aburridos; pero aquella noche fuí porque deseaba ver a... su Gracia.

Al llegar a este punto bajó los ojos de pronto. El Duque se inclinó ansiosamente hacia adelante; ¡era aquella una confesión extraña!

Catalina continuó:

— Deseaba, siquiera por una vez, conversar con un hombre como igual suyo, ponerme en la situación de una lady y no tener que recordar a cada instante que había de ser respetuosa. Por esta razón pedí al señor Strobridge que me proporcionase aquella ocasión..., después de haber oído hablar a usted.

El Duque estaba asombrado... y complacido.

— ¡Tiene usted una franqueza deliciosa! Creo que fué aquella una noche encantadora. Pero ¿por qué dice esa tontería de que deseaba sentirse una lady? Nunca podría usted considerarse a sí misma de otro modo.

— Sí que podría. Yo no soy por mi cuna una lady, mas he intentado educarme a mí misma para llegar a serlo, ¡y era tan tentador el buscar una ocasión de ensayar si lo había conseguido o no!

— ¿Y qué conclusión ha sacado usted? — dijo alzando las cejas con expresión animada.

Catalina tenía un aspecto serio.

— Por sus palabras de ahora deduzco que lo he conseguido.

— ¿Sólo por mis palabras de ahora? Creo que tuvimos una hora de conversación grata e interesante, como compañeros invitados.

— Sí. ¿Le ha extrañado a usted, pues, mi confesión de que no soy realmente una *lady*?

— No. Mas la falsificación es tan perfecta, que me gustaría conocer algunos detalles de cómo se ha realizado.

Entonces le refirió en breves y sencillas palabras la verdad justa: le habló de sus padres, de su hogar de *Bindon's Green*, de la oficina de "Liv" y "Dev", de sus ideales, de su auto-educación y de su entrada en el palacio de lady Garribardine.

Mordryn escuchaba como fascinado, fijos los ojos en el rostro de ella, lanzando de vez en cuando breves exclamaciones, pero sin interrumpirla.

— Ahora comprenderá usted cuánto me divertían las cosas que me decía aquella noche; ¿no es cierto?

Así terminó Catalina su historia; levantóse el Duque y fué a sentarse en el borde de la mesa, muy cerca de ella. Estaba visiblemente conmovido.

— Es usted una muchacha extraordinaria. Ha destruído todas mis teorías. Necesito irme y reflexionar sobre esto que me ha contado. Entretanto, no encuentro más que una manera de rendir a usted mi homenaje — y tomando su mano, con infinito respeto, la besó.

Después, levantándose de la mesa, abandonó en silencio la estancia.

Al quedarse a solas, Catalina acarició suavemente el punto en que se posaron los labios del Duque; se sintió vencida por una emoción desconocida.

Luego de esto le fué muy difícil continuar su trabajo y, con gran disgusto suyo, cometió un par de errores. Pasó cerca de una hora. Se levantó de la máquina. Y después de cambiarse la blusa, se fué a tomar el té, aunque no con la tranquilidad de espíritu de otras veces.

¿Cómo acabaría su amistad con este hombre? ¿Habría sido excesiva su franqueza? ¿Qué significaría, en el fondo, aquel beso? Tenía Mordryn un carácter un poco más difícil de conocer que el de Gerardo. Era una voluntad tan fuerte quizá como la suya propia. El rostro de Catalina estaba muy pálido, y aquellos ojos de un gris verdoso tenían una mirada dura y sombría.

Llegó el Duque al salón de fumar y

Biblioteca Nacional de España

se sentó a la mesa escritorio un instante antes de que invadiese la habitación lady Garribardine.

—¡Pobre Mordryn! ¡Necesita usted refugiarse aquí! ¡Me parece que aquellas encantadoras criaturas, a quienes he invitado sólo por usted, le están cansando un poco!

—Con franqueza, Sara; me aburren mortalmente.

—Ahora van a venir otras dos de un tipo muy diferente. Pero en este rincón está usted seguro. La mayor parte de ellas no saben que el salón de fumar está ahora en esta ala del palacio.

—Me parece un acierto tal modificación.

Lady Garribardine le miró con el rabillo del ojo y, luego, con aire completamente inocente, dijo:

—Sí; también Gerardo opina así.

Dicho esto, le dejó con sus cartas, no sin haberle invitado a que subiese después del té a su saloncito, para charlar cómodamente.

¡De manera que también a Gerardo le gustaba aquel salón! La señorita Bush fué con él a la Cámara. Ella cenó en *Brook Street*. Entonces su Gracia, el duque de Mordryn, con el ceño fruncido, parecía el vivo retrato del duque de Hierro, y ni siquiera comenzó a escribir unas órdenes que tenía que enviar a su administrador. Su espíritu se hallaba turbado. Cada una de las palabras pronunciadas por Catalina habían hecho en él impresión profunda.

¡El padre, un subastador de almonedas! ¡El abuelo, un carnicero! ¡Y la muchacha, una criatura sin par, digna de un trono! Pero aunque fuese digna del paraíso; había obstáculos insuperables que dificultaban el que entrase en relaciones con ella en la forma ordinaria. Pensó que hubiera sido preferible marcharse de Blissington el domingo por la noche.

Se ensombreció de nuevo su frente. Gerardo Strobridge era un compañero encantador. Sara le adoraba. Venía a Blissington con frecuencia... ¡y le gustaba el salón de fumar! Era necesario hacer derivar la conversación, cuando se encontrase a solas con su amiga, sobre el tema de Gerardo.

Luego se puso a reflexionar sobre las más insignificantes frases salidas de boca de Catalina. ¡Qué muchacha tan maravillosa! ¡Y cuán ridículos eran los prejuicios de clase! ¡Y qué modo de razonar tan imperfecto el de las gentes de mundo!

Durante el té, no conversó con la señorita Bush, pero estaba constantemente subyugado por la presencia de ella, y se sentía enojado por las evidentes muestras de estimación que recibía de las jóvenes. Por cuya razón su humor, al llegar al saloncito de lady Garribardine, se hallaba aún más agriado que en la noche precedente.

Antes que él estuvo allí Catalina, pero se marchó sin que llegase a verla. Había llevado algunas cartas, para que su señora las examinase. Una vez concluído este asunto, dijo con absoluta sencillez:

—Su Gracia ha venido hoy, después del almuerzo, a la sala de estudio. Parecía hallarse desconcertado acerca de mi doble personalidad. Se lo expliqué y le dije quiénes eran mi padre y mi abuelo materno y cómo yo intentaba convertirme por mi propio esfuerzo en una dama educada. Él parecía pensar que yo lo era ya por mi cuna.

Durante un instante, lady Garribardine mostró una expresión de disgusto. También ella tenía, a veces, que dominar sus instintos, y que esforzarse en afirmar sus propósitos, maduramente elaborados, en contra de los deseos de su corazón. Uno de sus antepasados había cargado de cadenas a uno de sus servidores, sólo por vanidad. Pero su serena inteligencia ahuyentó de sí tal recuerdo tan pronto como surgió. Lady Garribardine sonrió.

—¡El Duque, que dice a veces que no puede resistir a la gente ordinaria, y sale disparado del salón! ¡Catalina Bush, es usted una descarada, hija mía!

Catalina se rió en voz baja.

—No dijo eso exactamente, pero se marchó muy pronto.

—A enemigo que huye...—dijo la señora.—Pero creo que hará usted bien en no permitirle que vuelva a la sala de estudio. Sería dar que hablar a Marta.

Catalina se puso como la grana. ¡Que la creyese tan estúpida su señora...!

—No intento que vuelva. Es una cosa difícil... Aun los caballeros más correctos no siempre saben mantenerse en su luga:

—¡El lugar de un hombre está siempre junto a la mujer con la que desea hablar...! ¡No olvide usted esto, hija mía!

—Pues es una cosa un tanto indigna, y con ello colocan a la mujer, a veces, en una posición falsa.

—Pero las mujeres prefieren esto a la indiferencia. Con las mujeres ocurre una cosa muy curiosa: ni a las más mojigatas les disgusta saber que ejercen una atracción física sobre los hombres. Y lo mismo pasa con los hombres de excepcional capacidad intelectual, que se muestran más satisfechos de que se les atribuya una gran virilidad, que de todas sus otras dotes espirituales. Virilidad: es decir, una cualidad de la que participan hasta los animales inferiores; espiritualidad: una dote que ha recibido de Dios. El exceso de civilización acaba siempre en un puro salvajismo animal. Y me parece que nuestro cielo se está cerrando y que el fuego acabará con todo, a menos que vengan sobre nosotros de nuevo unas oscuras edades de ignorancia que nos hagan otra vez lo suficientemente sencillos para que todos creamos en Dios.

En aquel punto, como su secretaria se dirigiera hacia la puerta, observó la señora, un poco fuera de propósito:

—Escúcheme bien, joven; ¿cree usted poseer una naturaleza hecha para amar verdaderamente, o se propone dejar que venza siempre la cabeza?

—Yo... No lo sé—respondió vacilante Catalina.

—El amor es la única cosa sublime que hay en la tierra. Le recomiendo que esta noche, antes de que venga usted a comer, lea las CARTAS DE ABELARDO Y ELOFSA.

* * *

El Duque habló un rato de política, cuando fué a ver a lady Garribardine; después, de libros, de ideas y, al fin, de Gerardo. En el fondo, ¿era feliz con Beatriz?

—Sí; son una buena pareja. Beatriz carece de capacidad para las emociones sencillas. Es una mujer sin sexo, de buenas maneras y de un inconsciente buen humor. Sigue cada uno su propio camino.

—Pero Gerardo ha sido siempre un ardiente amador. ¿No ha habido emociones para él desde los tiempos de Alicia Southerwood?

—Una pasión fugaz hacia Lão Delemar, y desde entonces una profunda devoción hacia otra persona... que no le ha correspondido, según creo. Pero es una cosa que le ha beneficiado.

El Duque se sintió inconscientemente aliviado.

—¿No correspondido? He ahí una experiencia nueva para él. Gerardo posee todas las cualidades necesarias para agradar a las mujeres.

—Pero ésta es demasiado orgullosa y demasiado inteligente para poner ni por un instante su pensamiento en un hombre casado.

—¡Es una muchacha, entonces! ¡Una cosa que no encaja en los gustos habituales de Gerardo!

—Sí... Mordryn; ¿piensa usted abrir pronto su residencia de Valfreyne?

—En seguida. Invitaré a mis amigos para la Pascua de Pentecostés, si usted me honra haciendo de señora de la casa.

—Muy bien... Supongo que podré llevar conmigo a mi servidumbre. ¡Es una lista larga! Yo no puedo resistir esos barullos sin Stirling, James, Harmon, mi chófer y la señorita Bush.

—Todos serán bien recibidos... especialmente la señorita Bush. Cuando tuve el placer de hablar con ella me pareció una muchacha sumamente inteligente.

—Sí; es una criatura maravillosa. He pensado casarla con sir John Townly.

El Duque, inclinándose hacia adelante, dijo con aire escandalizado:

—¡Qué crueldad, Sara! John Townly tiene lo menos sesenta años.

—Mi querido Mordryn, tiene sólo siete años más que usted; y usted está aún en la primavera de la vida. Los pobres no pueden elegir; es una muchacha que no tiene familia. No es esta la única razón por la que le conviene sir John. Le conviene bajo todos los aspectos. Supongo que en mi calidad de

Biblioteca Nacional de España

señora de la casa me permitirá usted invitarle para la Pascua de Pentecostés, ¿verdad?

— Naturalmente; pero líbreme de esas viudas ultramodernas y de esas gentes que me crispan los nervios.

Rióse Sara, y ambos confeccionaron la lista.

Cuando hubo marchado el Duque a vestirse, quedóse ella largo rato contemplando el fuego, un poco emocionada, pero satisfecha de su meditación.

— ¡Este Mordryn! Gerardo y el salón de fumar le han quitado el sosiego. Mas le ha tranquilizado la desagradable observación de que Gerardo es un hombre casado. Sir John era magnífico, pero Mordryn no es un necio. Tengo ahora que ponérselo enfrente por todos los medios posibles. Después de todo, no estoy segura de si la llevaré a Valfreyne.

El Duque, mientras se vestía, se decía que no comprendía a las mujeres, Sara, una criatura con un corazón todo bondad, estaba dominada por esa afición casamentera que parece un instinto inevitable entre su sexo; diríase dispuesta a hacer que aquella joven tan vivaz, tan fascinadora, se consumiese en los brazos del viejo John Townly! Era una idea sencillamente indignante, a pesar de que los pobres no pueden elegir. Y luego le pareció ver de pronto al subastador, su padre, y a su abuelo, el carnicero, y también el hogar de *Bindon's Green*.

Bajó a comer con escaso humor.

Capítulo XXVII

El domingo de Pascua, en la iglesia, Catalina se sentó en un sitio en el que podía ser vista desde el banco de honor, situado junto al presbiterio, sin volver la cabeza. No tenía nada de sorprendente, pues, que el Duque encontrase muy de su gusto el sermón, aunque algo corto, y que sus ideas siguiesen el curso que en otra ocasión habían seguido las de Gerardo Strobridge en aquella misma iglesia.

¡Qué rostro tan encantadoramente ovalado el de aquella muchacha y qué admirable blancura la de su cutis! ¿Que ideas se ocultarían tras una cara de expresión tan inexcrutable? La boca y el mentón eran firmes de líneas. Y sus rojos labios, aunque firmes también, parecían una cosa peligrosa. Sus cabellos tenían un aspecto extraño y su indumentaria revelaba excelente gusto. Pero había algo en todo aquello que parecía increíble. Era como si en ella hablase la voz de la sangre. Ninguna de las damas invitadas al palacio realizaban como Catalina el ideal que el Duque tenía de lo que debía ser una lady.

¡Y, además, había hablado ella de amor! Admitió que algo sabía acerca de ello. Hasta le dijo que el amor "hace que una mujer se sienta loca, agitada, desequilibrada, animal, mas también maternal y protectora", pero que no podía adivinar cómo sería el amor cuando llegase a afectar al alma. Bien; ¡la fase que ella conocía no carecía de encantos! ¡Qué ojos tan extraordinarios y tan tentadores los suyos! ¿Y quién sería "él"? De seguro que no era ningún vecino de *Bindon's Green;* debía de haber sido siempre demasiado refinada para esto. Gerardo, tampoco. Una mujer que alguna vez se ha sentido emocionada ante un hombre, no puede mirarlo ya con aquella serena calma con que la señorita Bush miraba a Gerardo. ¡Por la maldita circunstancia de que no era una invitada como las demás, tenía que privarse del placer de pasar la tarde charlando con ella acerca del amor y de todas sus facetas, paseando por los soleados senderos del jardín cercado, protegidos contra el viento del Este! ¡Qué hermosos eran sus cabellos! Tenía una frente de reina. ¡Qué bien sentaría sobre ella una corona ducal de diamantes! Algo así le daría probablemente sir John. Estos nuevos ricos — gentes que, a lo sumo, no tienen más que un abuelo presentable — saben comprar cosas modernas de relumbrón. Una cabeza así, haría honor a las joyas de familia. Recordaba ahora de una cierta corona que perteneció a una Duquesa, allá en los tiempos de la Regencia, y que ahora estaba en el joyero de familia, que le habría de sentar admirablemente. Italia... También habló de Italia; nunca había

estado allí. ¡Qué excelente compañera para recorrer Italia! Sabía intuir de una manera inmediata el espíritu de los países. ¡Qué bien supo comprender el Eothen!

Pero la gente comenzaba ya a levantarse. El sermón había concluído. ¡Excelente Woolman!; sermón fué aquel mucho más breve que de ordinario. ¿Regresaría Catalina cruzando el parque? De seguro que sí; y él tendría que ir en el auto. Las gentes llegan a hacerse miserablemente esclavos de la civilización.

Cuando todos se hubieron reunido en el *hall*, en espera del almuerzo, el Duque se acercó muy desesperado a Catalina.

— ¿Podré encontrar refugio para esta tarde en aquel pacífico remanso, señorita Bush? Ya lo vé; hace un tiempo endiablado y no es posible jugar al *tennis*.

— No; me parece que no.

— ¿Quiere usted decir que no habrá *tennis* o que no habrá refugio?

— Las dos cosas.

— ¿Por qué?

— La sala de estudio no es lugar de recibir a los invitados, y la tarde del domingo es la única ocasión en que puedo sentarme a solas en mi butaca para leer.

— Yo no ocuparía más que el borde de la mesa, si me permite ir — dijo en tono suplicante, — y podríamos charlar sobre lo que usted leyese.

Catalina le dirigió una mirada de reproche.

— Su Gracia debe saber que es por completo imposible el que vuelva a la secretaría. Podría acarrearme alguna censura. ¿Es eso ser bueno conmigo?

Instantáneamente se mostró apesadumbrado.

— ¡Perdóneme! Veo que mi proposición no era caballerosa. Una vez más, ¡perdón!

Catalina, sin responder palabra, se agregó al grupo de los comensales. Por fortuna, durante el almuerzo, el Duque pudo contemplar su rostro, que parecía más bien triste. Se sentía agitado por emociones encontradas, y, aunque seguía lloviendo, se fué a primera hora de la tarde a pasear a solas.

Evidentemente, una mujer y un hombre con la posición que ellos dos ocupaban en la vida no podían verse ligados más que por un género de lazos. Pero todo lo que en él había de sentimientos delicados se rebelaba ante tal razonamiento. Aquella orgullosa cabeza no podría nunca rebajarse a la situación de amante. Era necesario rechazar tan absurda idea, todas sus ideas acerca de Catalina, salvo la de que le sería grata su compañía cuando la suerte le permitiese charlar un minuto con ella.

Una vez de regreso en su país, había múltiples cuestiones en las que tenía que pensar: sus deberes políticos, a los que las trágicas circunstancias de su vida le obligaron a renunciar durante mucho tiempo, la renovación de su casa de Londres, los planes para la estación próxima, abrir de nuevo su residencia de Valfreyne, etc.

Y, a propósito, ¿qué habitaciones destinaría a Sara y a su secretaria cuando fuesen por Pascua? Las de estilo veneciano en la planta baja del ala de poniente. Sara tendría el dormitorio, el salón y el gabinete que daban al parque, y la señorita Bush, el otro dormitorio más pequeño tapizado de damasco verde. ¿Y cómo marcharían allí las cosas? Catalina sería entonces su huésped, y se la trataría con todos los honores. Se acabaría aquello de entrar en el salón después de haber comido, o ser admitida a almorzar cuando había que completar el número.

Pero, ¿y con qué objeto? Era una ridícula debilidad entregarse a aquellos pensamientos y recrearse en ellos. Sería preferible volver al palacio y conversar con algunos de los recién llegados..., ¡con aquella deliciosa dama que no había intentado aún hacerle caer en sus brazos!

Catalina se sentó un momento en la secretaría, pero no se entregó a la lectura. A través de la ventana, había visto un instante al Duque, que cruzaba por el fondo de la rosaleda. Al verlo, se sentó en la butaca y empezó a meditar.

¿Sería insuperable la barrera que representaba la enorme diferencia de sus respectivas posiciones? Después de todo, ya había habido duques que se ca-

Biblioteca Nacional de España

saron con actrices, pero ella no aceptaría nunca una posición como la que tuvieron que ocupar tales Duquesas. No llevaría las hojas de fresa y la corona ducal mientras no pudiese hacerlo con todo honor y con la simpatía y la aprobación de las gentes que la conocían. Pero existía aún otro aspecto de la cuestión; el recuerdo de aquellos tres días con lord Algy. Este episodio no había producido en ella el más leve remordimiento, excepto aquella noche en que oyó hablar de la boda de Gladys; y durante el curso de su amistad con Gerardo, solo en aquella ocasión en que volvió a ver por vez primera el hotel en París.

Pero ahora se sentía preocupada por la idea de lo que diría el Duque si conociese esta circunstancia de su vida. Con sus elevados puntos de vista, con su orgullo, y con el gran respeto que hasta ahora mostraba hacia ella, el descubrimiento de estos hechos los apartaría inevitablemente. Y si continuase ignorándolo y se casase con ella, el secreto temor de que algún día descubriese la verdad pendería, como una espada de Damocles, sobre su cabeza. De una manera insidiosa, pero también inevitable, destruiría la armonía y el perfecto equilibrio de su espíritu, que tan necesarios le serían para poder desempeñar con éxito su papel de Duquesa; se exponía con ello a desbaratar su vida entera.

Vió, con más claridad que nunca, que toda idea pensada, toda acción ejecutada acarrea inexorablemente sus consecuencias. De aquí la tremenda necesidad de ser prudente.

Mientras no gozase de una perfecta paz interior, comprendió que no tendría la fuerza necesaria para impulsar sus propios deseos; perdería la confianza en sí misma y fracasaría en la consecución de sus aspiraciones. Todo esto lo vislumbró de una manera indudable y clara. Su inteligencia, de rigurosa lógica, pesaba todas las cuestiones despreciando los sentimientos, sin dejarse influir por un criterio ortodoxo de moralidad, cuando tales ideas ortodoxas no se apoyaban, a su juicio, sobre las normas elementales del sentido común; por lo cual no se sentía culpable de aquella su aventura con lord Algy. Ambos eran libres para hacer lo que hicieron, y no habían ocasionado perjuicio a nadie. No le parecía que aquello fuese un pecado; cuando tales acciones no están sancionadas por la costumbre, acarrean inevitablemente, a los que las cometen, la pena moral asignada a quienes infringen las leyes, aunque no sea más que una pena convencional.

Pero, aparte de todo esto, se sentía turbada por otra emoción en absoluto nueva. Había surgido en su pecho de una manera súbita, con aquel extraño temblor que la invadió cuando el Duque besó su mano. ¿Llegaría el Duque a significar para ella, como hombre, algo de lo que Algy había significado, independientemente de su ducado, que le serviría de medio para satisfacer sus ambiciones?

¡Qué emoción tan sutil, tan extraordinaria, la que había experimentado! Necesitaba mantener firme su cabeza; convenía que no se entregase a tales ideas. ¡Qué odioso, qué insufrible le sería ver un día el disgusto y el desdén expresados en aquellos ojos de un azul profundo, en lugar de la mirada de rendido homenaje que había precedido a su beso!

Pero después se enfadó consigo misma. El temor parece atraer inevitablemente aquello que se teme.

No debía sentir ni temor ni pesar. Debía desarrollar su plan de un modo inteligente; si notaba que la decepción se le hacía insoportable, necesitaba tener el valor necesario para afrontar las consecuencias de su conducta pasada, confesarse derrotada y abandonar la partida. Echóse a pensar en la posibilidad de que se descubriese su pecado. Lord Algy nunca divulgaría su secreto; ya supuso ella esto cuando eligió como su iniciador a un aristócrata. Quedaba sólo Hanson, el criado, quien la había visto con bastante frecuencia para poder reconocerla. Pero ignoraba su verdadero nombre y no se había interesado por ella, demasiado acostumbrado, quizá, a los caprichosos cambios de su señor, para fijarse en los rasgos de cada persona. Por otra parte, había cambiado tanto desde aquellos días, que si por ventura Hanson la recordaba no la reconocería al verla ahora.

Eran, pues, escasísimas las probabilidades de que el Duque pudiera enterarse de su aventura.

Todo ello quedaba reducido así a una cuestión cuya decisión dependía sólo de la rectitud de su conciencia. El sentido común le dictaba que no había llegado aún el momento de escrutar de aquel modo en su propio corazón; y que debía concentrar todas sus energías para obtener un resultado provechoso de la impresión causada en la imaginación del Duque; una impresión que debía ser superior a los prejuicios de clase.

Se fué quedando, pues, cada vez más tranquila, y al fin se durmió junto a la chimenea; en la mano conservaba aún las CARTAS DE ABELARDO Y ELOÍSA.

Se despertó al poco rato, cuando entró lady Garribardine. Rápidamente se levantó de su asiento.

— Siento mucho haber perturbado su bien ganado derecho al reposo del domingo, señorita Bush; pero algunos de nuestros huéspedes se muestran cada vez más disgustados con la lluvia. Tenga usted la bondad de ocuparse de ellos en el salón y de acompañar al piano a los que canten. Creo que no han sido bien elegidos los invitados a esta reunión. Hay en casa elementos muy heterogéneos.

Catalina estaba cumpliendo afanosamente con su deber, cuando llegó el Duque. No intentó acercarse a ella, sino que permaneció junto a la gran chimenea del centro del salón, charlando con uno de los recién llegados, aunque sin aquel aire resignado, como el del que hace de la necesidad una virtud, que era en él habitual durante sus conversaciones con las tres encantadoras damas que intentaban sugestionarle.

Estaba satisfecha de poder contemplarlo a sus anchas desde el piano. ¡En verdad era un hombre atrayente! Tenía aquella misma expresión llena de un humor levemente cínico que con frecuencia aparecía en el rostro de lady Garribardine. Su figura era perfecta, lo mismo que su indumentaria, a pesar de su aire de tiempos que ya pasaron.

Por un segundo le pareció a Catalina sentir un hormigueo en aquella parte de la mano en que el Duque había posado sus labios, y creyó experimentar de nuevo la conmoción inefable que la dejara sobresaltada y temblorosa. Se sentía disgustada de tener que acompañar al piano; aborrecía en aquel momento su posición subordinada. Buscaba un desahogo a sus sentimientos pulsando las teclas con violencia. Ninguno de aquellos jóvenes podía igualar los encantos del Duque. ¿De qué estaría hablando con aquella dama? ¿De libros interesantes? ¿De algún amigo de ambos, quizá? Le gustaría oírles, pero no era posible. El Duque parecía hablar ahora con escasa animación; Catalina oía de tanto en tanto su voz, aunque no podía entender sus palabras.

El anillo de esmeralda lanzaba vivos destellos ante la lumbre de la chimenea. Se preguntaba Catalina si habría alguna historia relacionada con aquel anillo. No era frecuente que una persona llevase un anillo tan grande y tan extraño.

Hubiera sido delicioso haberle dejado acudir a la secretaría y haber charlado con él sobre la historia del anillo. Y ahora Catalina suspiraba mientras se dirigía con los demás invitados a tomar el té.

Al poner la taza en las manos del Duque, sus miradas se encontraron. En los ojos de Catalina había una expresión inescrutable. Estaban empañados por una ligera sombra de tristeza. Pero actuaban sobre él como un poderoso imán, por lo que el deseo de hablar con ella le obligó a usar consigo mismo de argumentos sofísticos.

¿Qué perjuicios podrían derivarse de una breve conversación ocasional? Y se sentó junto a Catalina.

— ¿Ha descansado usted ya suficientemente en su butaca, señorita Bush?

— Sí; creo que sí... He estado clasificando cosas y poniéndolas en los anaqueles y estantes de mi cabeza. Espero que no habrá cogido mucha humedad en su paseo. Ya le he visto desde una ventana, pasando por el fondo de la rosaleda.

— Me hubiera gustado que hubiese salido usted; el aire era fresco, y a veces da gusto recibir la lluvia en el rostro. ¿De modo que ha estado poniendo cosas en los estantes de su cabeza? Entonces, aquello sería antes un caos...

— En parte, sí.

Biblioteca Nacional de España

— ¿Y qué es lo que ha producido semejante perturbación?

— Pues... — dijo con una entonación particular — me gustaría mucho saberlo. A veces parece que se nos abren horizontes nuevos en la vida, ¿verdad?; y en ese momento necesitamos ver las cosas bajo una perspectiva nueva.

— Es muy cierto.

— Entonces necesitamos echar mano de toda nuestra ecuanimidad para planear nuestros proyectos cuidadosamente, evitando que la emoción nos arrastre a una concepción equivocada de las cosas.

El Duque parecía muy interesado. ¡Con cuánta exactitud estaba describiendo su propio estado de espíritu! Pero ¿por qué causa surgían en ella tales ideas?

— Es en extremo difícil ver las cosas tales como son, cuando entran en función las emociones — dijo él; — y en cambio ¡qué oscuro aparece todo cuando la emoción no existe!

Catalina le miró; había en su dominadora mirada una pasión rebelde y reprimida. Súbitamente sintió el Duque que su corazón latía con violencia. Pero no pudieron cambiar más frases que éstas, porque Blanca Montague vino a sentarse en un sofá próximo a ellos, lanzando al Duque unas miradas que eran un discreto reto. Catalina entonces dejó de prestarle atención, consagrándose a atender a otros huéspedes.

Aquella noche no volvió al salón. Preguntó a su señora si se la podía excusar de asistir, puesto que, en el caso de que no necesitasen sus servicios, tenía muchas cartas que escribir.

En vano la buscó Mordryn; procuró, como por azar, encauzar la conversación para indagar la causa de su ausencia, mientras hablaba con la anciana Gwendoline d'Estaire, quien, por lo que llevaba observado, era muy afecta a la muchacha.

— Me parece que esta noche debe de estar fatigada, y que ha rogado a Sara que la dispense de asistir. No creo que le haya ocurrido nunca una cosa parecida. Es una muchacha muy digna de afecto; no sé cómo se las arreglaría Sara sin ella; todos la queremos mucho. Proceda de donde proceda, cosa que a mí no me preocupa, es una señorita muy educada.

— ¡Ya lo creo! — respondió cordialmente el Duque. Y se preguntó luego por qué se sentiría fatigada y qué sería lo que había puesto en sus ojos aquella sombra de tristeza y aquella expresión de rebeldía. ¿Hirió, tal vez, su susceptibilidad al proponer su visita en la sala de estudio, exponiéndola al riesgo de acarrearle alguna censura? Comprendía que era obligado en él ofrecerle sus excusas respecto a aquel asunto. Fué una cosa impremeditada por su parte, pero también poco amable. No había razón para dejarlo para el día siguiente. Y a aquella Gwendoline, que era de buen fondo y un poco simple, ¿por qué no la había de utilizar para desarrollar sus planes, si seguía disminuyendo cada vez más la posibilidad de ver a la señorita Bush? Cuando al fin se fué al lecho no se albergaban en su corazón ni la satisfacción ni la felicidad.

Le gustaba levantarse temprano; durante la mañana del lunes de Pascua, paseaba solo por la rosaleda, alrededor de las nueve. A aquella parte cerrada del jardín no daban otras ventanas que las del ala en que estaba enclavado el salón de fumar, las de la galería de cuadros y las del *hall* principal. Había llegado hasta el fondo del jardín, cuando le pareció ver a distancia, en un recodo del camino, entre la maleza, la silueta de Catalina que desaparecía hacia el parque. ¡Era una suerte, en verdad! Corrió tras ella y la alcanzó cuando entraba en una senda que atravesaba los matorrales. Llevaba un cestillo con huevos frescos y una botella negra.

— ¿Va usted muy lejos, señorita? — preguntó mientras se quitaba el sombrero y se ponía a caminar a su lado.

— Voy a llevar esto a la señora Peterson, en la última casita. No ha estado muy buena estos últimos días.

— ¿La mujer de Jacobo?

— Sí.

— Entonces ¿puedo ir yo también? Me conviene hacer un poco de ejercicio. Tómelo usted así, como si fuera eso, pues sospecho vivamente que si yo le dijese que lo hacía sólo por el placer de estar a su lado, me obligaría usted a no acompañarla.

— Aunque no debiera tener que llegar a hacerle esta prohibición, supongo que me vería forzada a ella.

Estaba encantadora con su bata de confección casera y su sombrero verde de fieltro. Aunque el viento no había hecho que se coloreasen sus mejillas, encendió sus orejas como dos rosas rojas. Parecía como la encarnación de la juventud, de la salud y de la vida. No tenía nada de ascético su tipo. Cualesquiera que fuesen sus dotes intelectuales, la Naturaleza se afirmaba en ella de una manera rotunda. Admiraba el Duque aquellas formas de líneas finas y airosas, y pensaba — como había pensado antes Gerardo — en lo majestuosa que llegaría a ser su figura si se casase y tuviese hijos. Sir John...; ¡pero era mejor no pensar en sir John!

— ¿Quiere usted que en esta turbulenta mañana de marzo olvidemos todos esos estúpidos convencionalismos y volvamos a aquel estado en que se encontraban nuestras relaciones cuando nos despedimos en casa de Gerardo Strobridge?

— Sería muy agradable.

— ¿Hacemos un contrato, entonces?

— Sí.

— Yo no volveré a ser "su Gracia" y usted no volverá a mentarme cada dos minutos que es la secretaria de lady Garribardine.

— Muy bien.

— Si usted recuerda, nuestra conversación quedó cortada en una pregunta que me hacía; me decía usted si hay algo en el amor, más allá del aspecto apasionado que confesó conocer ya.

— Sí, lo recuerdo.

— Creo que, en efecto, hay algo más; algo que por sí sólo sería incompleto. El amor para ser duradero, debe ser a la vez pasión e idealismo; pero ¿dónde se puede encontrar una combinación tal en nuestros tiempos? La emoción que la mayor parte de las gentes llama amor está compuesta de egoísmo y de una leve y efímera exaltación de los sentidos. Pero cualidades tan divinas y tan anticuadas como la devoción, la ternura, y la abnegación, son casi desconocidas.

Catalina no respondió; presentes en su memoria estaban las CARTAS DE ABELARDO Y ELOÍSA. Un pasaje de la primera carta de Eloísa le había interesado profundamente:

"Si hay aquí abajo algo que propiamente puede ser llamando felicidad, estoy segura que consiste en la unión de dos personas que se aman entre sí con perfecta libertad, que están unidas por una secreta inclinación y cada una se satisface con los méritos de la otra. Sus corazones están henchidos de amor y no resta espacio para ninguna otra pasión; gozan de una perpetua tranquilidad, porque se sienten alegres."

Y ahora, como si su espíritu se iluminase de súbito, adquirió la convicción de que aquello era verdad y que el hombre que caminaba a su lado, que hablaba con aquellas entonaciones exquisitas y que la miraba con sus profundos ojos azules, podía inspirarle toda la pasión, toda la devoción y toda la ternura que Eloísa sintió en otro tiempo. La magnitud del descubrimiento la hizo permanecer en silencio y con los ojos bajos.

El Duque esperó a que hablase, pero como no lo hiciese, se inclinó hacia adelante y la miró a la cara. Aquellos ojos, que al fin se encontraron con los suyos, tenían una mirada conturbada y dulce, no aquella magnífica serenidad de águila que era en ellos habitual.

— No hablemos más del amor — dijo ella. — Es un tema escurridizo y es mejor dejarlo. Ayer leía yo las CARTAS DE ABELARDO Y ELOÍSA, y en lugar de hablar de amor creo preferible recordar la sabiduría de esta frase de Abelardo: "¡Cuán gran ventaja sobre otros hombres nos daría la filosofía si al estudiarla pudiésemos aprender a gobernar nuestras pasiones!"

Mordryn sonrió.

— Concluya usted el pasaje — indicó, — ¿o quiere que lo haga yo? "¡Qué esfuerzos, cuántas recaídas y qué agitaciones nos hacen sufrir! ¡Y cuán largamente nos vemos sumidos en esta confusión, incapaces de lograr que nuestra razón domine en nuestra alma y regule nuestros afectos! ¡Qué fatigosa tarea es el amor!" Los filósofos recuerdan a Abelardo como a un gran sabio, los moralistas como a un gran maestro, pero si aún perdura su memoria, no es

Biblioteca Nacional de España

por su sabiduría o su filosofía, sino por su profundo y apasionado amor.

Catalina suspiró.

—Creo que en verdad el amor es una cosa divina, pero, si a usted le parece, es mejor que no hablemos de ello. Luego, por contraste, la vida ordinaria resulta más vulgar y más gris.

El Duque se sentía lo suficientemente dueño de sí mismo para comprender que era discreto seguir el consejo de Catalina. Sería poco prudente discutir sobre el amor, en una mañana de marzo, con la más atractiva y la menos asequible de las jóvenes, por lo que cambió de tema expresando su arrepentimiento por haber ido a la sala de estudio. Le mortificaba la idea de que su caballerosidad estuviese en entredicho.

Charlaron de muchas cosas sin referirse a casos concretos; de evolución, de ética, de aspiraciones y teorías; y al fin dijo Catalina:

—¡Qué situación tan gloriosa la de usted! ¡Poseer, por derecho propio, todo lo que hay de noble en la vida, tener oportunidad de dejar expansionarse el alma hasta las más altas regiones, sin malgastarla en la lucha por elevarse sobre la humilde arcilla!

Sus ojos brillaban, y había un trémolo apasionado en su voz.

—Usted y todos los aristócratas tienen que dar gracias a Dios.

Más tarde, Mordryn juzgó que había sido una suerte el que en aquel preciso momento llegasen a la puerta de la lejana casita, al abrirse la cual se rompió el encanto; tan profundamente conmovido estaba, que no podía asegurar cuál hubiera sido la respuesta.

La señora Peterson se hallaba mucho mejor, según parecía, y Catalina se propuso permanecer a su lado durante media hora. Salió a la puerta y rogó al Duque que no la esperase.

—Regrese usted sin mí. He sido muy feliz...; no vuelva a hablarme en todo el día, se lo ruego..., tenga la bondad de recordar quién es usted y quién soy yo, y déjeme a solas.

Y con intensa sorpresa ante tal actitud desconcertante, pudo ver el Duque de Mordryn que aquellos ojos de mirada intrépida se empañaban como en presagio de lágrimas.

Capítulo XXVIII

Mordryn pasó el día sumamente inquieto; le resultaba muy difícil entregarse a ninguna tarea. Le pareció prudente, cada vez que sus pensamientos se volvían a Catalina Bush, representarse en su interior el cuadro de *Bindon's Green*, el padre subastador de almonedas y el abuelo carnicero; lo cual obraba como un antídoto contra el poderoso tóxico que corría ya por sus venas.

Catalina, sentada a la máquina, ejecutaba mecánicamente su trabajo de la mañana, y aunque ponía en ello sus manos y sus ojos, su espíritu estaba agitado por otros pensamientos. No, aquel juego con el Duque no podía continuar; el Destino la había vencido. Al cabo y al fin, ella era una mujer y él un hombre; y el ducado quedaba ya en muy segundo plano.

Mordryn poseía todo lo que a Algy le había faltado; no podría permanecer media hora a su lado sin sentirse dominada por la pasión.

Su inteligencia, extraordinariamente cultivada, haría siempre de él un hombre interesante. La encantaban sus puntos de vista, su inconsciente arrogancia semejante a la de lady Garribardine, siendo, sin embargo, tan espontáneo y expansivo. ¡Cuánto podría remontarse ella si él la guiaba! ¡Qué felicidad, buscar en sus brazos refugio contra todas las cosas!

No le parecía viejo. Aparte de sus cabellos, tupidos y de un gris de acero, y de aquella expresión como de haber sufrido mucho, que de vez en cuando se asomaba a sus ojos de altiva mirada, no había en él ninguna de esas señales que los años van dejando y que son enemigas del amor. Podría despertar aún durante muchos años el amor apasionado de las mujeres. ¿Y qué es la edad, a fin de cuentas? Una ridícula fantasía. El alma es lo que importa.

Catalina comenzaba a creer que también ella tenía un alma, y que Otto Weininger se equivocaba respecto a los

individuos, aunque sus deducciones eran acertadas en cuanto a la mayoría de las mujeres.

* * *

Algunos oficiales de la Guardia vinieron a almorzar desde Windsor; había tanta gente, que no fué precisa la asistencia de Catalina, por lo que el Duque no la vió hasta la hora del té. Deliberadamente se dejó atrapar por una de aquellas tres Gracias y no se acercó a Catalina; y cuando ésta entró en el salón, después de la comida, no vió al Duque por ninguna parte. Un ministro de la Corona, uno de los pocos a quienes lady Garribardine juzgaba lo bastante eminente para ser recibido en Blissington, había llegado aquella tarde, y el Duque con la señora de la casa y algunas otras damas y caballeros formaban grupo en el pequeño saloncito rojo, en animada conversación; mientras tanto, gran parte de los restantes, bailaban en el *hall*. Catalina, que se encontraba entre los últimos, se encaminó al poco rato hacia la vieja sala de estudio.

A lo que parecía, su Gracia estaba cumpliendo el deseo de Catalina; pero a la joven le producía con ello escasa satisfacción.

Más tarde, Mordryn se fué a beber su última copa de Rhin con seltz al *boudoir* de su vieja amiga, donde solían charlar un ratito a solas.

—Es usted muy amable, Mordryn, quedándose durante tanto tiempo—le dijo.—Sobre todo, teniendo en cuenta que las distracciones que yo esperaba proporcionarle se han hecho para usted tan atractivas como una plaga de mosquitos. Espero, no obstante, que no se habrá aburrido demasiado.

—Nunca me aburro con usted, mi querida amiga.

—No; esto ya lo sé. Pero en una gran reunión como esta no puedo consagrarle todo el tiempo que yo quisiera. Vuelva usted cuando estemos más tranquilos, como lo ha hecho otras veces, y podré encontrar una novia que le convenga.

El Duque parecía estar invadido por el mal humor, y no recibió esta proposición con el alegre tono con que había comenzado la visita.

Replicó sombríamente que, si tenía que casarse, había decidido elegir algo juicioso y claro: sabía que no podría amar ya a ningua mujer; todo lo que deseaba era una criatura sana, tranquila, bien educada y de buen sentido, que no le molestase.

La vida era una odiosa desilusión y una cosa difícil de comprender; lo más que uno podía esperar realizar en ella era el esforzarse por cumplir con los deberes propios de su posición.

Pero a esto respondió lady Garribardine exclamando vigorosamente:

—¡Bah, bah! ¡Habla usted como un joven desgraciado en amores, Mordryn! Si tuviese sólo veinticinco años, vería ante sus ojos una perspectiva más deliciosa. "¡Si la juventud supiese, si la vejez pudiese...!" es una exclamación que brota de un corazón sabio y envidioso. Pues bien: usted "sabe" y "puede"; ¿qué más esperaría del Destino un hombre? No es posible oírle con paciencia. Yo no deseo sólo que cumpla con las obligaciones de su posición; eso lo ha hecho usted siempre. Su vida entera ha sido una continuada realización del "nobleza obliga". ¡Yo quiero que avente todos los recuerdos, Mordryn, y que sea feliz! ¡Ridículamente, infantilmente feliz! Hágame caso, ¡mártir del deber!

Mordryn la escuchaba con una sonrisa un poco amarga, y respondió:

—Ni usted ni yo sabríamos conducirnos así, Sara... No podríamos hacer lo que dice, ni aunque fuésemos jóvenes; la tradición y las obligaciones propias de nuestra clase pesarían sobre nosotros hasta el fin de nuestros días, querida amiga mía.

Después se despidió de ella, porque a primera hora, a la mañana siguiente, se marchaba a una de sus posesiones, en el Norte. Así que lady Garribardine se quedó a solas, no se mostró intranquila, ante el curso de los acontecimientos, como cuando marcharon sus invitados en anterior ocasión; ahora sonreía satisfecha, decidida al fin a llevar consigo a su secretaria a Valfreyne, durante la Pascua de Pentecostés.

—El hombre propone—reflexionaba

Biblioteca Nacional de España

sagazmente, — pero Dios dispone a veces en favor de las mujeres inteligentes.

* * *

A la semana siguiente los habitantes de Blissington se trasladaron a *Berkeley Square*, para pasar la *season*, y las obligaciones de Catalina se hicieron más pesadas otra vez.

Muy pronto tuvo lugar su primer encuentro con Gerardo Strobridge; después del almuerzo, pasó desde la biblioteca a la habitación de la secretaria.

— Cuénteme ahora detalles acerca de todo — dijo. — He sabido por Gwendoline que bajaba usted al salón todas las noches y que ha tendo un gran éxito. También sé que Mordryn muestra simpatía hacia usted, pues ha dicho a Gwendoline que la considera como la muchacha más inteligente que ha encontrado en la vida.

Catalina sonrió con una sonrisa un poco triste.

— Sí, es posible que haya pensado eso; pero por ahora la secretaria se ha tragado a la invitada. No sé si volverá a hablarme de nuevo.

— Pero ¿será capaz de portarse tan mal? ¡Pobre Mordryn! ¡Sin duda, se siente atormentado! Mas yo creo que no es una persona débil. Si está en realidad interesado por usted, arrostrará todos los convencionalismos, o en otro caso huirá de la tentación. — Luego, cambiando de tono, preguntó ansiosamente:

— Catalina, ¿ha empezado usted a interesarse por él?

— Sí.

— ¿Mucho?

— No lo sé, puede llegar a interesarme mucho; me gusta bajo muchos aspectos: me gusta su tipo y su inteligencia... y todo él. Me hace sentir algo que yo no había sentido nunca. ¿Será que llegaré a amarle? No lo sé.

Por primera vez desde que se conocían, el señor Strobridge la vió vacilante, dócil y como desamparada. Se sintió profundamente conmovido. Tenía hacia ella tan grande afecto, que la ayudaría en lo que pudiese para que llegara a ser feliz. Se acercó a Catalina y se inclinó sobre la mesa.

— Querida mía; este mundo semeja todo él un fastidioso embrollo. Me parece adivinar, sin embargo, que, ocurra lo que ocurra, saldrá usted triunfante. Ya no volveré a verla, Catalina, hasta pasado el otoño. Me voy afuera, a Rusia ahora; intentaré una vez más no pensar en usted.

Así, pues, hasta su único amigo se alejaba de ella. Bien; era necesario que conservase su serenidad. Le deseó un buen viaje y le dijo adiós. Y los días transcurrieron de prisa.

Matilde era ya la prometida de Charlie Prodgers. Se creía con ello persona importante y se sentía llena de alegría. Desde que fué anunciado su matrimonio, se iba distanciando cada vez más de su hermana. Unos celos instintivos y femeninos le hacían comprender que Catalina desearía encontrarse lo más lejos posible de su prometido.

— Al fin y al cabo, Catalina — decía cuando se reunieron en el Parque a conversar sobre aquellas novedades, — tú no eres de los nuestros, ni nosotros somos de tu clase. Yo me moveré ahora dentro del círculo de Mabel, y Mabel, ¿para qué ocultarlo?, no parece que te quiera con exceso.

— Sí, así lo creo — confirmó Catalina bajando humildemente los ojos, de modo que su hermana no pudo ver cómo chispeaban. — Supongo que en lo futuro no hemos de vernos con frecuencia, Matilde.

— Por mi parte, Catalina, yo tendré mucho gusto en tomar el té contigo, ahora como siempre — dijo con una risa forzada; — pero es mejor evitar las situaciones embarazosas, ¿no te parece, querida mía? Tú ahora no eres más que una sirvienta que recibe una soldada, ¿verdad? No vives como cuando estabas con "Liv" y "Dev", independientemente, y una tiene que mirar por la posición de su esposo, ¿no?; y ahora Charlie es jefe de su departamento, y muy exigente respecto a las personas con quienes me trato.

— Muy bien, Matilde, muy bien — la voz de Catalina sonaba con una suavidad vergonzosa, — y Charlie también tiene mucha razón. Veo que vais mejorando de posición, y muy pronto os veréis por encima de Mabel; no quiero ser para vosotros una rémora. Así, pues, de hoy en adelante nos escribiremos de cuando en cuando y no necesitas molestarte en venir a verme. Nosotras no coincidimos acerca de ninguna cuestión, pero yo recordaré siempre que fuiste buena conmigo cuando era una chiquilla enredadora.

— ¡Oh, Catalina! — dijo Matilde a punto de llorar; pues aparte el temor que sentía de reavivar el interés que su prometido había mostrado por su hermana, conservaba todavía una secreta afección hacia ella.

— Sí, fuiste entonces buena conmigo; pero ahora hemos llegado a un punto en que nuestros caminos se separan, y ambas estamos satisfechas; yo realizaré mis propósitos y tú cumplirás los tuyos.

Más tarde, de regreso hacia *Berkeley Square*, iba reflexionando profundamente. En realidad no existía eso que llaman afecto de familia, más que cuando entre los individuos había mutua simpatía y comunidad de intereses. Ellos, su familia, se hallaban tan satisfechos ante la idea de que habían sabido levantarse por encima de Catalina, como lo estaba ella al considerar que no tendría que rebajarse a participar de sus puntos de vista. Matilde era el último lazo, y ella misma había mostrado deseos de alejarse. Pensaba Catalina que, aparte el afecto sincero que le profesaba lady Garribardine, se encontraba sola en el mundo.

A no ser por estas ideas, que cortaban los vuelos de su audacia, hubiera podido mirar al futuro con esperanza de triunfo. Más tarde o más temprano, con la perspectiva de la visita a Valfreyne, y las frecuentes ocasiones de ver al Duque en casa de lady Garribardine, sabía que podría continuar atrayéndolo, si lo deseaba, y despertar en él un gran amor. Había entre ellos una sutil, inefable simpatía de ideas. Así como Algy creó en ella una pasión física y Gerardo había iniciado el cultivo de su espíritu, este hombre hacía vibrar hasta la última fibra de su cuerpo, de su corazón y de su inteligencia.

Mas una sombra se levantaba entre ellos: Catalina comenzaba a comprender el sentido de la antigua expresión de Horacio: "El negro procura sentarse detrás del caballero"; pero ella no se había esforzado aún por apartarlo de su mente, desafiando al Destino. Aquellos tres días de París comenzaron a obsesionarla hasta que, reprochándoselo severamente a sí misma, se puso a analizarlo de un modo completo. No debía examinar su pasado en tal forma. Debía recordarlo con gratitud, puesto que supo abrir ante sus ojos, por vez primera, un camino que ninguna otra cosa se lo hubiera mostrado; y confesaba que era en realidad dudoso que hubiese podido llegar a obtener la posición que ocupaba junto a lady Garribardine, y que Gerardo Strobridge se cuidase de su educación, sin la experiencia inicial que adquiriera en aquel episodio de su vida.

Era contrario a todos sus principios el permitir que una acción de su pasado viniese a proyectar sus sombras sobre los sucesos presentes. Necesitaba ahuyentar de su memoria aquel tema, y dejar el futuro en manos del Destino: ni ayudar a éste, con sus iniciativas personales, ni resistir su marcha, por una deliberada renunciación.

Parecía muy tranquila, pensaba lady Garribardine, y se preguntaba cuál sería la causa de ello. El Duque estaba en el Norte, haciendo algunas visitas, y cuando entre una y otra pasaba por *Berkeley Square*, no solía ver a Catalina.

Pasó abril, llegó mayo y, con él, la esperada Pascua de Pentecostés, que aquel año caía muy pronto. El domingo de Pascua fué el once de mayo.

— Necesita usted unos trajes decentes — dijo lady Garribardine una o dos semanas antes; — un vestido de noche y otro de tarde. Estaría bien el primero blanco, y el segundo, negro; pero me fío de su excelente gusto. Comerá todas las noches como una de las invitadas, y permaneceremos allá desde el sábado hasta el jueves.

— Será para mí una cosa bastante emocionante — confesó Catalina. — Muchas veces me he preguntado cómo debe de ser la casa.

— Es un inmenso edificio del siglo XVII, espléndido, verdaderamente ducal; todo ello está hecho en gran es-

Biblioteca Nacional de España

cala, y el Duque lo conserva en perfecto estado. Más que una casa, parece una residencia real, pero en algunos de sus rincones se encuentran varias habitaciones muy agradables. Le interesará y le instruirá a usted, joven. Debiera leer alguno de los volúmenes atrasados de "*Country Life*". Creo que lo describían hace unos tres años.

Catalina no demoró el hacerlo, y averiguó que era una construcción de 1680, con maravillosos jardines de estilo francés, con soberbias colecciones de cuadros y tesoros artísticos y con avenidas y lagos, canales y fuentes. Debía de ser, en verdad, una residencia llena de nobleza.

Llegarían antes del almuerzo, puesto que su señora haría de dueña de la casa, para recibir a los huéspedes que se presentasen por la noche. Cuando se acercaban a las puertas, Catalina sentía que iba a comenzar uno de los momentos supremos de su vida.

El parque era muy vasto, mayor aún que el de Blissington, con más espacios abiertos; desde lejos podía verse la casa como un inmenso y simétrico bloque. Hubieron de atravesar una indefinida sucesión de vestíbulos y salones, antes de ser anunciadas al Duque en su cuarto particular.

Era un amplio salón con estanterías de libros empotradas en el muro, cubriéndolo parcialmente, y rodeadas de una decoración en madera, debida a Grinling Gibbons, el gran escultor del siglo XVII; de las paredes pendían algunos bellos cuadros. Las cortinas y la tapicería de las butacas, eran de una magnífica seda antigua de color azul, desteñido ahora y con un delicioso tono verdoso, a juego con la hermosa alfombra de suaves tintas limón, rojo obscuro y gris.

Catalina se sentía realmente asombrada. Blissington era una hermosa mansión aristocrática, pero esto era un palacio. De repente, le pareció que el Duque se distanciaba de ella por miles de kilómetros, y se preguntó cómo había osado tratarle con familiaridad y censurarle por haber ido a charlar a la secretaría.

Se mostró humilde como un ratoncillo y no despegó los labios, después de las primeras palabras de saludo.

El señor de la casa avanzó hacia ellas, saludándolas con amable cordialidad. Tenía un aspecto magnífico con aquella holgada indumentaria casera. Todo el prestigio de su elevado rango, su poder, su altivez, acrecentaban sus naturales encantos, de suerte que Catalina se sintió un poco deprimida por la emoción que experimentaba. Cortés y altivo en sus maneras, en medio de su amabilidad, las acompañó por sí mismo, poco después, hasta las habitaciones venecianas.

— Iré, mi querida amiga — había dicho a lady Garribardine, — para comprobar si tiene usted todo lo que pueda probablemente necesitar.

Las habitaciones venecianas estaban, por su esplendor, a la altura de las del resto de la casa. Situadas en el mismo piso que el salón particular de Mordryn, que acababan de abandonar, llegaron a ellas por un corredor que conducía a la terraza, pavimentada de mármol y con espléndida balaustrada. En la antecámara había sido colocada una mesa-escritorio, próxima a un ventanal, provista de todo lo que la señorita Bush pudiera necesitar para escribir.

Por lo demás, las habitaciones venecianas solían estar reservadas para el huésped de honor. Había allí un salóncito, un gran dormitorio y un salón para la señora; todas ellas tenían los mismos altos techos y hermosas ventanas que el salón del que acababan de salir. Junto a ellas estaba la estancia tapizada de damasco verde, que había sido reservada a la señorita Bush.

— En esta habitación podrá estar usted completamente tranquila y apartada del mundo — dijo el Duque. — Una vez pasada aquella puerta, como ya sabe, Sara, estas habitaciones quedan al final del cuerpo de edificio, y sólo yo puedo llegar hasta ellas desde mi salón.

Lady Garribardine se mostró muy satisfecha y el Duque las dejó a solas.

Catalina examinó su habitación; le hubiera parecido muy grande, de haber pertenecido a otra casa. Daba a un patio interior en el que corría un surtidor y que estaba adornado con unas estatuas y unas lilas centenarias que crecían

apretadamente en unos grandes toneletes. La habitación estaba tapizada de seda de un verde pálido, amueblada al gusto italiano del siglo XVIII; sobre el tocador había un jarrón con lirios del valle.

Catalina se estremeció ligeramente; ¿era o no una cosa impremeditada?

Estaba muy bien informada de todo lo que constituía las tareas de una gran casa y los deberes de un ama de llaves y de los ayudas de cámara. Comprendió, desde un punto de vista técnico, que la servidumbre debía de ser muy competente, a juzgar por el resultado de su trabajo; pero, aun siendo muy inteligente, era difícil que hubieran podido elegir los volúmenes de sus autores favoritos, acerca de los cuales había conversado con el Duque y cuyos libros aparecían allí, en los estantes, junto con las CARTAS DE ABELARDO Y ELOÍSA y una bella edición del EOTHEN colocada en lugar bien visible.

Estos silenciosos testimonios de la personal atención prestada por alguien le producían un placer ilimitado; reconfortaban su vacilante confianza en sí misma, y ponían mayor vivacidad en su mirada. Era delicioso pensar que se cuidaban de ella hasta el punto de haberse molestado en hacer esto. Se sentía exquisita y sutilmente halagada.

Una abrasadora oleada de rubor cubrió el rostro de Catalina y vibraron con un leve temblor las aletas de su nariz. Si el Duque hubiera podido verla habría advertido que aquella cualidad que él estimaba tanto — la capacidad de sentir una pasión efectiva, real — se mostraba muy abundante en la naturaleza de Catalina: una fuerte pasión gobernada por una voluntad de hierro, una combinación que él juzgaba ideal en la mujer a la que un hombre hubiese de elegir como compañera de su vida.

Esta misma idea acerca de Catalina era la que había intoxicado por igual la imaginación de aquellos tres hombres tan diferentes: lord Algy, Gerardo Strobridge y el Duque; ¡aquel calor de emoción humana para la que parecía maravillosamente dotada esta muchacha de rostro pálido y terso y de rojos labios!

Lady Garribardine había invitado a su secretaria a que se quitase el sombrero, porque pudiera ser que tuviera que ejecutar un pequeño trabajo, después del almuerzo.

— Acordaré con su Gracia dónde deberán sentarse los invitados y después podrá usted escribir lo que necesitemos.

Catalina mostró particular cuidado en arreglar convenientemente sus cabellos, de reflejos cenicientos; tenía un aspecto perfecto, de refinada pulcritud, cuando regresó con su señora al salón del Duque. Luego, almorzaron en un pequeño comedor, en la otra ala.

Eran solos los tres a la mesa; el dueño de la casa charló de política y de los invitados a quienes esperaba. En su conversación se mostró ingenioso. No demostraba hacia Catalina una obsequiosa solicitud ni la más leve condescendencia. Las mismas hubieran sido sus maneras si Catalina hubiese sido una sobrina desconocida de lady Garribardine.

De momento, Catalina se sintió otra vez desalentada; nunca se había mostrado tan subyugada.

La joven abandonó la habitación cuando los demás se dirigieron a tomar el café a un pequeño cuartito llamado "el saloncito de Gamester", porque en él había un cuadro que representaba al famoso "pura-sangre" de este nombre, que corriendo en una carrera contra "*Starlight*", un potro del duque Chandos, fué causa de que se desnucase el tercer Duque.

Como no tenía por el momento trabajo que realizar, quedóse Catalina junto a la ventana de su habitación contemplando el jardincillo del patio. Seguramente, se decía, si las gentes, aun con una inteligencia tan escasa como la de Matilde, pudiesen conocer hombres como el Duque y residencias tan espléndidas como ésta, con sus múltiples detalles reveladores de un gusto exquisito y de la vida refinada de las gentes nobles que han sido sus propietarios durante cientos de años, no podrían seguir mostrándose ciegos a la fuerza de la herencia y del medio como factores que influyen en las acciones humanas.

Durante largo tiempo permaneció en un estado de turbación que aumentaba a medida que advertía aspectos nuevos en las bellezas que la rodeaban.

Biblioteca Nacional de España

No; el Duque no podría perdonar nunca aquellos tres días, aun cuando pudiese olvidar que venía de *Bindon's Green*, ni ella conseguiría borrarlos de su memoria; de suerte que tampoco le sería posible contar con sus propias energías personales, para realizar la gran tarea, sin sentirse cohibida por el íntimo descontento de sí misma que le producía el pensar en la decepción de aquel grande hombre... Al perder la serenidad parecía haber perdido también su fuerza.

En aquel momento abrió la puerta lady Garribardine y la vió aún junto a la ventana.

— Salga a dar un pequeño paseo, joven — dijo amablemente. — Puede usted llegar a la terraza por la antecámara, que ha sido habilitada para cuarto de trabajo, y desde allí se puede descender al jardín. No la necesitaré hasta unos minutos antes del té. El Duque tiene los menús, las tarjetas y las cartulinas para las puertas, impresos en su imprenta particular. Así, pues, procure animar un poco esos ojos y póngase su nuevo vestido negro.

Catalina dió las gracias; imposible imaginar mayor amabilidad ni más delicadas atenciones que las que tenía esta arrogante gran dama.

La muchacha se fué a pasear en aquel fresco atardecer de mayo, pero nada podía aliviarla del peso que había caído sobre su corazón; sus mejillas estaban más pálidas que de ordinario y había en su aspecto una mayor delicadeza y refinamiento cuando, siguiendo a su señora, entró en el gran salón tapizado en donde servían el té y que estaba próximo al *hall*, al cual empezaban ya a llegar los invitados.

No fué presentada a ninguno de ellos, pero había varios que ya la conocían; fueron elegidos entre la *crème de la crème* de las amistades de su señora, pero no entre las gentes "a la moda".

Mordryn la miraba constantemente desde un lugar en el que no podía ser observado. ¿Qué significaba aquella nueva expresión en el rostro de Catalina? ¿Por qué ella esquivaba siempre su mirada? Y los ojos de Catalina, cuando ésta se entregaba a sus tareas ordinarias, tenían un aire melancólico bien distinto de la sonrisa enigmática que solía florecer en ellos.

Y él mismo se encontraba más preocupado de lo que hubiera deseado. A fin de cuentas, hubiese sido preferible que Sara no la hubiera traído. Sentía este deseo íntimo, pero ni aun a sí mismo se atrevía a confesárselo. ¿Tendría algo que ver aquel cambio operado en Catalina con el ruego inesperadamente formulado en su paseo matinal de marzo cuando dijo "que debía recordar quién era él y quién era ella, y dejarla sola? ¿Sería posible que sintiese algo por él? En este caso, ¡qué error el suyo al poner en su habitación el EOTHEN, el ABELARDO Y ELOÍSA y los lirios del valle! ¡Un error y una crueldad! Ahora, que la veía de nuevo, se daba cuenta de que había estado pensando en ella constantemente desde Pascua, y de que se disgustó al no verla en las dos ocasiones en que visitó *Berkeley Square*, a su paso por Londres, aunque llevaba formada la resolución de no buscarla ni aun de mencionar su nombre. Pero siguió pensando, cada día con más vivo anhelo, en la Pascua de Pentecostés, y había encontrado un particular encanto en inspeccionar subrepticiamente los detalles de su instalación y en elegir los volúmenes con los que avivar su anterior estado de su espíritu.

Pero ¿era esto caballeroso por su parte? ¿No estaba jugando con los sentimientos de una persona indefensa, colocada en una posición subordinada, que ni siquiera podía huir de él?

Se sentía cada vez más desazonado. Se daba dolorosamente cuenta de la presencia de ella, y de repente le vino el loco deseo de estrecharla entre sus brazos y besarla hasta que aquella expresión dolorosa se borrase de sus ojos. Y luego el fondo cínico y humorístico que había en su carácter le hizo sonreír ante la idea de realizar una cosa tal en un salón lleno de invitados. ¡De invitados de su propia clase social, y con la humilde secretaria de la mujer a quien amó en su juventud! Se sintió irritado al querer reprimir su propio desasosiego. ¡Y la tenía allí, en su propia casa, y había de sufrir la tentación de su presencia durante tres días más! ¡No debía mirarla, no debía hablarle! No debía

tener la más ligera conversación con ella, acerca de libros; en una palabra: no debía hacer nada de lo que deseaba.

Lady Garribardine contemplaba el curso de los acontecimientos, con los ojos comprensivos. Pensó que era necesario hacer algo.

Y así, poco antes de la hora de vestirse para la comida, cuando se hubieron dispersado los invitados, quedóse en su saloncito con el dueño de la casa. Había llegado ya el correo de la noche.

— Mordryn, deseaba preguntar a usted una cosa. ¿Puedo enviar un telegrama a Hornwell? Acabo de oír que está allí sir Townly, y quisiera invitarle para que venga en auto a tomar el té, con nosotros, mañana. Será una ocasión espléndida para que pueda hablar, durante una hora, con Catalina Bush. Me gustaría que la viese aquí como a una invitada; está muy enamorado de ella, pero es un hombre de procedimientos lentos; creo que lo arreglaríamos todo si usted me ayudase como un buen amigo.

El Duque sintió una punzada dolorosa. ¡Él no se había comprometido a tanto! ¿Por qué ofrecer a sir John Townly aquella oportunidad en su propia casa?

— Ese matrimonio es por completo inconveniente. No sé cómo puede usted patrocinarlo, Sara.

Lady Garribardine, deliberadamente, parecía no comprenderle.

— Le aseguro, Mordryn, que sir John no sentirá la menor contrariedad por el origen de Catalina o por sus relaciones con gentes de los suburbios; conoce las magníficas cualidades de esta criatura, y sabe que es la más espléndida señora que puede encontrar para presidir su casa de Dullinglea; y además, con su salud y su juventud, puede esperar un robusto hijo que alegre sus años futuros.

Mordryn se sentía indignado. ¡Catalina — ¿de modo que se llamaba Catalina?, — aquella criatura tan deliciosa, convertida en madre del hijo del antipático de John Townly!

Una oleada de rubor cubrió su amplia frente.

— No me refiero a la posición social de sus amistades, Sara; aludo a sus edades y a su respectivo aspect , y a sus gustos. Creo que es una cosa inhumana, por parte de usted, y yo no puedo patrocinar tal cosa.

— Mordryn, ¡me deja usted sorprendida! ¿Qué puede importarle este asunto? Usted mismo ha visto con sus propios ojos aquella noche, en casa de Gerardo, que puede ser una compañera encantadora; en su cargo de secretaria sus admirables dotes quedan perdidas; ¡y, sin embargo, se niega usted a ayudarme para hacer un bien a esta pobre muchacha!

— Si lo presenta usted bajo ese aspecto... llame a quien quiera; pero yo no puedo comprender que una mujer, para huir de su posición, pueda venderse a un hombre como John Townly.

Hablaba con un tono cálido y los ojos brillantes.

— Esta es precisamente la parte más enojosa del asunto — decía Sara con aire de preocupación. — Me figuro que ella tiene sus ideas románticas, y por eso creo que si pudiera verlo aquí entre tantas personas distinguidas, quizá el deseo de poder contarse un día entre ellas la lleve a olvidar sus propios proyectos. Mordryn, ayúdeme usted como un buen amigo. Si alguna vez se separase ella de mí, ¿a quién tendría en el mundo? Está completamente aislada de su familia; no tiene ante sí más que una vida cargada de penosas tareas y es una muchacha digna de ser una reina Es tan perfectamente dueña de sí misma, que no cometerá nunca un desliz; podrá satisfacer sus ambiciones aunque le falte el amor.

— Confieso que la idea me desagrada — murmuró con impaciencia Mordryn, — pero envíe usted el telegrama como guste.

Y de repente enfocó la conversación hacia otros temas. Poco después, lady Garribardine le abandonó muy complacida de su obra. Cuando pasó a su habitación, puso en manos del ayuda de cámara unas calurosas palabras de invitación, para que fuesen telegrafiadas a Hornwell.

Biblioteca Nacional de España

Capítulo XXIX

Cuando el Duque se quedó a solas, renegó violentamente de sí mismo. No era persona acostumbrada a usar lenguaje fuerte, pero se presentan a veces ocasiones en la vida en las que un terno parece aliviar la tensión del espíritu.

Se puso a recorrer arriba y abajo la amplia estancia. Su imaginación ardía. ¡De suerte que podría ver algún día a Catalina — con morbosa delectación repetía el nombre de "Catalina" — en los brazos de aquel mono viejo de John Townly! ¡Repugnante perspectiva!

En verdad que una muchacha así ocuparía dignamente una posición, por elevada que fuese, y Dullinglea no era una casa de gran rango. Imaginaba su figura airosa, esbelta y graciosa, atravesando con toda majestad, envuelta en ricas telas, salones mucho más amplios que los de Dullinglea. ¡Habitaciones como las de su propia residencia de Valfreyne!

Se sentaría aquella noche entre el joven Westonborough y el viejo Barchester, pero en un lugar en el que, a través de un claro entre las flores de la mesa, podría verla él durante toda la cena.

Luego fué a vestirse con un humor rabioso. Entretanto Catalina había estado hojeando el Eothen; advirtió que estaban señalados algunos pasajes; los mismos que ambos habían juzgado más interesantes aquella noche en casa de Gerardo.

¿Los había subrayado el dueño de la casa con posterioridad a aquella conversación, o lo estarían ya de antes? Tomó luego el Abelardo y Eloísa y lo hojeó igualmente. No había ningún párrafo señalado, pero detuvo su mirada sobre un pasaje que confortó su fatigado espíritu y la hizo sentirse más tranquila:

"Cuán poco razonables son los hombres" dijo Séneca, "que hacen presentes los males lejanos a fuerza de pensar en ellos y que sufren ante la idea de la muerte, perdiendo con ello la tranquilidad de la vida."

Se encontraba allí para pasar unos días espléndidos, siendo una invitada como las demás; debía gozar de ello y olvidarse de todo ante el placer del momento. Pero ¡oh! ¡Si siquiera le hablase el Duque!

Púsose el nuevo vestido blanco con el que estaba bellísima; en su cintura lucían algunos lirios del valle.

Lady Garribardine, extremadamente complacida del aspecto de Catalina, le dijo, dándole unos golpecitos en el hombro:

— Mañana vendrá de Hornwell sir John Townly, hija mía; deseo que se muestre usted atenta con él, porque yo estaré muy ocupada. Puede acompañarle a dar un pequeño paseo.

La señora sabía que, por fastidiosa que pareciese, la tarea sería cumplida.

Durante la comida los ojos del Duque expresaban una gran pasión reprimida; estaba de un humor muy mordaz. Catalina no podía oírle; pero podía ver su rostro y aquella expresión enigmática con que de cuando en cuando se dirigía a las dos damas que estaban a sus lados. Una vez los ojos de Catalina se cruzaron con los de él; había en ellos una expresión de dolor y de desafío. Antes de que llegasen los postres, se sentía excitada. Se daba cuenta de que el Duque estaba allí bajo la impresión de su presencia, y de que no era la indiferencia lo que le había llevado a designarla un puesto frente a él. ¿Adónde conduciría todo aquello? Era evidente que el Duque se mostraba resuelto a no dejarse vencer por los acontecimientos. Era igualmente evidente que, sin duda, se sentía emocionado.

Catalina se consideraba desgraciada; pero esto no debía ser obstáculo para que hablase simpática y cortésmente con las damas que se sentaron junto a ella en el gran salón, en tanto que llegaban los caballeros. Observó la actitud de graciosa protección que su querida señora adoptaba para con ella, dirigiéndole la palabra al pasar y contribuyendo a que no se sintiese cohibida, sino como una más entre las invitadas. Debía mostrarse muy agradecida por estas cosas, y no preocuparse por el futuro.

¿Cómo había llegado de pronto Catalina a medir las cosas con este nuevo criterio? ¿Por qué juzgaba ahora espantoso el obstáculo creado por aquella falta de los tres días? Apenas se preocupó por ello en aquella comida en casa de Gerardo; mas súbitamente comprendió el nuevo sentido de las cosas cuando temblando de emoción recibió el beso que el Duque imprimió en su mano, como un homenaje de respeto. De haber tenido que pensar en su unión con sir John, hubiera considerado aquel episodio como una afortunada experiencia para guiarla en el conocimiento de los hombres. Se le presentaba, pues, como el testimonio psicológico de que en su espíritu existía un ansia de amor. De amor que desea sólo poder ofrecer a la persona amada oro puro y sin mancha.

Se sentía como un pájaro enjaulado, y aquella noche triunfal, en que despertaba la simpatía de las damas y la admiración de cuantos se acercaban a hablarla, era para ella como un fruto del Mar Muerto, lozano en la apariencia y lleno de ceniza, según la leyenda.

El Duque, una vez que los caballeros hubieron abandonado el salón, marchó directamente al suyo particular. Era hombre de decisiones rápidas y de un absoluto dominio de sí mismo. Abrió la puerta interior muy despacio y escuchó... No se oía nada y podía maniobrar con impunidad. No había nadie en la antecámara, pero no tenía un momento que perder; sabía que las camareras vendrían en seguida a traer los recipientes con el agua caliente para la noche. Atravesó la estancia, resueltamente, y entró en la habitación tapizada de verde, encendiendo las luces a medida que pasaba.

Echó una rápida ojeada a los libros. Sí; había colocado aparte dos de ellos, junto al lecho. El que estaba debajo era Abelardo y Eloísa. Pasó las hojas muy de prisa y encontró en seguida el pasaje que deseaba; con su lápiz de oro lo subrayó profundamente, y, colocando el libro encima del otro, salió con celeridad, llegó a su habitación, y de allí al salón blanco. Todo ello lo había realizado en dos minutos. Una vez concluída su obra, fué a sentarse, con aire sereno junto a una gran dama, evitando de propio intento mirar a Catalina.

Transcurrió la velada sin que se cruzasen entre ellos otras palabras que las de despedida. La señorita Bush se retiró entristecida al lecho.

Pero no podía dormir y encendió la luz para leer. Cerca de ella se hallaban el Eothen y Abelardo y Eloísa, invertido el orden en que los había colocado, inversión hecha sin duda por la camarera. Y como estaban encima aquellas cartas de amor, lo abrió el primero. Leyó muchos pensamientos delicados, y estaba ya pensando en dormirse, cuando, al volver la página, quedó de un salto sentada en la cama, porque había leído:

"Pido al cielo que usted no ejerza un poder así sobre mí."

Y el pasaje estaba profundamente subrayado.

Su corazón latía con tanta fuerza, que la ahogaba. Cuando leyó aquella misma página, antes de la comida, este párrafo no estaba señalado. ¿Cómo había sucedido aquello? ¿Quién pudo...? Pero sólo una persona era capaz de haber hecho tal cosa: el Duque.

Se colocó más cerca de la lámpara y devoró de nuevo aquellas líneas; luego besó apasionadamente las palabras y apagó la luz.

Al día siguiente, domingo, gran parte de los invitados fueron a la iglesia, entre ellos el dueño de la casa, pero Catalina y lady Garribardine no le acompañaron. Estaban sentadas en el campo de *tennis* cuando los que habían ido a la iglesia se unieron al grupo.

Tres magníficos cedros del Líbano dejaban en sombra un amplio espacio en el que se hallaban colocadas las sillas. El Duque cogió una y se dejó caer en ella como fatigado. Llevaba inclinado sobre los ojos su sombrero de fieltro gris. Tenía con sus largas piernas un aire de extremada distinción. Catalina volvió a sentir aquella extraña sensación, como un temblor, como un estremecimiento... El fuerte deseo de estar cerca de él, de tocarle, de acariciar y ser acariciada. Tenía las manos cruzadas sobre la rodilla, y su voz, mientras hablaba a una dama, era lánguida y complaciente. ¡Oh, cuán amarga resultaba para Catalina aquella situación!

Biblioteca Nacional de España

La esmeralda del anillo lanzaba verdes destellos, cuando un débil rayo de sol la hería, que llamaron la atención de la vivaracha criatura con quien hablaba su Gracia.

—¡Qué maravilloso anillo lleva usted, Duque! ¿Tiene historia?

—Sí; una historia notable.

Catalina escuchó, profundamente interesada; también ella tenía curiosidad por aquel anillo.

—Pertenece a mi familia desde los tiempos de la última cruzada. Se ha conservado junto con la tradición de que es el famoso sello de esmeralda grabado que Teodoro hizo para Policrates, tirano de Samos, hacia el año 590 antes de Jesucristo, y que en vano fué arrojado al mar, para que se perdiera. De nuevo era llevado a Polícrates, al siguiente día, en el cuerpo de un pez. Una fortuna tan insólita fué considerada como vergonzosa por su aliado Amasis, que, en consecuencia, rompió toda alianza con él. Y, en realidad, no mucho después fué asesinado por alguien envidioso de su buena fortuna. El anillo se perdió entonces; se ha supuesto luego, que debió ser encontrado por algún romano, y que se fué trasmitiendo de generación en generación hasta que alguno de ellos lo llevó a Grecia. Cuando un Riveaulx, antepasado mío, naufragó regresando a Inglaterra desde Palestina, obtuvo este anillo de su propietario, aunque la historia no dice con qué medios. Desde ese día ha pertenecido siempre a mi familia. Hay acerca de él una creencia curiosa: si se es feliz, el anillo no se gasta; pero si las cosas van mal, se estropea irremisiblemente.

Extendió la mano para que la dama y el corrillo que se había formado pudiesen contemplar la piedra.

—Véala usted—continuó su Gracia,—tiene una lira profundamente grabada; a veces parece opaca, y a veces fulgura como irritada.

—¿No tiene usted miedo de estropearla?—preguntó una persona poco discreta.

El Duque replicó gravemente:

—¿Por qué había de estropearla? He cumplido con todas las condiciones requeridas para que no se deba estropear.—Y entonces todos los oyentes recordaron la negra y triste sombra de la locura de la Duquesa, que durante tantos años había caído sobre su vida. Todos comenzaron a hablar en seguida, y el temeroso momento pasó.

Pero Catalina, sentada en una silla de mimbre, siguió pensando profundamente en el tema.

Sí; ¡cuán desventurada había sido su vida! ¡Y aún no contaba cincuenta y tres años! Si era cierto que se había tomado la molestia de subrayar aquella frase en el libro, en su actual situación de espíritu no era fácil que pudiese sentirse feliz. Catalina suspiró. ¿Por qué la felicidad solía ser siempre un fruto prohibido?

Aconteció que antes del almuerzo, durante un segundo, Catalina se encontró al lado del Duque, y era necesario por razones de cortesía que se cruzasen entre ellos algunas palabras.

—Supongo que encontrará usted confortable su habitación y que hallará en ella todo lo que necesita.

Le miró derechamente a los ojos y respondió con palabras cargadas de intención:

—Todo; muchas gracias. Me han interesado mucho, en especial, los libros. El último huésped que durmió allí se ha tomado ciertas libertades con sus libros y ha subrayado de un modo extraño algunos párrafos, según he descubierto esta noche.

—Era un hombre el que ocupó últimamente esa habitación, y ¡cuánta presunción mostraba!

—Sí; he supuesto que usted lo habría advertido. Las indicaciones más interesantes están en el ABELARDO Y ELOÍSA. El que las hizo parece que debía de tener una propensión sentimental, y que probablemente sufría alguna alucinación acerca de su propia situación, pues imaginaba encontrarse esclavizado.

—No; era una persona muy juiciosa pero no muy feliz, según creo recordar. Sin duda encontraba un consuelo placentero en leer la desesperada pasión de aquellos dos enamorados y en subrayar los pasajes que narran la rebelión de Abelardo contra un sufrimiento bien semejante al suyo.

Catalina suspiró y dijo:

—La felicidad, ¡ay!, está sólo en manos de los fuertes.—Y dicho esto, pasó a otro grupo.

El Duque, al oír aquella frase, no pudo por menos de fruncir el ceño ligeramente, tras lo cual marchó hacia el comedor.

Sir John Townly llegó por la tarde, según habíasele telegrafiado. Lady Garribardine ordenó a su secretaria que cargase con aquella pesadilla; de modo que Catalina, obediente, le propuso dar un paseo por entre los macizos de tulipanes, que estaban totalmente florecidos. Mordryn, desde la ventana a la que estaba asomado, los vió marchar juntos.

—Después de todo, no creo que esta combinación resulte muy ridícula—observó lady Garribardine con tono de complacencia.—Él tiene una figura muy hermosa, y aunque la cabeza es fea, con el sombrero puesto no se le nota.

El Duque lanzó una exclamación de disgusto.

—¡Pobre señorita Bush!

—Creo que no se portará como una necia... Pero ¡se ha mostrado últimamente tan extraña...! No puedo comprender a estas muchachas.

—¿Extraña?

—Sí; con un aire triste y apagado. Naturalmente, yo no debía forzarla a hacer una cosa que no le gustase, mas al fin y al cabo sir John siempre será preferible a uno de esos jóvenes y simpáticos oficiales de la Guardia, que no tienen un céntimo y no le pueden ofrecer más que un juvenil sueño de amor. Hay uno o dos que vienen de Windsor y que andan al retortero.

—Sí, es cierto—agregó con énfasis el Duque; y luego pensó en otra frase de aquel libro que parecía como un secreto lazo entre ellos, aquella en que Abelardo dice: "¡Qué consuelo siento al veros enclaustrada!" Sí; el casarse con el viejo sir John, equivalía casi a un convento. ¡Pero no era un caso completamente igual! ¡La diferencia estaba en que un hombre, por viejo que fuese, sería siempre el indiscutible dueño de aquel admirable ejemplar de feminidad

Suyo sería el derecho de vestirla, de alimentarla, de ofrecerle joyas. Suyo el de tenerla entre sus brazos. Enloquecía a Mordryn el pensar en todo ello, pero no quería seguir engañándose respecto al deseo que sentía de poder ejercer por sí mismo tales derechos. Había dicho ella que la felicidad sólo está en manos de los fuertes. Sí; ¿pero quiénes son los fuertes? ¿Los que se mantienen fieles a las tradiciones de su familia, de su raza y de su clase? ¿O los que rompen contra toda clase de obstáculos y tratan de asir con sus manos aquellas cosas por las que clama apasionadamente el corazón del hombre?: ¡por una compañera, que lo sea de su cuerpo y de su alma! Eran problemas estos que le agitaban hasta acongojarle, cuando pensaba en ellos, y que le hacían olvidar los deberes que tenía para con sus huéspedes.

¡Qué tiempo gastaba Catalina en enseñar los tulipanes a aquel viejo tonto! ¡Qué pomposa galantería la que en la actitud de él se expresaba! ¡Claro está que la muchacha se debía de aburrir de una manera mortal! ¿Por qué se había mostrado tan "extraña" últimamente? "Triste e inmóvil." ¡Oh, sería delicioso irse ahora con ella al Belvedere y admirar la puesta del sol sobre el lago, y preguntarle mil cosas, y luego de contemplar las aguas desde la terraza de mármol, si aquellos ojos de mirada dura como de ave de presa se tornasen más dulces, leer en ellos un mensaje de amor y estrecharla al fin contra su corazón!

¡Era un espíritu tan sutil, comprendía tan bien todos los matices de lo que él decía, tenían aficiones y preferencias tan semejantes en libros y en arte...! Ella no conocía Italia y Francia; sería un placer supremo vagar por aquellas tierras y descubrirle todas sus múltiples bellezas. Y, además, era joven, fresca, apasionada; ¿quién, que hubiese visto su rostro y conociese algo de su personalidad, podría ponerlo en duda? Si ella le amaba, no se mostraría fría nunca; así encontraría abundante compensación a su prolongada carencia de alegría. Aquel solitario esplendor de Valfreyne se convertiría entonces en un hogar feliz, lleno de interés y de afectos. ¿Tendría que vivir otros veinte años sometido a un tétrico sentido del deber, después de aquellos veinticinco pasados entre angustias y duelos? Porque él es-

Biblioteca Nacional de España

peraba vivir hasta los ochenta o más; ¡los Monluces eran una raza longeva!

En este punto, lady Garribardine juzgó prudente distraerle de sus reflexiones; comprendió que no había llegado el momento para el espolazo final que lo lanzase hacia las orillas de la felicidad; habló de otras cosas menos apasionantes y consiguió distraerle hasta que quedó en un estado de mayor tranquilidad; aunque de nuevo se le vió inquieto cuando la pareja reapareció frente a los macizos de tulipanes.

Catalina parecía fatigada y deprimida, pero sir John tenía un aire tal de satisfacción, que de buena gana Mordryn le hubiera dado un puñetazo en la cabeza.

Pero su cortesía se impuso, y despidió cordialmente al pobre hombre, cuando poco después los dejó.

El sol declinaba y el lago tenía un color de ópalo. El Duque se sentía sujeto por los deberes de hospitalidad para con tantas damas encantadoras, y pasó por la mortificación de ver a Catalina con otra muchacha y dos jóvenes, que se deslizaban en dos canoas sobre las aguas de topacio. Cuando se retiró a vestirse estaba casi desesperado.

Catalina, aquella noche, vestía de negro; en la cintura llevaba una roja rosa. ¿De dónde procedía? ¿Se la había dado aquel insoportable Westonborough que la acompañaba en la canoa? ¡Seguramente Bilton no habría cometido el descuido de olvidarse de renovar los lirios de la habitación tapizada de verde! Pero quizá prefería la rosa roja; las mujeres eran increíblemente volubles y caprichosas.

Lady Garribardine advirtió una expresión de ferocidad en los ojos del Duque, y supuso que no era posible que entre él y Catalina se cruzase una sola frase. Y pasó la noche y se despidieron. ¡Ya no quedaba más que un día tan sólo!

Capítulo XXX

Catalina estuvo leyendo aquella noche el Abelardo y Eloísa hasta muy tarde. Sufría una emoción muy compleja. Pensaba ahora que era muy desgraciada y que se encontraba en un callejón sin salida, en el que no veía medio de huir. Si lograba atraer más al Duque, sólo conseguiría aumentar las complicaciones.

Había algo en su naturaleza, que era incapaz de mantener una impostura. Su fuerza mayor consistió siempre en su absoluta honradez, de la que nacía aquella íntima serenidad que engendra la suprema confianza en las propias fuerzas, y que nos permite llegar al logro de nuestros deseos. Tenía un espíritu demasiado equilibrado, demasiado analítico también, para dejar paso franco a sus propios impulsos, sin pensar en sus consecuencias. Novecientas noventa y nueve mujeres de cada millar hubieran asido por los cabellos la ocasión de poder asegurar al Duque. Mas ¿para qué alcanzar el título de duquesa, si sólo había de acarrearle una constante inquietud? ¿Para qué lograr el amor de aquel caballero espléndido y veraz, sobre la base de falsedades y simulaciones? No podría encontrar goce alguno en ello. Se daba perfecta cuenta de que era más importante mantener rígidamente el sentimiento de respeto hacia sí misma, que todo lo que ante el mundo pudiera lograr. Si el carácter del Duque no le inspirase tan profundo respeto, si no hubiera llegado a enamorarse de él con tanta pasión, si no hubiese logrado comprender con tal claridad la importancia que tenía a los ojos de las gentes la barrera que entre ellos se levantaba, y por lo tanto la magnitud de la ofensa que envolvería aquel engaño, habría jugado su partida hasta el fin, sin demasiadas preocupaciones. Mas, en su situación actual, sería preferible concluir francamente con aquel asunto y casarse quizá... con sir John. Pues le parecía que todas aquellas consideraciones holgaban en el caso del matrimonio con

sir John. Era viejo, aparatoso y de familia no muy distinguida. Le daba más que lo que ella recibía de él; daba su juventud, su talento y su compañía. No le amaba, y, por otra parte, el que él la mirase o no con desdén le era indiferente... Ni por un instante se había creído obligada a revelarle aquel episodio de su pasado, puesto que las probabilidades de que fuese descubierto eran muy remotas, y además ningún perjuicio le produciría con su silencio. Sería sencillamente un contrato en que un hombre viejo se lleva a una joven "tal como está", por decirlo así, para recrearse en contemplarla.

Mas con el duque de Mordryn ya era otra cosa... Entre ellos no debía haber decepciones ni secretos, no debía haber sino cosas elevadas, puesto que el matrimonio con él significaba la unión de dos almas. Estaba Catalina muy lejos de ser una muchacha altruísta o sentimental; pero el buen sentido y un elemental concepto de honestidad influían en ella al juzgar los conceptos.

Naturalmente, era irresistible la tentación de dejar de lado toda clase de escrúpulos morales. ¡Pensar que podía reinar en aquel espléndido palacio! Y soltó la rienda a su imaginación... ¡Pensar que podría estar siempre con el Duque, y ser su bienamada compañera! ¡Gozar del placer de hacerle feliz y satisfacer todos sus deseos! ¡Cuántos trabajos había pasado para poder realizar su más alto ideal, para poder mostrar ante el mundo que, cualquiera que fuese su origen, sabía cumplir con sus deberes de duquesa de una manera intachable! Sería capaz, y digna, y dulce, y amable. Sabría conducirse de una manera discreta en todos los asuntos. Se dejaría guiar y dirigir por él, y ejecutaría hasta el más insignificante de sus mandatos.

¡Pero todo aquello no se realizaría! Había cometido un error inicial, se equivocó de lleno en sus cálculos, continuó luego su camino, ignorante de los posibles resultados de su error, y ahora no le era posible eludirlos. El engañarse a sí misma, era la cosa más despreciable a sus ojos. Tenía ahora que afrontar valerosamente las consecuencias de su error y contentarse con el segundo premio, ya que no podía alcanzar el primero.

Una vez formada una resolución, no entraba en sus hábitos el incurrir en nuevas lamentaciones. Decidió, pues, apartar de sí la imagen del Duque y aquel cuadro de felicidad, de igual modo que antes había decidido olvidar a lord Algy. Aunque esta vez el dolor que a sí misma se causaba era mucho más vivo, puesto que ahora se veía obligada a privarse de libar la copa ¡por causa de sus propios errores! En cambio, cuando se apartó de lord Algy, tenía la satisfacción moral de creer que obraba bien.

A la mañana siguiente su rostro apareció extremadamente pálido; sus grandes ojos tenían una sombra de tristeza. Quedóse en la antecámara, en la mesa de escritorio que fué preparada para ella; antes había desayunado con lady Garribardine en su saloncito. En el correo del domingo llegaron numerosas cartas y gran parte de ellas requerían una respuesta urgente.

La señora dejó a solas a Catalina. Adivinaba que el espíritu de la muchacha se veía agitado por corrientes extrañas y profundas, y que no sería malo para el Duque el que siguiese bajo aquel suplicio de Tántalo. La dejó, pues, en su mesa de escritorio, y se reunió con el resto de los invitados, bajo la sombra de los cedros en el campo de *tennis*, sin hacer mención de Catalina ni de su paradero. Si Mordryn deseaba saber por qué no había venido, tendría que mostrar el valor necesario para preguntarlo.

El Duque le dirigió una mirada interrogadora, pero no dijo nada. Quizá viniese en seguida. ¿O se habría ido otra vez al lago, con lady Altea y con aquellos jóvenes atolondrados? Era mejor no preguntar; lo averiguaría por sí mismo.

Una vez que hubo atendido a los más importantes de sus huéspedes, se dirigió a su salón particular, desde el que se contemplaba en toda su extensión el lago, y, tomando los gemelos, fué examinando a los ocupantes de los botes.

No; Catalina no se hallaba entre ellos.

Entonces debía de estar todavía en su lecho; o escribiendo quizá junto a la ven-

Biblioteca Nacional de España

tana que caía próxima a aquel mismo salón.

Salió, pues, a la terraza y miró por una de las ventanas. Sí; estaba sentada a la mesa, muy ocupada en apariencia.

Siguió hacia adelante, y, atravesando el umbral, se encontró a su lado.

— Buenos días, señorita Bush. Es un error ponerse a trabajar con un día tan hermoso. Debía usted venir a tomar el sol con todos nosotros.

Catalina no se levantó, ni parecía dispuesta a seguir su consejo; entonces añadió imperativamente:

— Vamos, sea usted una buena muchacha y coja su sombrero.

— Siento mucho no poder hacerlo antes del almuerzo. Tengo mucho trabajo y quedaría desorganizado si lo dejo sin concluir.

— ¡Qué tontería! A Valfreyne no ha venido usted a trabajar. Hay muchas cosas que quisiera enseñarle. Todo el mundo está en el jardín. ¿Quiere usted al menos venir conmigo a visitar la casa?

¿Cómo rehusar? Por un lado, era el dueño de la casa; por otra parte, sería un gran placer aceptar su invitación.

Se levantó, sin dar muestras de alegría, y respondió con voz ahogada:

— Me complacerá en extremo el visitarla..., si no tardamos mucho.

La actitud de Catalina había cambiado de un modo perceptible; el Duque lo advirtió en seguida. Una nueva barrera se levantaba entre ellos, desde aquella conversación acerca de los párrafos subrayados. Esto produjo tal desaliento en el Duque, que le determinó a acabar con semejante obstáculo.

Mantuvo abierta, hasta que Catalina pasó, la puerta de su salón, y encauzó la conversación hacia las razones ostensibles de su visita de inspección. Habló de esculturas y de fechas, y le refirió anécdotas acerca de la construcción de Valfreyne. Así fueron atravesando las espléndidas estancias: "La cámara del Rey", "El gabinete de la Reina" y los salones magníficos de la que llegase a reinar allí como Duquesa.

Catalina vió inapreciables joyas de arte; el esplendor de los dorados, de la tapicería, de los cuadros; los grandes lechos, evocadores de las sombras de los antepasados, coronados con cabeceras de plumas de avestruz; telas de Venecia, de Lyon... y hasta de Spitalfields.

— ¡Qué maravilloso! — dijo Catalina al fin. — Y hay muchos otros lugares como este en Inglaterra; ¡qué país tan grande y tan rico es el nuestro! Nosotros, las personas de la clase media, encerrados en nuestros estrechos y vulgares puntos de vista, no sabemos comprenderlo bien; en otro caso nos mostraríamos orgullosos de una raza que sabe poseer cosas tales y no apoyaríamos a políticos miserables y necios que pretenden destruir todo esto y esparcirlo a los cuatro vientos.

— Quizá no sea grato, desde su punto de vista, que un hombre pueda poseer una residencia, por ejemplo, como Valfreyne.

— ¡No diga eso! ¿Cómo podría llegar a acumularse una cosa así, si no fuera mediante la riqueza individual acompañada del buen gusto y de la tradición? La tradición cuida de los museos, aunque no siempre estudie los ejemplos que se encierran en ellos. Usted debe de saber que muchas personas, como mis hermanas, por ejemplo, preferirían cien veces pasear por estos salones, si estuviesen algún día abiertos al público, seducidas por la sensación de que visitaban un hogar poseído por personas que realmente viven en él, que no ir a cualquiera de los lugares cedidos a la nación, como *Hampton Court* o la Colección Wallace.

— Hay, en este caso, un interés humano.

— Sí, pero el interés humano y personal es, entre todos los intereses, el que más fuertemente nos liga a las cosas.

Mordryn la miró con aire de aprobación; le era grato oírle exponer sus puntos de vista.

— Entonces, ¿no le gustaría a usted que todo esto se dividiese, por ejemplo, entre los vecinos de Lulworth, la ciudad cercana?

— ¡Oh, no, no! Siento tan fuertemente la ley según la cual va todo al hijo mayor, que si yo fuese el más joven, entregaría de buen grado mi parte, para asegurar la continuación de una gran familia. Quien pueda ver esto con claridad preferirá ser el hijo más joven de una gran casa, que no ser por su propia cuenta un don nadie, en el caso de que los bienes hubiesen de ser divididos.

— Es bien extraño que tenga usted tales ideas, señorita Bush. Si no me hubiese contado la historia de sus padres, hubiera supuesto que era usted de la misma raíz y aun de la misma rama que lady Garribardine. ¿Está usted segura de no ser inconstante?

— Completamente segura. ¡Qué orgulloso se sentirá usted de ser el dueño de Valfreyne, y qué obligaciones trae ello consigo!

— Sí — y suspiró.

— Le obligará a usted a pesar todas sus acciones y ver si son dignas de quien debe ofrecerse como ejemplo a tantas gentes.

— ¿Es así como juzga usted lo que debe ser una posición elevada? Es una noble manera de considerarla.

— ¡Naturalmente! No es lícito tener todo esto en depósito para sus descendientes y para la gloria de Inglaterra, y, a la vez, creerse con derecho a malbaratarlo y a degradar su propia posición. Todos sus sentimientos tienen que dirigirse a realizar aquello que de ustedes se espera.

El Duque sentía que su corazón naufragaba, dominado por un extraño sentimiento de depresión.

— Creo que tiene usted razón — y suspiró de nuevo.

— Me interesó mucho la historia de su anillo — dijo entonces Catalina, para ahuyentar el silencio que había caído entre ellos. — Es muy extraña esa idea de que la buena fortuna es funesta, puesto que siempre nos atraemos el destino que merecemos. Si somos necios, y nos acarreamos un infortunio desde el comienzo de nuestra vida, debemos, naturalmente, pagar la pena; pero si la gente tuviese la necesaria ecuanimidad, no le tendrían ningún miedo a la buena fortuna.

— Piensa usted, entonces, que toda una vida no ha de estar ensombrecida por la tristeza, y que si se paga en la juventud el precio de una locura, queda todavía la esperanza de que la felicidad alumbre nuestra vejez.

— Ciertamente; se debe ser veraz en absoluto y no engañar nunca a aquellos que confíen en nosotros. Eso es todo.

— Eso significa vivir en un palacio de cristal. ¡Sería impracticable!

— No lo creo. Hay algunas cosas que la gente no tiene derecho a preguntar, ni a que se le digan; cosas que debe una guardar dentro de su conciencia durante toda la vida; pero si una persona adquiere el derecho a saberlas, y confía en mí y yo la engaño, tendré que cargar con el infortunio que es la consecuencia de mi mentira.

— Es usted muy discreta, joven; ese es el verdadero sentido del honor. "Sé veraz para contigo mismo, y, como sigue la noche al día, no podrás ser falaz con ningún hombre."

Le miró frente a frente a los ojos, con los suyos, puros y profundamente entristecidos.

— Ahora que he visto ya su hermoso *home*, he de volver a mi trabajo. Toda mi vida recordaré esta visita y esta mañana feliz.

Mordryn se sentía profundamente conmovido; una emoción apasionada le invadía; con dificultad logró contener las palabras que se esforzaban por fluir de sus labios. No pretendió detenerla, y regresaron sobre sus pasos, hablando muy poco por el camino, hasta que se encontraron en su salón particular.

— Puesto que se va usted mañana, ¿quiere conservar el EOTHEN y el ABELARDO Y ELOÍSA? Me gustaría saber que los lee de vez en cuando. Hay un pasaje, en la primera carta de Abelardo, que yo sé que he de aplicármelo más de una vez. Está en la página cincuenta y cuatro, en el párrafo final... Léalo usted alguna vez.

Luego, con voz entrecortada:

— Y ahora digámonos adiós..., aquí, en mi salón.

— Adiós — dijo Catalina tendiéndole la mano.

Tomóla el Duque entre las suyas, atrayéndola hacia sí.

— Adiós, amada mía — dijo con voz enronquecida, soltando luego la mano de Catalina; la joven lanzó un pequeño sollozo y abandonó la estancia. Quedó en ella el Duque, inclinada su orgullosa ca-

Biblioteca Nacional de España

beza y cubiertos de lágrimas sus azules ojos.

Volvió ella a su trabajo. Ni por un momento se permitió recrearse en los sucesos de aquella mañana ni en las palabras del Duque. Sabía que, si así lo hacía, perdería el dominio de sí misma y acabaría deshaciéndose tontamente en lágrimas. Y quedaba todavía el almuerzo, y la tarde, y la noche.

Así, pues, el final era éste: él la amaba, pero se mantenía fiel a sus principios. Y si ella era una muchacha cualquiera, para la que se hacía imposible el llegar a ser duquesa, el Duque vería cómo ningún aristócrata de su clase sería más afortunado.

Lady Garribardine, que llegó poco antes de que se anunciase la hora del almuerzo, la encontró escribiendo diligentemente, y se preguntó por qué la muchacha estaría tan pálida.

—¡Es muy malo para usted el estar sentada aquí tanto tiempo! —exclamó. —No quiero que se moleste escribiendo una palabra más. Esta visita a Valfreyne era de vacaciones y para su distracción, y sin embargo ha estado enjaulada, trabajando como si estuviéramos en casa.

El Duque tenía, durante el almuerzo, un aspecto sumamente triste, y usaba con todos de una etiquetera cortesía, pero aquellos que se sentaban próximos a él advertían que había en el ambiente una rigidez que asfixiaba la conversación.

Lady Garribardine conocía muy bien todos los signos de sus cambios de humor. Ahora le parecía adivinar alguna especie de dolor que le turbaba el espíritu. ¿Qué pudo ocurrir entre Catalina y él? ¿Habrían reñido? Era necesario averiguarlo lo antes posible.

Después del almuerzo fuéronse todos de merienda hasta un viejo castillo, unas hermosas ruinas del antiguo solar de los Monluces, a unas cinco millas de distancia.

Catalina iba con la gente joven y ella acompañaba al Duque.

Tenía aspecto preocupado y hablaba sólo de cosas vulgares, mientras atravesaban el parque.

—Esta reunión ha sido un gran éxito, Mordryn. ¿Está usted contento? Todo el mundo se ha divertido mucho.

—Sí, creo que todo ha marchado bien, gracias a sus admirables cualidades, mi querida amiga. Pero ¡qué aburridas encuentro todas estas reuniones! He estado demasiado tiempo fuera de la vida de sociedad.

—Me parece que ayer, Mordryn, tenía usted un aire más animado; le observo un aspecto más sombrío que una iglesia. Tiene que moverse un poco; no hay nada tan necio como dejar paso franco a esos hábitos de soledad, de aislamiento de las gentes de su clase.

—Me voy haciendo viejo, Sara.

—¡Qué tontería —exclamó ella.— Nunca ha tenido un aspecto tan vigoroso, ni tan atractivo; y no padece usted ataques de hígado, ni de gota; no tiene, pues, excusa para esos puntos de vista tan pesimistas.

—Quizá no... Es estúpido pedir la luna.

—No hay lunas para los Duques; todas son como lámparas que se puedan tener en la mano.

—Pero aun queda el peligro de quemarse, o de que se fundan.

—El que no arriesga nada, nada logra. Ningún hombre debe sentarse y abandonar la caza de su luna; por poco que la desee, la alcanzará.

—¿A despecho de su conciencia?

Lady Garribardine le lanzó una mirada sagaz. Este era el momento propicio para que ella descubriese los sentimientos del Duque. Él podría comprenderla, si quería.

—No; nunca contra su conciencia, pero sí a pesar de la costumbre, o de la tradición o de cualquiera otra barrera levantada por los hombres.

Pero, aunque el Duque encontró gran consuelo en sus palabras, no era propenso a dejarse influir por los demás; el torrente de su pasión, reprimido por su voluntad, no había empezado aún a desbordarse. Hizo entonces que la conversación se enfocase hacia temas más gratos. Sara vió que, por el momento, debía dejar las cosas en manos del destino.

Catalina tenía un aspecto encantador durante el té. Le sentaba muy bien aquel aire de dulzura pensativa. Mostraba un perfecto equilibrio, sin huellas de nerviosidad; sólo sus ojos parecían tristes.

¡Qué dignidad —pensaba el Duque contemplándola— había mostrado en su conducta y en su actitud, durante toda su estancia en el palacio! Suponía que debía de haber sido un momento de excepcional emoción aquel en que entraron los amigos del Duque y de lady Garribardine, y, sin embargo, ni por un segundo dejó de mostrar su equilibrio de espíritu, respondiendo con reposada cortesía a los que a ella se dirigieron; ni con servil obsequiosidad, ni con tono demasiado expansivo, sino justamente con aquella consideración que tan bien sienta a una gran dama, aunque sea una simple muchacha. La miraba una y otra vez, y nada encontraba en la joven que no fuese digno de respeto y de admiración. ¿Qué sentiría?, se preguntaba. ¿Qué significaba aquel breve sollozo? De seguro quería decir que comprendía y que se dolía. ¿Suspiraría ella también, en secreto, por venir a sus brazos, de igual suerte que en él todas las fibras de su ser ardían con el deseo de hacerla suya? ¿O no pensaría en él, atraída su atención hacia el joven Westonborough? ¿O acabaría casándose con sir John?

Este último pensamiento le disgustaba, pues su Gracia, el duque de Mordryn, no tenía el carácter de Gerardo Strobridge, que se conformaba con esta idea ante la esperanza de que las posibilidades de futuro goce serían mayores. En su corazón sólo se albergaba la más profunda reverencia hacia Catalina.

Así pasó la tarde, mientras dos almas sufrían. Sobre el cielo vespertino se pintaban las tintas del arco iris. Los castaños se vestían de un verdor fresco y suave; los robles comenzaban a brotar. Las hayas cobrizas, los tilos y los abetos, añadían sus tintas a la belleza del paisaje. Los pajarillos jóvenes gorjeaban sus buenas noches; todo en el mundo parecía lleno de amor, y la primavera cantaba como una promesa de gozo.

Mordryn, luchando por vencer su tentación, se encerró en su salón, como huyendo de todas aquellas dulces cosas de la naturaleza, y permaneció a solas hasta la hora de vestirse para cenar, con pretexto de que tenía importantes cartas que contestar.

Pero durante todo el rato estuvo pensando que, pasados aquella puerta y aquel pasillo, estaba una mujer que le interesaba más que ninguna otra cosa en la vida.

Toda la tarde había padecido un suplicio tremendo. Fué un penoso deber tener que hablar como un autómata a huéspedes enojosos. No había intentado conversar con Catalina; aquella despedida de la mañana fué el final; no sería una gradación, que resultaría innecesaria.

Ella comprendió los motivos que él tenía... Así pensaba y sentía él, pero esta idea no le dejaba tranquilo.

* * *

Catalina, cuando pudo disponer de media hora, púsose a hojear el libro; buscó y encontró el pasaje de la página cincuenta y cuatro de ABELARDO Y ELOÍSA, y lo leyó:

"Me voy lejos con objeto de evitar vuestra presencia como la de un enemigo. Y, sin embargo, incesantemente os busco en mi memoria y evoco vuestra imagen, y en tan contradictorio desasosiego, me traiciono a mí mismo. ¡Os odio... y os amo! La vergüenza me cerca por todos lados. Estoy espantado, en este momento, al ver que parezco más indiferente de lo que sois vos; y, no obstante, me avergüenzo de descubrir mi turbación."

Y bien...; si él pensaba y sentía del mismo modo, ¿cómo acabaría aquéllo?

CAPÍTULO XXXI

Cuando regresaron a *Berkeley Square*, Catalina encontró a Londres ruidoso, tumultuoso; la rutina del diario trabajo fué para ella como un consuelo. ¿Cuáles serían las consecuencias de su visita a Valfreyne?

Biblioteca Nacional de España

No podía adivinarlas. Sabía que el Duque la amaba, pero ¿con qué clase de amor? ¿Con una pasión todopoderosa que arrollaría un día todos los obstáculos que se opusieran a su satisfacción? ¿O con una emoción contenida que se esfumaba cuando desaparecía la tentación de su presencia? Pero ¿qué importaba que la amase de un modo o de otro, si en cualquier caso aquel amor era un imposible?

¿Y ella? ¿Cuáles eran sus sentimientos? Comprendía que si transigía con sus emociones naturales, su amor hacia el Duque llegaría a tales extremos de devoción y apasionamiento, que dejaría a la altura de un juego de colegiala al que tuvo por lord Algy.

Pero no debía consentir que tales sentimientos surgiesen; bastante amargo era el dolor que sentía, y para hacerlo llevadero necesitaba una severa disciplina y un férreo dominio de sí misma.

Durante aquella semana se notaba inquieta y como sobre ascuas, pensando si vería o no al Duque, mudándosele el color cada vez que entraba en el salón. Mas el Duque no venía; una vez oyó casualmente que aún permanecía en Valfreyne. Un sábado por la mañana fueron a Blissington, hasta el lunes por la tarde, como era costumbre al final de cada semana

Lady Garribardine contempló a Catalina con ojos escrutadores y advirtió que sufría. Se mostró excepcionalmente amable, ingeniosa y sarcástica, con lo que influyó en ella de un modo tonificante. Siempre le resultaba divertida a Catalina aquella manera tan aguda de considerar los hombres y las cosas; parecía que la amistad entre ambas era más estrecha que nunca.

—Es usted un consuelo y un descanso para mí, joven — dijo. — Puedo charlar con usted y explayar todas mis ideas, como lo haría con un hombre..., sin que me responda hablando de otra cosa. Como usted sabe, querida mía, para la mayor parte de las mujeres la base de su argumentación consiste en esto: si se les dice que el mar es salado, replicarán que, por el contrario, la luna es un queso de bola. Les dirá usted que es el sabor del agua del mar, no la composición de la luna, lo que se discute; contestarán que están en absoluto desacuerdo con usted, y que el sol es caliente. Y ya está todo resuelto; no le queda a uno otro recurso que sonreír y hablar de vestidos.

Catalina reía de buena gana. ¡Qué bien conocía este tipo de argumentación! Matilde lo practicaba siempre.

—Creo que debo a mi querida lady la facultad de ver las cosas de otro modo.

—¡No, por cierto! Ha sido usted siempre aguda como una aguja. Quizá yo haya fomentado en usted esta cualidad.

—Gracias a su amabilidad y simpatía he podido elevarme y romper con los lazos que estúpidamente me ligaban a mi clase. ¡Oh, si supiese usted cuán profunda gratitud le guardo!

Era poco frecuente que se conmoviese de aquel modo; lady Garribardine la miró de cerca.

—¡Vaya, vaya, niña! — dijo. — Está usted hecha para realizar grandes cosas; si he simpatizado con usted, es porque lo advertí muy pronto. De igual modo que yo no podía crearle cualidades que usted no poseyese, tampoco podía hacer que valiese menos de lo que vale. Yo sólo era capaz de retrasarla en el camino de su mejoramiento o, como ha sucedido, de haberla hecho avanzar más rápidamente. Las dotes de e piritu que usted posee, Dios se las ha dado; yo nada tengo que ver con ello.

Los ojos de Catalina se enternecieron de afecto y de gratitud. ¡Su querida amiga, su bienhechora!

Así que lady Garribardine estuvo sola, reflexionó profundamente sobre aquellas cosas; el respeto y el afecto eran mutuos. Le preocupó un poco el ver a la muchacha tan tranquila. Mordryn habría jugado su partida con limpieza; no podía hacerlo de otro modo. Adivinaba la razón de aquel desvío — si es que era realmente desvío — por parte del Duque, sin que le inquietase de un modo duradero.

—Cuando un hombre siente como Mordryn, no hay prejuicios de clase bastante poderosos para apartarle de la mujer que ama. ¡Dejémosle que sufra un poco y ofrezcámosles después una oportunidad para que se encuentren, y todo marchará bien!

Así meditaba lady Garribardine. ¡Qué peso se quitaría de encima el día que los viera felizmente casados! ¡Qué tranquilidad cuando viese realizados sus proyectos tanto tiempo madurados! Sí; Catalina Bush era una muchacha incomparable; sería la gema más brillante de una corona. En su corazón no quedaba ni la más leve huella de los celos o del antagonismo que, como instinto heredado o como prejuicio de clase, había surgido en ella fugazmente una o dos veces. Con su prudencia y su claro juicio había pesado y medido el pro y el contra de sus proyectos. No existían en la tierra dos seres humanos que mejor pudieran comprenderse, que su humilde secretaria, procedente de *Bindon's Green*, y aquel ilustre aristócrata. Podría, con éxito, lanzar a la vida del gran mundo a Catalina, y hacer que fuese aceptada sin discusión. Después del matrimonio dejaría tranquilamente, a la muchacha, que con su prudencia y su tacto realizase la tarea de mantener la posición de Duquesa con distinción suprema. Así, pues, la única barrera que quedaba por derribar era la de los enojosos prejuicios de clase de Mordryn: un obstinado concepto del deber — *noblesse oblige* — para con su clase y su raza. Pero no era hombre de espíritu estrecho, y, en cuanto tuviese tiempo para reflexionar con libertad sobre lo que la nobleza significa realmente, comprendería que no todo consiste en una elevada cuna.

Lady Garribardine conocía muy bien la naturaleza del Duque; sabía que si le hablaba sobre este tema y pretendía ejercer en él mayor influjo que el que hubiera logrado con su conversación en la jira a las ruinas, siendo tan violento el deseo del Duque, se esforzaría aún más en no dejarse convencer, por temor a que aquella inclinación debilitase su sentimiento del deber.

Preferible sería dejar las cosas en manos del Destino y disponerse a intervenir en el momento crítico.

Mordryn debía de seguir sufriendo profundamente, pues en otro caso hubiera regresado a Londres en lugar de permanecer aún en Valfreyne.

Ni la menor palabra ni la más leve insinuación indicaron a Catalina que su señora había observado el interés del Duque hacia ella, ni el aparente enfriamiento ulterior. En realidad, desde aquel día de la reunión de Pascua, en que hablaron acerca de la visita del Duque a la sala de estudio, la señora no había vuelto a mencionarlo en relación con este asunto. En apariencia, todo se mostraba, pues, tranquilo y sereno, y la vida seguía su corriente ordinaria.

Era conveniente hacer que Mordryn volviese, como antes, por *Berkeley Square*, y sin que durante algún tiempo encontrase ocasión de ver a Catalina. Debía entrar en aquella casa, como siempre, sin miedo.

Tres semanas después de la Pascua de Pentecostés, volvió el Duque a la ciudad y comió en casa de lady Garribardine, pero no vió a la señorita Bush. Había perdido miserablemente los días en su hermoso *home*. No consiguió, sin embargo, ver las cosas desde un punto de vista razonable; luchaba con todas sus fuerzas contra su deseo, que cada día se hacía más fuerte.

¡Cuán helada su mano al decirse cortésmente adiós en la mañana del jueves! Pudo el Duque sentir su frialdad a través del guante. ¡Cuán pálido su rostro! Esperaba y deseaba que no sufriese; esto sería demasiado cruel, y él no podía sentirse libre de culpa. Cierto era que había jugado con los sentimientos de Catalina, aunque de una manera delicada y sutil, lo que hacía su conducta más cobarde e inexcusable. Esta idea le disgustó muchísimo, y se entregó a una actividad frenética. Ocupó todas sus horas en los asuntos de sus dominios, con objeto de ahuyentar el recuerdo, aunque con escaso éxito; al fin marchó a Londres, resuelto a acabar con su debilidad. Pero cuando fué a comer a *Berkeley Square*, se sentía agitado, porque temía y a la vez deseaba contemplar a Catalina.

Mas no pudo verla, ni siquiera se la mencionó, como si no hubiera existido nunca. Su ansiedad era cada vez mayor. ¿Habría abandonado el servicio de Sara? Se hacía necesario averiguarlo inmediatamente, antes de dejar la casa.

—¿No cena aquí esta noche la señorita Bush, Sara? — dijo después de comer, cuando se quedó un momento

Biblioteca Nacional de España

con la señora. — Supongo que seguirá bien.

— Sí, gracias — y la señora cambió de conversación en seguida, dejándole con aquella escasa información.

Así que llegó a su casa de *St. James*, estuvo pensando incesantemente en la muchacha. Ella había comprendido. Era tan delicada, que se supo hacer cargo, por completo, de la situación. ¿No le explicó ella misma los deberes que le imponían a él su posición y su raza?

¡Una mujer que podía adoptar un punto de vista tan abstracto tendría seguramente un alma muy hermosa! En sus ideas había mostrado el más elevado sentimiento del deber, la más perfecta comprensión de lo que *noblesse obligue* significa. Recordó aún sus observaciones respecto a la asistencia de él a la Cámara de los Lores, y cómo había dicho que era una cobardía eludir aquel trabajo, por la sola razón de que le desagradaban los puntos de vista actuales. Y además, ¡qué gran estimación sentía hacia ella Sara, una mujer que no se dejaba seducir por ningún género de encantos, y que acostumbraba a ejercer su juicio crítico sobre todas las cuestiones, antes de conceder su amistad! Y él sabía bien que Catalina gozaba de la perfecta amistad de lady Garribardine.

Entró en su biblioteca, que daba hacia *Green Park*, abrió la amplia ventana y paseó por la terraza. A lo lejos se oía el rumor estruendoso de Piccadilly; en las cercanías de su casa había mayor sosiego y se podía pensar. Pasó revista a todos los menudos incidentes ocurridos desde el comienzo de su amistad con Catalina, aquella noche, aún no lejana, en la casa de Gerardo Strobridge. Le confesó el deseo que tuvo, después de haberle oído hablar, de encontrarse con él. Esto probaba que ya desde entonces se sentía atraída hacia él. ¡Y cuán seductora le había parecido, cuán cultivada, cuán inteligente y refinada! ¡Y pensar que aquellas cualidades eran, en parte, fruto de la constancia con que llevó a la práctica sus propósitos! Una voluntad para realizar un ideal, luchando contra una desigualdad extraordinaria. Una inteligencia lo bastante capaz para comprender que sólo los hechos valen, y que a nadie podría convencer el atribuirse los derechos de señora, ni el demostrarlo verbalmente, sin la realidad de un alma delicada que se manifiesta en la acción. ¡Cuánto más meritoria y respetable sería su conducta, entonces, que si esas cosas las debiese a su herencia! ¡Había alcanzado un nivel de perfección, mediante una resolución deliberada, más elevado que el de ninguna otra dama que él conociese, salvo Sara! Todas sus ideas, sus maneras de expresión, sus puntos de vista, concordaban exactamente con los de él. Tenía un supremo sentido del deber. Su ecuanimidad, su prudencia, su buen sentido, no era frecuente encontrarlos en una mujer.

Y era joven y bella y de salud perfecta. Aquel espíritu tan reposado no se veía perseguido por caprichos nerviosos.

De pronto, mientras contemplaba el azul profundo del cielo estrellado, le pareció que caía una venda de sus ojos, y que se levantaba la niebla que cegaba la visión interior de su alma. Aquella criatura tan querida, hija de un subastador, nieta de un carnicero, era realmente una aristócrata en el más puro y más exacto sentido de la palabra. ¿Y sólo por saber él quiénes eran sus propios antepasados, a través de innumerables generaciones, tenía derecho a apartarse de ella sin hacerle justicia, cuando su espíritu y su carácter estaban tan por encima de los suyos? ¡Así el amor engendra humildad en los corazones nobles!

¿Dónde podría encontrar en el mundo una persona tan digna de conllevar su nombre y su elevada posición? Rióse en voz alta, con alegría. No se dejaba arrastrar de la tentación de buscar un goce personal, al pensar en ella como su duquesa, sino que lo hacía para conceder a su casa el máximo honor que hubiese recibido nunca.

Se asombraba de su propia ceguera; se asombraba también de sus puntos de vista piadosamente convencionales. ¿Cómo era posible que tales consideraciones le hubiesen agobiado por tanto tiempo? ¿Cómo no había advertido en seguida que el mero nombre de "aristócrata" era de una absoluta mezquindad, a menos que en lo íntimo de la personalidad se destacasen aquellas cualidades que este vocablo intenta expresar?

Pensó un momento en su esposa Laura, con su estúpida, insignificante inteligencia, hundida al fin en la locura. Pensó en Beatriz, la esposa de Gerardo; ¿qué utilidad podría haber reportado a ningún hombre? Pensó en su propia prima, Dulsie Dashington, con aquella mentalidad de moza de taberna, que degradaba la dignidad de su elevada condición; pensó en aquella multitud de damas del gran mundo, frívolas, sin espiritualidad y sin inteligencia, que se habían lanzado sobre su título en Blissington, a cualquiera de las cuales juzgaría la sociedad como una dama de buena cuna, digna de casarse con él y de gobernar su *home*.

Después pensó en la sencilla dignidad de Catalina. Ella no había intentado cazarlo. No se rebajó nunca queriendo retenerlo; había "comprendido". En la grandeza de su humildad comprendió cuáles podían ser las opiniones de él, o más bien las opiniones de las gentes de su clase.

Pero ahora veía la verdad; y la verdad era que se destacaba como una estrella entre las demás mujeres y que ninguna otra era digna de desatar los cordones de sus zapatos.

Ya no vacilaría más. Telefonearía aquella mañana a Sara, invitándose para ir el sábado, y entonces vería a Catalina —¡amada Catalina!, — hablaría con ella y le diría la verdad. Y si le honraba aceptándole, sería suya.

Se sintió exaltado por esta visión. Dejó que su imaginación, refrenada y contenida por largo tiempo, reinase plenamente. Ella no era fría por naturaleza; no necesitaría simular la pasión, como Julia Scarrisbrook. La de ella, si al fin llegaba a sentirla, sería una pasión efectiva. Ese género de pasión lo había ya experimentado ella anteriormente. Y aun en esto pensaba sin que tal recuerdo le acongojase, porque era cosa pasada, y tenía la íntima sospecha de que no se mostraría indiferente con él ahora. ¡Qué placer el de hacerse amar de ella, el de enseñarle todo lo que queda entre sombras "más allá" de la mera pasión física, y por lo que en otra ocasión preguntara Catalina! ¡Y, luego, su vida, juntos los dos en Valfreyne! Sí; aquella era la verdadera fuerza de que ella había hablado: ¡fuerza para romper con todo género de fingimientos!

¡Y pensar que estuvo a punto de consentir que las ideas de su mundo, estúpidas, ciegas e hipócritas, le apartasen de ella! Debía de haber estado loco, puesto que desde el primer día conoció el verdadero valor de ella. Seguramente Sara le ayudaría; ¿no le había dicho que no debía ir contra su conciencia, sino contra la costumbre y la tradición, contra las barreras que han levantado los hombres? Y ahora su conciencia aprobaba sus deseos; rompería las barreras que le apartaban de la que era la delicia de su corazón.

Fué grande la sorpresa de lady Garribardine al recibir, por la mañana, aquel aviso telefónico: — ¿Puede su Gracia hablar personalmente con lady Garribardine?

Catalina repitió el recado del criado.

— Ciertamente que sí.

La muchacha puso en sus manos el auricular, e iba ya a abandonar la estancia, pero lady Garribardine hizo un signo para que permaneciese allí, mientras se incorporaba en el lecho.

— ¿Es usted, Mordryn...? ¡Oh! ¡Ya lo creo, puede venir mañana...! Sí..., ¡hace calor en Londres...! Será una partida desanimada... Gwendoline, los Colvins y el viejo Tom Hawthorne. Pensaba ir tan sólo para descansar. ¿Le gustará a usted...? ¡Oh, muy bien, venga en auto o en el tren de las tres...! Muy bien... ¡Adiós!

Luego miró a Catalina, que soportó su mirada con expresión inmutable.

— El Duque se invita a venir con nosotras mañana, aprovechando nuestro viaje a Blissington; se aburre en Londres y está triste.

La secretaria no hizo demostración alguna de alegría; en realidad, quedóse un poco más pálida, y preguntó si tendría que transmitir órdenes al ama de llaves, respecto a las habitaciones del Duque.

— Esta muchacha siente de una manera incomprensible — pensó lady Garribardine. — Pero Mordryn viene de seguro resuelto a algo. Dejémoslos, pues, que arreglen el asunto.

Catalina se alegró de que sus ocupaciones la llevasen ahora a ir de com-

Biblioteca Nacional de España

pras; necesitaba aire libre y libertad para pensar.

¿Qué significaba aquello? ¿Por qué venía tan repentinamente a Blissington? ¿Llegaría ya el momento supremo de su vida?

Como Mordryn la noche anterior desde su terraza, mientras contemplaba el *Green Park*, así también recordó todos los momentos de su amistad, y lo que había llegado a significar para ella: algo muy amargo y muy dulce a la vez.

¿Debería entregarse locamente a un placer paradisíaco, por el breve espacio de un día? ¿Habría de permitir que le hiciera el amor, si era esa su intención al venir a Blissington? Pero no; debía ser consecuente consigo misma y obrar siempre conforme a lo que considerase justo. Se sentía conturbada, fatigada y excitada. La perspectiva no era muy halagüeña.

Si venía a hacerle el amor, le obligaría a cortar en seco sus manifestaciones. Pero si se conducía como si ella no existiese, se sentiría aún más lastimada. Deseaba fervientemente poderse encontrar lejos de allí.

Al día siguiente, durante el almuerzo, cuando se encontraban ya en Blissington, lady Garribardine dijo sin que viniese a cuento:

—Tiene usted un aire muy fatigado, joven. Le aconsejo que coja una manta y un libro y que se vaya bajo los castaños a echar la siesta al aire libre. Y si no quiere, no venga a la hora del té; somos tan poca gente, que me las podré arreglar sola.

Y Catalina, deseosa de escapar, hizo lo que se le indicaba.

Capítulo XXXII

Acababa de servirse el té en la terraza de la fachada de levante, cuando el Duque llegó en su auto. Abarcó el grupo de una mirada. La señorita Bush no estaba allí.

Su impaciencia había ido creciendo, sin cesar, desde el jueves por la noche, cuando adoptó su resolución, y ahora, como un muchacho, sintió una gran desilusión al advertir la ausencia de Catalina.

¿Cómo iba a ponerse a charlar con los Colvins y Tom Hawthorne y la anciana Gwendoline? Sin embargo, se condujo casi como de ordinario, aunque lady Garribardine advertía en él los síntomas de una gran tensión de nervios.

Procuró que acabase el té lo antes posible, y le invitó después a dar un paseo y a ver unas nuevas plantas para arriates.

En cuanto se encontraron a solas, Mordryn comenzó a hablar claramente. Había resuelto evitar toda suerte de interpretaciones equívocas.

—¿Ha adivinado usted, Sara, qué es lo que me ha traído hoy aquí?—preguntó.

—Tengo una ligera idea de ello: ha decidido usted hacer frente a la realidad y evitar las meras apariencias, como diría Catalina Bush.

—Exactamente. ¿Cuento con su simpatía, mi querida amiga?

—Con mi más calurosa simpatía, Mordryn; me interesa mucho el que sea usted feliz. En otro tiempo he pasado momentos terribles de remordimiento por sus desventuras; pero si consigue esta muchacha, creo que quedará usted bastante compensado.

—Estoy profundamente enamorado, Sara; ya sé que usted no se reirá de mí, ni lo juzgará absurdo.

Sara dirigió al Duque una sonrisa franca y llena de afecto.

—No; y, lo que es más importante, la muchacha no se reirá tampoco. Tiene un temperamento apasionado. ¿Ha visto usted, Mordryn, cómo tiemblan las aletas de su nariz? ¡No tendrá tiempo de aburrirse con ella! ¡No es el tipo de la pobre Lão Delemar, la amiga de Gerardo, o del de Julia Scarrisbrook! Por sus venas corre una sangre roja y ardiente; pero se domina de una manera tan perfecta, que no deja que se muestren sus verdaderos sentimientos, aunque yo tengo la sospecha de que está enamorada de usted; de usted, del hombre, Mordryn; y no del Ducado, por extraño que esto le pueda parecer.

Su Gracia sintió un estremecimiento de placer; ¿y por qué no había de ser así? Entre todas las cosas terribles y

hermosas, él sabía que la verdadera pasión era la más rara de todas.

—Si se tratara del Ducado, pudiera haber excitado mis deseos, hace unas semanas, hasta obligarme a cometer alguna locura; pero no ha hecho nada de esto. En resumen: ha "comprendido", lo cual es maravilloso de veras.

—Es una criatura extraña, un carácter admirable, amigo mío; de una honradez perfecta, e intensamente orgullosa. No con ese orgullo que corta el aire con la barbilla, sino con el que mantiene erguida la cabeza; y no hay en el mundo otra diferencia entre los dos. Los presuntuosos tienen siempre en el aire la barbilla; pero no conocen la otra actitud. Será la más perfecta duquesa que haya tenido vuestra casa. ¡Y piense usted en los hijos!

El Duque lanzó un gran suspiro; un nuevo placer inundaba su alma al oír aquellas palabras, que lady Garribardine repitió:

—¡Piense usted en los hijos! ¡Aquel sueño mío de los seis robustos muchachos puede realizarse!

—¡Sara..., realmente...!

La señora se reía entre dientes muy regocijada.

—Y ahora hemos de conducirnos con sentido común. Es necesario que no haya la menor tacha en este asunto. Si accede a casarse con usted, comenzaré en en seguida a arreglar la situación. Haré que salga con mayor frecuencia y la presentaré a más gente; no anunciaremos las relaciones hasta dentro de unas semanas. Nadie se atreverá a preguntar quién es ella, o de dónde viene, en cuanto yo haya hecho esto. Quizá alguien suponga que es el fruto de una antigua indiscreción de alguna persona de la familia, a la que yo he adoptado. ¡Que piensen lo que quieran! Es absolutamente honrada; sin preocuparse contaría la verdad a cualquiera, pero creo que será preferible que guarde silencio, y dejar que la gente haga lo que quiera. Nadie pondrá en duda su perfecto refinamiento, sus condiciones para ocupar una posición en el mundo.

—Sara, es usted un ángel.

—No, nada de eso; tan sólo soy un artesano un poco diestro. Me gusta hacer bien las cosas. La Duquesa no encontrará obstáculos en su camino.

—Le quedo profundamente agradecido, querida amiga mía.

—¡Bah, bah!

Pero sus negros ojos brillaban empañados.

—Cuando los vea salir, ya casados, camino de Valfreyne, a pasar la luna de miel, me sentiré contenta.

—¿En dónde está ella?

—Le dije que fuese a descansar bajo los castaños esta tarde. Estaba pálida como un espectro.

—Así, pues, ¿podré ir a verla ahora?

—Sí; ¡vaya usted y que Dios le bendiga!

Se estrecharon la mano, y el Duque se alejó dando largas zancadas. Su aspecto, se decía suspirando la señora, era aún el del héroe de un sueño de cualquier mujer. Sabía llevar animosamente sus años.

Pero buscó bajo los castaños, y más allá, sin poder encontrar a Catalina. Junto a un gran tronco, vió una manta doblada; evidentemente había estado allí, y ahora vagaría por aquellas inmediaciones.

Continuó su exploración durante algún tiempo, sin éxito, y cuando se acercaba al lindero del cercano bosque cruzado de hermosos senderos, algunos de los cuales conducían hasta una extensión de agua para adorno del parque, que tenía la mínima magnitud necesaria para que se le pudiese llamar lago, se detuvo indeciso sin saber por cuál seguir. Palpitaba su corazón como no lo había hecho desde hacía muchos años. Se decidió a seguir una senda que conducía hasta una casita de té, de estilo chino, y que estaba en la orilla misma del agua.

Cuando pudo verla desde lejos, percibió el revuelo de una falda gris que desaparecía hacia un rincón de la *veranda* colgada sobre las aguas, junto a una gran masa de blancos lirios acuáticos que allí crecían, mientras dos cisnes majestuosos se deslizaban en el lago. Eran las seis y el sol se ponía; había una luz suave y reinaba un sereno reposo. El blando césped apagaba el rumor de sus pasos; Catalina no se dió cuenta de que se acercaba, hasta que le

Biblioteca Nacional de España

atravesar la puerta de la *veranda*. estaba acodada en la balaustrada, contemplando el lago; levantó la cabaza y le vió.

Venía hacia ella con las manos extendidas y encendido el rostro.

—¡Al fin la he encontrado a usted! —exclamó con gran alegría. —¿Por qué razón huye y se esconde?

Catalina se dominó con severidad. Estrechó tranquilamente su mano; dijo que se sentía fresco junto al agua y que era agradable estar en aquel sitio.

Se hallaba demasiado inquieta para permanecer bajo los árboles. Su voluntad no tenía fuerza bastante para ahuyentar la preocupación de lo que el día pudiera traer. Ahora el Duque se encontraba ya allí, a su lado, y era necesario afrontar la situación.

Se acercó a ella y, apoyándose en la curiosa barandilla de madera, se inclinó para contemplar aquel rostro que se desviaba de él, murmurando:

—Será preferible gozar de la "soledad de dos".

La vió pálida y cohibida. ¿No habría comprendido, quizá, cuáles eran sus verdaderos propósitos al acercarse a ella?

—Mire —dijo la joven señalando a los cisnes; —quizá estén de acuerdo con usted; van nadando perezosamente los dos juntos, majestuosos y dignos, lejos de los torbellinos y de las aguas agitadas. A veces siente uno envidia de los pájaros, de las bestias y de los peces... —y suspiró profundamente.

—No debe usted suspirar... Míreme, Catalina. Necesito ver sus ojos.

Pero le desobedeció y bajó los párpados. El Duque se acercó aún más a ella; una oleada de emoción inundó el alma de Catalina, haciéndole experimentar aquel extraño sentimiento que, según creyó en otro tiempo, sólo lord Algy sería capaz de despertar en ella. El Duque vió que las aletas de su nariz se estremecían, como le había dicho su amiga Sara; al verlo, sintió una gran alegría.

—¡Míreme usted, Catalina! —dijo, con tono imperativo ahora.

Entonces alzó poco a poco sus grises y verdosos ojos; el Duque los vió turbados, a pesar de la pasión divina que en ellos se expresaba.

—¿Por qué viene usted aquí, y por qué me habla de ese modo? —dijo en tono de reproche. —Nos dijimos adiós en Valfreyne... Aquello era el fin... Lo he comprendido. ¿Por qué vuelve usted a turbarme de nuevo?

—Porque no podía separarme de usted...; porque la amo, querida mía.

Retrocedió, toda temblorosa por el dolor de la lucha que se desarrollaba en su alma.

—¡Silencio! No debe usted hablarme de esto. ¡Yo le ruego que no lo haga!

Pero desde el momento en que en la mirada de ella no pudo él leer nada de frialdad ni de repulsión, no quiso dejarse desalentar por sus reconvenciones.

—Me porté como un necio en Valfreyne, Catalina; yo no me debía haber despedido de usted, mas ahora he venido a Blissington a decirle que la amo apasionadamente, mi adorada niña; su simpatía y su comprensión han dominado mi espíritu, destruyendo todos mis prejuicios. Y, además, la venda que me cegaba ha caído de mis ojos. La adoro a usted, Catalina, mi bienamada, y deseo hacerla mi esposa.

Nunca había sonado tan hermosa su voz. Nunca fué tan impresionante su espléndida presencia; nunca tan grande su fascinación. ¡Y era él quien le suplicaba que fuese su esposa!

Durante unos segundos sintió que se le bamboleaba la cabeza. Había alcanzado la cumbre de su ambición; y no sólo de su ambición, sino de lo que ahora importaba más: la realización de un verdadero amor. Ambas cosas las tenía ante sí; no tenía sino tomarlas y gozar de ellas. Se presentaba el momento fatal. Tenía que afrontar cara a cara el gran problema de su vida ¿Debía abandonar toda esta gloria, tan sólo por mantenerse fiel a su ideal de rectitud?

Contempló aquel altivo rostro y lo vió transfigurado por un sentimiento de adoración. Catalina lanzó una breve exclamación. No, no debería nunca engañarle; era hombre demasiado delicado para esto; sea lo que fuere lo que sucediese, entre ellos no debía haber sino sinceridad. Pero aun así, una corriente de emoción apasionada, rompiendo con toda suerte de trabas, excitó los más profundos impulsos de su naturaleza, buscando un desahogo antes de la total renunciación.

—¡Ah! —exclamó, mientras el Duque la estrechaba entre sus brazos. Y luego: —¡Te amo, te amo! —siguió gritando desatinadamente. —¡Bésame, abrázame, haz que conozca lo que es estar próxima a tu corazón! Lo que "sería" el estar junto a tu corazón, si pudiera ser. ¡Oh, no sabes lo que duele el decir adiós! ¿Recuerdas una vez en que te decía que había conocido una fase del amor y te preguntaba si había algo más allá? Pues bien, ya sé ahora que hay algo... y tú me has enseñado a sentirlo; es una victoria del alma. ¡Te quiero con todo mi ser, con mi cuerpo y con mi alma y con mi vida!

Pero no pudo articular una palabra más, porque el Duque, como enloquecido de emoción, la estrechó contra su pecho e inundó sus labios de besos que parecía que a ambos transportaban a un paraíso de delicias.

¡No era tímida en el amor! ¡Poseía más bien una naturaleza tan fieramente apasionada como la suya!

—¡Oh, Dios mío, qué cosa tan divina! —y suspiró cuando al fin sus labios se separaron, llenos de dicha, de los de ella. —Catalina, ¿cómo te atreviste a cometer la insensatez de decirme adiós? Ya no te apartarás nunca de mí; ¡serás para siempre mía!

—¡Silencio! —y puso tiernamente su mano en la boca del Duque mientras se soltaba de sus brazos. —En tanto que sea capaz de amar seré tuya, la fuerza de la pasión ha ahogado todas mis ideas, pero ahora has de escucharme... y no hablarás hasta que haya terminado. Vamos; sentémonos aquí, que la historia es larga.

Por complacerla se dejó llevar hasta el asiento y, mientras sus ojos la devoraban con amorosa impaciencia, esperó a que comenzase.

—Pienses lo que pienses y sientas lo que sientas, prométeme que no me interrumpirás hasta el fin.

Alegremente dió palabra de hacerlo, y cogió entre sus manos la de Catalina.

Catalina, dominando sus nervios, contó su historia con voz serena y profunda; sin gestos dramáticos, hizo una gráfica descripción de su hogar, de la oficina de "Liv" y "Dev" y del efecto que sobre ella ejercían las voces de los caballeros que venían a que les prestasen dinero. Y, luego, le contó la llegada! de lord Algy y su amistad; se detuvo durante un segundo y dirigió una mirada al rostro de Mordryn. Tenía una expresión forzada, pero oprimía con más firmeza su mano.

—Ahora tienes que escuchar con mucho cuidado y esforzarte en comprender. Creo que he estado enamorada de él de una manera apasionada, porque era un hombre hermoso, y alegre y lleno de encanto... Bien; decidí irme con él durante tres días... Lo decidí deliberadamente, no tan sólo por amor; porque deseaba comprender la vida, y conocer la naturaleza de los hombres, y los puntos de vista de una aristócrata.

El rostro del Duque se tornó blanco, y su mano, fría como el hielo, pero no habló. Así, Catalina, con un timbre de voz extraño, continuó:

—...Pues bien, fuimos a París un sábado y regresamos el lunes por la noche; durante este tiempo conocí toda la fase pasional del amor; él despertó entonces en mí todos aquellos instintos de que en otra ocasión he hablado, pero nunca tocó mi alma, que dormía hasta que tú viniste. No quise seguir con él, ni convertirme en su amante; lo hice por adquirir experiencia, y eso fué todo. Nos separamos en la estación de Charing Cross; él se fué a Gales, con su familia, a cazar; yo me fuí a mi casa. Le escribí diciéndole que no volveríamos a vernos nunca más. Luego formé la resolución de dejar la casa de Livingstone y Devereux y comenzar a esforzarme por mejorar de condición. ¡Oh, no puedes imaginar todo lo ignorante que era entonces! Pero yo no perdía nunca de vista el fin que aspiraba a conseguir: lograr a fuerza de inteligencia llenar cumplidamente la posición deseada. Aun en aquellos días primeros, tenía ya sueños ambiciosos. Tuve la fortuna de obtener el puesto de secretaria de lady Garribardine, y cuando dejaba su casa, después de haber quedado colo-

Biblioteca Nacional de España

cada, me encontré por casualidad con lord Algy, en el Parque. Se sentía muy contrariado y desgraciado, por mi resolución de no volver a verle nunca..., y me propuso que me casase con él. Rehusé, claro está, porque ya entonces sabía yo que sólo tenía para mí un atractivo limitado, y además no estaba lo bastante educada, en aquella época, para ocupar mi posición con éxito. Se lo expliqué todo y le hice prometer que intentaría ser un buen soldado. Por sus extravagancias fué enviado a Egipto, y nos separamos así, sin que haya vuelto a hablarle desde entonces. Mi ideal quedó, a partir de aquí, perfectamente madurado: intentaba educarme a mí misma para que algún día pudiera ser capaz de ocupar la más alta posición alcanzable en Inglaterra. Me acordé algunas veces de Algy, pero sólo de tarde en tarde, cuando algún perfume o alguna frase evocaban su recuerdo; por esto es por lo que decía que este amor es desequilibrado y animal; su memoria sólo se despierta por medio de los sentidos. Más tarde, en cuanto estuve al lado de lady Garribardine, entró en escena el señor Strobridge. Su espíritu refinado me inspiró gran simpatía y llegamos a ser amigos. Deliberadamente fomenté aquella amistad, con objeto de cultivar mi inteligencia. Yo sabía que estaba enamorado de mí, por lo cual mi conducta puede parecer censurable; pero, puesto que era bastante débil para entregarse a tales sentimientos estando casado, debía ser él quien recibiese el castigo, no yo. Desde el principio se ha portado siempre como un amigo leal, y una noche, en que perdió la cabeza, hizo una gran escena. No vacilé nunca en mi determinación; procuré por todos los medios mejorar mi educación, mostrándome siempre lo más sincera posible hasta llegar por fin a la cumbre de mis ambiciones. Así marcharon las cosas durante año y medio; lady Garribardine me ayudó siempre en mis esfuerzos por educarme, hasta que fuimos íntimas amigas. Mi ideal no aparecía aún, y un día fuí a la Cámara de los Lores, te vi y te oí hablar. Como a la luz de un relámpago, se me reveló el ideal de todos mis esfuerzos, y comencé a trazar mis planes; pero con una excitación insólita, puesto que algo existía en tí que había despertado en mi corazón una emoción cuyo sentido no podía precisar.

"Aquella noche fuí al teatro, con mi hermana, y vi en el patio a lord Algy, que había vuelto de Egipto, con licencia, según supongo. Quedé emocionada al verlo; tuve frío y malestar, pero comprobé, de una manera definitiva, que sólo había sentido hacia él una pasión física, y que ya estaba apagada.

"Acordé, con el señor Strobridge, la celebración de la comida que me permitió hablar contigo, pero no en calidad de secretaria, porque yo sabía que, aun inconscientemente, los prejuicios formarían un obstáculo insuperable. Creí que si aquella noche me encontrabas interesante, quizá no fuesen tan profundos tus prejuicios más tarde, cuando conocieses mi verdadera posición. Tú recordarás todo lo que aconteció después; pero la segunda parte de la historia comienza en la tarde en que viniste a la sala de estudio. Hasta entonces yo nunca me había lamentado, ni arrepentido, de lo que hice con lord Algy. Es decir, que me sentía satisfecha de haber conseguido mayor experiencia. Pero después te conté mi vida y te hablé de mis padres; tú, inclinándote, me besaste la mano. Hiciste que mi alma despertase. A medida que mi amor crecía, iba creciendo también la negrura de aquella sombra. Empecé a pensar que si te engañaba, aquel engaño acarrearía mi desgracia, y me sentiría degradada ante mi propia conciencia. Donde el amor reina, no caben ficciones; y así, aun antes de que fuese a Valfreyne, me mostré siempre sincera contigo; cada día me eras más querido, hasta que llegué a comprender que representabas todo para mí y que mi corazón te deseaba de una manera apasionada, salvaje. Comprendí que mi posición en la vida sería para ti una rémora, y casi me alegraba de que fuese así; porque me di cuenta de que si realmente me amabas vencerías todos los prejuicios que tuvieses contra mi clase, y llegaríamos a esto: a que yo te tuviese que confesar la verdad que nos separaría después para siempre. He intentado evitar que me declarases tu amor. He intentado dominar el mío; pero ahora he quedado ya indefensa... Te amo, pero comprendo que lo que yo hice en el pasado no podrá olvidarlo nunca el mundo; así, pues, he de sufrir el castigo de mis actos: digámonos adiós para siempre."

Su voz murió en un sollozo, y ya no volvió a mirar al rostro del Duque, cuya mano estrechaba la de Catalina cada vez más nerviosamente. Catalina soltó la mano y se puso con lentitud en pie. El tremendo momento había pasado; pudo concluir la historia, supo ser sincera consigo misma y consiguió perder su amor. Ahora necesitaba de todo su valor para conducirse con dignidad y regresar a la casa.

¡Pero tenía que mirar una vez más a aquel hombre a quien tanto amaba! Estaba sentado en actitud melancólica, con el rostro hundido entre las manos. Durante unos momentos, intensamente dolorosos, Catalina lo contempló sin dirigirle la palabra; su vida, sus esperanzas y proyectos se hundían con ella, anegados por una congoja abrumadora.

Mordryn reaccionó al fin. Tras de aquel terrible silencio, volvió de nuevo a correr la sangre por sus venas.

Comenzó, poco a poco, a comprender. Pudo ejercitar aquella su aguda capacidad de análisis que le permitió ver las cosas en su adecuada perspectiva, y lentamente volvió a sentirse henchido de felicidad.

Miró al fin a Catalina, que permanecía apoyada contra un pilar de la balaustrada; sus grandes ojos no expresaban humillación, ni vergüenza, ni contricción, sino sólo amor, ternura y una profunda tristeza.

De pronto comprendió su valor heróico, su magnífica fuerza de carácter, que la había llevado, no sólo a arriesgar, sino a renunciar al amor, a una elevada posición y a la satisfacción de sus ambiciones, antes de ser desleal consigo misma.

¡Porque ella no necesitaba haberle contado su historia! Este hecho era la prueba máxima de su rectitud. Él no le había preguntado nada de su pasado. Y ella no había convertido la necesidad en una virtud dramática; hizo aquello porque no quería empañar su propia alma con una mentira.

¡Qué importaba aquel miserable pecado venial! Aun entre gentes de una moral rígida, bastante purgado quedaba con la vergüenza que produce. ¡Qué le importaban a él aquellos tres días de su pasado, mucho antes de que se hubiesen conocido! ¡De lo que no cabía la más ligera duda, era de que ahora se le había entregado en cuerpo y alma! ¿Habría un hombre tan loco o tan puritano que renunciase al placer de su vida por tales necedades? Aquellas mismas cualidades — valor y justicia, — que al contárselo a él había mostrado, borraban la huella del pecado, y le ofrecían amplias garantías para su seguridad y su tranquilidad futuras. ¡Una mujer así valía un mundo! No debía preocuparse de ridículos y mezquinos convencionalismos. ¿Consideraba, por ventura, degradada a Sara, porque en otro tiempo había sido su amor aunque no llegó a ser su esposa? Naturalmente que no. Entonces, ¿por qué había de sentir desprecio hacia Catalina, que no traicionó a un esposo, puesto que era libre? Merecerían desprecio mujeres como Julia Scarrisbrook, mujeres que simulaban amor por un hombre y otro, simplemente como un juego, gentes que juzgaban la pasión cosa de ínfimo precio, y que no tenían el más leve atisbo de lo que eran los deberes que las obligaban consigo mismas.

Dejaría de lado todas aquellas ficciones. ¡Que ninguna de ellas influyese en él! Había encontrado un alma honrada, libre y fuerte. La realidad triunfaba para siempre, y todas las ficciones desaparecían.

Se levantó y de nuevo se acercó a ella; una vez más la tomó en sus brazos e, inclinándose, puso un beso en su pálida frente, como si la bendijese.

—¡Amada mía! ¿Creías que este espectro del pasado podría separarnos? ¡Qué error sería! ¡No sabes cuánto te amo! ¡Por encima de todas las cosas de la tierra! ¡Vida mía, siento admiración por tu valor! Adoro tu sinceridad. Serás mía; serás mi esposa adorada y la señora de mi casa. Catalina, corazón mío, ahuyenta todas tus tristezas, y entremos juntos, olvidándolo todo, en el paraíso de nuestro amor.

Pero Catalina, abrumada por la emo-

Biblioteca Nacional de España

ción, descansaba contra su pecho, aniquilada y pálida. Era el suyo un estado inexplicable en palabras; mas, desde el fondo de su alma, daba gracias a Dios por haberle dado fuerzas para decir la verdad.

La alegría no mata... Bien pronto, bajo las caricias apasionadas de su amado, fluía cálida la vida en la joven. En aquella hora gloriosa del ocaso encontraron la felicidad.

Porque la única cosa sublime que existe en este triste mundo es el AMOR.

Capítulo XXXIII

Más de un mes había transcurrido desde que en julio de 1914 repicaron las campanas en todos los dominios del Duque, celebrando el nacimiento de su heredero y Marqués de Valfreyne. Hacía justamente un año que Catalina era duquesa de Valfreyne.

¡Y qué año aquel en la vida de una mujer!

Días, semanas, meses de felicidad, de comprensión y de amistad crecientes, con la persona cuyos actos todos y cuyos pensamientos inspiraban respeto y amor.

El lazo que los unía se hacía cada vez más firme, cada vez más sagrado. Pasaban los días; una mañana, afectuosamente, decía Catalina:

—Mordryn, somos como Rochester y Jane Eyre; no parecemos gentes modernas, puesto que no necesitamos separarnos uno de otro ni durante un minuto..., aunque, gracias a Dios, tú no estás ciego.

Era el suyo un verdadero matrimonio, y lady Garribardine se sentía llena de contento. Se mostraba realmente orgullosa de la manera cómo su protegida desempeñaba el papel de duquesa, y se complacía en ver a su antiguo amor sumido en tal arrobamiento.

Resultó una unión perfecta y completa, y la llegada del bebé vino a coronar su felicidad.

Para el Duque era fuente continua de felicidad el contemplar a Catalina y comprobar cuán justificada estaba la confianza que en ella había puesto; contemplarla y advertir con qué suprema dignidad cumplía con los deberes de su elevada posición.

Y cuando en alguna ocasión se requería un esfuerzo particular, una vez realizado, corría a sus brazos, y le acariciaba, y buscaba sus mimos, y el Duque se declaraba satisfecho porque su pobrecita duquesa había hecho todo lo que de ella esperaba.

Aquel año de perfecta felicidad y de ambición colmada, había moldeado un nuevo y más noble carácter en Catalina, cuya gracia, cuya dulzura y gentileza acrecentaban todos sus anteriores encantos.

Lady Garribardine seguía siendo para ella el modelo que imitaba en todo.

La sociedad aristocrática experimentó una fugaz sorpresa cuando se anunció el matrimonio; pero, como decía lady Garribardine, no en balde había puesto ella su talón de hierro, durante muchos años, sobre el cuello de la sociedad; también ahora sabría imponerse. Catalina tuvo un recibimiento triunfal y fueron escasas las dificultades que hubo que vencer. Hizo sus visitas a todas las relaciones del Duque, bajo las alas de lady Garribardine, y su propio tacto y su serena dignidad convencieron a todos, convirtiéndolos a su amistad.

—En cuanto a su cuna, no tiene nada de particular—solía decir lady Garribardine;—pero "yo sé" quién es; de modo que no tienen que preocuparse respecto a esto. Respondo de que sabrá ocupar dignamente su puesto.

Con lo cual empezaron a circular románticos y fantásticos rumores; lady Garribardine escribió regocijada a Gerardo, que se hallaba en Rusia, allá por septiembre, después de la boda, describiéndole los acontecimientos:

"He dado severas órdenes a Bronson para que no haya conversaciones de escaleras abajo, ni se satisfaga la curiosidad de nadie, y creo que puedo contar con la adhesión que me tienen y con los afectos que profesan a la muchacha, para poder esperar su cooperación. Lo de su familia ha sido una cosa divertida. Las hermanas de América escribieron

una carta emocionante, diciendo que su separación sería ya definitiva y que por fortuna los que quedaban en la casa de *Bindon's Green* habían roto ya sus relaciones con ella, puesto que la consideraban como una "sirvienta" que cobraba una soldada, lo que a sus ojos debía de ser una posición degradante. Pocos días después de que la noticia apareciese en los periódicos, recibió Mordryn una carta de la cuñada de Catalina, notable ejemplar de despecho femenino, pero que a todos nos puso de excelente humor; en ella informaba al Duque de que, sin duda, había sido lamentablemente engañado por Catalina, por lo que se consideraba en la obligación de hacerle saber quién era esta joven. Insistía mucho en lo del abuelo carnicero, y se condolía de haber contraído también ella una unión que rebajaba su posición social; y, habiendo experimentado los inconvenientes que esto acarrea, se creía obligada a advertírselo al Duque.

"Yo misma escribí la contestación, como si fuese el secretario del Duque; en ella le anunciaba que su Gracia conocía ya aquellos hechos y otros muchos, porque Catalina se los había manifestado, y que, apreciando como se merecían los motivos que la habían llevado a escribir la carta, el Duque le daba las gracias y deseaba no volver a oír hablar de ella.

"De manera que, en lo referente a su familia, todo está arreglado, y Catalina puede seguir su camino.

"Mordryn está frenéticamente enamorado de ella, y ella de él. Mordryn es como un muchacho y parece que se ha quitado diez años de encima. La abruma a regalos; el día de la boda, cuando atravesaba la nave llevando del brazo a la nueva y bella Duquesa, parecía el hombre más satisfecho del mundo.

"Y, si se piensa en ello, Gerardo, tiene verdadero derecho a estarlo, pues he de confesarte que esta muchacha se desenvuelve con una perfección que justifica todas las esperanzas que puse en ella; creo que tienen condiciones para ser muy felices, pues Catalina es muy inteligente. No es una de esas locas que sólo encuentran placer en las cosas que no pueden conseguir; tiene una discreción suprema para establecer la jerarquía de los valores morales. Se da cuenta de que ha llegado a ocupar una suprema posición, y de que desde allí podrá realizar ampliamente sus proyectos, que serán siempre elevados y hermosos; en lo futuro hemos de oír hablar de ella no sólo como de una hermosa duquesa, sino como de una mujer inglesa excepcional. Cuando piensa uno en que ha realizado todo esto, en que ha ganado la partida, por así decirlo, en virtud de su magnífica fuerza de carácter y de su aguda manera de calcular los resultados de sus actos, no puede uno menos de respetarla profundamente. La fuerza de voluntad vence siempre, pero acarrea consecuencias dolorosas si se la usa mal. Catalina ha tenido la gran sabiduría de usar siempre bien de ella. La virtud débil proporciona un insípido y ñoño halo de santidad, pero la perfecta honradez y la fortaleza de espíritu traen consigo el poder y un premio positivo en la tierra. Será interesante ver cómo continúa su carrera, su perfección. Se siente agradecida por su felicidad y sabe que las gentes de alma encanijada, después de haber asegurado su dicha, la dejan perder por causa de sus propias locuras. Posee una inteligencia disciplinada, y un juicio sumamente sólido. Es dueña de sus impulsos, no esclava de ellos, y tiene amplitud de criterio. Ve las cosas tales como son, sin las ilusiones de que casi todas las mujeres las revisten. Y, por encima de todo, Gerardo, comprende a Mordryn; y con toda su ecuanimidad y su prudencia, es tan vivaz, tan apasionada como pueda serlo otra mujer cualquiera; y este es el tipo de mujer que a los hombres encanta. Después de una vida como la del Duque, vida de contención, cohibida, teniendo que devorar a solas sus propios dolores, parece que no debía ser una dicha tenerle por compañero. Sin embargo, mi querido Gerardo, me siento satisfecha. A pesar de su edad, diríase que no ha pasado todavía de los cuarenta; es probable que gocen de quince hermosos años, puesto que no es posible tenerlo todo en la vida. Congenia con ella mucho mejor que lo harían algunos jóvenes; diríase que están hechos el uno para el otro. Mordryn tiene una salud y una robustez perfectas, y un as-

Biblioteca Nacional de España

pecto extraordinariamente atrayente. ¡No puedes imaginarte hasta qué punto está enamorado, Gerardo! Podría servir de ejemplo a esos modernos jóvenes, toscos, de sangre fría y bebedores de agua de cebada.

"Nuestra duquesa es una criatura afortunada, créelo; y en más de un aspecto. No tenemos que preocuparnos de ella, ni atormentarnos con el triste cuadro de la jovencita y el caballero anciano.

"Son como una pareja de tórtolos, y es probable que tengan muy pronto un revoltoso heredero, por el que tanto tiempo he suspirado; entonces podré ya descansar tranquila."

Cuando Gerardo leyó esto en Moscou, donde a la sazón se encontraba, se sentía triste y alegre a la vez.

* * *

La pareja de enamorados recorrió durante varios meses Francia e Italia, no regresando a Inglaterra hasta el Año Nuevo; todos estos interesantes viajes por el extranjero enriquecieron todavía más las admirables dotes intelectuales de Catalina. Después, cuando hubieron pasado triunfalmente unas cuantas semanas en Londres, vivieron largos meses de dicha en Valfreyne, esperando la llegada del hijo y heredero.

Y ahora, en los primeros días de septiembre de 1914, se encontraban todos reunidos otra vez con lady Garribardine, para asistir al bautizo; ¡un importante y trascendental acontecimiento!

Pero la guerra, con la tensión de los espíritus y la tristeza que la acompañan, proyectaba su sombra sobre Inglaterra, cuando nadie podía sospecharlo. Llegaban rumores de reveses, de errores de cálculo en los planes de alguien. La ansiedad se hacía angustiosa.

Catalina descansaba en el sofá de su *boudoir*, que daba hacia el Sur sobre los bellos jardines de los dominios de Valfreyne; aquellas estancias eran dignas de quien reinaba allí como duquesa; aquellas estancias que había atravesado con el Duque un lunes de Pentecostés, cuando se dijeron su inútil ¡adiós! ¡Y ahora eran las suyas! Dentro de poco rato irían a la capilla, en la que aquel espléndido y gordinflón bebé heredero recibiría sus muchos nombres.

Catalina se sentía ya bien e inefablemente feliz, a pesar de las nubes que se cernían sobre Inglaterra. ¡Cuánto tenía que agradecer a Dios por todos los bienes con que le había brindado!

Descansaba en un ensueño de paz, entornados los ojos, recreándose en la maravillosa belleza de la estancia, con su manificencia del siglo XVII y, sin embargo, con aquel aire delicioso de hogar.

Se abrió la puerta y entró el Duque trayendo unas cartas para ella, llegadas en el segundo correo; en la mano tenía el *Times*, abierto, que había leído ya. Puso las cartas sobre una mesa próxima y se sentó en una silla baja, al lado de su esposa; Catalina se deslizó del sofá, hasta caer en sus brazos.

—¡Adorada mía! —murmuró cariñosamente, besando sus cabellos y acariciándolos con infinita ternura.

—¡Oh, Mordryn, soy tan feliz! ¿Lo eres tú? ¡Qué día tan grande para nosotros, amor mío! ¡Pensar que tenemos este hijito tan querido, que es la esencia de ambos! ¡Dime que él y yo lo somos todo para ti en el mundo! Oye: ¿no te he dado ya todo lo que de mí deseabas?

Él se lo aseguró con apasionada vehemencia, aunque esperaba todavía mucho de ella; y volvió a preguntarle, una y muchas veces más, si le amaba. Era como si desease convencerse de la reciprocidad de la pasión y del contento que él sentía por su adorada mujer.

Catalina jugó con él amigablemente, como era costumbre en ella, mostrándose unas veces fascinadora y llena de locura, y otras pródiga en ternezas y fértil en amorosas travesuras que nunca saciaban el cariño del Duque.

Pero, al poco rato de tenerla junto a sí, se ensombrecieron los ojos de Mordryn; con el brazo que tenía libre cogió el *Times* de encima de la mesa.

Habló luego, y en su voz maravillosa había una leve tensión:

—Cariño mío, hay algunas noticias en el periódico de esta mañana que pueden interesarte un poco; por eso te lo

he traído ahora mientras estamos solos. Se trata de la retirada de Mons.

Catalina se levantó, dirigiéndole una mirada inquisitiva; el Duque buscó la columna y comenzó a leer el glorioso episodio y la espléndida resistencia ofrecida por un cierto regimiento de la Guardia.

Después se detuvo y vaciló un momento. Porque el nombre de uno de los más bravos que ganarían la cruz de la Victoria era lord Algernon Fitz-Rufus, el cual, por sí solo, había realizado un acto de osadía, de resolución y de espíritu de sacrificio, que salvó a todos sus hombres; pero su último esfuerzo hubo de pagarlo con la vida: una bala le atravesó el corazón cuando retiraba a un camarada herido, el teniente Jack Kilcourcy, para alejarlo de aquel bosque sembrado de ensangrentados cadáveres.

—¿Qué es ello, Mordryn? Ten la bondad de seguir.

Entonces el Duque leyó hasta el final, y luego dejó caer el periódico.

Súbitamente el corazón de Catalina pareció cesar de latir; una neblina ensombreció la estancia y, cuando se fué levantando, sólo veía el rostro del joven *débonnaire* a quien tanto quiso, que la contemplaba de nuevo con sus alegres ojos azules, iluminados por una sonrisa de amor. Y, lanzando un grito ahogado, dejó caer su frente sobre el hombro del Duque y rompió en llanto.

Algy había satisfecho la esperanza que en él puso y se convirtió en un buen soldado; murió valerosamente para salvar a un camarada. ¡Fué un verdadero héroe!

BIBLIOTECA NACIONAL

FIN

Biblioteca Nacional de España

UNA DIVERSIÓN NUEVA PARA LOS NIÑOS

... Y HASTA PARA SUS PADRES

Cuadernos de DIBUJOS MÁGICOS

Sistema EDITA (Patentado)

He aquí un entretenimiento sorprendente y original. Cualquier niño o niña, sin la menor experiencia en el dibujo, se convierte inmediatamente en un magistral dibujante. Basta pasar un lápiz por la blanca superficie de las hojas, para obtener los más lindos dibujos, pues éstos están ya trazados invisiblemente sobre el papel. También puede usarse, en lugar del lápiz, un esfumino o un trozo de algodón impregnado con polvo de lápiz.

HAY CUATRO CUADERNOS DIFERENTES

N.º 1. Los Deportes. — N.º 2. Bellezas y Monumentos de España. — N.º 3. Automóviles y Aeronaves. — N.º 4 Ferrocarriles y Vapores.

Cada uno contiene 24 dibujos mágicos, con instrucciones completas y una bella portada en colores.

UNA PESETA CADA CUADERNO

PÍDALOS EN SU LIBRERÍA

Si no los encontrase en su localidad, puede usted pedirlos directamente, escribiendo a la casa editora: **EDITA, S. A., calle de Valencia, 189, BARCELONA,** adjuntando una peseta en sellos de correos por cada cuaderno pedido, o remitiendo el importe por giro postal, y los recibirá en su domicilio, a vuelta de correo, como impreso certificado, sin aumento alguno de precio por embalaje y franqueo.

Necesitamos corresponsales activos en todos los pueblos, para la venta de esta novedad

Biblioteca Nacional de España

¿Le ha gustado esta novela?

¿Sí? Pues entonces es muy posible que usted desee obsequiar con ella a alguna persona de su agrado, recordando que el mejor regalo es un libro interesante. En este caso, tenga presente que existe una edición de lujo, a cinco pesetas, encuadernada en tela inglesa y con una artística cubierta protectora. De este modo, el regalo es más elegante y usted recogerá mayor reconocimiento por él.

Y lo mismo le decimos si desea conservarla en su biblioteca. Archivar recuerdos agradables es asegurar deliciosos días futuros, pero hay que guardarlos en forma perdurable, y los libros en rústica se deshacen fácilmente. Complete su biblioteca, por consiguiente, con la edición de lujo de esta novela.

NUESTRAS EDICIONES POPULARES

no son sino reimpresiones, en forma más económica, de nuestras novelas de cinco pesetas, las más selectas y elegantes que se editan en castellano. Sucesivamente iremos publicando en esta forma los mismos títulos que constituyen la ya famosa «Colección de novelas de EDITA», cada una de las cuales aparecerá un año después, por lo menos, de lanzada la primera edición de lujo.

ESTA EDICIÓN POPULAR

formará una irreprochable colección de novelas de calidad, bajo una presentación esmerada y práctica y a un precio asequible a todas las fortunas.

Publicadas por
EDITA, S. A.

Calle Valencia, 189
BARCELONA

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España